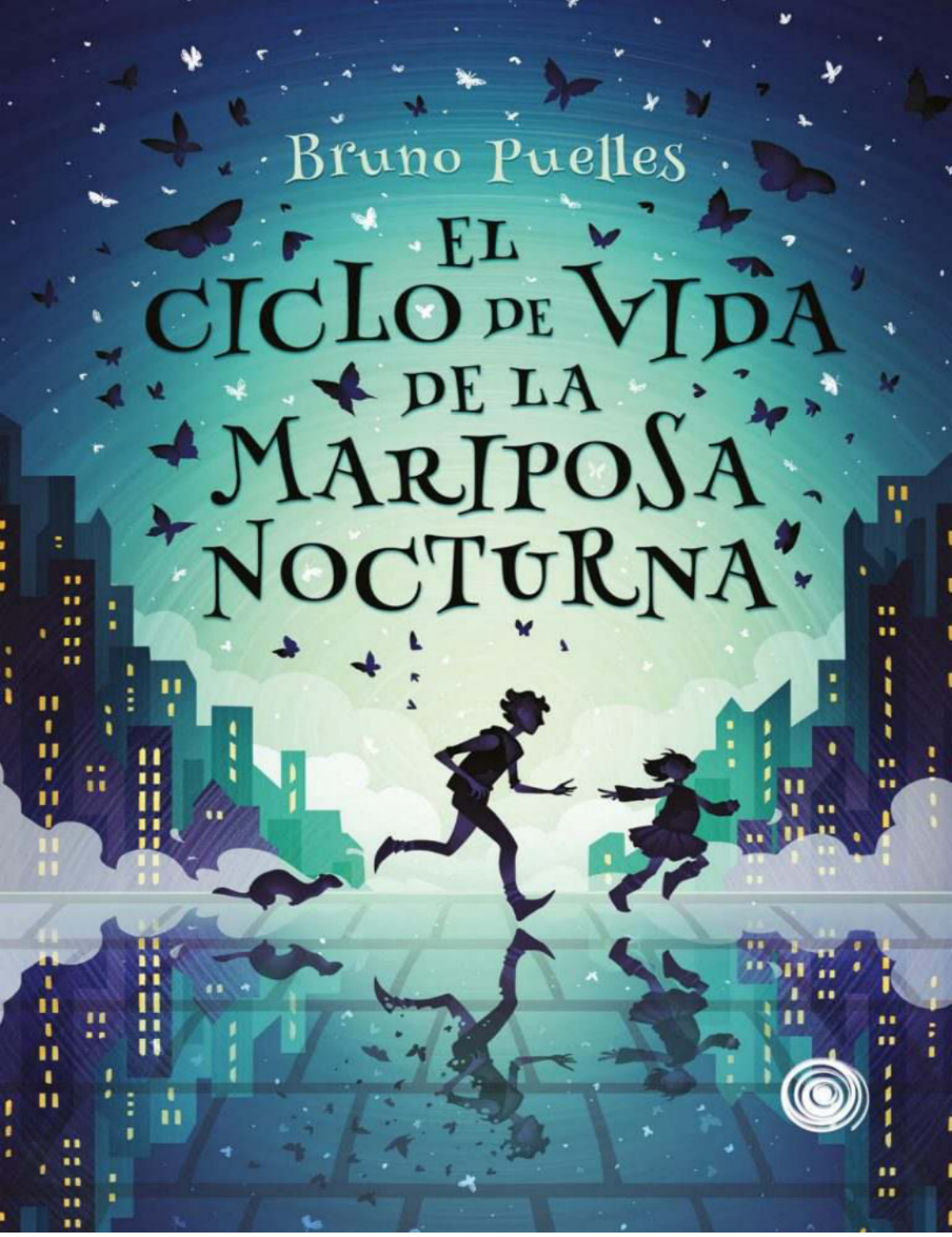
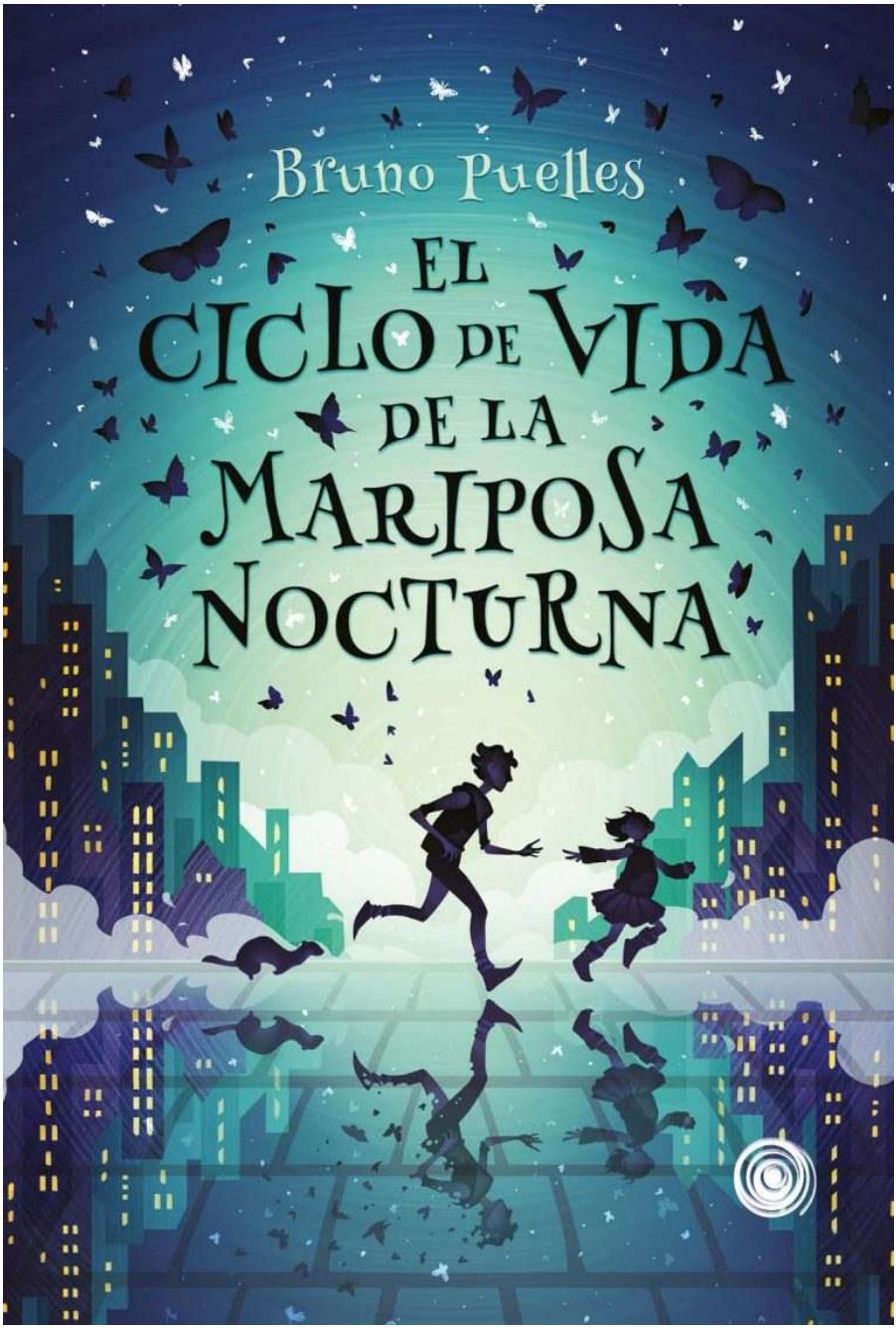

Bruno Puelles
EL CICLO DE VIDA DE LA MARIPOSA NOCTURNA


Bruno Puelles
EL CICLO DE VIDA DE LA MARIPOSA NOCTURNA

Bruno Puelles Reyna

El ciclo de vida de la mariposa nocturna

Espiral

Todos los niños nacen con una habilidad especial, un poco mágica, aunque muchos de ellos se hacen mayores sin haber llegado a descubrirla. Esto es, se mire como se mire, una tragedia.

Otros, en cambio, las usan con toda naturalidad. Para Moira Milosevic, por ejemplo, es tan normal que sus deseos de cumpleaños se hagan realidad que piensa que a todo el mundo le sucede y no se ha dado cuenta de que es un don extraordinario. Claro que la sociedad no se lo pone nada fácil; al contrario, es como si hubiese conspirado para engañarla con el circo de prender las velas, cantar la canción, soplar, pedir un deseo… No hay ni un niño que no lo haga. Incluso algunos adultos realizan el ritual una vez al año. ¿Por qué lo iban a hacer si no se les cumpliesen los deseos? Es lógico entender que sí. Así que Moira Milosevic asume que cada ser humano tiene un deseo al año, que no es nada especial y, además, que es así durante toda la vida.

Se equivoca, por supuesto. Solo le sucede a ella y tiene un total de siete deseos. Como no lo sabe, los pide a la ligera.

En su primer cumpleaños pidió que la tarta fuese de chocolate. Fue un poco estúpido, podemos decirlo porque incluso ella lo admitió unos años después: la tarta ya había sido comprada por su padre, Narcys Milosevic, y era de chocolate.

Justo antes de cumplir los dos años fue con sus padres y su hermano Konstantin de excursión a la montaña. Se perdieron, se les hizo de noche al volver y Moira se negó a seguir caminando, así que su padre la tuvo que llevar en brazos. Desde ahí arriba, a oscuras, pudo contemplar el cielo nocturno. Este le causó una impresión muy positiva, de modo que por su cumpleaños pidió que las estrellas brillasen en el techo de su dormitorio cuando estuviese sola en él.

Cuando cumplió tres años estaba obsesionada con las mariposas; pidió que siempre que se cruzase con alguna de ellas, la siguiera y revolotease a su alrededor. Su familia se dio cuenta de esto, pero no le dio mayor importancia. La madre de Moira, África Fuentes, decía que su hija era como una flor.

Al año siguiente pidió crecer unos centímetros más porque, debido a su baja estatura, se había quedado sin poder subir a las atracciones de niños mayores de tres años en la visita anual que realizaba su colegio a la feria para celebrar el carnaval. El repentino estirón que dio esa misma noche la situó, para su satisfacción, en la estatura media de su clase.

En su quinto cumpleaños pidió que Konstantin siempre tuviera tiempo para jugar con ella, porque su hermano tenía trece años y a menudo estaba demasiado ocupado para hacerle compañía.

Con seis años Moira era una niña mayor y sabía que no debía desperdiciar su deseo en cualquier tontería. Había reflexionado profundamente durante todo el año y decidido con meses de antelación qué era lo que quería. Al soplar las velas, pidió ser durante dos días enteros una exploradora espacial que corriese un montón de aventuras pero a la que todo le saliera bien siempre. Fue un deseo muy específico, y pedirlo muy deprisa en el instante en el que las seis llamas se apagaban requirió mucha concentración, pero lo logró. Fue el mejor cumpleaños de su vida.

El séptimo deseo es el último, pero Moira no lo sabe. Si conociese este dato, puede que pidiera algo distinto. Por ejemplo, tener siempre localizada su goma de borrar. O que desaparezca ese problema que preocupa a su hermano Konstantin. O que se le cumplan mil deseos más.

En lugar de eso, piensa que sería divertido tener en casa a alguien más con quien hablar. El piso en el que vive la familia Milosevic está un poco vacío desde que Narcys y África desaparecieron hace casi seis meses; solo viven en él Moira, el hurón blanco Oot, Konstantin y su abuela Amalia. Esta lee grandes libros en francés, porque de pequeña fue a un colegio bilingüe, ve concursos en la televisión para gritar las respuestas a la pantalla y juega al mus con sus amigos en la terracita que han puesto delante de la pastelería del barrio. Konstantin se pasa la vida en casa de la vecina de abajo, Bonnie, escucha música para pensar en sus cosas y anota todo lo que va a hacer a corto, medio y largo plazo en una agenda que considera sagrada.

Moira pasa las tardes con el hurón Oot, que es su compañero de juegos cuando no está dormido. En esos momentos, Moira nunca le molesta, porque ya en dos ocasiones el animal la ha mordido y ella no es el tipo de persona que tropieza tres veces con el mismo hurón. El resto del tiempo, Oot es un buen compañero, aunque muy silencioso. Por eso, por su séptimo cumpleaños, Moira pide que su mascota pueda hablar.

Lo hace a solas, porque la abuela Amalia se ha quedado frita después de comer y Konstantin ha bajado a casa de Bonnie. Moira saca la tarta, coloca ella misma las velas y las enciende mientras lanza miradas de reojo a la abuela Amalia, con la esperanza de que no se despierte y la pille con el mechero en las manos. Eso le supondría un castigo, porque tiene prohibidísimo encender fuego, y que la envíen a su cuarto el día de su cumpleaños sin poder soplar las velas sería muy anticlimático.

Moira pone a Oot en la silla de al lado, apaga las llamas antes de

que el animal pueda acercarse a ellas y pide su deseo.

Para su sorpresa, lo primero que dice Oot es:

—NOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO

Así, con cuarenta y seis oes y una sola ene. Se ve que le gustan más las vocales.

Capítulo I

El huevo

En el piso de abajo, Konstantin Milosevic está sentado en el sofá del salón de Bonnie, inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas. Analiza muy concentrado el contenido de unos documentos que están sobre la mesa. Tiene el ceño un poco fruncido y los bucles rubios que le hacen sombra sobre los ojos añaden aún más gravedad a su gesto. En la cocina, Bonnie trastea y le pregunta si quiere un café. Él alza la mirada hacia ella. No sonríe con los labios, pero tiene los ojos llenos de luz. Responde que sí. En él conviven la sombra cuando está absorto en sus asuntos y la claridad cuando habla con una de las cinco personas a las que quiere sinceramente.

Bonnie no pregunta cómo le gusta, lo sabe ya. Él lo toma con leche y sin ningún edulcorante; ella, solo y con azúcar. Vuelve con dos tazas y coloca una entre las manos del chico porque si la deja sobre la mesa, él se olvidará de beberla. Después se sienta al otro lado del sofá.

—¿Tenemos suficientes votos?

—No lo sé. En el 5ºC depende de si viene doña Mauricia o su hijo. Podemos contar con el voto de Alfonsito, seguro, pero si es ella la que va, se dejará influenciar por los del 5ºA.

—La asamblea es pasado mañana, así que tendremos que asegurarnos de que Alfonsito esté en casa. Y, si puede ser, encargarnos de eliminar a Mauricia de la ecuación.

—Necesitamos un plan. —Konstantin mira al infinito y bebe café, ensimismado—. Ya sé. Flora hace una vez al mes una oferta en manicura y pedicura. Mi abuela se queja de que siempre lo pone cuando a ella le va mal, así que se lo pierde mes tras mes. Seguro que a doña Mauricia le gustaría ir.

—¿Puedes conseguir que tu abuela se encargue de eso?

Él se acaricia los labios de arriba a abajo con el dedo índice de la mano derecha.

—Sí. Mi abuela puede hablar con Flora, presionar para que haga la oferta pasado mañana, y después invitar a doña Mauricia a ir con

ella. Será una oferta que doña Mauricia no podrá rechazar.

—Perfecto.

Los dos repasan los números, preocupados. Incluso con el voto del 5ºC, no tienen la victoria asegurada. Es muy importante conseguir mayoría, porque en la siguiente junta de la comunidad de vecinos se tomará la decisión definitiva respecto al ascensor de la izquierda, que se incendió debido a un fallo eléctrico y tuvo que ser retirado. Ahora mismo solo está el hueco, vacío, y las puertas están cerradas con un poco de cinta de embalaje que puede retirarse con facilidad. Konstantin y Bonnie llevan un tiempo haciendo campaña para que se reemplace el ascensor. Su principal argumento es que si uno de los ancianos o niños que viven en el edificio abriera una de las puertas, podría caer por el hueco.

Claro que en realidad se trata de una operación estratégica para encubrir su verdadero objetivo: que el dinero de la comunidad no se invierta en quitar el cobertizo de las bicicletas, al que se accede por el patio, y sustituirlo por un muro de piedra. A Konstantin le gustaría conservarlo tal y como está; primero, porque él y Moira aparcan en él las dos bicicletas de sus padres, aunque aún les quedan grandes a ellos, así como un monopatín; segundo, porque la parte de atrás del cobertizo da al jardín interior de la finca. Este está cerrado y solo el jardinero tiene permiso para entrar una vez a la semana. Sin embargo, Konstantin y Bonnie descubrieron hace unos años que pueden bajar desde la ventana de la cocina de ella hasta el tejadillo del cobertizo y, desde allí, descender hasta el jardín interior. Se ha convertido en su reino privado y no quieren renunciar a él.

Los vecinos no saben esto, porque nunca dejan rastro de su paso por allí. Y como no pueden admitir que le dan este uso indebido al cobertizo, lo único que queda por hacer para mantenerlo es dirigir la atención de la comunidad de vecinos hacia otras empresas: el ascensor.

En ese momento, suena el timbre. Los dos amigos cruzan una mirada: es raro que alguien venga a molestarles. Bonnie vive sola y sus amigos, a excepción de Konstantin, llaman por teléfono antes de pasarse por su casa. Ella se levanta y camina por el pasillo. No puede echar una ojeada por la mirilla, porque tiene pegada sobre la puerta, tapándola, una fotografía de la celebración de su cuadragésimo segundo cumpleaños, así que abre directamente. Moira se cuela por entre sus piernas y se planta en el salón.

—Kosta —así llama ella a su hermano—, tienes que subir a casa enseguida.

—¿Has saludado a Bonnie al entrar? —dice él, que a los quince años ya ha adquirido la fastidiosa costumbre de los adultos de hacer preguntas cuya respuesta conocen.

—No. Hola, Bonnie.

—Hola, Moira.

Konstantin se pone de pie despacio. No necesita ayuda de nadie, solo paciencia. Se mueve con cautela, porque no puede apoyarse en los brazos. Sus músculos en el pecho y en las extremidades superiores son débiles por culpa de lo que él llama crípticamente «sus circunstancias» y que es en realidad una enfermedad degenerativa. Su caso es raro, porque los síntomas suelen manifestarse o en los primeros años de vida o ya de adulto, pero muchas cosas relativas a Konstantin son poco habituales en su rango de edad, así que a nadie le ha sorprendido mucho.

A él no le gusta hablar del tema. No hay un tratamiento curativo para esta enfermedad y no tiene sentido perder el tiempo lamentándose por algo que no tiene solución, eso piensa él. De momento puede caminar, puede funcionar por el mundo de forma autónoma, puede comer, beber y respirar. Eso es lo importante. Solo hay que tener paciencia y no meterle prisa.

Salen los dos de casa de Bonnie y suben en el ascensor que sí funciona al piso de los Milosevic. Allí encuentran a Oot, que está subido a la mesa del salón y bebe agua con gas de un cuenco.

—Si lo hubiera sabido, se la habría puesto así desde siempre —comenta Moira, compungida—. Pensé que natural le gustaba más.

—La he echado tanto de menos —suspira el hurón—. Esto y el Tang de naranja.

—De eso no tenemos, pero creo que lo venden en el súper. Ya sé: le pediré a la abuela que compre un sobre cuando vayamos a la compra.

Konstantin Milosevic oye la conversación sin escuchar y parpadea. Aparca el tema del ascensor, el cobertizo y la comunidad de vecinos en un rincón de su mente. Acaba de recibir mucha información nueva de golpe. La procesa deprisa y hace un gesto a Moira para que se siente. Le gustaría apartarle la silla, pero no puede, así que es ella quien lo hace por él. Toma asiento frente al hurón, sube con dificultad los brazos para apoyar los codos en la mesa y la barbilla sobre sus manos. Lo observa. Se acaricia el labio con el dedo índice. Está pensando.

Dos humanos y un hurón se sostienen la mirada unos a otros, muy serios.

—Oot habla —declara Moira, rompiendo el silencio.

—Ya veo —responde Konstantin—. Pero ¿por qué habla?

—¿Y por qué hablas tú? —replica Oot, de mal humor.

—Lo pedí como deseo de cumpleaños —informa Moira. Oot se acuerda de que ese ha sido el último deseo de la niña y gime. Moira, comprensiva, le acaricia la cabeza hasta calmarlo—. Pobre, pobre Oot

—murmura—. ¿Por qué lloras?

—Porque yo era un humano y ya no podré volver a serlo —exclama Oot—. Moira, tenías siete deseos que se cumplirían seguro y los has gastado todos. ¡Ojalá hubieses pedido que yo volviera a mi forma real! Ahora seré un hurón parlante toda mi vida.

—Lo siento —dice la niña—. No lo sabía. —Konstantin toma aire, pero las preguntas se agolpan en su mente y son tantas que no logra hacer ninguna. Es Moira la que continúa hablando—: Pero ¿cómo llegaste a ser un hurón?

—No lo sé. Supongo que quien fuera que me transformó también me robó los recuerdos. Solo sé que era humano, por lo demás, mi memoria está completamente bloqueada.

—No nos pones muy fácil que te ayudemos, Oot —señala Konstantin.

—Solo pido justicia, Konstantin Milosevic. He sido un buen hurón, he comido mi pienso, me he mostrado siempre juguetón y amigable. Me merecía al menos dos deseos de Moira: uno para decirle que soy humano y otro para que me devolviese a mi forma original. Solo pido justicia.

Konstantin se pone de pie, muy despacio.

—Así que te damos voz y vienes a mí a decir «Konstantin Milosevic, pido justicia», y pides sin ningún respeto, no como un amigo. Vienes a mi casa el día del cumpleaños de mi hermana…

—¿Cómo podemos devolverle sus recuerdos? —lo interrumpe Moira, insensible a la solemnidad del momento—. Ni siquiera sabe cómo se llama.

Oot se revuelve en la silla, gira un par de veces sobre sí mismo, inquieto, y se sienta otra vez como estaba al principio.

—Creo que la respuesta no está en este lado, sino en el otro —explica, muy agitado—. Sin ver el otro lado no podréis encontrarla. No os lo diría si fuera solo por mí, pero… que se hayan gastado los deseos de Moira es un problema. Hay más cosas que podríamos haber solucionado con esos deseos; habría sido tan fácil, tan fácil… Ahora, en cambio…

—Espera, frena un poco —pide Konstantin—. ¿Qué otro lado?

—El lado sin filtros, el caótico, el de los irreales. Vosotros no podéis verlo. Algunos niños pueden, si se agachan para mirar entre sus propias piernas o si hacen el pino. Si os hablo de él, podréis verlo, pero dejaréis de ver este lado, ¿entiendes? Lo invertiremos todo y estaréis en el otro lado en vuestra posición normal. Supongo que podréis ver este lado por entre vuestras piernas. No lo sé. Nunca antes había hablado de esto con nadie.

Los dos hermanos se miran en una consulta silenciosa. Solo Moira ha entendido a la primera lo que dice Oot, porque hay algunas cosas

que los seres humanos captan mejor cuanta menos edad tienen. Muchos niños se han dado cuenta de que cuando están cabeza abajo el mundo parece diferente; lo que no sabe la mayoría es que están espiando una realidad un poco distinta, a la que solo se puede acceder si sabes de su existencia.

—Hay otro lado que solo ven los niños a veces, cuando están del revés. Tú puedes hacer que pasemos a ese otro lado y que solo veamos este si nos ponemos cabeza abajo —resume Konstantin.

—Eso es.

—¿Y no podremos volver nunca a estar como ahora? ¿En este lado? —pregunta Moira—. No sé cómo será el otro, pero este me gusta.

—Eso no lo sé. Supongo que si resolvéis todos vuestros asuntos en el otro lado, volveríais a este.

—¿Qué asuntos? —pregunta Konstantin.

Moira se baja de la silla, apoya las manos en las rodillas y mira por entre sus piernas. Suelta una exclamación.

—¿Qué has visto? —pregunta Konstantin.

—Todo está al revés —dice Moira con una sonrisa—. La casa parece distinta así, si me fijo bien.

—Y tanto —dice Oot, enigmático.

—Oot, ¿te importaría dejarnos a solas un momento? —pide con mucha educación Konstantin—. Me gustaría hablar con mi hermana.

El hurón le lanza una mirada de gran decepción. Le ofende que le hagan salir, como si no confiasen en él. Sin decir una palabra, da un largo trago de agua con gas, se baja de la silla y va al baño. Moira se levanta y cierra la puerta del salón.

—Así que hay otro mundo —dice con los ojos como platos—. Un mundo mágico. Lo sabía.

—No, es el mismo mundo que este… Es como si hubiera cosas ocultas que solo podemos ver si Oot nos «abre los ojos» —dice Konstantin—. Y el problema es que no hay vuelta atrás: si empezamos, no podremos dejar de verlas. Me sorprende que solo con que nos hable de ello ya vayamos a poder verlo…

—Pues claro —replica Moira, muy segura de sí misma—. Como cuando no te das cuenta de algo hasta que alguien te lo señala. Por ejemplo, yo no me daba cuenta de que la profesora de Inglés hace gorgoritos al hablar hasta que me lo dijo Claudia. Ahora no puedo concentrarme en clase porque es que no para.

Konstantin asiente.

—Me parece a mí que ese hurón tiene segundas intenciones. Dice que solo podremos encontrar información para ayudarle si buscamos en el otro lado —recuerda—. A él le interesa que aceptemos. Lo que tenemos que pensar es qué ganamos nosotros.

—También ha dicho que hay otros asuntos. «Vuestros asuntos», ha dicho. ¿Qué puede ser eso? —pregunta Moira, y enseguida se le ocurre una respuesta—: Tal vez en el otro lado sepan dónde están mamá y papá.

Es un tema del que nunca hablan en casa. Que ella lo haya mencionado en voz alta lo vuelve real. Konstantin contiene una mueca circunspecta.

—Si es eso, entonces merece la pena que hagamos lo que podamos para traerles de vuelta —dice en voz baja.

Moira abre la puerta de nuevo y Oot regresa con ellos. Ha estado allí, en el pasillo, escuchando. Ni siquiera intenta disimular.

—Hay algo que nos preocupa, Oot. —Konstantin espera a que el animal vuelva a su asiento antes de seguir hablando—. Hace medio año o así que nuestros padres desaparecieron. Nos gustaría saber qué ha pasado con ellos y por qué no vuelven. ¿Podríamos encontrar respuesta a esto en el otro lado?

—Sí —afirma Oot—. ¿Queréis que os siga contando? ¿Estáis seguros?

—Sí —responde Konstantin.

—Ís —dice Moira, que se ha vuelto a poner al revés.

—Está bien. —Oot pone las dos patitas rosas sobre la mesa y entorna los ojillos negros—. Vuestros padres no han desaparecido. De hecho, no han salido de aquí en ningún momento. Están encerrados en la casita de muñecas de Moira.

Moira Milosevic se incorpora y sale corriendo hacia su cuarto. Konstantin, que va a otro ritmo, la sigue despacio, vigilante, porque se ha dado cuenta de que algo ha cambiado en el ambiente.

El dormitorio de Moira es el más luminoso de la casa. Tiene una cama, un pequeño escritorio blanco en el que hace sus deberes y, bajo la ventana, una casa de muñecas del tamaño de un microondas, aunque mucho menos pesada. Está hecha de madera muy fina. La fachada está sujeta con bisagras, de modo que se puede abrir como si fuera una puerta y así acceder a las habitaciones: una cocina, un salón, un baño y cuatro dormitorios, igual que el piso de los Milosevic.

La niña está agachada junto a la casa y atisba por las ventanas. Oot se acerca corriendo y trepa a su hombro.

—Ábrela —exige Konstantin.

—No puedo, está muy duro.

Con cuidado, sin apoyar las manos en ningún momento, Konstantin se arrodilla frente a la casita. Él y Moira se asoman por las ventanas y descubren que dentro de la casa de muñecas hay dos figuritas nuevas, de plástico flexible y brillante, con grandes ojos bien abiertos y sonrisas congeladas. Son las versiones de juguete de sus padres.

Los muñecos no se dan cuenta de que están siendo observados y se pasean por el salón. África-de-juguete gesticula con las manos. Parece que está conversando con Narcys-de-juguete.

—¿No saben que están encerrados? —pregunta Konstantin.

—Más bien parece que ellos mismos han cerrado desde dentro —opina Oot.

—¿Mamá? ¿Papá? —llama Moira. Ellos no responden—. ¿Por qué están ahí? ¿Y dónde están mis muñecos?

—Son ellos —dice Oot—. Tus padres no se fueron, han estado aquí todos estos meses. Lo que pasa es que tú no los reconocías porque desde tu lado parecían muñecos. Ahora que estás en el otro lado, los ves como son de verdad.

Konstantin se inclina un poco más hacia la ventanita para ver mejor.

—No están hablando, tienen las bocas cerradas. Alguien les ha pintado cruces encima con un lápiz.

Dos pares de ojos acusadores se clavan en Moira, que hace un mohín con cara de culpa.

—Les castigué porque se portaron mal —se justifica—. ¡No sabía que eran mamá y papá! Creía que eran solo mis muñecos.

—¿No podías ponerlos de cara a la pared?

—No, porque se ponen a hablar entre ellos, cuentan chistes y se ríen. Eso no es castigo ni es nada.

—Si lo hiciste con lápiz, lo podemos borrar —dice Konstantin—. ¿Tienes una goma?

No tendría que haber preguntado eso, se da cuenta en cuanto ha pronunciado las terribles palabras. Abre mucho los ojos, con horror. Konstantin Milosevic, como todo el mundo, sabe que la forma más efectiva de hacer que todas las gomas en dos kilómetros a la redonda desaparezcan es decir en voz alta que necesitas una.

—Ay, Kosta —dice Moira, consternada al ver a su idolatrado hermano cometiendo errores de novato.

Él no tiene goma, por supuesto. Konstantin recibió a los cuatro años como regalo de Navidad una pluma estilográfica y desde entonces no ha utilizado ninguna otra cosa para escribir.

—No pasa nada. Tú tienes una —se defiende Konstantin—. ¿Dónde está la goma con forma de estrella que venía con el estuche que te compramos a principio de curso?

—Se la presté a Claudia en el colegio —responde Moira—. Y no me la ha devuelto.

—Vamos a bajar a comprar una goma nueva y ya está —propone Oot.

—Es domingo, está todo cerrado —responde Konstantin—. Tendremos que esperar a mañana. Moira irá al colegio, recuperará la

goma y a la vuelta podremos borrarles la mordaza a papá y mamá.

—Sí —dice Moira, mortalmente seria—. La traeré cueste lo que cueste.

—Yo iré contigo —añade Konstantin—. Esto es muy importante y no tenemos margen de error.

—¿No vas a ir al instituto? —le recuerda Moira.

—Quiero ocuparme de este asunto personalmente.

—Claro. Como en el instituto nunca hay exámenes, puedes faltar cuando quieras —dice ella.

Moira cree sinceramente que eso es cierto, porque no ha visto a su hermano prepararse para una evaluación. No sabe que Konstantin Milosevic, la primera semana del curso, pidió a los profesores que le permitiesen hacer de golpe todos los exámenes, «solo para en junio poder apreciar su evolución, un antes y un después». A los profesores les encanta que los alumnos se maravillen por los conocimientos adquiridos, así que le dejaron intentarlo. «No te desanimes aunque no entiendas nada ahora, ya verás como a medida que avancen las clases lo ves todo más claro», le dijeron. Konstantin aprobó con brillantez todos los exámenes, uno detrás de otro, y después de eso nadie se ha atrevido a pedirle que asista a clase siquiera. Así que en el instituto hace más o menos lo que le apetece y se dedica a sus propios negocios al margen del temario académico.

Konstantin se pone de pie. Moira lanza un último vistazo a sus padres.

—Por lo menos parece que no sufren —comenta.

—Quizá un tiempo a solas, sin que nadie les moleste, es justo lo que necesitaban —dice Konstantin. Hay tristeza en su expresión, pero logra esconderla de Moira.

Una voz en el salón les advierte de que la abuela se ha despertado de la siesta. Los tres se miran, alarmados.

—No le digas a la abuela que he castigado sin querer a mamá y a papá —suplica Moira.

—Es mejor que no sepa nada —asiente Konstantin—. O no me dejará acompañarte mañana. Oot, ni se te ocurra decir una sola palabra en voz alta. Disimula.

Vuelven al salón, el hurón en brazos de Moira. La abuela Amalia está revisando el catálogo de películas para ver alguna antes de cenar.

—¿Quién estaba bebiendo agua con gas? —pregunta, extrañada.

—Yo —dice Konstantin.

—Creía que no te gustaba.

—No me gusta. Solo quería confirmarlo para estar seguro.

Ella suspira y, para desesperación de Oot, tira lo que queda de agua con gas. A la abuela le fastidia esto, porque no le gusta que se desperdicie comida ni bebida, pero no comenta nada. Hace muchos

meses que no cuestiona lo que dice Konstantin ni le responde nada que pueda parecer negativo. Lo tiene entre algodones, lo cuida como una enfermera abnegada, le coloca barreras para mantenerle a salvo. Si fuera por ella, él no saldría de casa nunca y pasaría la mayor parte del día en la cama, como si su enfermedad pudiera curarse como un resfriado. A veces, a Konstantin le gustaría que la abuela volviera a tratarle como un chico normal, le regañase cuando fuera necesario y le dejase cerrar la puerta del baño mientras se ducha (ella prefiere que se quede entornada porque, si no, se imagina que Konstantin puede resbalar, hacerse daño y quedarse ahí durante horas sin que nadie se dé cuenta porque, con la puerta cerrada, no le oirían pedir ayuda. La abuela de Konstantin no es pesimista; contempla siempre todas las posibilidades. En eso, su nieto se parece a ella).

La abuela Amalia pide pizza, pero al segundo trozo dice que está cansada y se va a su cuarto a ver una película larga y en blanco y negro mientras los niños terminan la que han empezado en el salón. Moira y Konstantin fingen normalidad y cenan como si fuera corriente que Oot se siente en el sofá con ellos y discuta en voz baja con Moira si la cuatro quesos con piña es o no una abominación (Moira piensa que sí, Oot está abierto a experimentar).

La noche pasa deprisa. Oot, la abuela Amalia y Moira duermen profundamente, como de costumbre. Konstantin tiene un sueño intranquilo y con muchas interrupciones; eso también es habitual. Se desvela a las cinco de la madrugada, se levanta. Se pone un jersey sobre el pijama, con cuidado, y sale descalzo de la habitación. Recorre el pasillo a oscuras, comprueba que el resto de su familia duerme, incluidos sus padres en la casita de muñecas. Después coge sus llaves y sale de casa. Baja las escaleras y envía un mensaje al móvil de Bonnie.

«¿Estás despierta?».

Ella no responde. Se oyen pasos al otro lado de la puerta. Bonnie abre.

—Pasa.

La tienda de flores en la que trabaja Bonnie, que está en la esquina de la misma calle en la que viven, abre a las nueve de la mañana. De todas formas, ella suele estar en pie antes, porque hace yoga en casa y le gusta salir con tiempo para llegar a la tienda, despertar poco a poco a las plantas y preparar los arreglos que venderá ese día.

Aún es muy pronto y también ella está en pijama. El suyo, en contraste con el negro y sobrio de Konstantin, tiene un estampado de colores. Está despeinada, pero le da lo mismo. Se recoge el cabello en una coleta.

—Qué día tan extraño —comenta. Es su forma de darle a él la oportunidad para hablar del tema, si quiere. Algunas veces Konstantin aprovecha y lo hace. La mayor parte de las veces se calla. No porque

no confíe en ella, sino porque considera que todo lo que él pueda decir, Bonnie ya lo sabe.

—Vamos a dar un paseo por el jardín —sugiere él.

—¿Seguro? —Konstantin asiente sin mirarla y ella no pone objeciones—. Espera un momento a que me cambie.

Se pone unos vaqueros y una sudadera antes de reunirse con él en la cocina. Konstantin es obstinado y ha intentado abrir la ventana. No ha podido. Ella se adelanta y lo hace con facilidad. Después saca una pierna y luego otra. Planta los pies en el tejadillo inclinado del cobertizo. Mira a Konstantin, intenta ocultar su preocupación. Él no puede auparse al alféizar. Duda. Frunce el ceño. Esa expresión de contrariedad tan suya. Apoya la espalda en el marco de la ventana, ancla un pie al suelo, hace fuerza, levanta el otro. Se queda inclinado, no sabe cómo seguir.

—¿Puedo ayudarte? —pregunta ella.

—Por favor.

Bonnie le tira del hombro, le sube al alféizar. Konstantin intenta sostenerse, pero sus brazos le traicionan. Sus ojos muestran una sombra de miedo. No a caerse, sino a admitir que ya no es capaz de hacer esto. Odia verse así de vulnerable.

—No puedo —susurra.

Lo responsable sería decirle que no pasa nada, que vuelva atrás, pero ella sabe que eso es igual que dispararle en el pecho.

—Haz todo el trabajo con las piernas —propone—. Es una cuestión de equilibrio.

Él busca el tejadillo con los pies. Nota la madera tibia contra la piel. Encuentra estabilidad en ella. Bonnie se aparta para dejarle espacio, pero se queda cerca. Salta al suelo ella primero, le vigila desde abajo. Saltar es fácil. Hacen falta las rodillas, la cadera. Es flexibilidad. Puede hacerlo. Lo hace. Ella le sujeta al aterrizar para que no caiga de boca, él se ríe. El triunfo eclipsa el hecho de que haya estado a punto de caerse. Bonnie no quiere pensar en cómo van a volver a subir.

Pasean por el jardín, sin hablar. La respiración de Konstantin se calma con cada paso. No hay un camino en el jardín, solo tierra y plantas, ramitas quebrándose bajo sus pies descalzos. Es el templo de Konstantin y Bonnie. Las hojas verdes y las flores reflejan el interior de ella, su desorden, su invulnerabilidad. La tierra, las sombras, el infinito nublado sobre sus cabezas son el paisaje interno de él. Los dos están en casa allí.

Las ramas delgadas de los arbustos acarician a Konstantin al pasar.

—Parece que te estén dando palmadas en los hombros —dice Bonnie—. Como si te deseasen suerte.

Él levanta la mirada hacia ella, un poco sorprendido.

—Puede que la necesite —responde—. Tal vez me vaya de excursión.

—No es un buen momento. Mira cómo están los inciensos. Iban a echar flores ya, pero se lo han pensado dos veces. Deben darse cuenta de que aún van a venir algunos días malos antes de la primavera.

Un helicóptero del ejército pasa a poca altura, pueden escuchar las hélices. Los dos lo contemplan en silencio.

—Bonnie, creo que no debería venir más al jardín —susurra Konstantin—. Me cuesta mucho bajar. No sé cómo voy a salir ahora, la verdad —se ríe, pero esto no tiene nada de gracioso.

—Menos mal que lo has dicho. Lo estaba pensando, pero no quería ser esa persona que tiene que hacer el comentario y fastidiar el momento. Igual no deberíamos haber venido.

—No, me hacía falta. Es difícil aceptar que es la última vez que hago las cosas. —La voz de Konstantin es serena.

Bonnie se sienta en uno de los tocones que quedan de dos árboles que se cortaron hacía unos años, cuando algunos vecinos se quejaron de que sus ramas no les permitían disfrutar de las vistas desde sus terrazas.

—¿Hay algo que pueda hacer? —pregunta.

—Sí. Si mis padres no vuelven antes de que… —Konstantin calla, busca las palabras adecuadas—. Mi hermana es muy pequeña y mi abuela, muy mayor. Llegará un momento en el que la abuela ya no pueda hacerse cargo de Moira. Al contrario, hará falta que alguien la cuide a ella. ¿Qué van a hacer si yo no estoy?

—No se quedarían solas, cuenta conmigo. Pero tus padres volverán antes. Seguro.

—Gracias.

No se abrazan, no saben hacerlo. En lugar de eso, Bonnie esboza una sonrisa incómoda y Konstantin asiente. Él duda, se pregunta si debería contarle a Bonnie todo sobre sus padres, Oot, el otro lado. Está a punto de hablar cuando ella se le adelanta:

—Está amaneciendo —observa—. Creo que hay unas cajas en alguna parte al fondo del jardín. Voy a buscarlas, a ver si nos sirven para que subas al cobertizo.

Konstantin Milosevic se queda solo en su templo. Cierra los ojos y disfruta del susurro de las hojas, que ahoga el runrún de la ciudad. Cuando los vuelve a abrir, descubre que a su alrededor las plantas se han oscurecido. Están cubiertas por flores negras, que se mueven, tiemblan, levantan el vuelo. Mariposas nocturnas de todos los tamaños que rodean a Konstantin y rozan su rostro con las alas.

—Vuestras primas diurnas solían acompañar a mi hermana —susurra él.

Revolotean en una dirección, le empujan. Konstantin se deja guiar

hasta el cobertizo. Entonces, al levantar un pie para dar otro paso, lo apoya en el aire y asciende en una espiral de mariposas. Su silueta, con los brazos caídos, la cabeza echada hacia atrás, la cara hacia el cielo, se recorta contra la claridad nocturnina de la ciudad, la luz anaranjada de las farolas, la contaminación luminiscente en el cielo. Konstantin Milosevic vuela sobre el cobertizo y hasta el alféizar de la ventana de Bonnie.

Ella vuelve sin la caja, reniega en voz alta porque no la ha encontrado y pierde el habla al ver a Konstantin ahí arriba.

—He volado hasta aquí —dice él, anticipándose a su pregunta.

Ella no lo entiende. Sigue la mirada de Konstantin cuando él contempla cómo las mariposas negras bajan en espirales al jardín, esquivan a Bonnie y se funden de nuevo con la vegetación.

—Adiós —dice Konstantin.

—No te despidas —protesta Bonnie, mientras escala al tejadillo—. Encontraremos la forma de que vuelvas a bajar. Tal vez podamos hacernos con una copia de la llave del jardinero.

Konstantin tarda un momento en entender que ella cree que se ha despedido del jardín.

—¿No las has visto? —Entran en la cocina y Bonnie le mira interrogante—. ¿No has visto las mariposas negras?

—No —responde ella—. Aquí no hay, menos mal. Son un presagio de muerte.

Los goznes de la ventana están oxidados, pero ella sacude la hoja y la cierra con firmeza.

Capítulo II

La Larva

Konstantin no se calla hasta que Moira ha salido de la cama. Después se va a su cuarto para vestirse. Su hermana es lenta porque está medio dormida; él, porque se mueve despacio y medita la elección de cada prenda. Una camiseta morada que le sienta especialmente bien, bonita y simple, arreglada pero informal en combinación con los vaqueros oscuros. Ropa interior gris plomo con una línea azul, un tono más claro que el de la camiseta. Una sudadera naranja oscuro que destaca sobre la tela vaquera. El cabello peinado, con un desorden muy cuidado, en el que ningún bucle está fuera de su lugar. Konstantin Milosevic es un adolescente extraordinariamente metódico y la imagen que proyecta al mundo es la de un adolescente extraordinariamente metódico, ni un poco más ni un poco menos.

La abuela aparece en la cocina, con los rulos puestos y su bata de flores, cuando ellos ya están terminándose respectivamente el café con leche y el cacao (Moira odia el café). Les da un beso y les desea que pasen un buen día antes de meterse en el baño.

—No me dejarán subir en la ruta escolar, así que iremos con el autobús urbano —expone Konstantin—. Tenemos que salir con algo de tiempo.

—Si llego tarde, no pasa nada —le tranquiliza Moira, quitándole importancia—. Tengo Matemáticas a primera hora.

—No vamos a llegar tarde.

Sin preguntar a nadie, Oot trepa por la espalda de Konstantin y se acurruca en la capucha de la sudadera. Desde ese puesto se siente importante mientras es transportado hasta la planta baja en el ascensor y después por la calle. Se está bien ahí dentro, es un nidito de algodón muy apañado. Los dos hermanos van cogidos de la mano y Moira está entusiasmada porque por fin va a poder introducir a Konstantin en el universo que ella habita a diario. Oot se aletarga con la voz de la niña, aunque procura no dormirse del todo. Es su primer

día en el otro lado y, aunque ellos aún no hayan comprendido del todo que en este lugar las reglas son distintas, él sabe que le van a necesitar.

En la parada del autobús hacen cola unas criaturas inmensas, con pelajes en una gama de colores tierra y grises. No son más de siete, pero logran ocupar toda la acera. Konstantin agarra un poco más fuerte la mano de Moira y se colocan detrás de ellas, a una distancia prudencial. Los seres bostezan, tienen los ojos medio cerrados. Sus cuerpos se tambalean. Parecen a punto de derrumbarse.

Llega el autobús y se detiene a tres metros de la parada. Las criaturas caminan con pasos lentos hacia la puerta. Konstantin y Moira las adelantan; una de ellas se gira deprisa, a una velocidad antinatural, agacha la cabeza dando una dentellada al aire y muestra, a pocos centímetros de la cara de la niña, tres hileras de dientes que se superponen. Moira chilla; Konstantin quiere tirar de su brazo para esconderla detrás de él, pero sus músculos lo traicionan. Por suerte, la criatura solo los estaba amenazando: se vuelve de nuevo hacia el autobús y sube al vehículo con movimientos pesados. Las demás van detrás; los niños esperan hasta que solo quedan ellos y se cuelan dentro cuando las puertas ya se están cerrando.

—Dos euros cada billete —dice el conductor del autobús.

Konstantin los paga y Moira recoge los dos pedacitos de papel que le tiende el hombre. Luego avanzan hacia el fondo del vehículo, que se pone en marcha. Moira sostiene a su hermano para que no pierda el equilibrio.

—Me vendrían bien las mariposas ahora —comenta él.

—¿Qué mariposas?

—Ahora te lo cuento. Vamos a sentarnos.

Las criaturas se han apoderado de todos los asientos. Algunas ocupan uno y medio, se desparraman sobre ellos. Moira busca a la menos amenazadora.

—Disculpe, ¿podría dejarnos su asiento? —La criatura la mira, sin responder—. Es que mi hermano está…

—Déjalo, Moira —interrumpe él, en voz baja—. Hay dos asientos libres ahí detrás.

Caminan un poco más, con cuidado, luchando contra la inercia que quiere derribarles en cada curva. Los huecos libres están junto a la ventana y la criatura que se interpone entre ellos y los niños se niega a moverse del sitio. Tienen que pasar sobre su regazo, manchándose las manos y las rodillas de una sustancia pegajosa en la que aquel ser está rebozado.

Konstantin saca un pañuelo de tela de su bolsillo. Es blanco y tiene bordadas las iniciales de su padre. Se limpia las manos con él; tiene que repetir el gesto muchas veces porque no es capaz de frotar

con fuerza.

—Esta mañana, antes de que saliera el sol, había mariposas en el jardín —explica, en voz baja—. Bonnie no las vio. Creo que pueden pertenecer al otro lado.

—Si estamos en el otro lado ahora, deberíamos llamarlo este lado —reflexiona Moira, arrugando la nariz—. Así que ahora el otro lado es el normal.

—Eso es un lío. Será mejor que los llamemos Primer Lado y Segundo Lado. Nosotros estamos ahora en el Segundo Lado.

La criatura que hay sentada delante de Moira les mira fijamente, sin el menor pudor. Está escuchando su conversación. Konstantin frunce el ceño, incómodo. Moira saluda con la mano, pero la criatura no responde ni aparta la vista.

—Qué raro que vieras mariposas —comenta Moira—. Hace aún mucho frío para ellas. Tienen que aparecer en primavera, como las flores. Sus colores no aguantan bien el invierno.

—No eran de colores. Eran negras.

Moira entorna los ojos, intrigada. A su alrededor hay una reacción inmediata. La criatura que les espía sin disimulo da un respingo y mira bruscamente hacia la ventana. El ser pringoso que está sentado a su lado lanza un gruñido de aprensión y se levanta con mucha dificultad para quedarse de pie en el pasillo, lo más lejos que puede de ellos. La radio del autobús crepita y se apaga.

—Mariposas de la muerte —espeta el ser que se ha levantado—. Ojos que vigilan en la oscuridad.

El autobús se detiene y todos los presentes dan un pequeño salto hacia delante. Konstantin se pone de pie y baja al pasillo, seguido por su hermana. Las criaturas se apartan, lo cual facilita la maniobra de salir del vehículo. Después de que Moira salte a la acera, las puertas de este se cierran pegadas a sus talones. El autobús se pone en marcha deprisa y se aleja de allí como si lo estuvieran persiguiendo.

Moira y Konstantin caminan dos manzanas hasta la puerta del colegio, que está cubierta de rejas de metal, como si fuera una jaula. Los dos entran juntos, pero una mujer alta, vestida con un babi azul, los detiene en la puerta.

—¿Y vosotros a qué clase vais?

—Yo voy a segundo A —dice Moira, con mucha dignidad—. ¿Y usted quién es?

Oot se ríe dentro de la capucha, pero por suerte la mujer del babi no le escucha.

—Yo soy su hermano —dice Konstantin—. Tengo que hablar con su tutora.

—Solo pueden entrar alumnos del centro.

Él frunce el ceño, irritado por las normas absurdas.

—¿Y si soy alumno del centro? —pregunta, desganado.

—¿A qué clase vas?

Moira y Konstantin cruzan una mirada.

—A sexto C —miente él.

—¿Cómo te llamas? —La mujer saca del bolsillo delantero del babi un fajo de listas y repasa los nombres.

—Víctor.

—No estás en la lista, Víctor. ¿Es tu primer día?

—Sí.

—Tendremos que hacerte un examen de nivel.

Konstantin la sigue por el pasillo lleno de niños y adultos; estos últimos son tan altos que es imposible distinguir sus rostros. Moira camina muy cerca de él, escondiéndose tras sus piernas.

—¿Es esto siempre así? —le pregunta Konstantin en un susurro.

—Solo en el Segundo Lado —responde ella.

Entran en un aula vacía, alargada, con un solo pupitre y estanterías llenas de pilas de papel blanco impreso. A un lado de la habitación, varias ventanas dan al patio. La mujer del babi cierra la puerta. Moira aprovecha para escabullirse y esconderse detrás de una estantería. Konstantin se sienta con parsimonia en la única silla, frente al pupitre, que le queda pequeño.

—El examen será sobre el realismo literario —anuncia la mujer del babi, con una sonrisa cruel.

Levanta una pila de papeles y la acerca amenazadora, pero antes de que pueda dejarla sobre el pupitre, Konstantin responde sin inmutarse:

—Vaya, pues esa corriente estética no es mi favorita, aunque suponga una ruptura con el romanticismo, que tampoco me entusiasma demasiado. Tengo que admitir que «la reproducción exacta, completa, sincera, del ambiente social y de una época», si puedo citar la descripción que dio la revista *Realismo* en el siglo XIX, me resulta un poco aburrida.

La mujer del babi se detiene, estupefacta, e intenta contener un gesto de contrariedad. Puede que sospeche que Konstantin es demasiado mayor para estar en sexto y por eso haya elegido un tema particularmente difícil para un niño de primaria, pero aun así no esperaba encontrarse con una respuesta tan clara. Se lo piensa dos veces y guarda de nuevo los folios del examen.

—¿Cómo sabes lo que es el realismo?

—Leí *La dama de las camelias* en una edición con un prólogo muy interesante sobre los inicios del realismo.

—Eres muy joven para leer *La dama de las camelias*. Estás mintiendo.

—Hay niños que con seis años son prodigios de las matemáticas.

¿Por qué no iba yo a entender la historia de Margarita?

—Esos niños son muy inteligentes. Si tú fueras como ellos, estarías con un ordenador o haciendo experimentos de física, no leyendo clásicos. Los genios no se interesan por las letras.

—Vaya. Hágame el examen entonces.

—Te lo haré de matemáticas. Así sabrás lo que es una materia difícil.

A Konstantin le gustan más las palabras que los números, pero se siente plenamente capaz de resolver cualquier problema matemático en un examen de primaria. Ha perdido el interés en discutir con la mujer del babi, porque su desprecio por las humanidades ha servido para caracterizarla como estúpida y él no tiene tiempo que perder, así que quiere dar el asunto por concluido lo más pronto posible.

—Oh, no —dice desapasionadamente—. De matemáticas no. Si me interesa la literatura es *evidente* que tengo que ser *del todo incapaz* de resolver un problema matemático.

La mujer del babi no entiende la ironía y aplaude, satisfecha. Le coloca delante una pila de folios, por lo menos seiscientos o setecientos, y agita un índice severo hacia él.

—Tienes cuarenta y cinco minutos —le advierte—. Utiliza un bolígrafo azul, cualquier otro instrumento significará el suspenso inmediato.

Sin esperar respuesta, sale del aula. Se oye cómo cierra la puerta por fuera, con llave.

—Un *bolígrafo* —repite Konstantin, con desdén.

Moira sale de su escondite y corre hasta la ventana.

—Podemos escapar por aquí. Será mejor que no te vea nadie o sabrán que eres mayor.

—Acerca la silla a la ventana.

Ella obedece y se encarama al mueble para alcanzar la manilla. Abre la ventana y se vuelve hacia su hermano.

—¿Puedes?

—Sí. —A él le costaría mucho responder negativamente a esa pregunta, así que, por defecto, va a decir que sí—. Ve tú primero.

Moira trepa al alféizar y salta por la ventana. El suelo no está demasiado lejos. Desde allí observa a Konstantin subir a la silla y seguir sus pasos, despacio pero con seguridad, sin utilizar sus manos en ningún momento. Baja al patio con ella, de un salto, y deja la ventana abierta.

—Tenemos que encontrar un escondite —dice Moira.

Por suerte, Moira no es ya una alumna de primero y conoce a la perfección los recovecos secretos del colegio. Conduce a Konstantin hasta un rincón apartado en la biblioteca, donde guardan los libros infantiles con moraleja que nadie lee nunca. Allí, junto a la pared y

entre dos estanterías de metal cargadas de historias, hay un sillón bajo de color naranja en el que Konstantin puede acomodarse. Moira está encantada de ayudar a su hermano y también de perderse la clase de Matemáticas.

—Vete ya —dice Konstantin, cortándole el rollo de forma implacable—. Pídele a Claudia la goma y vuelve en el recreo.

Moira se marcha a regañadientes. Él se queda allí con Oot, lee *El pequeño lord Fauntleroy* y otras historias de niños ejemplares que llaman a su madre «querida mamá» y dicen cosas como «mucho me temo que no podré tomar postre, pues tantas verduras me han satisfecho», y se ríe por lo bajo.

Poco después de que suene el timbre que anuncia el principio del recreo, Moira se asoma por el extremo del pasillo entre las estanterías. Trae un semblante muy serio y hace una pausa dramática antes de hablar.

—Kosta —pronuncia, en voz baja y solemne—. Ha corrido el rumor de que mi hermano mayor está aquí y hay una niña que quiere verte.

—¿Para qué?

—Quiere pedirte un favor… Ayuda con un problema que solo alguien mayor podría solucionar…

—Haz que pase.

Oot se revuelve en la capucha, pero Konstantin encoge un hombro como aviso para que se quede quieto. Moira se marcha y reaparece con Sara, una niña de sexto de primaria. Konstantin aparta el libro y le hace un gesto a su hermana para que lo coloque de nuevo en el estante.

—Konstantin Milosevic, qué pasa —saluda haciendo una graciosa reverencia de baile clásico—, me llamo Sara y estoy sufriendo una injusticia. —Se queda de pie frente a Konstantin y sacude la cabeza para que sus dos trenzas oscuras se coloquen detrás de sus hombros menudos—. Moira me ha hablado de ti.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que eres capaz de lograr cualquier cosa que te propongas. Que en vuestro edificio la presidenta de la comunidad es tu marioneta y tienes todos los votos en las asambleas. Que siempre consigues que la abuela compre helado del que prefieres tú.

—Todo es verdad. Cuéntame qué quieres de mí.

—En este colegio se elige cada año un representante de alumnos. Esta persona es la que habla con los profesores y la directora de cualquier tema que afecte a todos los niños. Se le pueden pedir cosas o contarle problemas y el representante ayuda a todo el mundo. Yo me presenté este año como candidata, y parecía que iba a ganar porque siempre me preocupo por los demás y la gente lo sabe.

—Es cierto —secunda Moira.

Konstantin asiente en su dirección.

—Mi contrincante, Felipe, solo quiere ser representante de alumnos para saltarse las clases cuando haya reuniones. Es todo lo que le importa y todo el colegio lo sabe.

—Y, sin embargo, te ha vencido en las urnas —adivina Konstantin.

—Sí, Konstantin Milosevic.

—¿Cómo se las ha ingeniado?

—Ha hecho trampas. Él y sus amigos metieron un montón de votos falsos, pero como los profesores nunca lo revisan, ha ganado de todas formas. Ayúdame, por favor, Konstantin Milosevic —suplica Sara—. Ayuda al colegio entero.

Konstantin reflexiona un momento en silencio y nadie se atreve a interrumpirle. Después saca del bolsillo de los vaqueros un teléfono móvil.

—Está bien. Te ayudaré —afirma—. Algún día podrás devolverme el favor.

Sara asiente fervorosamente. No sabe en qué podrá ella ayudar a Konstantin, pero está encantada de aceptar el trato.

—Claro, Konstantin Milosevic. Pero, dime, ¿cómo harás para ayudarme?

Él sonríe.

—Deja que haga una llamada.

Es fácil encontrar en internet el teléfono del colegio. Konstantin aguarda hasta que la conserje atiende la llamada. Explica que es el padre de «Alba» y que necesita hablar con la directora, la señora Suárez. Hay unas setecientas Albas en cada colegio del mundo, así que la mentira cuela. Konstantin espera mientras se traspasa la llamada, después saluda a la directora y, sin presentarse, le comunica que ha habido un caso de fraude en las elecciones de representante de alumnos. También dice que es una vergüenza que se toleren estas cosas y pregunta si este es el ejemplo que se quiere dar a los niños. No le parece bien que su hija pueda acabar con la idea de que la presencia de gente corrupta en posiciones de poder es tolerable. La directora se deshace en disculpas, asegura que no tenía noticia de este problema y que se procederá a hacer un recuento de los votos cotejándolos con las listas de alumnos. Luego le pregunta cómo se llama y de qué alumna es padre, pero Konstantin solo dice:

—Espero que se tomen medidas cuanto antes. Si no, volverá a saber de mí. Buenos días. —Y cuelga el teléfono.

Sara da saltos de alegría.

—¡Has estado genial! Muchísimas gracias.

—De nada —concede Konstantin, muy calmado.

Moira escolta a Sara hasta la entrada de la biblioteca y regresa con una niña de su edad, Claudia. Tiene grandes ojos castaños; expresan una sensibilidad que choca con el aura de entereza insolente que rodea a la chica por lo general. En este momento, sin embargo, se muestra contrita. No hay necesidad de disimular delante de los hermanos Milosevic.

—Tenemos un problema —anuncia Moira en tono sombrío—. A Claudia le han robado el estuche.

Los ojos de Konstantin se abren un poco más de lo normal y él ladea la cabeza, en un gesto que pide explicaciones. Claudia suspira, derrotada. Se resigna a su destino.

—Lo siento. Tendría que haber guardado mejor la goma. No lo he podido evitar.

—No pasa nada. —Moira le perdona la vida—. Tendremos que recuperarlo.

Claudia vuelve a disculparse y sale corriendo de la biblioteca.

—Kosta, tengo otro mensaje para ti —dice Moira—. Un niño de cuarto que se llama Alfredo te quiere ver. Dice que tiene un negocio que proponerte.

—Hazle pasar —dice Konstantin con hastío. Empieza a cansarle este juego.

—Se ha ido ya. Dice que te esperará en el baño de los chicos del piso de abajo.

Oot sale de la capucha, refunfuña y sacude los bigotes. Se le han dormido las patitas, así que las saca una a una y las estira un poco.

El recreo dura menos de lo que a todos les gustaría, así que tienen que actuar deprisa. Celebran un pequeño concilio allí mismo y esbozan una estrategia. Después, Moira, con Oot escondido en la chaqueta del uniforme, acompaña a Konstantin al baño del piso de abajo, guiándole por los atajos menos transitados para reducir el riesgo de que los profesores le pillen.

—¡Voy a entrar en el baño de chicos! —Cruzar la barrera de la puerta va en contra de todas las leyes del colegio y de la sociedad, y a Moira parece encantarle.

—Es un baño —responde Konstantin, inexpresivo—. Uno como cualquier otro. En las casas de la gente va todo el mundo al mismo baño y a nadie le pasa nada. Venga, vamos. Si entra alguien, le dejamos que se ocupe de sus asuntos y nosotros nos centramos en los nuestros…

Cuando están a unos pasos de la puerta, esta se abre. Sale una niña alta, que tuerce hacia el otro lado del pasillo sin ver a Konstantin y a Moira y se aleja con gesto desenvuelto. Konstantin lanza una mirada de reojo a su hermana.

—Parece que no vas a ser la primera —señala.

—Esa es Anita —comenta Moira, con el ceño fruncido—. Es la jefa de las populares. ¿Qué se le habrá perdido ahí?

—Da igual. Nosotros a lo nuestro. —Konstantin no tiene tiempo para el mundo del cotilleo escolar.

El baño tiene el suelo encharcado, hay algún grifo roto. Se oye el fluir del agua y todo huele a los agresivos productos de limpieza que utilizan en el colegio. Moira se arrima un poco más a Konstantin, con ademán protector de guardaespaldas competente. Él la mira de reojo y no hace ningún comentario.

—¿Hola? —llama.

La puerta de uno de los cubículos, el del fondo, el más grande y ambicionado, se abre. Salen tres chicos, todos ellos de quinto, de esos que juegan a las cartas en un rincón del patio del recreo. El más grande es Alfredo. Lleva gafas y frunce la nariz para subírselas, el esfuerzo de levantar la mano para hacerlo es un gasto inútil de energía para él.

—Milosevic —saluda—. Gracias por reuniros conmigo.

—Podríamos haber hablado en la biblioteca —responde Konstantin.

—Prefiero hablar con vosotros aquí, ni en vuestro territorio ni en el mío. Es lo más apropiado para este asunto.

—¿Hay algún problema?

—No, no. Solo negocios.

Alfredo pasea por el baño, sus deportivas hacen chuf chuf sobre el agua. Konstantin, Moira y los otros dos chicos no se mueven, pero le siguen con la mirada. Konstantin se queda quieto, coge aire, lo exhala lentamente, ladea un poco la cabeza. Está muy relajado o eso parece.

—¿De qué se trata?

—Dicen que tienes poder en las altas esferas de este colegio.

—¿Quién lo dice?

—Se comenta que estás detrás del ascenso al poder de la representante de alumnos —continúa Alfredo, sin responder—. ¿Es así?

—Puede ser.

—Me gustaría que utilizases tu influencia para garantizar la seguridad de mi empresa —solicita Alfredo—. Por supuesto, querría compartir beneficios a cambio. No contigo, porque sé que ya no operas en el colegio, pero sí con tu hermana.

—Deja de intentar comprarnos y cuéntanos qué es lo que tienes entre manos. No tengo todo el tiempo del mundo.

Alfredo se detiene delante de él y le lanza una mirada calculadora.

—Se trata de unos cromos de fútbol que queremos vender a los niños de primero y segundo. Los fabricamos nosotros, son casi iguales a los auténticos.

—¿Cromos falsos? —interviene Moira—. Los pequeños no querrán comprároslos a vosotros. Sabrán que son copias. Vosotros nunca os habéis interesado por ese tipo de mercancía.

Alfredo suelta una carcajada comedida.

—No los venderemos nosotros personalmente. Lo harán los futbolistas, a cambio de un porcentaje de las ganancias. Los peques se fiarán de ellos porque son expertos en el tema… Y además tienen esa absurda admiración por ellos. —Y se encoge de hombros como quien lo tiene todo controlado.

Moira desvía la mirada y suelta un bufido displicente. Konstantin parpadea, pero no altera su expresión.

—Nos hemos reunido contigo porque creo que eres un chico serio y te respetamos —dice, en tono sosegado—, pero tenemos que responder que no. La estafa es un negocio sucio… —Alfredo va a protestar, pero Konstantin le hace callar con un movimiento discreto de su mano—. No, no, los negocios ajenos nos son indiferentes. Puedes dedicarte a ello si quieres.

—Los niños estarán contentos con estos cromos, que no podrían conseguir al precio normal —insiste Alfredo, que no sabe reconocer una negativa firme—. ¿Sabes cómo son las pagas de los niños de primero y segundo? Ínfimas. ¡Ínfimas, te digo! No es justo que no puedan tener cromos por ser pequeños. A ellos les da igual que sean auténticos o falsos…

—No dudo que tu negocio irá muy bien y te felicito —le corta Konstantin—. Pero nosotros no tomaremos parte en él. Gracias.

Hace un gesto a Moira y ella le abre la puerta. Las de los baños son muy pesadas.

Dan un rodeo largo de vuelta a la biblioteca, porque no se fían de Alfredo y sus compinches. Hacen bien, porque según han salido del baño, el líder de los jugadores se ha subido las gafas moviendo la nariz, ha entornado los ojos y ha dicho:

—Acabad con ellos.

Entonces, uno de los chicos que le acompaña, Jacinto, le ha dado una buena torta al otro, Armando. No ha sido fuerte, solo lo suficiente para que a este se le salten las lágrimas y se le ponga la mejilla colorada. Es justo como tiene que estar para acercarse a la profesora que está de guardia, interrumpir sus gritos desanimados («¡Paula, baja del árbol! ¡Enrique, si tengo que llamarte la atención una vez más, vas a la directora! ¡Pepi, basta ya de cantar! ¡Prohibido saltar a la comba! ¡Nada de reírse! ¡Ya está bien de tanto juego!») y decirle:

—Profe, ¡me han pegado!

—¿Quién ha sido? ¡Que vaya al despacho de la directora!

—Un chico mayor, como de instituto. Konstantin Milosevic. Se ha colado en el colegio y está metiéndose con los niños…

A la profesora se le salen los ojos de las órbitas. Con los largos brazos arrastrándose por el suelo, se desliza hacia la conserjería con la determinación de un iceberg en el océano. Pronto se oye por megafonía:

—Atención, atención. Tenemos un intruso. Es Konstantin Milosevic y es peligroso. Si alguien lo ve, que dé la voz de alarma. Hay que tomarlo preso. Konstantin Milosevic, será mejor que te entregues o habrá consecuencias.

Y tras un momento de duda, la voz añade:

—Konstantin Milosevic, por favor, acude al despacho de la directora inmediatamente. Muchas gracias.

Cincuenta y dos docentes altos como árboles, con caras imposibles de distinguir y movimientos implacables, salen de la sala de profesores como un ejército sombrío. Se desperdigan por los pasillos, cubriendo toda la zona.

Konstantin echa a correr detrás de Moira. Lo odia, porque sabe que, si se cae, sus brazos no tendrán fuerza para sostenerlo o proteger su rostro. Se sabe vulnerable y lo lleva mal. El pasillo se alarga delante de ellos. Se oye un aullido. Un profesor ha doblado la esquina y les ha visto. Su voz es como una sirena que resuena en todo el colegio. Pronto aparecen más, por las escaleras, saliendo de las clases, detrás, delante, en todas partes.

—P R O H I B I D O C O R R E R P O R L O S P A S I L L O S —braman a coro.

Konstantin y Moira son más rápidos, pero ellos son más numerosos. Los acorralan.

—¡Kosta! ¡Por aquí!

Moira se ha adelantado y le hace señas desde una de las salidas de emergencia. Konstantin cambia de rumbo. Una gigantesca figura se interpone entre ellos y la salida. Lleva el uniforme blanco y vaporoso del personal de limpieza.

—P R O H I B I D O U S A R L A S S A L I D A S D E E M E R G E N C I A —brama.

—Se trata de una emergencia —grita Moira.

—S I N E X C E P C I O N E S.

Moira se tira al suelo y resbala por entre las piernas de la colosal criatura. Konstantin no es tan ágil ni quiere arriesgarse a romper sus pantalones; pasa junto a ella, aprovechando la distracción, y esquiva con gracia la fregona con la que esa persona intenta golpearle.

Los dos traspasan el umbral y Moira se apresura a cerrar la puerta. Los profesores y el personal de limpieza se agolpan contra el cristal, ululando su disgusto y estupor.

—No pueden pasar, va contra las normas —dice Oot—. Pero enseguida encontrarán otro camino. Será mejor que nos marchemos de

aquí.

—Yo conozco un escondite —asegura Moira.

Bajan las escaleras de incendios hasta el patio de cemento que conduce al gimnasio. Allí, al fondo, en un recoveco que no lleva a ninguna parte, hay un lugar tranquilo y recogido. Konstantin apoya la espalda en la pared y se deja caer, despacio. Respira, hunde la cabeza para reordenarse el cabello, se recompone.

—Ha estado cerca —admite.

—Alfredo nos ha delatado —Moira aprieta los labios. Su expresión deja claro que el traidor no saldrá indemne.

Konstantin sacude la cabeza, pensativo, y se acaricia los labios con el dedo índice. Está estudiando sus opciones, pero Moira es más rápida que él:

—No puedes salir de aquí, Kosta. Es demasiado peligroso. Déjalo en mis manos.

Él aún no ha recuperado el aliento. Le duelen el pecho y los brazos, correr no ha sido buena idea. Asiente.

—No asumas riesgos innecesarios —dice. Y cuando Moira se marcha, añade, dirigiéndose a Oot—: Ve con ella y mantenme informado.

—¿Quieres que la vigile?

—No, Moira sabe lo que hace. No interfieras. Solo quiero saber qué es lo que pasa sin que ella tenga que estar yendo y viniendo.

—Muy bien. —Oot sale dando brincos detrás de la niña. No sabe en qué momento se puso a las órdenes de los hermanos Milosevic, pero no le inquieta demasiado.

Moira mira a un lado y a otro al cruzar la puerta de la salida de emergencia. Las criaturas altas se han marchado ya.

—Están de caza —murmura para sí misma, con cinismo—. Oot, tengo que pedirte un favor.

El hurón suspira. Habrá más oportunidades de demostrar sus dotes de perseguidor discreto y silencioso. Escucha atentamente las instrucciones de la niña y sale disparado escaleras arriba.

Moira trota hasta la puerta del patio y sale al exterior con aire despreocupado. Se acerca a la zona de la fuente en busca de una botella de plástico vacía; la gente suele dejarlas en el alféizar de una de las ventanas que dan al patio, porque en esa esquina no hay ninguna papelera y los niños son demasiado vagos como para acercarse a la siguiente. En este momento, a Moira le viene bien el vandalismo de sus compañeros. Toma una botella, la rellena en la fuente y se acerca, con ella abierta, a la zona techada en la que se sientan los jugadores con sus cartas. Allí está Alfredo, con esa mueca tan característica, concentrado en una partida.

—Eh, Alfredo. —Moira salta a la pata coja, como si estuviese

jugando a la rayuela.

—Moira Milosevic —saluda él, sin apenas levantar la vista—. ¿Qué tal está tu hermano?

Ella se acerca mucho, hasta casi pisar las cartas, se detiene, se balancea sobre sus propios pies.

—¿A qué estáis jugando?

—Cuidado, Alfredo, no vaya a mojar las cartas —advierte una jugadora.

—Ni se te ocurra —amenaza Alfredo.

No sabe que si las cartas se estropean será solo un daño colateral, porque el objetivo de Moira no ha sido ese en ningún momento. Espera a que Alfredo se incorpore un poco para mirarla, irritado, y entonces no duda: vacía la botella en su entrepierna, empapando sus pantalones. Alfredo grita. La jugadora que está frente a él se apresura a salvar todas las cartas que puede. Moira echa a correr, pero los jugadores son más rápidos que ella y le agarran las piernas. Cae al suelo con un golpe sordo, suelta un quejido. Se ha arañado los codos y la barbilla, pero el dolor es soportable y no le impide luchar contra sus captores.

—Vete a la enfermería —le aconsejan sus amigos a Alfredo.

—No dejéis que se vaya —ordena él.

Moira sigue forcejeando mientras él se aleja corriendo hacia las escaleras. Hacen falta tres niños mayores para reducirla.

—¡No te va a servir de nada! ¡No les quedan pañales!

Tiene razón cuando dice que Alfredo no va a ganar nada acudiendo a la enfermería. La enfermera, un ser lánguido y malhumorado, no es capaz de hallar la muda de repuesto que se guarda allí para casos como este. Es imposible que la encuentre porque, en ese mismo instante, Oot la está enterrando, dentro de la bolsa de plástico en la que estaba guardada, en el cajón de arena del patio de Infantil.

—Ya somos muy mayores para hacernos pis encima —gruñe la enfermera, que tiene esa inquietante costumbre de algunos adultos de hablar en plural de la primera persona a los niños—. Si nos sigue pasando, habrá que ponernos siete inyecciones, para ver si aprendemos.

—No me he hecho nada encima —protesta Alfredo—. Ha sido Moira Milosevic, me ha echado agua con una botella.

—Hay que ver, si es que somos capaces de inventar cualquier tontería antes que admitir que hemos tenido un accidente —dice ella, encorvándose para acercar su cara plana y sin rasgos a Alfredo. A él se le pone toda la piel de gallina—. No podemos quedarnos así. Habrá que llamar a papá y mamá.

Le obliga a quedarse de pie junto a la conserjería, expuesto a las

risas de los niños que pasan por delante y señalan sus pantalones mojados, hasta que por fin llega su padre y se lo lleva de allí en coche. Y así queda Alfredo eliminado de la ecuación.

Entre tanto, los jugadores de cartas han llevado a Moira hasta la fuente y le han empapado el pelo y la ropa. Después la liberan y ella se aleja, sacudiéndose como un perro. No le molesta demasiado ni el agua ni la ignominia: ha conseguido lo que quería y eso es suficiente.

Al pasar cerca del centro del patio, donde los que juegan al fútbol campan a sus anchas, oye mencionar el nombre de Konstantin, así que, haciendo gala de una valentía sin límites, avanza de columna en columna, procurando no ser vista, hasta estar lo bastante cerca para espiar la conversación.

—Vaya pringado —dice Jaime—. Yo cuando esté en el instituto no volveré al colegio ni aunque me paguen.

—Dicen que él consiguió que Sara sea la representante de alumnos —comenta Aitana, una de las delanteras.

—No será verdad. Ahora está escondido por ahí, porque Alfredo alertó a los profesores. Qué máquina. Los ha puesto a todos detrás del rastro del Moluscovic ese.

—Le pillarán rápido porque es paralítico o algo así.

A Moira le fastidia aquello sobremanera, pero un bufido de Oot, que acaba de llegar y está en el suelo junto a ella, la distrae y le ayuda a contener la furia. El hurón señala con una de sus patitas en dirección a Jaime, y Moira enseguida entiende lo que pasa. El chico está jugando con un bolígrafo azul de purpurina que está segura de que es de Claudia. Ese miserable debe de ser quien ha robado el estuche.

Todos los niños del colegio saben que Jaime husmea en el ordenador de su madre, que es la profesora de Inglés, y copia los exámenes para poder pasárselos a sus compañeros de distintos cursos a cambio de un módico precio en golosinas. Las leyes no escritas del colegio impiden que un alumno se chive. La sola idea es abominable. Sin embargo, Moira está muy enfadada, así que decide tomar medidas radicales. Busca a la madre de Jaime, que por suerte está haciendo guardia en la cafetería, y se lo cuenta todo. Ella confía en su hijo, pero revisa su mochila y su pupitre y descubre las pruebas del delito.

La reacción es aterradora. Se hincha de rabia, se convierte en un globo inmenso y letal que surca el aire por el pasillo y el patio. Levanta a Jaime del suelo.

—C Ó M O T E A T R E V E S —dice haciendo un gorgorito.

Los niños contemplan horrorizados el hundimiento del líder de los futbolistas y después miran a Moira. Todos saben que ha sido ella.

—Tienes que marcharte de aquí —murmura Oot, que ha subido de un salto al hombro de la niña—, antes de que te linchen.

Moira ya era consciente de esto y se da la vuelta sobre la marcha

para desaparecer del patio. Los futbolistas murmuran entre ellos. Desde su atalaya junto al cuello de Moira, Oot ve cómo algunos jugadores de cartas se acercan corriendo y hablan con ellos. Los distintos grupos están aliándose. Esto no puede significar nada bueno.

Una futbolista echa a correr y adelanta a Moira. Se detiene junto a la puerta de entrada al colegio. Moira no la pierde de vista, por si intenta interceptarla, pero la chica se recuesta contra la pared.

—Escucha —le dice.

—No te detengas —aconseja Oot.

—Eres Moira Milosevic, ¿no? —dice la futbolista. Moira la mira y ella sonríe—. Pues que sepas que no eres la única que sabe chivarse. Tu hermano está en la sala de profesores…

—Vámonos —insiste Oot.

Entran al edificio, ni la futbolista ni los demás niños hacen nada por impedirlo. Moira camina despacio por el pasillo hasta que ya no pueden verla y entonces echa a correr hacia las escaleras. Sube los escalones de dos en dos hasta el segundo piso. Allí está la sala de profesores.

—Será mejor que no entres conmigo —indica Moira. Oot asiente y baja de su hombro.

—Buena suerte —desea.

Ella asiente, sin mirarle, toma aire y entra en la sala de profesores. Varios pares de ojos se clavan en ella.

—P R O H I B I D O E N T R A R E N L A S A L A DE P R O F E S O R E S —braman a la vez.

No hay salvación para Moira. La apresan y se la llevan por el pasillo, mientras ella forcejea.

—¡Era una trampa! ¡Dile a Konstantin que lo siento! —grita.

Oculto detrás de una maceta, Oot espera hasta que el área está despejada y después se escabulle escaleras abajo.

Konstantin sigue en su escondite, con la espalda apoyada en la pared y los ojos cerrados. No duerme; se pone recto en cuanto oye llegar a Oot y le interroga con la mirada.

—Necesito tu ayuda, Oot —dice cuando el hurón termina de exponer los acontecimientos—. Tendrás que llevar un mensaje mío a la representante de alumnos. Dada tu forma actual, puede que esto sea difícil. Si te parece demasiado, dímelo y buscaré la manera de hacerlo yo mismo...

Oot se queda inmóvil sobre sus patas traseras. Sus bigotes tiemblan ligeramente.

—¿Por qué me ofendes, Konstantin Milosevic? Nunca os he fallado. ¿Por qué me ofendes?

—Está bien. Ve a hablar con Sara. Nos debe un favor. Pídele que convenza a los jefes de todos los grupos del patio para que se reúnan

conmigo en el baño de chicas dentro de cinco minutos.

Observa cómo Oot sale corriendo con agilidad y aprovecha el tiempo que tiene hasta que comience la reunión para ponerse en pie, estirarse y dar un pequeño paseo. La mañana es clara y luminosa. Desde ese patio posterior, puede ver los árboles de una plaza colindante, al otro lado del muro. Konstantin se pregunta si antes, cuando aún era bueno trepando, habría podido salir y entrar del colegio por allí. De pronto, un movimiento blanco entre las hojas. Konstantin se sobresalta.

Una lechuza le mira, a plena luz del día. Ulula suavemente y revolotea hasta el muro. No se detiene allí; entra en el colegio. Se posa en la barandilla de las escaleras.

—¿No es muy tarde para que estés aquí, Konstantin Milosevic? —pregunta el ave.

Konstantin parpadea despacio, se toma unos segundos antes de responder.

—También es muy pronto para que estés despierta tú. O muy tarde.

—Las dos cosas —responde la lechuza—. Y sin embargo, yo no tengo prisa alguna. Las lechuzas vivimos mucho tiempo.

—Dos años —responde Konstantin—. ¿No?

—Puede ser mucho tiempo si se utiliza bien.

El pájaro alza el vuelo y asciende hasta confundirse con el cielo, que está tan claro que parece blanco. «Reconozco el batir de las alas, sonido temeroso», piensa Konstantin. No es capaz de recordar dónde ha oído esas palabras antes, aparecen en su mente.

No puede detenerse a pensar en ello porque ya es la hora. Sube las escaleras y se dirige al baño de chicas. Ha esperado diez minutos, dispuesto a entrar allí el último, y al llegar saluda a los tres presentes con un movimiento de la cabeza. Son Susana, de los futbolistas; Carlos, de los jugadores, y Anita, de las populares Konstantin esconde su asombro al ver a esta última.

Por supuesto. Estaba claro que ellas tenían algo que ver en todo este asunto. Tenía que haberse dado cuenta antes.

—Tenemos que resolver este conflicto —declara, muy tranquilo—. No podemos seguir chivándonos unos de otros. La venganza no traerá nada bueno…

—Es fácil para ti decirlo, Konstantin Milosevic —acusa Susana—. Jaime está castigado de por vida, pero tú sigues aquí.

—Sí, y a Alfredo se lo han tenido que llevar a casa —añade Carlos.

Konstantin asiente, con aire de pesadumbre.

—Eso es cierto, y lo lamento. Fijaos a dónde nos ha conducido la enemistad. Nada de lo que pueda decir nos devolverá a Jaime o a Alfredo, pero sí podemos evitar meter a más compañeros en

problemas.

Anita chasquea la lengua y se cruza de brazos.

—Hablemos claro. No queremos que te interpongas en nuestro negocio de los cromos falsos. Es algo que a la larga nos beneficiará a todos, y tú, Konstantin Milosevic, ya no estás en el colegio. No tiene por qué afectarte a ti.

—Lo único que dije es que no quiero participar —se defiende Konstantin—. Ni yo ni mi hermana tendremos nada que ver en ese asunto. Pero no me entrometeré ni seré un obstáculo para vosotros. Lo podéis dar por seguro.

—Es todo lo que pedimos.

Los cuatro asienten.

—Bien. Ahora que nos estamos poniendo de acuerdo —dice Konstantin, suavemente—, habéis tendido una trampa a mi hermana y ahora la tienen secuestrada los profesores. Me gustaría que la liberaseis.

—Podemos arreglar eso —asegura Carlos, el jugador.

Los cuatro chocan las manos para sellar el acuerdo y, a continuación, abandonan uno a uno el baño. Konstantin sale el último y toma un camino distinto en dirección al gimnasio. Va con cuidado, atisbando al llegar a cada esquina para no encontrarse por sorpresa con un profesor.

—¡Hey! ¡Kosta! —Moira da saltos de alegría, disfruta de su libertad recién recuperada—. ¿Estás bien?

—Solo un poco cansado.

—Siéntate un momento. Ven. —Moira sabe que la clase del fondo está abierta siempre, porque la profesora de Ética nunca se acuerda de cerrarla. Guía a su hermano hasta ella y los dos se acomodan en la última fila—. ¿Dónde está Oot?

—Le he perdido la pista. Escucha, Moira. He tenido una reunión con los jefes de los grupos implicados en la estafa de los cromos falsos… y me he enterado de algo importante. Quien está detrás de todo esto no son los jugadores en realidad, sino las populares. ¿Sabes qué pueden estar ganando ellas en todo esto?

Moira lo medita un momento.

—Si los futbolistas no están acaparando el patio, sino vendiendo cromos, entonces ellas podrán tomar el sol —aventura—. Llevan queriendo quitarles de en medio desde principios de curso.

—Debe de ser eso. Ahora hemos pactado con ellos la paz, pero no me fío nada. Creo que Anita, la popular, sigue pensando que somos una amenaza para su negocio. Es probable que intente hacer algo contra nosotros. Ya ha dejado claro que a mí no me tiene en cuenta, porque no vengo todos los días, así que tú eres su objetivo. Si en algún momento las populares te invitan a una reunión, será con toda

seguridad una trampa. No vayas. Y ten en cuenta que quien te haga llegar el mensaje de Anita será el traidor…

La puerta de la clase se abre de golpe e interrumpe su conversación. Es la profesora de Ética, que empieza a emitir esa sirena de alarma que atraerá al resto de los docentes. Konstantin se pone en pie de un salto, pero no tarda en darse cuenta de que esta vez no hay escapatoria.

—¡Kosta!

—Moira, escóndete —susurra él.

Ella obedece enseguida. La atención de la profesora está concentrada en el intruso y pasa por alto a la niña.

Con un suspiro, Konstantin camina hasta la puerta.

—Está bien, está bien. No hace falta que vengan todos. Me doy por apresado.

—A L D E S P A C H O D E L A D I R E C T O R A —ruge la profesora.

—Muy bien —responde él, y sale del aula con dignidad.

El pasillo está repleto de docentes, pero ninguno de los más de cincuenta se acerca a Konstantin. Él avanza sin inmutarse, disfrutando del perímetro vacío a su alrededor. Moira espera a que todos se encaminen al despacho de la directora y les sigue después. En el recibidor del colegio, frente a la puerta de la secretaría, hay una congregación de alumnos que han acudido a presenciar la detención de Konstantin Milosevic.

Claudia, la amiga de Moira, se coloca junto a ella y le rodea los hombros con el brazo. La comitiva desaparece dentro del despacho de la directora, que se cierra tras los últimos profesores. Los niños permanecen allí, pero comienzan a charlar en corrillos.

—Hay alguien que quiere hablar contigo —susurra Claudia al oído de Moira.

Ella se tensa, pero intenta disimularlo. Han sido amigas durante mucho tiempo, desde el primer día de Infantil.

—¿Quién?

—Sara.

El corazón de Moira se ha desbocado, pero la expresión de su rostro no lo deja entrever.

—Si está aquí, dile que venga.

Claudia asiente y se retira. Algunos niños se acercan para decirle a Moira que lamentan lo que le ha pasado a su hermano. Ella agradece las palabras amables y espera allí hasta que Claudia regresa con la representante de alumnos, Sara.

—Siento mucho que Konstantin esté pasando por esto —dice Sara —. Me ayudó y no lo he olvidado… Como ves, conseguí que todos acudieran a la reunión que él quiso convocar…

—Sí, muchas gracias por eso —responde Moira.

—Estos son tiempos muy complicados —suspira Sara. Hace una pausa antes de añadir—: Como sabe que somos amigas, Anita ha hablado conmigo. Le gustaría conocerte y discutir unos asuntos. Dice que te encuentres con ella en la biblioteca. Está esperándote allí.

Moira asiente.

—Está bien. Gracias, Sara.

—Nada. Cualquier cosa que necesites, ya sabes.

Se aleja y Claudia la contempla con el ceño fruncido.

—No me gusta esto —admite.

Moira no tiene tiempo para dar explicaciones. Echa a andar y deja atrás a su amiga. La detención de Konstantin ha armado un gran revuelo y, aunque ha estado bien que se dejase caer por allí para demostrar a sus enemigos que no se deja amilanar, no es buena idea quedarse demasiado rato.

Ya en el pasillo, Moira se da cuenta de que Oot está trotando a su lado.

—¿Dónde estabas?

—He estado hablando con unas niñas de tercero. Me han contado algo muy interesante.

—Cuéntalo cuando estemos con Kosta —propone Moira—. Si no, lo tendrás que decir dos veces y la segunda será muy aburrida para mí.

—¿Y cuándo vendrá Konstantin? —preguntó Oot, impaciente.

—Está en el despacho de la directora —dice Moira—. Le atraparon hace un rato. Pensaba que todo el colegio estaba allí.

—No todo. Estas niñas estaban en la biblioteca cuando ha entrado un grupo de populares, que se han instalado en los sillones de la entrada y se han quedado ahí, bloqueando la salida. Las niñas no se han atrevido a salir por miedo a que las populares creyeran que las estaban espiando. Es entonces cuando nos hemos hecho amigos.

—Anita estaba esperándome —dice Moira, sombría.

—Ah, ¿lo sabías? Esa era otra cosa que te quería contar. De todos modos, ya no está en la biblioteca. Por fin se marcharon y pudimos salir nosotros.

—¿Sabes dónde está ahora?

—Las populares han vuelto al patio…, pero Anita no estaba con ellas. —Oot se detiene y mira a Moira con seriedad—. Moira, no irás a hacer una tontería, ¿verdad? No debes ir a buscar a Anita. Es muy peligroso.

—No, no… Solo quiero saber qué se trae entre manos.

Oot no se atreve a contradecirla, aunque su expresión muestra descontento. Disgustado, se marcha hacia el despacho de la directora. Una pena, porque, para compensar su escasa vista, el olfato de los

hurones es muy bueno (aunque nadie lo diría teniendo en cuenta lo mal que huelen ellos mismos) y, si él hubiese seguido el rastro de Anita, la habrían encontrado mucho antes y no después de un buen rato y encima por sorpresa, sentada en las escaleras traseras, abrazada a Carlos, el jugador, con los dedos de las manos entrelazados.

Moira se queda helada en el sitio. Aquello es inaudito.

—¡¿Sois *novios*?! —exclama Moira, sin poder contenerse, con una mezcla de fascinación y repugnancia.

Anita y Carlos dan un brinco y separan las manos.

—¿Qué haces ahí? ¡Fuera! —chilla Anita. La niña echa a correr escaleras arriba, horrorizada, pero entonces la jefa de las populares se lo piensa mejor y la llama—. ¡Espera, espera! ¡Moira! No te vayas.

Moira asoma la cabeza por el hueco de la barandilla.

—¿Os dais *besos*? —pregunta, en el mismo tono de antes.

Anita levanta una mano con un movimiento circular y cierra los ojos un momento, en un ademán copiado a su madre que significa que no va a dedicar un segundo siquiera a responder a lo que le acaban de decir.

—No quiero que esto salga de aquí. Carlos y yo lo contaremos a todos cuando nos dé la gana, pero no antes. ¿Lo pillas?

—Compra mi silencio —dice rápidamente Moira.

—¿Qué quieres?

—Paz entre nosotras. Y también estoy buscando el estuche de Claudia. Alguien lo ha robado. Creo que fue Jaime.

—No se hable más. Yo puedo darte ambas cosas, pero a cambio, me prometes que no habrá ni un solo cotilleo. —Moira asiente, satisfecha—. Y ahora, pírate.

Justo entonces suena el timbre que indica que el recreo ha terminado. Moira vuelve a clase. No tiene ni idea de qué toca ahora, parece que el recreo en el Segundo Lado dura más que en el Primero. Así que va al aula de su clase, pero no encuentra a nadie allí; entonces va al gimnasio, pero no encuentra a nadie allí; luego va al aula de dibujo y, por fin, allí están sus compañeros. Ha tardado bastante en llegar y tiene que soportar la regañina de la profesora, pero obtiene una recompensa inesperada: sobre la mesa de Claudia está su estuche, con un pósit lila pegado. En él consta el siguiente mensaje: «Que esto quede entre nosotras», y la marca de un beso hecha con pintalabios.

El resto del día transcurre de un modo tan corriente que Moira olvida que está en el Segundo Lado, pese a la altura de los profesores y al Marcador de Popularidad que hay al fondo de la clase, en el que se pueden perder puntos por no jugar a algunos videojuegos o que te guste leer, pero los ganas si llevas el corte de pelo adecuado. Cuando termina la última clase del día, guarda la goma de borrar en el bolsillo y se acuerda de que tiene una importante misión. Se despide de

Claudia, que se queda porque tiene extraescolares, y pone rumbo a la puerta principal del colegio.

Supone que tendrá que volver a casa en la ruta escolar, porque seguramente a su hermano lo hayan enviado de vuelta al instituto o hayan llamado a la abuela Amalia, pero no. Konstantin está allí, en el recibidor, sentado en uno de los bancos con las piernas cruzadas. Hay una mesita junto a él, con un vaso de agua con gas y un hurón muy satisfecho sobre ella. En el banco de al lado está sentada la mismísima directora Suárez. Se ríe y emite gorjeos complacidos por algo que acaba de decir Konstantin.

—¡Vaya, vaya, no me digas! —exclama—. Puedo creer que los años que pasaste aquí fueran los más felices de tu vida, pero ¿tanto como para tener el irreprimible deseo de volver solo para impregnarte de las ganas de aprender y el amor por el conocimiento que hay en este edificio?

—No se lo puede imaginar, se lo aseguro —responde él, que tiene puesta la sonrisa irresistible de su yo más encantador—. ¡Cuando recuerdo todas las anécdotas, todos esos instantes inolvidables…! ¡Sus discursos al principio y al final de curso, tan emotivos…! Siempre se me hacían cortos.

Hay un brillo de diversión en su mirada, pero la directora es insensible a él.

—Si quieres, puedo repetir el que pronuncié este año, solo para ti —ofrece la señora Suárez, entusiasmada—. Aún me lo sé de memoria. ¿Y es verdad que ganaste un premio literario el año pasado?

—Sí, por un análisis de los paralelismos entre algunas de las obras de…

Ella no le deja terminar.

—¡Maravilloso! ¡Un premio!

—No habría podido hacerlo sin la inspiración que recibí de este centro —afirma Konstantin—. Y el magnífico trabajo de la dirección del mismo.

La directora está prácticamente ronroneando. Moira no se atreve a acercarse mucho porque la situación es demasiado extraordinaria. Así que le llama desde una distancia prudencial:

—¡Kosta!

—Hola, Moira —responde él, con ánimo distendido, poniéndose en pie—. ¿Ya estás lista?

Ella parpadea deprisa, desconcertada. Es un gesto muy parecido al que hace su hermano cuando le cuesta entender algo.

—Sí. ¿Nos podemos ir? ¿Sin… más?

Konstantin sonríe.

—Gracias a la señora Suárez, he comprendido que, por mucha nostalgia que sienta por este lugar querido, no puedo colarme aquí

dentro del horario lectivo. Lo lamento muchísimo. —Y le tiende la mano a la directora.

Ella la acepta como si él fuese una estrella del *rock* y ella estuviera en primera fila en su concierto.

—Pero puedes venir de visita al final de las clases —declara con fervor—. Siempre serás bienvenido aquí. Cuando vengas, sube a mi despacho y te enseñaré un discurso o dos.

—Gracias.

—No, gracias a ti por valorar tanto lo que este colegio ha hecho por ti. Hasta pronto.

Él asiente, libera su mano de entre las de la directora (con algo de dificultad, porque ella no está dispuesta a dejarlo ir) y coge en cambio la de su hermana.

—Adiós. Venga, Moira, vámonos. Tenemos que coger el autobús. Oot, termínate eso o déjalo.

Salen del colegio y caminan por la acera, disfrutando del sol, hasta que llegan a la parada de autobús y ya no hay compañeros de Moira cerca. Así pueden hablar con libertad.

—¿Tienes la goma? —pregunta Konstantin.

—Sí. —Moira la saca un poco del bolsillo, para enseñársela, y la guarda enseguida otra vez.

—Perfecto.

El autobús va vacío, así que pueden sentarse sin problemas. Oot ocupa un asiento él solo, aunque su cuerpo peludo resbala sobre el plástico y constantemente tiene que recolocarse. Moira coloca una mano sobre la pierna de Konstantin. No hablan, no hace falta. Contemplan la ciudad en el Segundo Lado: grandes tiendas cazando y devorando comercios pequeños, taxis que flotan y pasan por encima de los demás vehículos, árboles y señales de tráfico que tienen que apartarse del camino del autobús.

Desde su parada llegan en apenas unos minutos a casa. Suben por la escalera, despacio porque Konstantin no puede agarrarse a la barandilla y depende de su equilibrio. Bonnie los oye y abre su puerta cuando pasan por delante.

—Hola, chicos. ¿Qué tal el día? ¿Cómo es que volvéis a la vez?

—No tuve clase a última hora —miente Konstantin, aunque le duele engañar a su amiga—. Así que salí antes.

—Qué suerte. —Bonnie se mete en su apartamento un instante y emerge de nuevo con un cactus en una maceta. Tiene una flor azul muy llamativa—. Tomad. Es para vuestra abuela.

—Es muy hermoso —comenta Konstantin—. Gracias.

—No sirve solo para decorar. Los cactus alejan a las personas malintencionadas y a los intrusos. Además, absorben las malas energías electromagnéticas de los electrodomésticos.

Moira acepta la maceta y frunce un poco el ceño.

—¿Por qué necesita esto la abuela Amalia?

—Nunca viene mal. —Bonnie se encoge de hombros—. Hoy han estado en vuestra casa un hombre y una mujer muy extraños. Tenían un negocio de compraventa y querían llevarse esa casa de muñecas tuya tan bonita, Moira.

Los dos niños se sobresaltan y Moira está a punto de dejar caer la maceta.

—¿Y la abuela se la dio? —pregunta Konstantin, con la voz un par de octavas más aguda de lo habitual.

—No —responde Bonnie—. Creo que le pareció que tenían mala pinta y los despachó enseguida. A mi puerta no llamaron, y es una pena, porque tengo unos peluches viejos que gané en la feria y no sé qué hacer con ellos. Se los habría regalado.

—Vamos a comer, Moira —dice Konstantin—. Estará la abuela esperándonos. Gracias por el cactus, Bonnie.

Ella mueve la mano, quitándole importancia, y cierra la puerta.

Moira sube los escalones de dos en dos. Procura disimular su impaciencia, pero es difícil. Konstantin la sigue varios metros por detrás. Cuando llega a la puerta de casa, Moira ya ha tocado el timbre y la abuela acaba de recibir el cactus.

—Es muy bonito. ¿Le habéis dado las gracias a Bonnie? ¡Qué pronto habéis llegado! —exclama—. Voy a prepararos algo de comer.

Les viene bien que ella se meta en la cocina. Así pueden ir directamente al cuarto de Moira.

—Cierra la puerta —pide Konstantin.

Se arrodilla junto a la casa de muñecas. Él y Oot miran por las ventanas. Moira se reúne con ellos e intenta abrir la fachada de la casa, pero no lo consigue. Sigue cerrada, como la noche anterior.

—Mamá, papá —llama—. Abrid la casita, por favor.

Los dos muñecos están sentados a la mesa del comedor y la ignoran.

—Moira, yo creo que te cabe la mano por esta ventana. No vas a poder sacarlos, pero si tiras de ellos, yo podré borrarles la mordaza… —dice Konstantin.

Lo hacen así. Ella mete la mano, agarra a África-de-juguete y tira de ella. La muñeca forcejea, pero la niña es más fuerte. Konstantin le sujeta la cabeza con el índice y el pulgar de una mano y, con la goma en la otra, borra las líneas a lápiz que sellan sus labios. Moira la suelta.

—¡¡¡Ah!!! —chilla África-de-juguete—. ¡Narcys, ten cuidado!

Narcys-de-juguete ha huido al piso superior, pero allí también hay ventanas. Moira y Konstantin repiten la operación con él. Cuando le sueltan, el muñeco coge la escoba de juguete que hay apoyada en una

de las paredes de la casa y amenaza con golpear los dedos de Moira.

—¡Fuera de nuestra casa!

—Papá, somos nosotros. Salid de la casa para que podamos ayudaros —dice Konstantin.

Los dos muñecos vuelven al salón y se mantienen pegados a la pared del fondo, lejos de las ventanas.

—¿Quiénes sois? No os conocemos. No conocemos a ningún gigante —dice África-de-juguete.

—No somos gigantes —dice Moira—. Somos vuestros hijos, Moira y Konstantin.

—No vais a engañarnos —dice Narcys-de-juguete—. Nuestros hijos están aquí, con nosotros. Están dormiditos en sus camas. Moira es pequeña y preciosa, una princesita, y Konstantin es un chico fuerte y sano que está hecho casi un hombre.

—Yo no soy una *princesita* —protesta Moira—. Soy la reina de todos mis peluches.

—Y yo no soy fuerte y sano, papá —murmura Konstantin—. Estoy enfermo…

Para su sorpresa, los muñecos se echan a reír.

—¡Qué tontería! —exclama África-de-juguete—. Es verdad que nuestro Konstantin estuvo un tiempo en pie de guerra contra una enfermedad muy fastidiosa, pero luchó como un campeón y venció.

Los ojos de Konstantin se humedecen y brillan.

—No —intenta decir, pero no le dejan.

—Los médicos dijeron que no había nada que hacer, pero pedimos una segunda opinión. Con algo de aire libre, una dieta concreta y tratamientos de medicina alternativa, nuestro hijo se recuperó del todo —proclama Narcys-de-juguete.

Los padres-de-juguete suben al piso de arriba de la casita y entran en uno de los dormitorios de los niños. Apartan la mantita y sacan de la cama un muñeco rígido de plástico, con una sonrisa pintada en la cara.

—Konstantin, cariño, saluda a estos gigantes y diles lo bien que te encuentras —dice África-de-juguete. Y como el muñeco que está sosteniendo no es más que eso y no se mueve ni habla, ella misma pone una voz falsa y pretende que es su hijo—: «¡Estoy estupendamente, mamá! Creo que voy a ir al *gym* ahora mismo, a entrenar un poco. Me gusta tanto estar en forma». Vale, cielo, pero no te fuerces, ¿eh? Venga, te dejamos aquí para que te cambies.

Ante los ojos espantados de sus dos hijos, la muñeca da un beso al monigote de plástico. Luego, ella y Narcys-de-juguete abandonan la habitación.

—Ahora, será mejor que os vayáis de aquí —dice Narcys-de-juguete, en tono amable pero terminante—. Nuestra vida es

maravillosa, pero muy ajetreada.

Moira coloca la casita de muñecas de cara a la pared, para no tener que ver a los muñecos por las ventanitas. Después mira a su hermano, sin saber qué decir. El semblante de Konstantin muestra una expresión impasible.

—Tenemos que abrir la casita de muñecas —resuelve, sin dejar que se adivine ni una gota de emoción en su voz—. Hay que sacarlos de ahí. Luego tendremos que averiguar cómo devolverles a la realidad.

—Sí, pero, ¿cómo lo hacemos? La casita es de madera y muy resistente —dice Moira—. No sé si podremos romperla.

—Tiene que haber otra manera —reflexiona Konstantin.

—Hay algo que debo contaros —interviene Oot.

En ese momento, la abuela Amalia les interrumpe, llamándoles desde la cocina. Es la hora de comer.

Capítulo III
La crisálida

Ocurrió todo en un instituto privado que estaba en lo alto de una montaña, en un castillo. No era un castillo de verdad, solo un edificio amarillo que alguien un poco más presuntuoso de lo normal había construido con almenas y después vendido cuando, años después, murió sin descendientes, tal vez porque la ironía del destino no quiso que hubiese niños creciendo allí y montando fiestas de cumpleaños espectaculares bajo las torres. El castillo se quedó abandonado muchos años y después un grupo de personas empeñadas en educar a los jóvenes montó un instituto en el edificio. Todos los niños del barrio conocían el instituto del castillo y envidiaban a los que estudiaban allí… al menos hasta que hablaban con ellos por primera vez.

El instituto del castillo no era un lugar al que a uno le gustase ir todos los días. El director creía firmemente en la humildad y la docilidad como valores fundamentales, por lo que exigía a los alumnos un respeto temeroso. Los profesores eran sabios poseedores de la verdad y los niños no tenían idea de nada, ni en el primer curso ni en el último. Debían aprender a suprimir toda opinión y ahogar todo gusto personal. Sus pensamientos tenían que ser los decididos previamente por el claustro. Antes de leer un libro en clase, por ejemplo, debían memorizar las interpretaciones y opiniones que el profesor deseaba que se dieran. Así, estaba fijado con antelación el significado de cada símbolo, el personaje que debía ser su favorito e incluso si en su totalidad la novela les había gustado o no. Normalmente, estaba establecido que no. La lectura debía ser formación, no placer.

El director también había decidido que todos los alumnos tendrían

que vestir de azul marino, el color que simbolizaba para él la contención y el sacrificio. Cualquier prenda o complemento de otro color era inmediatamente requisado. Después fue a más y prohibió el material escolar de todos los colores menos el azul. Los libros debían estar forrados en papel azul. Los cuadernos también. Los sacapuntas, los bolígrafos, las gomas de borrar, todo azul, azul, azul. Los alumnos se acostumbraron a ello y, poco a poco, olvidaron que existían otros colores.

Hasta que a una de ellas, Almudena, que iba a primero, una tía lejana que vino de visita y desconocía las normas del instituto le regaló por su cumpleaños una caja de lápices de colores. Ella los escondió, dispuesta a utilizarlos solo en casa, pero un lunes cualquiera se le olvidó guardar el color morado en la caja. Lo metió en el bolsillo de los pantalones en un momento de descuido y no se acordó hasta que, ya en el instituto, notó que algo le molestaba y sacó el lápiz.

Morado.

Sus compañeros de clase soltaron una exclamación conjunta de sorpresa.

—¡Esconde eso!

Justo en ese instante entraba el profesor en la clase, pero por suerte no llegó a ver el lápiz. La lección transcurrió despacio, con una emoción nueva en el ambiente. Cuando por fin terminó, los niños esperaron a que el profesor se marchase y luego se acercaron a observar el instrumento prohibido. Enseguida llegaron las peticiones:

—¡Almudena, pon mi nombre en la última hoja de mi cuaderno!

—¡Almudena, préstame tu lápiz!

—¡Almudena, píntame una estrella en el calcetín!

Fue una rebelión en toda regla. Al día siguiente, Almudena, consciente de que todo iba a cambiar, se presentó en el instituto con sus lápices nuevos. Los repartió entre sus compañeros: solo quedaron en la caja el azul clarito y el azul oscuro.

Corrió la voz. Los alumnos hacían cola en la puerta de primero solo para que les prestasen los lápices y poder decorar por dentro sus cuadernos y libros. Pronto fue normal que las páginas y solapas interiores fueran coloridas. Los profesores no se dieron cuenta y los niños se envalentonaron. Una mañana, una niña trajo una camiseta amarilla debajo de la blusa azul. Un chico se puso unos calzoncillos rojos. Una alumna de cuarto apareció con una pulsera verde manzana y otra, con gomas del pelo rosas. Almudena se cambió los cordones de los zapatos por unos marrones. Aquello era una locura.

Entonces, todo acabó tan rápido como había empezado. Uno de los profesores pilló a un chico con las uñas pintadas de lila y se volvió loco de rabia. Empezó a buscar por toda la clase colores que no fueran el azul y los encontró. El director se enteró y ordenó registrar el

instituto entero. Requisó todo lo que infringiera las normas, y a los que se habían decorado el cuerpo o la ropa que no se podían quitar allí mismo los envió a casa.

Los alumnos no se lo tomaron nada bien.

—¡Esto es la guerra!

Al día siguiente, algunos aparecieron con las uñas pintadas, mechas en el pelo o tatuajes de mentira hechos con rotuladores. Otros, con ropa colorida; pantalones, camisetas y chaquetas de diversos tonos. El director volvió a hacer lo mismo y confiscó todo lo que pudo…, pero no podía enviar a casa a la mitad del alumnado. Se contuvo y los niños creyeron que esa batalla la habían ganado ellos.

Poco después, comenzaron las desapariciones.

El primero fue el niño de las uñas lilas. Una mañana ya no volvió a su clase después del recreo. Nadie recordaba haberlo visto en el patio. Su mochila seguía junto a su mesa y allí se quedó cuando terminó el horario lectivo. Al día siguiente no fue tampoco. Y además desaparecieron algunos de sus compañeros. La chica de las mechas. La que se había pintado los ojos. El chico del tatuaje falso.

Algunos alumnos se acobardaron y volvieron al azul, pero otros insistieron en llevar prendas de colores. Las traían puestas, pero también en la mochila, de repuesto, para utilizarlas en cuanto les requisaban las otras. Y poco a poco, empezaron a esfumarse. Las clases estaban casi vacías, las ausencias empezaba a notarse cada vez más.

Todos lo sabían. Los niños que faltaban habían sido *confiscados*.

Sus amigos se sentaban en los recreos delante del despacho del director. Llevaban consigo carteles y pancartas, de todos los colores del arcoíris, desafiantes. «DEVOLVÉDNOSLOS», reclamaban. Los profesores intentaron echarles, pero siempre volvían. Los castigaron, les enviaron deberes extra, amenazaron con llamar a sus padres. Nada de eso funcionó.

Así que les confiscaron a ellos también.

El instituto se volvió un lugar muy silencioso. Los profesores, satisfechos, daban clase a aulas casi desiertas, en las que nadie se atrevía siquiera a tener un pensamiento contrario a lo que ellos decían. Y en algún lugar, los niños disidentes se encontraban hacinados en la oscuridad, lejos del aire, la luz y sus familias.

Los otros, los obedientes, los silenciosos, acudían a clase enfundados en su ropa azul, con sus mochilas azules y sus libros azules, seguros y cómodos, sin sacar un solo pie (con su calcetín azul y su zapato azul) de la línea que había marcado el director. No se sabe cuál de ellos fue el que alertó al Guardián de las Llaves.

Llegó por la noche, cuando el instituto estaba vacío, con todas las puertas y las ventanas cerradas. Claro que, ¿qué es una cerradura para el Guardián de las Llaves? Entró sin dificultad y recorrió los pasillos

hasta el despacho del director. Hizo un movimiento sutil con sus manos enguantadas y abrió la puerta. La cruzó con la calma de quien lo tiene todo controlado. No había nada allí… aparentemente. Se concentró un momento. Localizar cosas *cerradas* es su especialidad.

Se subió al escritorio y alargó las manos hacia el gran retrato del director que presidía el despacho. Lo apartó de la pared, descubriendo una portezuela blindada. Tenía una clave de seguridad, pero él estaba por encima de esas minucias. La abrió con un ligero chasquido.

Allí estaban los niños: una explosión de color en medio de la noche.

—Seguidme —susurró el Guardián de las Llaves.

Salieron de allí sanos y salvos, los seiscientos doce secuestrados y el rescatador, a través de una de las ventanas que daban al aparcamiento. Fueron todos juntos de casa en casa, con el Guardián de las Llaves abriendo los portales y las puertas de los pisos, hasta que cada niño estuvo de vuelta en su cama.

A la mañana siguiente, los padres, que lo habían pasado muy mal en las últimas semanas, pusieron una queja en el instituto. El asunto trascendió, los periodistas de todo el país se acercaron a tomar la declaración de alumnos y profesores, algunos políticos pusieron el grito en el cielo, y el director tuvo que huir, cambiar su nombre y mudarse a otro continente. No le sirvió de nada, porque se le reconocía con mucha facilidad y nunca logró mantener el anonimato: era muy llamativo que fuese íntegramente vestido de azul. Él nunca supo por qué destacaba tanto, no se le ocurrió. Era de esas personas que no se miran al espejo por si ven algo que no les guste.

Todos los profesores fueron despedidos y los alumnos jamás regresaron al instituto del castillo.

Toda esta historia se la contaron a Oot las niñas de tercero con las que se encontró en la biblioteca. Sabían que era real, porque una de ellas era la hermana de Almudena. Y él se lo narra a los hermanos Milosevic en cuanto pueden retirarse al dormitorio de Konstantin, después de comer.

—Supongo que ese Guardián de las Llaves podría abrir la casita de muñecas —comprende Konstantin—. ¿Dónde podemos encontrarle?

—Dicen que lo han visto en el parque —responde Oot—. Quizá podríamos dar una vuelta hoy mismo.

Esto no es problema, porque Moira suele ir todas las tardes al parque. Normalmente la acompaña la abuela Amalia, pero no le parecerá mal que Konstantin la releve, dado que así ella podrá por fin darse una vuelta por la peluquería de Flora. El pelo de la abuela está igual siempre, pero eso no le impide considerar de vez en cuando que

«ya va siendo hora» de recortárselo un poco.

Mientras esperan a que termine la hora de la siesta, Konstantin escribe una carta a la abuela Amalia («LEER EN CASO DE EMERGENCIA») y la deja pegada con un imán en el frigorífico. Por si acaso. Después, se ponen en marcha.

No tardan en llegar, pero se detienen un momento antes de entrar, asombrados. No se pueden haber equivocado de camino. No, ese es el parque. Aunque no parece el mismo. Ni siquiera parece un parque. Los árboles son inmensos y entre ellos crece una tupida vegetación que lucha por alcanzar los rayos del sol. El aire es húmedo, las gotas de agua se condensan en las grandes hojas verdes y empapan el suelo. Huele a arena mojada y a madera podrida. No hay caminos a la vista.

Moira, Konstantin y Oot tienen que pasar por encima del pequeño murete de apenas un palmo de altura que separa la acera de la selva y se adentran en esta. Los dos hermanos caminan muy cerca el uno del otro, sobrecogidos. Con unos pocos pasos se alejan lo suficiente de la ciudad para dejar de verla y oírla. La vegetación ahoga toda señal del mundo exterior.

—Moira —llama Konstantin. Está sudando, muerto de calor. Ella comprende sin que él tenga que dar ninguna indicación y se acerca para ayudarle a quitarse la chaqueta. También ella está sofocada.

—¿Hace cuánto que no se pasan por aquí los jardineros del parque? —comenta.

—Esto no es un parque —responde Oot, inquieto.

Por suerte, tanto Moira como Konstantin llevan mucho tiempo viniendo a jugar por las tardes y los dos recuerdan a grandes rasgos la distribución del parque. No van a perderse.

Caminan despacio, con precaución. El suelo está lleno de trampas, gruesas raíces y hojarasca resbaladiza. A medida que se adentran en la selva, la humedad se vuelve más densa y se convierte en nubes de bruma azulada que flota y se enreda en los troncos de los árboles.

—Hay un viejo canal vacío por aquí que cruza el parque en diagonal —recuerda Konstantin—. Avanzar por él será más fácil que por aquí.

En un alarde de brillantez, Moira se agacha para atisbar por entre sus propias piernas. Así ve el parque como siempre, pulcro y civilizado.

—¡Es por allí! —señala.

Oot trepa por la pierna de la niña y se refugia en su hombro. Ella se estremece al notar el tacto del pelaje empapado de él contra su cuello, pero no lo rechaza. Entiende que al hurón le horrorice moverse hundido entre las hojas semipodridas. Avanzan hasta que el suelo cae hacia abajo como en un escalón. Es traicionero, porque con la acumulación de vegetación no resulta fácil distinguir el canal. Moira

avisa a su hermano para que no dé un paso en falso, después localiza una rama robusta y se agarra a ella para bajar. Enseguida deja de encontrar dónde apoyar los pies, sus deportivas (que eran plateadas por la mañana pero el agua ha transformado en gris plomo) resbalan sobre la hojarasca como si fuese hielo. Se deja caer, por suerte no es mucha altura, y sonríe a Konstantin desde allí.

—¿Está resbaladizo el suelo ahí abajo? —pregunta él, inseguro. Quiere saltar, porque no confía en sus brazos.

—Aquí sí —responde Moira—, pero allí hay tierra.

Corre hasta ese lugar y comprueba que el terreno es seguro. Konstantin se acerca, calcula la distancia y salta. Tropieza, cae, se mancha la camiseta y la cara. Se pone de pie con expresión un poco tensa, pero Moira le sacude la tierra de la ropa y le pasa las manos por las mejillas.

—¿Estás bien?

—Muy bien. —Él sonríe—. Gracias.

Ella tarda en devolver la sonrisa, porque le ha parecido ver algo entre las plantas, un movimiento fugaz. Cuando vuelve a mirar, no ve nada, pero no puede deshacerse de la sensación de que les están observando.

El canal tiene dos metros de ancho y piedras en el fondo. Un poco más adelante encuentran un puente derruido y cubierto de musgo que deben esquivar. Hay tramos que deben recorrer agachados, porque están sepultados por árboles caídos y maleza. Está muy oscuro, las hojas tapan completamente la luz del sol en plena tarde. Plantas, ramas, raíces, agua, mil ojos que les vigilan pero que desaparecen cuando Moira escruta la maleza. Tres mariposas naranjas y una azul se unen a ellos y aletean alrededor de la niña. Ella no le da importancia, pero Konstantin las sigue con la mirada, abstraído.

Y entonces, un susurro. Moira lo distingue apenas un segundo después de Oot, que se eriza y tiembla de nerviosismo.

—Serpiente —dice el hurón—. ¡Serpiente!

Es normal que esté tan asustado, porque todo el mundo sabe que los hurones tienen un único y despiadado depredador, si no contamos al ser humano: las serpientes. Todas ellas, enormes, diminutas, venenosas, boas, pitones, serpientes comunes, víboras, ciegas, tipo hilo, todas, todas-todas, aterran a un hurón desde la punta de sus bigotes hasta el último de los pelos de la cola.

Es tan común que las crías de hurón se despierten temblando por las serpientes que pueblan sus pesadillas, que para desearles las buenas noches los hurones dicen «que en tu sueño todos los miedos sean suaves y verdes», porque los reptiles más peligrosos son los amarillos y marrones, que se camuflan en la tierra y los troncos de los árboles, mientras que las serpientes suaves y verdes viven en los

bosques y praderas y a lo largo de las riberas de los ríos, y no comen más que arañas e insectos. También es por esta razón que los hurones temen a los gatos, no por estos animales en sí, que pueden ser maravillosos compañeros de siesta (y dormir es la actividad favorita del hurón), sino porque hay humanos que ponen collares con cascabel a sus felinos. Los gatos lo odian, por supuesto, porque arruina sus posibilidades de pillar desprevenidos a los pájaros que intentan cazar, y los hurones lo detestan porque les recuerda al sonido que hace la serpiente de cascabel diamantina justo antes de atacar. Esta es una serpiente venenosa que, como pasa su infancia en los meses de otoño e invierno, tiene un carácter sombrío durante toda su vida. No todas las serpientes son así. La cabeza de cobre, por ejemplo, es distinguida y delicada. Le gusta lo clásico y presume de su color rojizo y el elegante dibujo de un reloj de arena que lleva en el lomo. No hay que fiarse de ella; si fuera un ser humano, tendría las uñas perfectamente cuidadas, vestiría de traje y tendría siempre a mano un pañuelo de tela que utilizaría para no dejar huellas en el frasquito de veneno al verter su contenido en la bebida de sus víctimas.

Todas estas imágenes llenan la mente de Oot cuando escucha el susurro. Y aunque no sabe todavía dónde se encuentra, está seguro de que hay una serpiente allí, en alguna parte. Quiere huir, pero no se atreve a bajar del hombro de Moira, así que se contenta con dejar la boca entreabierta para que se vean sus dientes.

—¿Dónde? —pregunta Moira.

—Da dos pasos atrás —indica Konstantin, en voz baja—. Despacio.

Ella obedece y, mientras lo hace, logra distinguir al animal. Es una anaconda inmensa, que debe pesar como cinco Moiras, de color marrón verdoso y con dibujos ovalados en color negro sobre sus anillos, que prometen a simple vista tener la fuerza constrictora suficiente para ahogar a un potro sin demasiada dificultad.

O a una niña de siete años, un adolescente y un hurón.

La serpiente sigue avanzando hacia la niña. Oot se asusta más aun y salta del hombro de Moira al de Konstantin.

—¡Corre! —chilla, tiritando de pánico.

—Sí —dice Konstantin, sin separar los ojos de la serpiente—. Corre, Moira.

Ella lo hace. Se da la vuelta y huye todo lo rápido que puede, deshaciendo el camino andado. La serpiente se pone en movimiento también, da un salto hacia delante como un resorte e intenta atrapar a Moira sin éxito. Después, se desliza detrás de ellos. Konstantin también ha echado a correr, aunque él va más despacio que Moira, que no tarda en adelantarle. Si tropieza, quedará a merced de la anaconda. Es inevitable que los alcance. Oot salta al suelo, espantado,

y deja atrás a los dos hermanos; Moira se da cuenta de que la serpiente está cerca de Konstantin. Si hubiese una posibilidad de que el chico escapara, el hurón no le habría abandonado.

Se fija entonces en una piedra que hay en el suelo. Es del tamaño de su propio puño; no demasiado grande, pero contundente. Se detiene, la recoge. Konstantin la mira con horror y grita algo, pero ella ya ha tomado una decisión. Lanza la piedra. Falla. Rebota junto a la serpiente. Esta se enfada todavía más y cambia de rumbo: estaba siguiendo a Konstantin, porque lo ha identificado como el más vulnerable del grupo, pero ahora intenta atacar a Moira por segunda vez. La niña se aparta a un lado, las fauces del reptil se cierran en el aire junto al suelo, donde hace un momento ha estado la pantorrilla de Moira. Ella pasa por encima de la cabeza de la serpiente, de un salto, gira a un lado y a otro, en zigzag. La anaconda la persigue y empieza a hacerse un nudo consigo misma, pero antes de quedar inmovilizada se da cuenta de lo que Moira está intentando hacer y sisea con enfado.

—novaasertanfácilniñahumana —silba, furibunda, de forma casi inaudible—. estanoesmiprimeracazayademástengohambre.

Moira oye los gritos de Konstantin, pero no es capaz de entender sus palabras. Es como si su hermano estuviera hablándole en otro idioma. Está demasiado concentrada en la serpiente, sus ojos fríos, sus escamas, sus anillos, el baile de sus pies junto al cuerpo mortífero del reptil, que intenta atraparle las piernas. La serpiente quiere seguirla con la mirada, pero algo la distrae. Mira a un lado y a otro, se frustra, rabia. Son las mariposas, que vuelan junto a su cabeza y la marean. Moira se ríe.

—¡Cuidado, Moira! —grita Konstantin.

La cola de la anaconda ha conseguido agarrar el brazo de la niña. Ella tira, pero la serpiente aprieta. Moira no puede sacar la mano; hace fuerza, patalea y golpea con los talones los anillos de la serpiente. Aprovechando que su enemiga está quieta en el sitio, la anaconda se enrosca en torno a su cuerpo, sus caderas, su caja torácica.

Alguien intenta tirar de su otro brazo. Es Konstantin, pero si apenas tiene fuerza para abrir las pesadas puertas de la estación de metro, es imposible que pueda hacer frente a una anaconda. Sus esfuerzos son inútiles.

Moira ya no puede gritar, porque no le queda aire en los pulmones. Quiere decirle a Konstantin que se marche, que no sirve de nada que se quede ahí y la serpiente se los meriende a los dos, pero es imposible. No tiene ni un hilo de voz.

Entonces oye un zumbido. Cree que es Oot, que viene a rescatarles, pero se equivoca. Es el silbido de una flecha pequeña, del

tamaño de su dedo meñique, que se clava en la serpiente. La fuerza del abrazo mortal se debilita. Y entonces, otro zumbido, y las manos de Konstantin sueltan su brazo. Un tercer zumbido. Y la oscuridad cae sobre Moira como una manta muy pesada.

Los tres duermen cuando la Cazadora sale de entre la maleza y baja despacio al canal. Se mueve como una pantera, con seguridad y fluidez. Un paso por detrás de ella, el Hechicero se agazapa para vigilar a la anaconda. Tiene los ojos pintados de negro y sus iris claros brillan con una emoción parecida a la furia pero más alegre.

—Está despierta —advierte, haciendo signos con las manos.

—porsupuesto —replica la anaconda—. yahoramarchaos, pueblojusto.

El Hechicero repite lo que ha dicho la serpiente, para que se entere su hermana.

—Nosotros ya no pertenecemos al Pueblo Justo —responde la Cazadora, con desdén—. Y tú nos debes un favor, anaconda.

La serpiente emite un siseo irritado. No solo le han pinchado con la cerbatana, además piensan quitarle la caza. Es una mala época para la anaconda, porque está a punto de mudar de piel y la vieja le aprieta demasiado. Está incómoda y hambrienta, pero un favor es un favor, y el Hechicero ya está empezando a murmurar, invocando fuerzas ignotas.

—estábien —rezonga—. peronuestradeudaquedasaldadaconesto. cuandonosvolvamosaencontrar, noseremosyaamigos.

La anaconda suelta a la niña y se retira. La Cazadora se acerca, con cuidado de no tocar la piel tensa del reptil, para sujetar a su presa.

—¿Qué hacemos con ellos? No podemos cuidar de dos recién llegados. —Una cosa es salvarles la vida, porque tienden a sentir simpatía por parejas de hermanos que se protegen mutuamente, y otra, convertirse en sus canguros. Bastantes problemas tienen ellos ya.

—En realidad, podríamos dejarles con el Pueblo Justo —signa el Hechicero, con una mueca irónica.

La Cazadora se ríe.

—Eres horrible.

—Lo digo en serio. El Pueblo Justo les cuidará hasta que despierten. Y después, si son lo bastante avispados, ellos mismos se marcharán lo antes posible. No parecían tontos.

—Y les hemos salvado de la anaconda. —La Cazadora se encoge de hombros—. Bastante hemos hecho. Venga, démonos prisa. El Miedo todavía está por aquí. Será mejor que le localicemos antes de que nos encuentre él a nosotros.

Durante todo este intercambio, Moira no se entera de nada de lo que está sucediendo. Sueña con colores y formas que se mueven y giran durante un buen rato. Está envuelta por una nube oscura y

absorbente. Y entonces, algo cambia.

La despierta el tacto insistente de una lengüecilla áspera en la oreja. El roce de unos dientes pequeños y afilados. Moira se revuelve un poco y abre los ojos.

—No te asustes —le susurra Oot al oído—. Te están mirando.

Está en una cabaña de madera desde la cual puede ver las primeras ramas de los árboles que la rodean. Se encuentra a varios metros del suelo. En tres de las paredes hay aberturas: una da a la escalerilla que lleva al suelo; otra, a un tobogán; la última, a una red de cuerdas azules. En esta última se agolpan tres niños. El mayor tiene unos doce años, la mediana ronda los nueve y el más pequeño es menor que Moira. A un lado de la cabaña está Konstantin, también comenzando a despertarse.

—Hola —dice la niña mediana—. Bienvenidos a Los Columpios, el hogar del Pueblo Justo. Me llamo Aurora y este —señala al mayor— es mi primo Viento. Los dos somos los guardianes de nuestro jefe, que hoy es Girasol.

Aurora y Viento no se parecen nada. Ella tiene el cabello oscuro y los ojos rasgados, es alta y espigada. Él es bajito y compacto, tiene rizos castaños y pecas en las mejillas. Moira se pregunta por qué se llaman así. Con Girasol no hay duda alguna: tiene una melena rubia que enmarca su cara redonda.

El niño asiente con mucha gravedad.

—Mis guardianes os vigilaban en vuestro viaje por el canal —explica—. Dicen que fuisteis atacados por la anaconda.

—Sí, es verdad —confirma Moira—. Nos persiguió sin que nosotros le hiciéramos nada.

—Lleva muchos meses capturando solo presas pequeñas —responde Viento—. Busca algo más grande que llevarse al estómago. Nos tiene muy preocupados.

—Nos habéis salvado —interviene Konstantin—. Gracias.

—Silencio —le dice Aurora—. Solo los miembros de la tribu y sus amigos pueden hablar delante del jefe.

El Pueblo Justo vive en todos los parques de juegos del mundo y está compuesto por los niños y niñas que pasan allí la tarde. No es difícil ser amigo suyo; basta con acercarse y hacer las preguntas rituales. El lazo que se forma con ellas es válido durante el tiempo que el recién llegado pase en el parque y se disuelve una vez se abandona este. En ese intervalo, el amigo del Pueblo Justo debe cumplir con sus normas y leyes, participar en sus juegos y guardar sus secretos. Ser parte de la tribu, por otro lado, es permanente y más difícil de lograr. Solo a unos pocos se les ofrece este honor. Los miembros del Pueblo Justo lo son para siempre, incluso cuando se hacen mayores y no van al parque nunca más. Si esto sucede, ya no tienen permiso para unirse

a las actividades de la tribu (sería un poco raro, dado que el Pueblo Justo nunca incluye a adultos en sus aventuras), pero sí pueden hablar de la tribu a niños que no la conozcan todavía.

Moira y Konstantin, muy conscientes de esto, se quedan perplejos cuando Aurora declara:

—Queremos que Moira forme parte del Pueblo Justo. Su valentía al enfrentarse a la anaconda nos ha impresionado mucho. Formará parte de nuestras leyendas como La Niña Que Luchó Contra La Serpiente.

—Lástima —dice Moira—. Por poco habría podido ser La Niña Que Luchó Contra La Serpiente Y Venció.

—Sí, pero no lo has sido —dice Aurora, muy realista.

Todos se ponen en marcha y bajan uno a uno por el tobogán, excepto Oot y Konstantin, que bajan juntos, el hurón subido al regazo del chico.

—«¿Por qué me ofendes, Konstantin Milosevic?» —le imita él—. Eso me dijiste cuando sugerí que podía arreglármelas por mi cuenta. En el colegio de Moira eras muy leal, pero en el canal…

—En el colegio de Moira no corría peligro mi vida —responde Oot, con mucha dignidad—. Y que la anaconda me devorase no os habría ayudado en nada.

El Pueblo Justo está compuesto en esta ocasión por ocho niños y niñas que se reúnen junto al balancín. Vienen desde todos los puntos cardinales, algunos a pie y otros montados en animales de madera que botan sobre enormes resortes. Se colocan en círculo, dejando a Moira, Konstantin y Oot en el centro.

—¿Puedo jugar? —pregunta Konstantin.

—Puedes —responde Girasol, solemnemente.

—¿Puedo ser vuestro amigo?

—Puedes.

—¿Cómo te llamas?

—Girasol. ¿Y tú?

—Konstantin.

Después de eso, tiene derecho a quedarse de pie entre los demás niños. Le sigue Oot, que hace las mismas preguntas.

—¿Y tú? —Girasol le devuelve la última.

—Oot.

El Pueblo Justo murmura y cuchichea. Oot se inquieta y Moira frunce un poco el ceño. Al oír el nombre de su hermano no hubo reacción alguna. No entiende por qué se asombran tanto con el de Oot.

—Se lo puse yo —explica.

—Moira —dice Girasol, y avanza hacia ella con los brazos extendidos—. La Niña Que Luchó Contra La Serpiente, tal y como

cuenta la leyenda.

—No conozco esa leyenda —dice en voz baja otro de los niños.

—Es nueva —responde la niña que está sentada a su lado.

—¡Oh!

—Es un honor que seas una más de nuestra tribu. Para sellar este momento, escoge, por favor, el nombre por el que nos dirigiremos a ti en nuestros juegos.

Moira se lo piensa. Tiene que ser algo relacionado con la naturaleza, como es costumbre, pero también debe sentirse representada por ello. «Mariposa» sería demasiado obvio. «Tormenta eléctrica» es demasiado exagerado, «Luz que se desvanece al final del día», demasiado presuntuoso.

Aunque, por otro lado, ¿cuándo volverá a tener la oportunidad de escoger para sí misma un nombre absolutamente despampanante?

—Flor de Planta Carnívora —responde—. Y me podéis llamar Flor.

—Vale, Flor de Planta Carnívora, La Niña Que Luchó Contra La Serpiente, Dueña de la Valentía Legendaria —proclama Girasol—. ¡Así nos dirigiremos a ti siempre! Acepta estos nombres como regalo del Pueblo Justo.

—Gracias —dice ella, con sencillez—. Pero no vamos a poder quedarnos mucho tiempo. Estamos buscando a alguien.

—¿A quién?

—Lo llaman el Guardián de las Llaves. Dicen que está aquí, en el parque.

Los niños y niñas del Pueblo Justo hablan entre ellos un momento. Girasol les escucha, niega con la cabeza, se acaricia la barbilla con los dedos, pensativo.

—No es uno de los nuestros. Puede que esté por aquí, el parque es grande y está lleno de misterios. Sin embargo, hay alguien que sabe todo lo que pasa en él: la Vieja de las Palomas.

—Iremos a verla entonces —afirma Flor de Planta Carnívora.

—¿Cómo podemos agradeceros que nos salvaseis de la anaconda? —pregunta Konstantin.

—Habrá tiempo para que nos devolváis el favor —responde Viento—. Ahora estáis en deuda con nosotros, pero antes o después salvaréis a otros miembros del Pueblo Justo; una vida por cada una de las vuestras. Así quedaremos en paz. Y entonces podréis ir a buscar a la Vieja de las Palomas.

Konstantin se tensa ligeramente. Moira entorna los ojos. Sin embargo, el que más temeroso se muestra es Oot. No sabe por qué, pero ha empezado a temblar.

—No —responde Moira—. Nos tenemos que ir ahora.

El Pueblo Justo intercambia miradas y cuchicheos. Aurora hace un

gesto relajado para quitarle importancia al asunto mientras dos niños se acercan con una hoja seca llena de gominolas.

—No pasa nada —asegura Aurora—. Os iréis cuando queráis. Tomad unas golosinas antes… Tenemos agua limpia de la fuente también.

—No, gracias —lo rechaza Moira, rápidamente—. No tenemos hambre.

—¿Tampoco vosotros? —pregunta Aurora—. Probadlas al menos.

Konstantin y Oot se niegan también. Los rostros de los niños que les rodean se han oscurecido.

—Que hagan lo que quieran —interviene Viento—. Ya volverán con nosotros antes o después.

Aurora asiente, desviando la mirada.

—Marchaos entonces —ordena Girasol—. El Pueblo Justo se ha aburrido y está ya pensando en su próxima aventura. Si no vais a compartirla con nosotros, salid de aquí.

Con un hilo de voz, Flor de Planta Carnívora pregunta dónde pueden encontrar a la Vieja de las Palomas y una niña, la única que aún recuerda de qué le está hablando, le señala la dirección correcta.

—Adiós, Dueña de la Valentía Legendaria —canturrea, antes de alejarse corriendo porque alguien ha encontrado una araña y se está formando un corro de niños al otro lado del parque de juegos.

Oot vigila por encima del hombro de Konstantin mientras se alejan por una zona de árboles tan altos y tupidos que no permiten que crezca la vegetación a ras del suelo. El terreno es sombrío y el aire, fresco. El hurón se estremece.

—Hay algo que no nos han dicho —adivina, taciturno.

—Puede que se les haya olvidado —dice Konstantin—. La memoria del Pueblo Justo es corta.

—O se acuerdan, pero nos lo están ocultando —musita Oot.

Moira no atiende a la conversación. Cree que ha vuelto a ver algo que corre entre los árboles, lo bastante deprisa como para que ella no pueda encontrarlo con la mirada. Cada vez que vuelve la vista hacia el frente ve un movimiento veloz y plateado con el rabillo del ojo. Cuando se vuelve, ha desaparecido detrás de uno de los troncos y espera allí hasta que ella deja de estar atenta. Sea lo que sea, les está espiando.

—Hay alguien por ahí —advierte.

—La selva está llena de criaturas —contesta Oot.

No tardan en llegar a un gran claro, perfectamente circular, con suelo de arena gris. En su centro hay un pequeño lago de aguas tranquilas y oscuras. Las mariposas de Moira revolotean en su dirección, buscando flores en la orilla, pero no las hay. A un lado, una figura de piedra oscura con la forma de una anciana con la mano

extendida sirve de punto de encuentro para una bandada de palomas. Una de ellas está posada en los dedos de la estatua; otras se han acomodado en su espalda arqueada. El resto descansa a sus pies, entre arrullos y aleteos, disfrutando del sol.

—¿Hola? —llama Konstantin. Como es natural, la estatua no responde.

—Solo vive cuando da de comer a las palomas —deduce Moira—. ¿Tenemos algo que darles?

—No. —Konstantin entorna los ojos y piensa un momento—. No pasa nada. Se pueden comprar bolsas de maíz en el quiosco. El que está en la esquina del parque, cerca de la rotonda.

—Un momento. —Moira se agacha para mirar a través de sus piernas y ve la plaza, la fuente, los jardines cuidados. Se ubica enseguida—. Es por ahí, al final de ese sendero.

Caminan hasta allí. Es una suerte que Konstantin lleve dinero encima, porque han pasado mucho tiempo en la selva y necesitan reponer fuerzas. El quiosco está donde esperaban encontrarlo, enorme, colorido, cálido. Se pierden en él. Revistas, cajas de caramelo, cantimploras; todo lo que hace falta para sobrevivir en aquel lugar enigmático. Moira escoge un puñado de bolitas masticables recubiertas de azúcar rosa, regalices rojos con relleno blanco, regalices naranja claro con relleno naranja oscuro, corazones de melocotón y manzanas ácidas. Oot quiere agua con gas, un *flash* de fresa y picapica. Konstantin se hace con un botellín de agua mineral (tendrá que cargar Moira con él), pastillas de regaliz negro y un paquete de chicles de eucalipto.

—Y una bolsa de maíz para las palomas —añade.

La dueña del quiosco es una mujer que a primera vista parece normal, con una media melena cuidada, gafitas sin montura y una sonrisa apacible, pero sus ojos, si uno se fija en ellos, transmiten una sabiduría imposible de acumular en menos de seis o siete siglos de vida. Su tranquilidad denota un enorme poder, lo tiene todo bajo control. Es la señora de los negocios e intercambios y nunca ha hecho un mal trato. Sonríe con indulgencia cuando Konstantin le tiende un billete.

—Te lo aceptaré esta vez, querido, pero aquí no se paga así —le informa—. Los billetes no valen de mucho en la selva. A mí me gustan porque me recuerdan a otros tiempos —examina el billete a trasluz, parece satisfecha, lo guarda en una caja de metal— y, además, este no lo tenía aún. Pero si volvéis por aquí no me traigáis más. Con este ya los tengo todos.

Les muestra su colección: cinco euros, diez euros, veinte euros… Tiene, efectivamente, uno de cada.

—Qué bella colección —alaba Moira, educadamente.

Konstantin no hace ningún comentario. No tiene claro que los billetes puedan funcionar así.

—Gracias, bonita. Tengo algunas piezas muy interesantes. Este —señala el de quinientos euros— es de 2002. La colección completa está valorada en ochocientos ochenta y cinco euros.

—Si no es con dinero, ¿con qué te pagan normalmente? —pregunta Konstantin.

—Depende de lo que quieran obtener —dice la dueña del quiosco —. Y de lo que estén dispuestos a entregar. Yo puedo conseguir cualquier cosa, aunque algunos encargos más difíciles tarden algo de tiempo en llegar. Y siempre pido un precio justo a cambio. Lo único que doy gratis son consejos, los buenos días y las gracias.

—Todo el mundo da gratis las gracias —replica Moira.

—No, hay gente que no las da aunque les paguen —afirma la dueña del quiosco.

Oot salta hasta el mostrador para poder mirarla cara a cara, desde su altura. Se estruja las manitas, sentado sobre sus cuartos traseros.

—Me gustaría encontrar a alguien que pudiera devolverme mis recuerdos —revela, muy nervioso—. No tengo mucho que dar a cambio.

La dueña del quiosco reflexiona un instante y después se encoge de hombros.

—Entonces, no puedo ayudarte. Claro que, si te interesa saberlo, tengo entendido que hay quien entregaría una vida entera de recuerdos a cambio de una sola memoria preciada.

Moira se pone de puntillas para recoger la bolsa con lo que han comprado, incluido el maíz para las palomas, y alarga el brazo hacia Oot para que él pueda trepar a su hombro.

—Muchas gracias por todo —le dice a la dueña del quiosco—. Buenas tardes.

—Muy buenas tardes, querida. Ha sido un placer hacer negocios con vosotros.

Y dicho esto, corre la verja del quiosco, dejándoles fuera.

Konstantin levanta la mirada hacia el cielo, extrañado. Está empezando a hacerse de noche. No tiene la impresión de haber estado tanto rato en el parque, parece que el tiempo transcurre a una velocidad distinta en el Segundo Lado. Saca su móvil del bolsillo para echar un vistazo, pero está apagado. Debe de haberse quedado sin batería.

—Vamos a darnos prisa —dice en voz alta—. La abuela habrá vuelto a casa ya y se estará preocupando.

Aceleran el paso. El camino está más despejado que antes, es tan ancho que apenas se pueden distinguir los árboles a los lados. Se ha convertido en una explanada muy larga. Konstantin duda. ¿Es por

aquí por donde han venido? Moira, en cambio, está inquieta por otra razón. Ha distinguido una presencia a su espalda.

—Un lobo —avisa Oot—. No le miréis directamente.

Es un animal de espeso pelaje negro y ojos amarillos huidizos, que les sigue sin correr, despacio. No quiere cansarse. Está dispuesto a guardar sus fuerzas hasta el último minuto, a caminar tras ellos hasta que se agoten. Entonces les alcanzará. No tiene prisa.

Ellos siguen adelante, porque no pueden hacer mucho más. El hurón vigila al lobo, los humanos no se vuelven hacia él por miedo a provocar su ataque.

De pronto, el lobo aparece a su izquierda, trotando junto a la primera hilera de árboles, acercándose poco a poco.

—No es el mismo —dice Oot—. Es otro lobo.

Y otro a su derecha. Un lobo, dos lobos, tres lobos.

Delante de ellos se alza, desde detrás de la silueta oscura de la selva, una luna inmensa, sobrenatural, que flota por el cielo como un globo. Ilumina dos figuras que esperan unos metros más adelante. Cuatro lobos, cinco lobos.

Cinco lobos que están cada vez más cerca, que estrechan el círculo para atraparlos.

—No dejéis de caminar —aconseja Oot, nervioso—. No os detengáis.

—Si seguimos, nos meteremos directamente en su boca —replica Konstantin, con rigidez.

Ya pueden ver, pese a la penumbra, el pelo erizado en la nuca de los lobos, sus fauces entreabiertas. Respiran con expectación.

—¡Por aquí!

La llamada llega desde el suelo. Alguien bajo tierra les grita. Las orejas de los lobos se mueven hacia delante y hacia atrás. No contaban con esto. Oot distingue antes que ellos de dónde viene la voz: una tapa de alcantarilla abierta, unos ojos extraños, del color degradado de un cristal de fluorita violeta, que relucen en la oscuridad.

Moira sigue su mirada y ve una salida. Trota hacia ella.

—No es muy profundo —dice la voz—. Salta, ¡deprisa!

Ella desconfía, pero los lobos se han dado cuenta de que sus presas se escapan. Echan a correr. Están atacando. Así que Moira se decide y entra en el agujero. Encuentra enseguida el suelo, su nuevo amigo de iris violetas se aparta para que ella pase.

—¡Kosta! —Él tiene miedo. Las bocas de alcantarilla tienen una escalera por la que él no puede bajar—. Salta, estoy aquí, mira. —Moira saca una mano para que él pueda calcular a qué distancia está.

Konstantin entra también, con un lobo en los talones. El ser de ojos violetas se adelanta y tira de la tapa de alcantarilla con ímpetu. La cierra en los morros del animal, que emite un gemido desgarrador.

—¡Oot se ha quedado fuera! —grita Moira.

—No podemos hacer nada —susurra su nuevo amigo—. Las alcantarillas solo pueden abrirse desde arriba.

Están sumidos en una oscuridad total, a excepción de la claridad que arrojan los ojos violetas.

—¿Quién eres? —pregunta Konstantin.

—Vámonos de aquí —responde el otro. Ha recogido del suelo la bolsa de golosinas que se le ha caído a Moira y se las está comiendo.

El túnel es lo bastante alto como para recorrerlo de pie, por suerte. Los hermanos Milosevic caminan a tientas detrás del brillo violeta. Konstantin apoya una mano en el hombro de Moira, ella coloca la suya en el costado de él, agarrada a su sudadera. Paso a paso, continúan adelante hasta que el túnel desemboca al aire libre, una madriguera de cemento cubierto de moho en medio de la selva.

Ya es de noche, pero pueden adivinar más detalles sobre su guía que en la oscuridad subterránea. A primera vista pensaron que se trataba de un chico, pero ahora se dan cuenta de que se han equivocado. Parece un ser humano, pero no lo es. Sus ojos refulgentes no son lo único que le delata; hay algo extraño en él, una vibración mágica imposible de ignorar. Su rostro es delgado, tiene el cabello plateado y la piel grisácea. Su cuerpo es escuálido, como si se alimentase de aire, y arrastra al caminar unas pesadas botas blancas. Nota que le observan y les devuelve la mirada de refilón. No parece capaz de sostenerla de frente.

—Gracias por salvarnos de los lobos —dice Moira, con los ojos brillantes de lágrimas—, pero tenemos que volver a buscar a Oot. Tenemos que salvarle…

—Está muerto ya —responde el chico, sin inmutarse.

Konstantin se da cuenta de que su hermana ha llorado silenciosamente en el túnel. También él está preocupado por Oot. Por un momento se plantea negarse a seguir adelante e insistir en que tienen que regresar, aunque él también piense que la probabilidad de que el hurón haya sobrevivido es ínfima. Luego recuerda que Oot estuvo a punto de abandonarlos cuando les atacó la anaconda y aprieta los labios.

—¿Quién eres? —vuelve a preguntar.

—Adán —responde él—. Y vosotros sois los hermanos Milosevic. Konstantin y Moira Milosevic.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Moira.

—Lo pone… aquí… —Él hace un gesto vago con la mano, un par de círculos en el aire como si rodease a los dos hermanos; no significa nada—. Lo veo…

—Estamos buscando al Guardián de las Llaves —dice Moira—. ¿Sabes dónde está?

El chico se detiene y clava en ellos (solo durante un segundo, no aguanta más) sus ojos violetas. Hace una pausa. Luego desvía la vista y la fija, deprisa, en los árboles, en la espesura, en el infinito.

—Soy yo —declara. Y vuelve a mirarles muy rápido, con una ojeada fugaz, como si quisiera espiar su reacción—. Yo soy el Guardián de las Llaves.

Los hermanos Milosevic fruncen el ceño con idéntico gesto. A veces se nota que son familia.

—Necesitamos tu ayuda —admite Konstantin—. Tenemos un problema…

—Sí —le interrumpe Adán—. Yo os puedo ayudar. Venid conmigo.

Echa a andar otra vez, perdiéndose entre los troncos de los árboles. Moira le sigue corriendo, Konstantin va con precaución pero intenta no quedarse muy atrás. Adán no hace ningún ruido al caminar, es como si flotase sobre la hojarasca.

—No miréis entre los árboles. —Su advertencia es un susurro—. Los lobos no son lo peor que os podéis encontrar aquí. Hay criaturas que os acechan desde que entrasteis en la selva.

—¿Por qué? —Es Moira la que pregunta. Konstantin no puede hablar, está demasiado concentrado en mantener el ritmo.

—Os *odian* —asegura Adán—. Están enfadadas porque yo os protejo.

—No les hemos hecho nada.

—Lo sé. Son *malvadas*. —Adán salta para esquivar una familia de setas doradas que se desparrama a sus pies—. No las toquéis.

—¿Por qué?

—¿Es que quieres que controlen vuestras mentes?

—¿Quiénes? —insiste Moira.

Adán sacude la cabeza y no responde.

Llegan a un pantano estrecho, formado por numerosos charcos de agua estancada. Sobre algunos de ellos hay puentes de piedra, toscos y medio derruidos. Algunos nenúfares en distintas fases de podredumbre flotan lánguidamente en la superficie del agua. Bajo ellos se pueden ver, de vez en cuando, sombras que nadan a toda velocidad. Renacuajos.

Suben a uno de los puentes y se internan en aquel nuevo medio. Moira se apoya en una roca para auparse, pero esta se hunde bajo sus manos. Es viscosa y húmeda, y se queja con un chirrido. Una abertura oscura e interminable aparece en ella, un par de ojos saltones y enfurecidos. No es una roca. Es una rana que, sentada, llega a los hombros de la niña.

—*No* toques a los pequeños dioses —le reprocha Adán.

—Lo siento —masculla Moira, disgustada—. Si me lo hubieses

avisado antes, no la habría tocado —rezonga, en voz baja.

Un estruendo: Konstantin ha tropezado, una de las piedras que sostienen el puente ha caído al agua, la estructura se derrumba. El chico se precipita al estanque. Moira lanza una exclamación y corre hacia él.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. —No lo está. Por suerte no se ha golpeado en la cabeza con las piedras, pero sí en los codos y las rodillas. Tiene magulladuras y le agobia pensar que su sangre está entrando en contacto con el agua sucia. Además, está empapado de la cabeza a los pies, sus zapatos chorrean y empieza a temblar violentamente. Konstantin se destempla con facilidad.

Adán lo contempla, inexpresivo, y baja al agua junto a él.

—No te preocupes. El sistema de defensas de tu cuerpo te protegerá. Siempre y cuando no te hayas vacunado de nada.

—Por supuesto que me he vacunado de todo —tartamudea Konstantin, irritado.

—Las vacunas debilitan el cuerpo —dice Adán, con pesar—. Será por eso que eres minusválido.

—¿Perdón?

Moira no sabe si su hermano tiembla de frío o de rabia.

—Tus brazos son deficientes. No lo digo con mala intención —dice Adán—, lo digo con respeto. Es la verdad.

Konstantin tiene que aceptar su ayuda para salir del estanque, pero a partir de ese momento no dice nada más. Moira va delante de él, pisando fuerte en cada puente, para confirmar que es estable antes de que lo atraviese su hermano.

Al su alrededor, la selva se vuelve más opaca, más espeluznante. Hay sonidos por todos lados, es imposible saber de dónde vienen o qué son. Un llanto, un aullido, un crujido. La sensación de ser perseguidos es muy intensa.

Moira quiere gritar.

—Ya hemos llegado —anuncia Adán.

Frente a ellos, un grueso muro de piedra que se pierde en la altura, es imposible distinguir su final. Una entrada estrecha, un pasillo al frente, otro a la derecha, otro a la izquierda. Es el principio de un laberinto.

Decir que Oot está enfadado es quedarse corto. Uno puede pensar que sus amigos lo han abandonado en el peor momento si desaparecen justo cuando toca recoger el salón después de una fiesta de cumpleaños, o si envían un mensaje diciendo que al final no hay plan cuando uno ya está esperando en el sitio, que además es la calle, al otro lado de la ciudad, sin paraguas en un día de lluvia, seguramente

domingo, cuando el transporte público funciona regular. Pero no. El peor momento no es ninguno de esos. El peor momento es este en el que los hermanos Milosevic han abandonado a Oot: cuando un lobo está ya respirando encima de su cabeza, a punto de morderle en toda la espalda y partírsela de una sola dentellada.

Si hay un mal momento para que tus amigos se piren, es este.

«Los humanos son lo peor», piensa Oot, que a veces olvida que no es un hurón de verdad.

Lo siguiente que piensa es: «Y yo que tenía el antojo de tomarme un Tang de naranja, me voy a quedar sin él, qué fastidio. Para un capricho que tengo en la vida».

Y, por último, piensa: «Pues no me da la gana».

Así que se da la vuelta, se encara con el lobo y suelta un chillido que asustaría a cualquiera. El lobo se ve que no está acostumbrado a que sus presas le rechisten, porque se queda patidifuso. Hay hasta un brillo de ofensa en su mirada, como si considerase muy injusto que Oot siga resistiéndose ahora, cuando ya está prácticamente cazado. Esto le da unos segundos a Oot para salir corriendo todo lo deprisa que puede. Los demás lobos suspiran con algo de reproche, el que lo ha dejado escapar pone cara de culpa y, a continuación, los cinco se reorganizan para perseguir al hurón.

Uno detrás. Otros dos a la izquierda, los restantes a la derecha. Rodean a Oot. A veces se acercan un poco y él desvía su rumbo. Ellos se acomodan. Oot huye a toda velocidad sobre sus cuatro patitas, salta por encima de ramas y piedras, esquiva los árboles, atraviesa los matojos de hierba. Es una carrera de obstáculos mucho más dura para él, que es pequeño, que para los lobos. Se cansa enseguida y baja el ritmo. Cree que ellos aprovecharán para atraparlo, pero no lo hacen. Se ponen a caminar también y mantienen la distancia.

Entonces, Oot lo entiende. No lo están cazando.

Lo están guiando.

Hacia una trampa, quizá. No lo sabe. Tampoco importa: no puede hacer más que seguir adelante y ver qué es lo que quieren de él.

Así llegan hasta la linde de la selva. Los lobos se detienen. Oot olfatea el viento que sopla colina abajo. Hay algo allí, un olor familiar. Hay algo enorme, luminoso. La vista de Oot se acostumbra poco a poco a la luz, que entre los árboles es escasa, y logra distinguir el letrero. Dice: «MARAVILLOSO CIRCO DE LAS BESTIAS».

Esa forma oscura y grande es la carpa de un circo; los bultos que la rodean, caravanas y camiones. Y el olor debe de ser el de los animales, el de las lonas, las cuerdas… Oot se sienta sobre sus cuartos traseros. No sabe de qué conoce ese olor. ¿Qué tendrá él que ver con un circo?

Después de un momento de duda, sigue adelante y empieza a

descender por la ladera. Los lobos van detrás de él como una comitiva silenciosa. No se atreve a acercarse a la carpa, de modo que la rodea y acaba en la acera de una calle sombría, en las afueras de la ciudad. Le duelen las patitas, ha recorrido mucha distancia. En la esquina hay un bar abierto. Está seguro de que no admitirá animales y de que será expulsado de allí en cuanto entre, pero aun así no tiene otro sitio al que ir. Sube las escaleras y se cuela por la rendija de la puerta entornada.

Los lobos no van con él. Quizá esperen fuera, quizá se marchen.

El local está vacío y pobremente iluminado, como si estuviera a punto de cerrar. La mayor fuente de luz son las máquinas tragaperras a un lado, junto a la pared. En la barra, acodados, se encuentran un hombre corpulento, una mujer de largas pestañas y vestida con una túnica sedosa y un joven elegante y distinguido. Se vuelven hacia Oot, aunque él no ha hecho ningún ruido al pasar.

—Bienvenido —dice el primer hombre—. Ven, únete a nosotros. ¿Quieres tomar algo?

Oot se acerca y, al encaramarse a uno de los taburetes, se da cuenta de que al hombre le faltan una pierna y un ojo: lleva un parche y una pata de palo. También sus ropas son llamativas, como de otra época. Los tres son personajes extravagantes; vistos de cerca, es imposible no darse cuenta. Ella lleva un sombrero grande y puntiagudo, decorado con telas de araña, y el joven luce una blusa con adornos de oro, una pesada capa de terciopelo y una corona.

—Toma, alimaña —dice este último, con una sonrisa desagradable, mientras llena una copa y se la pone a Oot delante.

—No sea así, alteza —le reprocha el hombre del parche, antes de dirigirse al hurón—. No te lo bebas, amigo. Es matarratas.

La mujer suspira. Un gato negro aparece de la nada y se frota ronroneando contra sus torneadas piernas. Ella se agacha para acariciarlo; sus manos perfectas, de un pálido tono verde, contrastan al hundirse en el pelaje del animal. Oot la contempla cautivado. Sus ojos ovalados, sus labios, sus pómulos. Todo en ella es de una belleza sobrenatural.

—¿Qué quieres tomar? —pregunta.

—Agua con gas está bien.

—Muy bien. —A un gesto suyo, el joven de la corona sirve un vaso. Ella se inclina hacia Oot y lo envuelve en su perfume de jengibre y cardamomo—. Qué fascinante criatura. ¿Eres el familiar de alguien?

—No —responde Oot—. No que yo sepa. Es que he perdido la memoria y la estoy buscando.

—¿Has puesto carteles? —pregunta el hombre del parche.

—Debe de ser difícil encontrar una memoria entera —comenta la mujer—. Tantos recuerdos pesan mucho.

—Me bastaría encontrar uno solo, si fuera lo bastante preciado —recuerda Oot—. Dicen que hay quien querría cambiar un solo recuerdo por toda una vida de ellos.

La mujer asiente, convencida, como si no fuese la primera vez que oye hablar de esto.

—El mejor sitio para hacer ese tipo de tratos es un espejo —recomienda.

—En cuanto a tus recuerdos, no te preocupes demasiado por encontrarlos —añade el hombre del parche—. Puede ser que te estén buscando ellos a ti.

—Son veinte euros por el agua —dice el joven de la corona.

—No. —El del parche le lanza una mirada de desaprobación y sacude la cabeza—. No le hagas caso. Yo invito.

Oot no está muy seguro de que estas personas sepan de lo que hablan. Agradece la invitación, dedica una última sonrisa encandilada a la mujer y después, comprendiendo que su presencia allí ya no es deseada, baja del taburete y sale de nuevo a la calle.

Los lobos han desaparecido, pero no durante mucho tiempo.

El laberinto es intimidante. Sus muros color gris oscuro sirven de apoyo para telas de araña y enredaderas llenas de espinas; sus pasillos son largos, tenebrosos. El silencio es abrumador; en él resuenan los pasos y la respiración de los hermanos Milosevic. Adán, en cambio, no provoca ningún sonido. Flota, no respira, no habla. Cada vez parece menos corpóreo. Hasta que Moira se gira hacia él en un momento dado y comprueba que no está.

—Se ha marchado —susurra. Konstantin parece preocupado, así que ella añade—: Mejor. No parecía de fiar.

—Precisamente por eso era bueno tenerlo localizado —responde él.

Algo se derrumba a su espalda y los dos se dan la vuelta, alarmados. Las paredes del laberinto se caen, forman pilas de escombros en el suelo y nubes de polvo que quedan flotando en el aire. Una silueta se acerca caminando despacio, con gracia. Los hermanos Milosevic tienen los ojos llenos de lágrimas por culpa de la suciedad del aire, pero se esfuerzan en distinguirla.

Se trata de una mujer de mediana edad, muy maquillada, con cabellos encrespados y un mohín de disgusto en el rostro. Lleva puestas unas botas rojas, mallas negras con un eslogan en francés, una camiseta ajustada y de un tono verde chillón que parece sacada de la sección infantil de una tienda. Se queda de pie a unos metros de los hermanos Milosevic y se lleva un cigarrillo encendido a los labios. Da una calada larga y apestosa antes de expulsar el humo y decir desapasionadamente:

—Todo va a salir mal.

Lanza la colilla al suelo. En cuanto toca la roca, esta se resquebraja. Una grieta cada vez más ancha se acerca a los hermanos, que gritan y dan un paso atrás. La brecha los separa y se convierte en un abismo. La mujer se ríe a carcajadas.

Moira huye. El suelo desaparece bajo sus pies, pero ella logra alcanzar la pared del laberinto, dobla la esquina, corre, corre, corre. Los muros se derrumban a su paso, la grieta la persigue. Ve a Adán, que gesticula hacia ella a lo lejos:

—¡Piensa en algo malo que hayas hecho! —grita—. ¡Si está sucediendo esto, es porque te lo mereces!

Una pared cae sobre él, pero parece atravesarlo. Sigue haciendo señas y chillando, pero Moira ya no le escucha.

Al otro lado de la brecha, Konstantin ha sido arrinconado en menos de medio metro cuadrado de suelo. A su alrededor, la grieta se ha llenado de una sustancia densa, anaranjada y humeante.

—El suelo es lava —musita Konstantin.

No ha jugado a eso en su vida. No tiene experiencia.

—Konstantin Milosevic —llama una voz. Es Todo Va A Salir Mal. Sonríe de oreja a oreja en lo alto de una columna. Junto a ella, maniatados y colgados con gruesas cuerdas de la rama de un árbol, se encuentran la Cazadora y el Hechicero. Ella los pincha con un largo palo afilado y se ríe—. ¡Mira a quién tenemos por aquí! Estas dos termitas creían que podían perseguirme y hostigarme solo porque soy nueva en este parque. Qué malvados son, ¿verdad? Hay que dar —pinchazo— la bienvenida —pinchazo— a los recién llegados —pinchazo—. ¿No te parece, Konstantin Milosevic?

La Cazadora y el Hechicero no pueden quejarse porque están amordazados, pero se retuercen de dolor.

—Depende —responde Konstantin.

—¿Ah, sí? ¿Te gustaría a ti llegar nuevo a algún lugar y no ser bien recibido? Deberías tener cuidado con lo que dices, porque dentro de poco no te querrán en ningún sito y sabrás lo que se sufre. —Konstantin no responde. Ella ladea la cabeza, sin dejar de sonreír—. No podrás moverte, no podrás comer solo ni beber solo ni hablar solo. Serás una carga, alguien a quien cuidar y limpiar el culo cuando vaya al baño.

—Stephen Hawking tampoco podía moverse como los demás —replica Konstantin—. Y eso le ayudó, según él, a concentrarse en la investigación. Dijo que hay que centrarse en lo que uno puede hacer y no lamentarse por aquello que no.

—Stephen Hawking contaba con herramientas que tu familia no podrá proporcionarte jamás —rebate Todo Va A Salir Mal. Duele, porque es verdad.

—Pero sí puede hacer que siempre me sienta bienvenido —dice—. Durante el tiempo que haga falta.

—Sí, pero ¿será verdad? —canturrea Todo Va A Salir Mal. Vuelve a empujar a sus prisioneros con el palo—. ¿Tú qué crees? ¿Debería matarlos ya?

Saca un mechero y prende fuego a la punta de su palo. Con una sonrisa amable, lo acerca a la Cazadora y al Hechicero, que se debaten entre gritos ahogados por la mordaza. Ella amenaza con quemarles, juega, hasta que, con un chisporroteo, la capa del Hechicero estalla en llamas.

Mientras tanto, Moira se enfrenta a un nuevo problema. Es una araña metálica, del tamaño de un perro grande, con tijeras en el extremo de cada patita. La criatura persigue a la niña, chasqueando sus manos afiladas con alegría. Moira trepa por los escombros, pero la araña es más rápida.

—¡Moira!

No es Adán quien la llama esta vez, sino su hermano. Konstantin intenta gesticular, pero no tiene fuerza en los brazos, está exhausto. Por suerte, Moira está acostumbrada a la extraña forma de comunicación no verbal de su hermano y entiende que está señalándole una dirección. Mira hacia arriba y abre la boca, sorprendida, al ver allí a la Cazadora y al Hechicero… ¡ardiendo!

La araña está a punto de atraparla, no puede ayudarles en ese momento. O sí. Sí puede. Se le ocurre de pronto, no tiene tiempo para pensarlo dos veces. Así que lo hace y ya está. Echa a correr hacia la columna. Todo Va A Salir Mal la ve venir, pero cree que una niña como ella jamás cometerá un acto brutal y despiadado. Se equivoca. Moira se defiende cuando tiene que hacerlo, y no se ha dejado engañar: Todo Va A Salir Mal parece una mujer, pero no lo es. No es una persona. Seguramente ni siquiera sea un ser vivo. La empuja.

Todo Va A Salir Mal y su exclamación de asombro caen al abismo de lava.

Moira salta y se cuelga de las cuerdas que sujetan a los prisioneros. Se balancean de un lado a otro. La araña se acerca, dispuesta a cortar dedos y orejas, pero solo logra alcanzar las ataduras del Hechicero.

Él y Moira caen sobre la columna. La araña se enzarza contra las cuerdas que sostienen a la Cazadora, pero pierde el equilibrio antes de terminar de cortarlas. Intenta agarrarse a ellas, pero sus manos no sirven para eso. Se precipita al vacío, sin dejar de abrir y cerrar las tijeras.

La capa del Hechicero, que él se arranca tan pronto como tiene las manos libres, hace una espiral de humo en el aire. Y entonces la penúltima cuerda que sostiene a la Cazadora cede y la niña cae hacia

la lava. Se detiene a medio metro de ella gracias a la última atadura, que aún resiste. Está hecha un lío de brazos y piernas, boca abajo, con el rostro demasiado cerca del calor.

Konstantin se acerca, pero no puede ayudarla. Grita palabras de ánimo, pero ve en los ojos aterrorizados de ella que no sirven para nada.

Sobre la columna, Moira ayuda al Hechicero a deshacerse de la mordaza. Él empieza a musitar una retahíla de palabras arcanas. Termina así:

—…¡leche fría con cacao!

Un río de líquido marrón claro baja por la brecha y se mezcla con la lava. Esta se enfría y se solidifica, convirtiéndose en un suelo irregular. Konstantin puede llegar hasta la Cazadora, que pelea contra las cuerdas hasta que consigue soltarse.

—¡No tan deprisa! —Es Todo Va A Salir Mal. Emerge directamente desde debajo de la lava sólida, como un fantasma, y enciende otro cigarrillo—. Este es vuestro final, chicos. Nada de lo que habéis hecho ha valido la pena.

Avanza hacia Konstantin y la Cazadora, pero Moira ha entendido la estrategia del Hechicero y colabora:

—¡Ositos de peluche! —propone.

Él asiente con una sonrisa. Dos osos de peluche salen de detrás de los escombros y se colocan delante de Todo Va A Salir Mal. Le impiden acercarse a los niños.

—Atrapasueños.

—Besos de buenas noches de mamá —colabora Moira.

—El canto de los pájaros por la mañana después de haber tenido una pesadilla.

—Una luz que se queda encendida por la noche.

Konstantin levanta la cabeza hacia ellos.

—Hablar con amigas —dice en voz baja, pero sus palabras tienen el mismo efecto que las de ellos: debilitan a Todo Va A Salir Mal, iluminan los alrededores, atenúan la sensación de calor sofocante.

—Mi hermano —dice Moira.

—Mi hermana —dice el Hechicero.

—Saber que siempre habrá otra oportunidad —signa la Cazadora, que conoce los hechizos de su hermano y sus efectos.

Todo Va A Salir Mal aúlla de rabia. Está tan enfadada que se vuelve corpórea y se convierte en un jabalí.

No todo el mundo sabe lo terribles que son los jabalís. Son animales que no tienen miedo a nada y que están dispuestos a cualquier cosa con tal de deshacerse de sus enemigos. Cuando se sienten en peligro, no huyen nunca, siempre atacan. Por eso son tan peligrosos, porque uno no puede decirle a un jabalí: «Oye, no te voy a

hacer nada, vete», ni siquiera dar una patada al suelo, gritar mucho y que el jabalí entienda que tienes un mal día y que es mejor dejarte tranquilo. No. Si te encuentras con un jabalí, lo más probable es que tengas que luchar contra el jabalí, porque no te dejará marcharte de allí en paz. Y los jabalís siempre ganan una pelea. O al menos eso piensan. Nada les hará cambiar de opinión nunca, luchan hasta la muerte.

Por eso Todo Va A Salir Mal escoge esa forma. Es una declaración de intenciones. Les está diciendo que va a ir a por ellos con cada resto de fuerza que le quede, con cada gramo de vida.

El jabalí galopa hacia Konstantin y la Cazadora, los arrolla y arrincona contra el resto de uno de los muros. Los dos gimen por el choque, pero Todo Va A Salir Mal no les deja ni un segundo para recomponerse y vuelve a embestir. Los aplasta contra la piedra una y otra vez, sin misericordia.

—Nunca saldréis vivos de aquí —les dice, con cada golpe—. No hay nada que podáis hacer. No vais a salvaros. Vais a sufrir y después moriréis.

Sus palabras son hipnóticas y es fácil creerlas. Konstantin las cree y deja de luchar. Moira y el Hechicero las creen.

La Cazadora no. La Cazadora no oye nada.

Coge fuerzas y da un salto, por encima de lo que queda de muro, por encima de Todo Va A Salir Mal. Saca sus lazos, dos tiras de color lila que agita y despliega en el aire. Cae sobre el lomo del jabalí, gira, salta de nuevo. La bestia se separa de Konstantin e intenta alcanzarla a ella, pero no puede. La Cazadora es más rápida y su mente es lúcida, como siempre que ejecuta su danza. El jabalí, en cambio, está cegado por la rabia y la violencia. A la Cazadora no le resulta difícil rodearlo con las cintas, por arriba, por debajo, por los lados, hasta que da un pequeño tirón y la bestia está inmovilizada.

Entonces, la anaconda aparece desde debajo de los escombros. Ha estado allí, enrollada, siendo testigo de lo que sucedía. Las serpientes, incluso las más grandes, son muy veloces cuando atacan. La anaconda se traga al jabalí de un tirón, y con el mismo impulso, continúa zigzagueando hacia delante.

—¡Creía que no éramos amigos! —grita el Hechicero, que se está acercando a toda velocidad, seguido por Moira.

—nolosomos —silabea la serpiente, sin detenerse—. estabahambrienta.

—Ya, ¡claro! Has comido gracias a nosotros otra vez —dice el Hechicero—. Nos debes una.

La anaconda no contesta y se interna en la selva, dispuesta a hacer una larga digestión.

Los cuatro niños se miran y se abrazan. Están contentos, porque

saben que han vencido a un Miedo grande y poderoso, pero también se encuentran magullados, quemados y agotados.

—Vámonos de aquí —sugiere la Cazadora, con signos vagos, cansados—. Este lugar está maldito.

Es fácil salir de un laberinto sin paredes ni miedo. Los cuatro caminan hasta el muro exterior, el único que se ha mantenido en pie. Y allí se encuentran con que la puerta está cerrada.

—Podemos seguir junto a la pared —sugiere Moira—. Antes o después llegaremos a algún sitio donde se haya caído o donde haya otra puerta. Por la que entramos nosotros, por ejemplo, que no se podía cerrar…

—No puedo andar más —dice Konstantin, con honestidad—. Me duele todo.

—No hace falta que sea ahora —concede ella—. Nuevo plan: dormimos aquí y nos ponemos en marcha mañana.

Se acomodan junto al muro, pero la Cazadora y el Hechicero están inquietos. A él le duele el cuello, tiene algunas quemaduras graves.

—¿Vivís muy lejos? —pregunta Konstantin.

—Tenemos varios escondites repartidos por la selva. En uno de ellos tenemos algo de crema para quemaduras, pero tardaremos aún unas horas en llegar desde aquí —dice el Hechicero.

—Conviene no guardar todas las cosas en una misma guarida —explica la Cazadora—. Somos precavidos desde que logramos huir del Pueblo Justo.

Eso llama la atención de Konstantin.

—¿El Pueblo Justo? ¿Por qué huisteis de él?

La expresión de la Cazadora se ensombrece.

—El Pueblo Justo es amable hasta que te atrapa. Entonces empieza a proponerte tratos, y siempre te engaña. Encuentra lo más valioso para ti y te lo roba… —Entonces se fija en su hermano, con un gesto de preocupación—. ¿Te duele mucho?

—Deberíais iros —dice Moira—. Vosotros podéis trepar por el muro.

—No vamos a dejaros solos…

—Qué tontería —interviene Konstantin—. Moira tiene razón. Marchaos, el Hechicero necesita curarse el cuello. Nosotros estamos bien aquí. Descansaremos y encontraremos la salida por la mañana.

—Está bien. Si estáis seguros… Ha sido un placer luchar junto a vosotros, Konstantin y Moira Milosevic —dice el Hechicero.

—Tomad —agrega la Cazadora—. En agradecimiento.

Les tiende una piedra redonda, de color blanco. Moira la acepta con una pequeña reverencia. Después, la Cazadora y el Hechicero examinan el muro, escogen el mejor lugar para trepar y desaparecen en la noche.

Konstantin y Moira se acurrucan en el suelo.

—¿Crees que Adán todavía está por aquí? —pregunta ella, en voz baja.

—No. Creo que vino con Todo Va A Salir Mal y se fue con ella —afirma Konstantin, con seguridad—. Seguro que ni siquiera se llamaba Adán. Más bien se llamaría Mentiroso. Nada de lo que nos dijo era cierto.

—Nada —conviene Moira—. Anda. Adán. Nada. Nada Es Verdad.

—*Fake News* —propone Konstantin.

Los dos sonríen. Ponerle nombre a algo que da miedo y reírse de ello les ayuda.

Y en el mismo instante en el que el último eco de sus palabras desaparece, oyen un toctoc al otro lado de la puerta.

Toctoc.

Los dos se quedan quietos como estatuas. Escuchan.

Toctoc.

—¿Hola? —Una voz al otro lado.

—Hola —responde Moira, en tono cauteloso.

—¿Puedo abrir?

Konstantin frunce el ceño.

—No lo sé. Nosotros no podemos.

Un clic suave. Después, un crujido. La pesada puerta se abre.

Los hermanos Milosevic se ponen en pie, preparados para defenderse o para escapar, pero no hace falta. El que acaba de abrir la puerta es un chico de la edad de Konstantin. Tiene el cabello lleno de espesos rizos, los ojos grandes y amables, la piel suave y oscura. Lleva una camiseta roja con un signo de interrogación y unos pantalones marrón claro. Sonríe.

—Hola —saluda de nuevo—. ¿Estabais encerrados?

—Sí —responde Moira—. ¿Cómo has abierto la puerta?

El chico se encoge de hombros.

—Es lo que hago. Me llamo Moisés. ¿Os gustan las moras? —Saca una bolsita de plástico llena de frutos, toma un puñado y se lo mete en la boca. Después, les ofrece la bolsa.

—No, gracias —dice Konstantin por si acaso.

—Lástima. Están muy buenas. He encontrado una zarzamora cargada de ellas y no sé si me dará tiempo a recogerlas antes de que empiecen a caerse. ¿Vais a salir o preferís quedaros ahí?

Los hermanos Milosevic atraviesan la puerta y regresan a la selva. Los susurros del viento y los quejidos de las criaturas nocturnas resultan acogedores. Trece mariposas negras levantan el vuelo de improviso y revolotean en torno a Konstantin, como si lo saludasen. Después, ascienden hacia la luna. Moisés las sigue con la mirada.

—Qué curioso —comenta—. Nunca antes había visto aquí

mariposas de la muerte. Son unos bichos muy simpáticos con un nombre muy sombrío. Hay culturas que las consideran un mal presagio.

—Quizá un presagio sin más —dice Konstantin, serio.

Moisés ladea la cabeza y lo examina con curiosidad.

—Tal vez.

—Me llamo Konstantin Milosevic. Esta es mi hermana Moira. Estamos buscando al Guardián de las Llaves.

—¿Para qué lo necesitáis?

Konstantin tiene el impulso de decirle que ya se lo contarán al Guardián de las Llaves cuando por fin lo vean, que no tiene por qué ir compartiendo su historia con cada persona con la que se cruza. Sin embargo, se contiene. No es justo descargar su cansancio y su preocupación siendo borde con ese chico, que acaba de ayudarle.

Suspira.

—Nuestros padres están encerrados y tenemos que ayudarles.

Moisés asiente con gravedad, despacio, como si estuviera tomando importantes decisiones.

—Está bien. Pero parece que antes necesitáis ayuda vosotros. Estáis hechos un desastre. —Echa a andar, pero los hermanos Milosevic no van detrás, así que se detiene y vuelve la mirada hacia ellos—. El Guardián de las Llaves soy yo.

A espaldas de Konstantin y Moira, la puerta del laberinto vuelve a cerrarse. Se oye el sonido de la cerradura, aunque nadie la ha tocado.

La última vez que alguien les dijo aquello fue un fraude. Sus dudas son comprensibles. Sin embargo, en apenas unos minutos Moisés ha conseguido transmitir mucha más confianza que Nada Es Verdad, y además ha abierto y cerrado sin dificultad las puertas del laberinto. Echan a andar detrás de él.

Ya es noche cerrada y las tripas de Moira empiezan a protestar. Es la hora de la cena. La abuela Amalia debe de estar asustadísima, pero es mejor no pensar en eso. Volverán pronto. Entonces, llegan a los columpios de los niños mayores, abandonados a aquella hora, y Moisés señala la tirolina, que comienza junto al tobogán y se pierde entre los árboles.

—Yo no puedo utilizar eso —objeta Konstantin.

—¿Por qué no? —La curiosidad de Moisés es genuina—. Es muy divertido. Y rápido.

—No tengo fuerza en los brazos para sostenerme.

—No pesas tanto.

Konstantin está muy tenso, como siempre que tiene que hablar de sus circunstancias.

—Tengo una enfermedad degenerativa y mis músculos están resentidos —articula, con voz tan afilada que es como si hubiese

blandido una guadaña tajante muy cerca del rostro de Moisés.

—Oh. Vale —dice el Guardián de las Llaves—. Iremos por el camino largo, entonces.

Salen de los columpios y bajan por un camino rodeado de rosales en flor. A lo lejos se oye un aullido y Moira empieza a temblar.

—Nos persiguieron unos lobos —explica—. Se han comido a un amigo nuestro…

—¿Seguro que no eran perros? —pregunta Moisés—. No tengo noticia de que hayan entrado lobos en la selva.

—Seguro.

—¿Y seguro que se lo han comido?

—Eso no lo sabemos —interviene Konstantin.

—Le podemos preguntar a esa señora que da de comer a las palomas —sugiere Moisés—, ella lo sabe todo. Pero tendrá que ser por la mañana, nunca se despierta de noche.

Giran a la derecha y se cuelan entre las plantas para encontrarse con una gran puerta de piedra negra en medio de la nada. Konstantin frunce el ceño. No tiene sentido que haya entradas o salidas sin paredes a los lados. De todos modos, no es una puerta corriente. Tiene la forma de un gran gato y ojos rasgados de vidrio verde con dos líneas negras verticales como pupilas.

—La Puerta del Gato es la entrada principal a mis dominios —explica el Guardián de las Llaves—. Nadie puede cruzarla sin que yo lo sepa.

Pasan por la boca del gato. El suelo es de adoquines oscuros y cae abruptamente en un desnivel. Ahí abajo hay un tren abandonado, uno de los que en el Primer Lado recorren el parque cada dos horas. Se puede subir a ellos por un euro, pero muchos niños lo hacen gratis por el procedimiento de saltar al último vagón cuando el vehículo ya está en marcha.

Moisés baja por la pendiente y se cuela en el tren por la portezuela abierta de uno de los vagones. Ha acondicionado todos ellos para formar una vivienda.

En el quinto, el último, ha apilado los bancos para formar estanterías en las que almacena todo tipo de cosas: cubos de plástico, botellas de agua, pinturas, cuadernos, libros, una pandereta, silbatos, un gorro de marinero, una correa de perro, ocho pelotas de tenis y un bumerán.

En el cuarto, ha colocado tres bancos juntos para formar una mesa de trabajo. Hay que sentarse en el suelo para que esta tenga una altura cómoda, pero a Moisés no le molesta.

En el tercer vagón hay más estanterías de bancos, esta vez bajitas, solo dos de ellos puestos uno sobre el otro. De este modo, el más alto puede utilizarse como superficie de trabajo. El más bajo sirve como

lugar de almacenaje. Este vagón es la cocina.

En el segundo vagón hay algunas mantas en el suelo, es cómodo y acogedor. Moisés les conduce a este y les invita a sentarse. Enciende una linterna que ha colgado del techo con un cordón. Este es el salón de su casa, donde él pasa el rato y donde recibe a las visitas.

El primer vagón es el recibidor, por allí han entrado. Tiene una esterilla para limpiarse los pies y un banco sobre el que Moisés arroja el abrigo cuando entra en casa.

En la locomotora está el dormitorio de Moisés. Allí guarda casi todas las mantas que posee, dos almohadas, un jersey color salmón al que se abraza algunas noches cuando se siente especialmente solo, un hipopótamo de peluche y su mochila, en la que guarda todas las cosas realmente importantes.

Finalmente, en el tejado del tren hay una tumbona vieja y oxidada. Allí se tumba Moisés a leer algunas tardes de verano.

El Guardián de las Llaves saca un botiquín de la locomotora. También trae un barreño de plástico, dos botellas de agua y un par de trapos limpios. Moira se lava sola, pero su hermano no puede levantar la botella. Sin hacer ningún comentario, Moisés desinfecta las heridas de Konstantin y aplica un poco de pomada sobre sus magulladuras. Está muy cerca y siente que el chico respira más deprisa, abrumado por la intimidad, pero tiene la discreción de pretender que no lo nota y que no tiene la menor importancia.

—¿Mejor? —pregunta cuando termina.

Konstantin asiente.

—Gracias —murmura, cohibido.

—Nada. —Moisés mira a Moira, que se ha puesto todas las tiritas que ha podido en las manos—. Bueno. Ya tenéis mejor pinta. Dadme un segundo y estaré listo yo también. ¿Dónde vivís? —Se mete en la locomotora para sacar y meter cosas de su mochila, pero se asoma con una sonrisa cuando Moira le da la dirección—. ¡Perfecto! Hay conexión directa. Cogeremos el autobús.

La abuela Amalia está muy preocupada, porque esta mañana descubrió que la jaula de Oot estaba vacía. Se pasó varias horas buscando al hurón por toda la casa, sin éxito, y cuando los niños volvieron a la hora de comer estuvo cruzando los dedos detrás de la espalda todo el rato para que Moira no se diera cuenta. Necesitaba que se marcharan para poder seguir buscando; en el mejor de los casos, localizaría al animalito y lo devolvería a su jaula antes de que la niña se percatase de su ausencia. Así que le vino muy bien que los dos niños quisieran ir al parque sin ella. Les dijo que así iría a la peluquería de Flora, aunque no es cierto porque aún no le hace falta cortarse el pelo. Los niños nunca se dan cuenta de estas cosas, así que

es una mentira segura.

La pobre Moira se llevaría un disgusto si supiera que su mascota ha desaparecido, o eso piensa la abuela Amalia. Claro que ella no sabe que el hurón fue al colegio con Moira, ayudó a escapar a Konstantin, escoltó a Claudia, negoció con la representante de alumnos, se enteró de la historia del Guardián de las Llaves, viajó a la selva, huyó de la anaconda, del Pueblo Libre y de los lobos, y finalmente fue abandonado por sus amigos. La verdad es que la abuela Amalia no solo no sabe esto, sino que ni siquiera lo habría imaginado jamás y, si se lo dijeran, probablemente no lo creería.

Ella cree (erróneamente) que el hurón se ha escapado y que no debe de estar muy lejos. Así que se pasa la tarde poniendo carteles en el portal del edificio y las farolas de la calle, bisbiseando el nombre de Oot por los rincones y llamando a las puertas de los vecinos para preguntarles si no habrán encontrado un hurón por ahí, más o menos así de alto, muy simpático, quizá con pinta de andar perdido. Nadie lo ha visto.

—¿El hurón de Moira? Te avisaré si pasa por aquí —dice Bonnie.

Es la respuesta más amable que logra obtener. La tonta de doña Mauricia solo está interesada en la oferta en manicura y pedicura que hace Flora de vez en cuando. La abuela Amalia ya le ha dicho siete veces que el día de la promoción es mañana, y que no olvidará pasarse por allí para decírselo y que vayan juntas. Por fin, la buena mujer le permite irse y la abuela Amalia sube las escaleras de vuelta a su piso. Se acerca la hora de su partida de mus en la terraza de la pastelería. Amalia se siente culpable por querer irse a jugar cuando el hurón sigue perdido, pero se consuela pensando que tal vez sus amigos sepan algo de él. Puede ir a preguntarles y, ya que está, jugar una partida. Primero tiene que pasar por casa para recoger su bolso del mus.

Hay dos personas delante de la puerta. Un hombre y una mujer.

La abuela Amalia se detiene en las escaleras y escucha. Cree reconocer sus voces. Atisba por encima de la barandilla, con gran precaución. Sí. Conoce a ese par.

La mujer es alta y delgada, tiene la cara chupada y el cabello recogido en un moño tan apretado que le estira la piel en las sienes. Sus dedos terminan en uñas muy afiladas y pintadas de rosa. Lleva grandes pendientes, un collar que parece caro y un bolsito ridículamente pequeño. Su expresión es de constante desagrado. La abuela Amalia la llama No Eres Suficiente. El hombre es exiguo y lóbrego, tiene los ojos hundidos y cara de cansancio o aburrimiento. Necesita veinte abrazos y al menos una persona que le quiera, pero parece que jamás ha conocido ni lo uno ni lo otro. La abuela Amalia lo llama Solo Quedas Tú.

Son los dueños del negocio de compraventa que quisieron adquirir

la casita de muñecas de Moira aquella misma mañana. A la abuela Amalia le parecieron extraños entonces, pero más aun se lo parecen ahora, cuando les oye decir:

—Creo que no está en casa.

—Perfecto.

Y la siguiente vez que la abuela Amalia mira, no los ve. Se han esfumado.

Ella sabe que están dentro de la casa. ¿Cómo han entrado, si la puerta está cerrada? Es un misterio. Pero están dentro. Seguro.

Quieren la casita de muñecas, quién sabe por qué.

La abuela Amalia no se caracteriza por dejar que los demás se salgan con la suya cuando ella no está de acuerdo. No, ella es cabezota y batalladora. Así que sube hasta su rellano, abre la puerta del piso con sigilo y entra. Como se encuentre con ellos, se van a enterar. Recorre el pasillo hasta la habitación de su nieta y entra. No oye nada, pero le parece ver la puerta del armario moverse un poco, como si algo se hubiese movido dentro. Tiene la certeza de que los dos invasores están allí.

Se acerca, dispuesta a abrir la puerta, pero oye un murmullo:

—No puede hacer nada contra nosotros.

Es verdad. Está sola. Y ellos son más jóvenes y más fuertes, no le cabe duda. No puede enfrentarse a ellos.

Tampoco va a dejar que se queden con la casita. Debe de ser valiosa, si tan importante es que incluso hay quien comete allanamiento de morada para conseguirla.

La abuela Amalia se da la vuelta. Debe actuar deprisa. Levanta la casita con los dos brazos y corre hacia el pasillo. Está a punto de salir del piso cuando recuerda que esa misma mañana algo le llamó la atención en la cocina: una nota de Konstantin con la inscripción «LEER EN CASO DE EMERGENCIA». Es evidente que esto es una emergencia, así que deja la casita de muñecas en el suelo, junto a la puerta, y se apresura hasta la cocina. Coge la nota. El imán se cae al suelo, pero no hay tiempo para recogerlo.

La puerta del armario se ha abierto. La oye desde allí.

Solo Quedas Tú y No Eres Suficiente han descubierto que la casita ya no está. La abuela Amalia lo sabe porque oye su grito de rabia. Entonces los dos salen al pasillo. Y ella les ve desde el otro lado. Se miran.

Ellos vuelven a aullar.

Ella corre por el pasillo. Llega a la puerta antes que ellos. Coge la casita. Ellos son más rápidos, la alcanzarán en las escaleras. No cuentan con el ascensor. Uno de los dos sí funciona y la abuela Amalia sabe cuál es. Se mete dentro. Cierra la puerta. Ellos la golpean, intentan traspasarla…

El ascensor ya está bajando.

Solo Quedas Tú quiere dejarse caer por el hueco y entrar en la cabina del ascensor, pero No Eres Suficiente le da un golpe en el hombro y señala las escaleras. Bajarán y la esperarán en la puerta.

No saben que la abuela Amalia no ha pulsado el botón para ir a la planta baja, sino al piso de Bonnie. Llama a su puerta con urgencia. Tiene que entrar antes de que sus perseguidores se den cuenta de lo que ha sucedido y la persigan.

Por suerte, Bonnie estaba justo en ese momento contemplando la fotografía de la celebración de su cuadragésimo segundo cumpleaños, que está pegada en la puerta de entrada, encima de la mirilla, así que abre enseguida. La abuela Amalia entra y cierra a su espalda.

—¡Tenemos que marcharnos! ¡Me persiguen! No puedo con la casita. Ayúdame, Bonnie, por lo que más quieras.

Bonnie toma la casita de muñecas y la deposita sobre la mesa del salón. Luego va a la cocina y llena un vaso de agua para ofrecérselo a la abuela Amalia.

—Estás toda sofocada, bebe un poco.

—¡No hay tiempo! ¿No me has oído? Me persiguen. Los compraventeros, los compravendedores, los…

—No pasa nada. Tranquila. —Bonnie se sienta en el sofá—. Aquí no puede entrar nadie. Tengo muchos cactus —señala un jarrón sobre la mesa— y una maceta con hierbabuena. Nos protegerán de la magia y de los ladrones.

—Eso es precisamente lo que son ellos —dice la abuela Amalia, algo más tranquila, y se bebe el agua—. Ladrones. Y también hacen magia, o algo así. Entraron en mi casa *a través de la puerta*.

Entonces cae en que sigue llevando en la mano la nota de Konstantin. La mira. Mira a Bonnie. Bonnie mira la nota.

«LEER EN CASO DE EMERGENCIA».

—¿Esa es la letra de Konstantin? —pregunta Bonnie.

Es fácil de reconocer. Nadie más escribe con pluma estilográfica en este siglo.

—Sí —responde la abuela Amalia.

Se sienta en el sofá, junto a su vecina, y despliega la nota. Las dos la leen al mismo tiempo. La acaban. Y la leen por segunda vez.

Es una carta breve, pero con mucha información.

El hurón parlante. El Segundo Lado. Los padres en la casita de muñecas.

La confesión: «Una vez sepas esto, estarás en el Segundo Lado también».

La abuela Amalia se levanta y se acerca a la casita de muñecas. Mira por las ventanas. Se lleva la mano a la boca.

—¡Ay! ¡África! ¡Hija mía! ¿Qué haces ahí dentro? —La muñeca no

contesta—. Y Moira y Konstantin se han ido a solucionar esto los dos solos… ¡Solos! Ella tan pequeña… y él tan vulnerable… ¡Me lo tenían que haber contado! ¡Si lo hubiese sabido, jamás les habría permitido…!

—Por eso no te lo han contado —replica Bonnie, con serenidad—. Porque crees que Moira es demasiado pequeña y que Konstantin es vulnerable.

—Bueno, ¡lo son! Ella solo tiene siete años. Y Konstantin, pobrecito mío… Está malito… Es…

—Es un chico de quince años —dice Bonnie— con una madurez que ojalá tuvieran muchos de mi edad. ¿Tú crees que le haces un favor tratándolo como si fuera de cristal?

La abuela Amalia sabe que la respuesta a esa pregunta es «no», pero no es capaz de decirlo en voz alta ni de darle demasiadas vueltas, así que se queda callada.

—Tenemos que encontrarlos —resuelve—. No, no me mires así. No es para obligarles a volver. Es para ayudarles.

Bonnie asiente.

—Necesitamos un plan.

La abuela Amalia sonríe.

—Tengo uno. Aunque necesitaré salir de aquí sin que me pillen por banda esos ladrones. ¿Tienes suficientes plantas para protegernos? Quizá podamos llevarlas con nosotras en esas bolsas tan estupendas de ir a la compra. Yo tengo varias, ¿tú tienes?

Bonnie se ríe.

—Por suerte, a nadie le llamará la atención verme salir de casa cargada de plantas.

Antes de abandonar su apartamento, se acuerda de la carta de Konstantin. No la que le ha dejado a Amalia con información sobre el Segundo Lado, no. Otra carta, escrita hace algunos meses, que Bonnie custodia por petición del chico para dársela a sus padres llegado el momento. No está segura de si convendría llevarla consigo o no. Puede que la vaya a necesitar más adelante. Sin embargo, dado que aún no tiene permiso de Konstantin para entregar la carta a nadie, decide dejarla donde está.

Unos minutos después, salen las dos del portal, empujando un carrito y con grandes bolsas reutilizables colgadas del hombro. Las protegen veintidós cactus, la maceta de hierbabuena, unos crisantemos, una planta de aloe vera y un jazmín.

Debe de funcionar, porque Solo Quedas Tú y No Eres Suficiente no se atreven a seguirlas.

La calle parece desconocida, aunque sea la misma que Konstantin recorrió tantas veces con el triciclo cuando era pequeño y su hermana

no había nacido; por la que empujó su cochecito cuando ella era bebé. Llegan a la esquina en la que Moira fue mordida por un perro. La fachada vecina contra la que Konstantin aprendió a hacer el pino, hace años, cuando aún podía. La farola que Moira decoró con pegatinas cuando los Reyes Magos le trajeron un álbum.

Los dos se sienten como si nunca hubiesen pisado la acera de esa calle.

—¿Es aquí? —pregunta Moisés al llegar al portal.

Ellos no saben qué responder, pero la llave que tiene Konstantin abre la puerta, así que entran. Suben en el ascensor que sí funciona. No reconocen la puerta ni la esterilla para limpiarse los pies, pero debe de ser su casa, porque es el piso correcto. Konstantin abre.

El pasillo está vacío, a excepción de algunas páginas de libro, arrancadas, que han caído al suelo junto a la pared. En el salón está todo revuelto: los cojines, hechos trizas; el sofá, destripado; la mesa, volcada; las estanterías, vacías. No hay objetos pequeños y los muebles parecen muy antiguos. Es como si alguien hubiese saqueado el apartamento, pero hace cincuenta años por lo menos, y el hogar de los Milosevic hubiese estado abandonado desde entonces. Asombrados, los niños visitan la cocina, el baño, los dormitorios de sus padres y de la abuela y, finalmente, sus propios cuartos. El ambiente desolado es el mismo en todas partes.

Y la casita de muñecas no está.

—Alguien se ha llevado a la abuela Amalia —dice Moira, con un hilo de voz.

Konstantin intenta mantener la compostura. Siempre lo intenta. Casi siempre lo consigue. Ahora, en cambio, está cansado, dolorido, desesperanzado, hambriento, sediento y, encima, se siente culpable e inquieto porque a la abuela Amalia puede haberle pasado algo malo; la ha perdido a ella y también a Oot. Todo para encontrar al Guardián de las Llaves, y encima eso no sirve para nada porque la casita de muñecas ha desaparecido y no puede liberar a sus padres.

Se sienta despacio en el somier de la cama de Moira, que sigue entero, y coge todo el aire que puede para expulsarlo luego muy despacio, con cuidado de que su respiración no se convierta en un sollozo. Vuelve a hacerlo. Aspira por la nariz. Espira por la boca.

Moira mira a su alrededor. Todo es un desastre, pero ella sabe centrarse en lo importante. Se vuelve hacia Moisés.

—Mis padres estaban aquí, en una casita de muñecas —explica—. Pero ya no están.

—Ah. Perdón, no estaba entendiendo lo que pasaba —admite él—. ¿Es que vuestra casa no suele estar así?

—No. Antes tenía más cosas y estaba todo ordenado. Más o menos. Y mi abuela, que se llama Amalia, vivía aquí con nosotros,

pero se ha ido o la han secuestrado.

—Parece que cada vez tenéis más problemas —dice Moisés—. Tal vez deberíamos registrar la casa y ver qué han dejado aquí que aún podamos utilizar. Tu hermano tiene un aspecto horrible, si me permitís señalarlo. Parece que se hubiese sumergido en un pantano y después hubiese secado su ropa con lava y humo.

A Moira también le gustaría cambiarse de ropa, porque ha sudado y no se siente limpia, pero alguien se ha llevado todo lo que tenía en el armario. Asiente con decisión.

—Tú ve a buscar ropa limpia, mantas, todo lo que encuentres. Yo voy a la cocina. Necesitamos algo de comer.

Acuerdan volver a reunirse en el dormitorio apenas unos minutos después. Konstantin se queda donde está. Ha logrado superar el instante de desesperación, pero todo el mundo sabe que cuando estás exhausto no es buena idea sentarse: solo ha servido para aumentar el agotamiento.

Con sus últimas fuerzas, se pone en pie cuando regresan los otros dos.

—Vamos a bajar a casa de Bonnie —dice—. Ella sabrá dónde está la abuela.

—Buena idea —acepta Moira.

—No sé quién es Bonnie —dice Moisés—. Pero vale.

Meten todo lo que han encontrado en un viejo carrito de la compra de tela y bajan en el ascensor. Konstantin llama a la puerta, pero Bonnie no responde. Es raro, porque aún no es tan tarde como para que esté acostada. Puede que haya salido.

Entonces, Moisés, a quien nunca se le ha dado bien tener paciencia y esperar delante de puertas cerradas, se adelanta para empujar la hoja con la mano. Y la puerta se abre.

En casa de Bonnie no hay nadie.

—Faltan todas las plantas —advierte Konstantin, con el ceño fruncido.

—Arriba faltaba también el cactus que le regaló Bonnie a la abuela —dice Moira.

Los dos piensan que eso no puede significar nada bueno, pero ninguno lo dice en voz alta.

—Será mejor que descansemos un poco —propone Konstantin, que ha visto a Moira bostezar—. Es tarde y han pasado muchas cosas hoy. Por la mañana todo estará más claro —añade. Tiene mucha esperanza en que eso sea cierto.

—¿Puedo quedarme? —pregunta Moisés—. Quizá mañana encontremos la casita de muñecas y pueda ayudaros.

—Gracias —responde Konstantin, con sencillez.

—Este piso aún no ha sido saqueado —dice Moira—. A lo mejor

los que vinieron al nuestro se pasan por aquí también.

—Es verdad —asiente Konstantin—. Será mejor que no acampemos aquí, sino en el jardín.

Moira estaba quedándose dormida, pero se despeja enseguida ante la perspectiva de entrar en el refugio de Konstantin y Bonnie, al que ella no es invitada nunca. Sin embargo, antes aprovechan que aquel piso aún es habitable: los hermanos Milosevic pasan al baño para lavarse en condiciones y Moisés calienta dos paquetes de salchichas en el microondas. Moira se viste con una camiseta de la abuela a modo de vestido, unas mallas, un jersey de lana de su padre, una bufanda al cuello y otra a modo de cinturón. Konstantin se pone unos pantalones suyos, una camisa azul de su madre con el dibujo de un barco de velas rosas a un lado del pecho y un jersey también de su padre.

Luego, los tres atraviesan la cocina, salen por la ventana hasta el techo del cobertizo y saltan hasta el patio. Konstantin rueda por el suelo, sus rodillas no han sido capaces de sostenerlo. Moisés y Moira se preocupan, pero él le quita importancia con un gesto. Unos arañazos más en sus brazos y su rostro no cambian nada.

Encuentran un rincón bajo un arce plateado y acampan allí. Cenan pan, salchichas, manzanas y zumo de piña de los del almuerzo del colegio. Moisés tiende una manta en el suelo y entrega otra a cada uno; se arrebujan en ellas y se tumban juntos, los tres pegados, protegiéndose unos a otros de la oscuridad. Moira se queda dormida enseguida entre los dos chicos, que intercambian algunos susurros por encima de su cabeza y después se quedan en silencio, escuchando la respiración del otro y los zumbidos y ronroneos de la ciudad.

También oyen el crujido en el apartamento de Bonnie. La puerta que se abre. Cruzan una mirada. No dicen nada, no se atreven. Los pasos. Las voces. Dos intrusos están ahí arriba. Y la luz de la cocina se enciende.

Están ahí. Están ahí. Están ahí están ahí estanahí.

Golpes, ruidos, batacazos. Alguien está tirando los muebles y las cosas de Bonnie. Están registrando el apartamiento. Buscan la casa de muñecas o, peor, los buscan a ellos. Porque saben que van a volver. Saben que se refugiarían allí.

Una figura se asoma a la ventana de la cocina. Gritos. Llama a la otra. Y las dos salen al tejado del cobertizo.

Unos pasos por el jardín y les descubrirán, pero ni Moisés ni Konstantin se atreven a moverse. Si asustan a Moira, ella podría emitir algún sonido que les descubriría. Si se ponen en pie, si gatean, si se arrastran, tal vez sus enemigos detecten el desplazamiento.

Bajan del cobertizo. Empiezan a caminar por el jardín, a registrarlo. Van despacio, no tienen prisa. No conversan entre ellos, están concentrados en lo que han venido a hacer. Son cazadores.

Entonces, una mariposa negra aparece volando de entre la maleza y se posa en el brazo de Konstantin. La sigue una segunda. Y una tercera. Una bandada de mariposas negras, incontables, que los rodean y ocultan. Son tantas que es imposible distinguir nada entre sus alas. Los cazadores pasan delante de ellos sin verles. Dan una vuelta por todo el jardín. Decepcionados, regresan al cobertizo, ascienden hasta la ventana y se meten en el piso. Las mariposas se separan un poco, pero no se marchan. Los chicos pueden ver la ventana de la cocina cerrarse, la luz que se apaga.

Poco después, silencio. Se han ido.

Konstantin se da cuenta de que está temblando. Disimula. Moisés no le mira, pero alarga la mano, busca contacto. Él también se ha asustado. Konstantin mueve un poco la suya. Los dedos de uno rozan la palma del otro. No intercambian ninguna palabra. El gesto les reconforta mucho más de lo que ninguno había imaginado.

Se duermen así, arrullados por la respiración tranquila de Moira y el batir mudo de las alas negras.

Capítulo IV
La metamorfosis

Las ventanas tienen unas gruesas rejas negras, porque en algún momento hace muchos años hubo algunos episodios de ladrones trepando por las cañerías de la fachada y entrando a robar incluso en los pisos más altos. Eso es precisamente lo que hace Oot, sin mucha dificultad. Lo bueno de ser un hurón es que cabe muy bien entre los barrotes. No podría abrir la ventana desde fuera, pero el cristal está convenientemente roto en pedazos, así que lo único que tiene que hacer es ir con cuidado para no cortarse.

Le llama la atención, por supuesto. Se preocupa. Y más todavía cuando comprueba que el salón está destrozado, como si hubiesen pasado por él primero una banda de saqueadores; luego, una pandilla de vándalos y, para acabar, una manada de rinocerontes furiosos. El piso de los Milosevic parece el set de una película postapocalíptica.

Oot se pega a las paredes, intimidado. Sus patitas resuenan contra el suelo desnudo. No se atreve a hablar: por un lado porque tiene la esperanza ingenua de que la abuela Amalia esté allí; por otro, porque teme que quien le oiga sea un saqueador, un vándalo o un rinoceronte furioso. Por si acaso, recorre la casa en silencio. No hay nadie en la cocina, nadie en los dormitorios.

Ni siquiera la casita de muñecas está ahí.

El hurón olfatea el suelo. Los niños han pasado por el piso hace poco, pero ya no están allí.

Va al baño y trepa hasta el lavabo. Casi se corta las patas: el espejo está hecho pedazos. Busca en el resto de la casa, pero no logra encontrar uno entero. Los de los cuartos están rotos también. Los

espejitos pequeños han sido robados.

Vuelve a buscar el rastro de Moira y Konstantin. Va con ellos otra criatura cuyo olor Oot no reconoce. La puerta del apartamento está abierta. Los niños se han metido en el ascensor. Seguramente hayan ido a casa de Bonnie. Oot baja la escalera a saltos. Efectivamente. El olor vuelve a estar allí, en el descansillo, y conduce hacia la puerta cerrada del piso de la vecina. El hurón la empuja, pero es inútil. Intenta llamar al timbre. Tras varios saltos, desiste. Siente que está haciendo el ridículo. No llega.

De todos modos, el rastro es antiguo ya, por lo menos de la noche anterior. No huele a nada en la escalera. Quizá hayan salido y bajado en el ascensor. Oot va al portal y olfatea todos los rincones. Nada. Los hermanos Milosevic no han salido de la casa de Bonnie.

O al menos no por la puerta.

Oot se acomoda detrás de una de las macetas del portal y espera hasta que un vecino sale con sus bolsas de la compra a hacer algún recado. Entonces se cuela detrás antes de que la puerta se cierre y vuelve a estar en el exterior.

Bordea el edificio. Es difícil seguir un rastro por allí porque el portero tiene la mala costumbre de llenarlo todo de matarratas e insecticida. Oot tiene que tener cuidado de no inhalar demasiado y debe detenerse a estornudar cada pocos metros. Sin embargo, merece la pena. Logra encontrar el olor inconfundible de los niños cerca del jardín trasero. Una de las verjas se abre, es por la que entra el jardinero de vez en cuando a podar las plantas y a comprobar que el riego automático funciona. Suele estar cerrada, pero esta mañana el candado que la asegura cuelga abierto de una de sus barras de metal.

Oot no tiene ni idea de cómo lo han hecho, pero está claro que los niños han accedido al jardín desde la casa de Bonnie y después han abierto por arte de magia aquella salida. Da igual. A Oot no le interesa cómo hacen o dejan de hacer las cosas Konstantin y Moira. Solo le interesa el rastro, que está allí y es fresco. Le llevan apenas unas horas de ventaja.

El hurón se vuelve a poner en marcha. Está decidido a encontrar un espejo, un recuerdo y a los hermanos Milosevic, aunque aún no sabe en qué orden.

Casi todos los niños y jóvenes piensan que son eternos y, al menos durante algún tiempo, lo son. La inmortalidad es una de las cosas que se pierden con la edad, como la capacidad para ingerir cantidades colosales de gominolas o las ganas de hacer el pino puente. En muchos aspectos es recomendable para el ser humano seguir siendo infinito durante el periodo más largo posible, pero en determinadas circunstancias es mejor tener conciencia de la propia mortalidad; por

ejemplo, cuando uno se encuentra en peligro inminente. De este modo se evita que alguien encare una avalancha y se quede ahí riendo a carcajadas de la presunción de la naturaleza y las leyes de la física y la biología, que asumen que una montaña cayéndole encima puede resultarle fatal, en lugar de salir corriendo y salvarse, que es lo que haría alguien que sí sabe que se puede morir si no tiene cuidado. Claro que, según como se mire, a veces reírse de una avalancha es una buena forma de superarla, sobre todo si uno no puede huir de ella.

Konstantin Milosevic es de esos pocos jóvenes que son plenamente conscientes de que no son inmortales. Pero no es de esas personas que se ríen de la avalancha cuando no pueden huir de ella. Es de las que admiten que se les cae encima una montaña y dedican los primeros segundos a analizar la situación; los siguientes, a decidir qué pueden hacer para prepararse, y los últimos, a ejecutar el plan lo mejor que puedan. Y si les pilla la avalancha, que sea trabajando.

En esta ocasión, su plan era traer a sus padres de vuelta y obligarles a hacerse cargo de la situación, porque sabe que él no va a poder a largo plazo y no le parece justo ni sostenible que tengan que hacerlo Moira o la abuela Amalia solas. Por la mañana, cuando despierta en el jardín, llega a la conclusión de que, teniendo en cuenta que la casita de muñecas ha desaparecido y que no tiene ni idea de dónde está, puede decirse que ese plan no es viable.

Así que necesita otro.

—Si pudiera garantizar que yo voy a estar el tiempo necesario —medita en voz alta—, quizá mis padres se las arreglasen para volver solos.

Está con Moisés y Moira en una cafetería en el centro de la ciudad. En el monedero para emergencias de la abuela Amalia, que cogió antes de abandonar el apartamento, hay suficiente dinero para pagar el desayuno. Y después de pasar la noche en el jardín, los tres necesitan una taza de algo caliente. Moira quiere cacao; Moisés, café, y Konstantin, té verde. La camarera les lanza una mirada cargada de preguntas, pero no hace ninguna y les trae las bebidas, una cesta de pan, mantequilla y mermelada.

—Para eso necesitas un seguro de vida —responde Moisés, convencido—. Aunque no te recomiendo que te saques uno. No conozco a nadie que haya cobrado ese seguro y vivido para contarlo.

—¿Un seguro de vida? ¿Seguro? —pregunta Konstantin.

—¿De vida? —añade Moira.

—Sí, seguro —dice Moisés—. Un seguro de vida te asegura la vida. Mientras lo tengas, no podrás morir.

—Eso es justo lo que necesito —exclama Konstantin—. ¿Sabes dónde se consiguen esos seguros?

—En una empresa de seguros salud, supongo. Hay una a dos pasos

de aquí. Si queréis, os llevo.

Konstantin asiente, aunque no puede dejar de preguntarse por qué les está ayudando Moisés. Después del fiasco de Nada Es Real, sospecha que cualquiera puede tener intenciones ocultas. El Guardián de las Llaves parece demasiado bueno para ser cierto. ¿Qué es lo que quiere?

—Son ocho millones de euros —dice la camarera.

—¿Por tres desayunos? —pregunta Konstantin, extrañado.

Ella se encoge de hombros.

—Estamos en el centro —justifica Moisés, y se encoge de hombros.

—¿Puedo pagar con tarjeta? —pregunta Konstantin. Es un farol, porque no tiene tarjeta de crédito, pero la camarera asiente y va a buscar el datáfono—. No tenemos ese dinero —avisa él, en voz baja—. No pensé que nos fuera a cobrar *tanto*.

—Entonces, vámonos —propone Moira—. Deja el dinero que cuesta un desayuno normal y ya está.

Konstantin dedica un instante a admirar el pragmatismo y el sentido de la justicia de su hermana. Después deja algunas monedas sobre la mesa.

Los tres salen de la cafetería y echan a andar por la acera.

—Está aquí mismo —asegura Moisés.

Es cierto, está literalmente a dos pasos. Es un edificio inmenso, de cemento descubierto, con grandes ventanales de cristal ahumado. Moisés entra con la seguridad de quien nunca en su vida ha encontrado una puerta cerrada. Konstantin y Moira le siguen. El recibidor es ancho e inhóspito. Una mujer alta y delgada como una mantis religiosa se inclina hacia ellos desde las alturas y pregunta:

—¿Quién de vosotros se va a morir primero?

—Seguramente yo —responde Konstantin.

—Toma.

Le da un pedacito de papel reciclado, de color rosa, en el que aparece el número cuarenta y ocho. Luego se da la vuelta y se coloca detrás de uno de los cinco mostradores, el único que está vacío. Otras cuatro personas trabajan allí. Hablan por teléfono, teclean en sus ordenadores, ninguna atiende al público. Sobre ellas, una pantalla muestra el número cuarenta y seis.

—Nos tocará enseguida —dice Konstantin.

Se sientan en las sillas de plástico a un lado de la estancia. Al otro, hay unas escaleras que llevan a un piso superior, también de cemento, una puerta cerrada y otra fila de sillas vacías. Nadie más está esperando allí, pero aun así tienen que esperar algo más de una hora antes de que el número de la pantalla cambie con un pitido y una de las recepcionistas grite con desgana:

—¡Cuarenta y siete!

Como allí solo están ellos, Konstantin piensa que pasarán a su número. Es evidente que quien tuviese el cuarenta y siete se ha marchado. Sin embargo, para su sorpresa, es otra de las recepcionistas la que dice:

—¡Aquí! —Y sale de detrás de su mostrador para colocarse frente al de su compañera.

—¿Qué quieres?

—Conversar.

—¿Sobre algo en concreto o sobre generalidades? ¿El tiempo, por ejemplo?

—El tiempo está bien.

Empiezan a hablar de lo loco que está últimamente el tiempo, lo mucho que llovió el fin de semana pasado, lo curioso que es que nunca llueva entre semana, siempre hace buen tiempo los lunes, qué cosas, es para fastidiar, hay que ver. Pues una de ellas pensaba irse de excursión el sábado, pero no pudo, porque el chaparrón le arruinó los planes. ¿Sí, y a dónde pensaba ir? ¿A la montaña? Sí. ¿A hacer senderismo? Huy, no, senderismo no, imposible. Iba a hacer un picnic con sus hijos. Senderismo no, porque tiene la rodilla fatal, desde que se cayó aquella vez por las escaleras… «Ay, no me digas, ¿sigues con eso? Pero si fue hace años». Sí, pero no se termina de curar. ¿Y ha ido al médico? Ha ido, pero el médico insiste en que no tiene nada. Dirá lo que quiera, pero a ella la rodilla le duele cada vez que hace algún esfuerzo o que va a llover. Pues vaya, entonces le debe de estar doliendo todo el rato, porque el tiempo está loco. Sí, ¿verdad? Cambiando todo el rato, que si hace sol, que si llueve, que si vuelve a hacer sol… Una cosa… «Sí, ¿y te has fijado en que siempre llueve el fin de semana, pero nunca el lunes? Es para fastidiar»…

Pasan los minutos, las horas, los días, las semanas. Konstantin se pone en pie y pasea por detrás de ellas, les lanza miradas llenas de reproche, carraspea y tose tanto que parece que se va a destrozar la garganta. Moisés se ríe y cruza una mirada divertida con Moira.

—A tu hermano no le gusta que le hagan esperar, ¿eh?

—¿A quién le gusta eso? —responde ella, con sabiduría.

Por fin, la recepcionista con el problema de rodilla se retira. Lanza una mirada de suficiencia a Konstantin, pero él es inmune a la superioridad de los adultos.

—El cuarenta y ocho —dice, acercándose al mostrador.

—No he llamado aún —responde la recepcionista.

—No ha hecho falta —replica él, con amabilidad—, he venido de todas formas.

—¿Qué es lo que necesitas?

—Un seguro de vida.

—Necesito una copia de tu DNI, tu certificado de nacimiento, el formulario oficial con los datos cumplimentados, una autorización de tus padres si eres menor, al menos dos recomendaciones de personas de tu entorno que no sean familiares tuyos y justifiquen tu petición de vivir, una carta de motivación tuya y un certificado del médico especialista que explique por qué necesitas este seguro.

Ella piensa que él va a desanimarse o a echarse atrás. Lo cree de verdad. La mayor parte de la gente lo hace: es la razón de ser de la documentación a aportar.

No conoce a Konstantin, claro.

Konstantin Milosevic es el rey de la burocracia. Cuando era pequeño cayó dentro de la papelera de su madre, África, que contenía en aquel momento el papeleo necesario para solicitar una subvención al Ayuntamiento (diez mil páginas que tardó meses en recolectar; cuando por fin fue a presentar la solicitud, le dijeron que estaba fuera de plazo, motivo por el cual tiró todo a la basura en un arrebato de frustración), y desde entonces posee la capacidad de descifrar listas de requisitos, convocatorias del BOE y procesos burocráticos. Jamás se pierde entre documentos, sabe dónde encontrarlos, no descansa hasta que realiza el trámite en cuestión.

Para alguien que desde los seis años hace la declaración de la renta de su familia esto no es ningún reto.

—Deme unos minutos —responde, sin pestañear.

No tiene su teléfono móvil operativo, porque no encontró el cargador en casa, y eso es un problema. Por suerte, Moisés conoce un cíber cerca de allí y, como no gastaron todo su dinero en el desayuno, tienen suficiente para utilizar un ordenador durante un rato.

Konstantin solo necesita media hora. Imprimir todos los documentos les cuesta todo lo que queda en el monedero a excepción de una moneda solitaria de veinte céntimos. La guardan y regresan a la empresa de seguros de salud.

—¿De dónde has sacado las recomendaciones de dos personas de tu entorno que no sean familiares? —pregunta Moira.

—Había gente que me debía favores —responde él.

No es que intente ser enigmático, pero lo es. Le sale solo.

La recepcionista examina los documentos con el ceño fruncido. Hace un mohín y chasquea la lengua. Parece que ha encontrado algún error, pero no: su contrariedad se debe a que todo está bien.

—Nos pondremos en contacto con usted.

—¿Cuándo?

—Cuando se revise su petición. Es un plazo indefinido.

Konstantin Milosevic es un enemigo declarado de los plazos indefinidos.

—¿Puede darme una estimación?

—Normalmente llega una respuesta en un plazo de tres a seis meses, pero no puedo asegurarle nada.

Él sonríe. Va a decir algo, pero Moira se le adelanta. No quiere oír a su hermano declarando que no tiene todo el tiempo del mundo, y sabe que, si no interviene, él lo dirá. Así que se encarama al mostrador y afirma:

—No vamos a marcharnos de aquí hasta que no respondan.

Ella suspira.

—Para los que no se van sin una respuesta hemos habilitado una sala de espera. Pasen por la puerta del fondo, por favor.

Los tres desfilan hasta ella. Moisés es el primero que pasa, por costumbre. En la sala de espera encuentran un campamento antiguo. Tiendas de campaña ancladas al suelo, restos de fuego, botellas de plástico vacías. Sobrecogidos, los niños entran. Saludan a voces, pero nadie responde. Moira se cuela en una de las tiendas y da un grito. Un esqueleto sentado en el suelo le sonríe.

—¿Qué pasa? —Konstantin se ha acercado lo más deprisa que ha podido.

Moisés echa un vistazo y silba, impresionado.

—Está claro que estos no consiguieron el seguro de vida.

—No vamos a esperar aquí —resuelve Moira—. Kosta, es el momento de hacer nuestra táctica I.

—Creo que tienes razón —asiente Konstantin—. Utiliza todo tu poder, toda tu habilidad.

—¿Cuál es la táctica I? —pregunta Moisés.

—Para poner en práctica la táctica I, también conocida como *táctica del infante* o *táctica insoportable* —explica Konstantin, mientras Moira sale de la sala de espera con determinación—, es necesaria la presencia de una niña o un niño menor de ocho años y de al menos una persona adulta y con pinta de estar superada por la situación. Ven, no nos quedemos atrás. —Vuelven al recibidor—. Esta estrategia fue descubierta hace millones de años y la utiliza una gran mayoría de padres, madres, hermanas y hermanos mayores en el mundo entero.

Moira se ha vuelto a asomar a los mostradores. Las recepcionistas la ignoran, así que ella empieza a jugar con una cajita de clips. El tintineo hace que varias de las recepcionistas alcen la mirada, airadas, pero ninguna dice nada. Entonces Moira levanta un pisapapeles para verlo y, accidentalmente, hace caer todos los documentos que sujetaba. Los folios cubren el suelo entre las sillas de oficina de las recepcionistas.

—¡Niña! ¡Fuera de aquí!

—Lo siento —dice ella con una sonrisa.

—La táctica I consiste en que el humano menor de ocho años toquetee, juegue, arme jaleo y, en general, moleste todo lo que pueda

—explica Konstantin. Los dos observan a Moira, que cruza varias veces el recibidor saltando para no pisar las juntas entre las baldosas, canta todos los villancicos que conoce y recita las tablas de multiplicar a gritos—. ¡Moira! Será mejor que pases a un nivel un poco más agresivo.

Ella asiente y vuelve a acercarse al mostrador. Las recepcionistas sufren un pequeño espasmo solo por su presencia.

—Hola —saluda la niña. La recepcionista a la que se ha dirigido quiere disimular, fingir que no la ha oído o que cree que se dirige a otra. Moira chilla, en el mismo tono pero a un millar de decibelios—: ¡HOLA!

—Hola, bonita, ¿por qué no te sientas un rato? —dice la recepcionista, nerviosa.

—¿QUÉ ES ESTO?

—Es… mi agenda.

—¿PARA QUÉ SIRVE?

—Apunto las citas.

—¿DE QUIÉN?

—De los clientes que tienen que venir.

—¿PARA QUÉ?

—Para que lo sepan mis jefes.

—¿POR QUÉ?

—Es mi trabajo.

—¿POR QUÉ?

—Necesito trabajar en algo.

—¿POR QUÉ?

—Porque hace falta dinero para comprar comida.

—¿PARA QUÉ?

—Para vivir.

—¿POR QUÉ?

La recepcionista, a la que ya hace unos segundos que le tiembla la voz, se derrumba y empieza a llorar. Murmura que no lo sabe, que odia su trabajo, que nada merece la pena y que la vida es un paseo por un páramo de miserias sin sentido que acaba inevitablemente en la muerte y el olvido.

Moira pasa a la siguiente, pero una de sus compañeras se levanta y hace señas a Konstantin.

—Perdona, ¿puedes decirle a la niña que esté callada?

—Lo siento. —Konstantin suelta un suspiro muy ensayado—. Los niños pequeños ya se sabe cómo son. Está inquieta porque se aburre de tanto esperar…

En menos de un minuto, la recepcionista ha conseguido que alguien les atienda. Les hace subir la escalera tras ella y, a su espalda, Moira le guiña el ojo a Konstantin.

—Buen trabajo —murmura Moisés.

—Dicen que tengo talento para esto —dice Moira, sin un ápice de modestia.

Una enfermera vestida de azul claro hace pasar a los tres niños a un vestuario diminuto.

—Tienes que hacer la entrevista tú solo, así que será mejor que guardes a tus amigos en el bolsillo. Aquí podrás convertirlos en botón. Cuando estés listo, sal y pregunta por mí, te llevaré a hablar con las Supervisoras.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Konstantin.

—Nitoria.

Cierra la puerta del vestuario y se aleja unos pasos. Konstantin se vuelve hacia Moira y Moisés.

—¿Preferís esperar fuera? Podéis tomaros un bollo o algo.

—¿Con lo caros que son en este barrio? —bromea Moisés—. No, no.

—Vamos contigo —dice Moira.

En el vestuario solo hay una columna de taquillas y un interruptor azul en la pared que dice: «BOTONIZAR». En el suelo, un círculo azul señala dónde debe colocarse la persona que va a ser *botonizada*. Moisés va primero y es Moira la que pulsa el interruptor. Con una musiquilla corta que recuerda a la de un camión de helados, el chico es reducido a un botón de madera que aparece en el suelo. Konstantin lo recoge. Moira se coloca en el círculo azul y se transforma también en un botoncito pequeño, de color amarillo.

Esto hace que Konstantin sienta algo de mareo, pero se sobrepone y guarda los dos botones en su bolsillo. Se asegura de que no puedan caerse de ahí antes de salir.

—¿Nitoria?

—¿Ya estás? Ven conmigo.

Tienen que detenerse y esperar delante de la puerta cerrada del despacho. Konstantin observa a la enfermera. Es joven, de unos veinte años. Tiene el cabello planchado y las puntas teñidas, se nota aunque lo lleve recogido en un moño apretado. No cruza la mirada con él en ningún momento.

La puerta se abre.

—Konstantin Milosevic —anuncia Nitoria.

Él entra y ella cierra la puerta. No pasa con él.

El despacho es minúsculo. Lo ocupa casi por completo una mesa blanca, alrededor de la cual se sientan tres mujeres de ojos hundidos. Cada una sostiene sobre las rodillas un archivador; sus uñas largas y afiladas repiquetean contra sus lomos. Los archivadores, en respuesta, se arquean como gatos gordos.

—¿Milosavic? —preguntan las Supervisoras, todas a la vez, con

una voz que parece oxidada.

—No, Milosevic.

—¿Seguro?

Konstantin siente que sus cejas se mueven irremediablemente hacia abajo. No tiene mucha paciencia con la gente que le pregunta tonterías.

—Sí, bastante seguro.

—¿No será Milosavic?

—Es *Milosevic*. Es *mi nombre*. No van a saber ustedes mejor que yo cómo es *mi* nombre.

Ellas murmuran algo incomprensible y se lanzan miraditas exasperadas. Konstantin empuja con el pie una de las sillas y, aunque nadie le ha invitado a sentarse, lo hace.

—No es un buen apellido. Resulta difícil de pronunciar y no tiene gancho. Bueno… Milasovic —dicen las Supervisoras—. Así que quieres un seguro de vida.

—Eso es.

—¿Durante cuánto tiempo necesitas vivir?

Konstantin duda. No puede darles un número de años concreto, porque depende de la resistencia de sus padres a volver a afrontar su vida cotidiana y de la velocidad a la que crezca Moira.

Ella es lo más importante.

—Hasta que mi hermana pueda arreglárselas sin mí. —Se da cuenta al decirlo de que aquello es demasiado vago.

Más murmullos.

—Es muy conmovedora esa historia con tu hermana, pero queremos más emoción —canturrean las Supervisoras—. Una historia de amor imposible… Un acto heroico… Cómo tu condición se debe a que te pusiste en peligro pasa salvar a una clase de niños de preescolar de un tren que descarrilaba… Algo así.

—No ha pasado nada de eso —responde Konstantin, irritado—. Mis circunstancias se deben a muy mala suerte. Los médicos no saben por qué me está pasando esto. Tengo que aceptarlo y ya está, y ustedes también tendrán que hacerlo. No hay una historia emotiva detrás.

—Si no podemos ponerte a dar una charla en YouTube que se haga viral, ¿qué ganamos nosotras con esto?

—No sé, ¿qué es lo que quieren?

—Lágrimas. Catarsis. Compasión. Alegría de nuestros espectadores porque la desgracia no les ha tocado a ellos, sino a ti.

Konstantin aprieta los labios, se contiene para no dar rienda suelta a su lengua afilada y espetar las barbaridades que se muere por soltar.

—Si no pueden ayudarme, díganmelo y me iré.

Las Supervisoras vuelven a cruzar miradas y comentarios a media

voz.

—Este chico es muy sabiondo —musitan—. Se cree muy listo. A ver —levantan el tono—, ¿cómo de listo eres?

—Hay muchos tipos diferentes de inteligencia —gruñe Konstantin, que se sabe agudo pero se siente beligerante.

—Queremos a gente inteligente en el mundo. A todo el mundo le gusta ver a un genio capaz de recordar cualquier fecha o hablar de cosas del espacio que no entiende nadie —admiten las Supervisoras—. Si nos impresionas lo suficiente, quizá juegue a tu favor.

La que está sentada en medio empuja un folio por la mesa. Sus brazos se alargan más de lo normal para colocar el papel delante de Konstantin.

Él lo lee. Son solo tres preguntas:

1. ¿Cuál es la capital de Italia?
2. ¿Puede un río ser más ancho que largo?
3. ¿Qué es una raíz?

—Roma —dice, un poco incrédulo—. Un río suele ser más largo que ancho. Supongo que no es *imposible* que sea al revés, pero no estoy seguro de que se siguiese considerando un río. Para algunas personas, el más ancho del mundo es el Río de la Plata, pero ni siquiera este es más ancho que largo y, de todos modos, algunos geógrafos lo consideran golfo o mar marginal y no río. Una raíz es, en la botánica, una parte de la planta que crece frecuentemente hacia el interior del suelo y que absorbe agua y sales minerales. En las matemáticas, la raíz cuadrada de un número x es otro número que al ser multiplicado por sí mismo da como resultado x. La raíz de algo también puede ser su origen, metafóricamente hablando. Y en lingüística, la raíz es la parte que permanece invariable en todas las palabras de una familia semántica. No sé si la palabra «raíz» tiene más significados que yo no conozca o que no se me ocurran ahora mismo. Puede ser.

Para su sorpresa, las Supervisoras parecen muy disgustadas y resoplan como morsas a las que una ola acaba de salpicar los bigotes mientras tomaban el sol.

—Vaya un imbécil —exclaman en canon—. ¡No puedes hablar así! ¿No ves que nosotras no hablamos así?

—Hablo como buenamente sé —se defiende Konstantin.

—No lo haces bien. Tienes que ser un poco más como nosotras si quieres gustarnos —suspiran ellas—. Y nosotras no hablamos así ni sabemos esas cosas que has dicho.

—¡Me habéis dicho que tenía que impresionaros! ¿Es esto una broma o qué?

—Nosotras no sabemos lo que es una broma ni haríamos nunca nada semejante —dicen ellas con mucha dignidad—. Los mayores expertos en parecer listos del mundo no dicen más que tonterías. En

eso se basa este arte que tú obviamente desconoces.

Konstantin valora la opción de volcar la mesa de una patada, pero se contiene. Su mano, en el bolsillo, encuentra los botones de Moira y Moisés. Los dos han permitido que se les *botonizara* para que él tenga la oportunidad de conseguir un seguro de vida. Tiene que pasar por el aro.

—Está bien —se rinde—. Lo siento mucho. No volverá a pasar. Todavía estoy interesado en ese seguro de vida y, si quieren, haré el examen de nuevo.

La Supervisora de la derecha niega con la cabeza; luego, la del centro; luego, la de la izquierda.

—No hará falta. Ten. Firma estos documentos de consentimiento informado y después hablaremos de lo que podemos ofrecer.

Esta vez son las Supervisoras de los lados las que empujan hojas de papel hacia él. Konstantin las coge y empieza a leerlas, pero las tres mujeres empiezan a gritar.

—¡Sigue las instrucciones! No te hemos dicho que los *leas*. Solo es necesario que los firmes.

—Aun así —insiste él, pero cuando baja la mirada hacia los documentos ellas alargan las manos y se los arrebatan.

—Está bien —rugen, cada vez más hostiles—. Está bien. Tenemos dos seguros de vida que pueden servirte. El primero te otorgará cinco mil años de vida mediante la criogenización de tu cuerpo.

Konstantin espera un momento, pero ellas no añaden nada más, no sueltan una carcajada. Se acuerda de que le han dicho que desconocen lo que son las bromas y entiende que están hablando en serio.

—Interesante —dice, todo lo diplomáticamente que puede—. ¿Y el otro?

—El otro no garantiza nada, pero es un poco menos radical. Consiste en que permanezcas en la cama, inmóvil, y limites tu actividad al mínimo.

—¿Que no haga nada?

—Eso es. —Sonríen, complacidas porque él lo ha comprendido a la primera—. Nada de nada. Lo mejor es que procures respirar poco y no hables nunca. De este modo, puedes alargar tu esperanza de vida hasta cuatro años.

Konstantin se queda perplejo y ellas toman su silencio como asentimiento. Empiezan a aplaudir. Una puerta al fondo de la habitación se abre y pasa por ella un pequeño ejército de señores de traje con solemnes pelucas de rizos blancos. Ellos también aplauden y vitorean.

—¡Enhorabuena!

—No —dice Konstantin en voz baja. Las ovaciones se detienen de

golpe—. No me interesa.

—¡Es nuestra mejor oferta! —sisean las Supervisoras. Sus cuerpos, mientras pronuncian esas palabras, se funden en uno solo que comienza a transformarse en un reptil.

—No me interesa —repite Konstantin, poniéndose de pie—. Gracias por su tiempo.

Los señores se sorprenden tanto que se les vuelan las pelucas. En ese mismo momento, entra la camarera por la otra puerta, sofocada.

—¡Él es! ¡Me ha robado ocho millones de euros!

Estalla el caos. Los señores buscan sus pelucas, la camarera intenta esquivarlos para alcanzar a Konstantin, la lagartija gigante que antes era las Supervisoras repta sobre la mesa. Konstantin no se queda para ver qué pasa y echa a correr hacia la puerta. La sala de reuniones pierde sus paredes, que se caen como si estuvieran hechas de papel, y derrama a todos sus ocupantes. Estos, furiosos, persiguen al chico.

—¡Por aquí!

Alguien lo coge de la muñeca. Es Nitoria.

—¡No! No me tires del brazo —gime Konstantin, con una mueca de dolor.

Ella le suelta, pero el mal está hecho y a él le duele el pecho, el brazo, la espalda, siente que se rompe por dentro. Nitoria abre la puerta pequeña de un armario de la limpieza y desaparece en su interior. Konstantin la sigue. Ella cierra la puerta.

—Tenemos que salir de aquí.

—¿Quién eres? —pregunta Konstantin, en voz baja.

—Nitoria. Esta mañana era enfermera, pero esta tarde seré otra cosa —dice ella. Y a la vez que habla, en su piel aparecen líneas que trazan dibujos geométricos, un tatuaje que le cubre los brazos, el cuello, hasta parte de la cara. Se deshace del moño y de la bata. Lleva unos vaqueros y una camiseta rosa, su cabello es de todos los colores —. Quizá una orca. No lo sé. Ahora tenemos que salir de aquí, porque les has enfadado y este ya no es un lugar seguro. ¿Te hace daño que te coja de la mano?

—Sí.

—Te agarraré de la cintura entonces.

Se coloca detrás de él, le sujeta con fuerza y empieza a encoger. Con ella, Konstantin también se hace más pequeño, hasta que los dos tienen un tamaño adecuado para salir volando por el ventanuco del armario de la limpieza, surcar el aire sobre los edificios y, por fin, aterrizar en un callejón lejano. Una vez sus pies tocan el suelo, Nitoria vuelve a hacerles crecer.

—Llevo meses buscando a esa gran lagartija. Se comió la personalidad de mi hermano pequeño cuando entró en la universidad y colocaron en su lugar una genérica —explica, con fastidio—. Tiene

una enorme influencia en los centros educativos, sobre todo los de secundaria y formación superior, pero también en los entornos de trabajo. Lo peor de todo es su objetivo final: quiere robarnos la capacidad de hablar…

Konstantin la escucha sin poder evitar sentirse cautivado. Nitoria habla con pasión sobre su enemiga y en sus ojos brilla la sed de venganza.

—Es un monstruo —certifica Konstantin—. Pero no sé qué puedes hacer contra ella, si es tan poderosa como dices.

—Mi sola existencia es una amenaza para ella —dice Nitoria, con seguridad—. Mi hermano también lo era, por eso puso tanto empeño en neutralizarlo. Conmigo aún no ha podido… Y ahora sé dónde está.

—Gracias por la ayuda. No sé cómo habría salido de ahí sin ti —dice Konstantin con sinceridad.

Ella se encoge de hombros.

—Nada. Fue divertido escucharte hablando de si los ríos son anchos o largos y ver sus caras de flipe.

—Yo sí que estaba *flipando*. —La palabra suena extraña en sus labios.

«Es porque hablas como un primer ministro», eso diría su madre. «Así es mi hijo. Mi hija, en cambio, es como la reina salvaje de un mundo imaginario y prohibido para los adultos».

Moira. Konstantin saca los dos botones de su bolsillo y los hace rodar por la palma de su mano. Está consternado, pero Nitoria no parece preocupada.

—Ah, sí. Dámelos.

Con algo de reticencia, Konstantin se los entrega. Nitoria los agita dentro de su puño y luego los lanza al suelo. Aterrizan como humanos. Moira da un saltito, Moisés se sacude un poco la ropa.

—Esto sí que ha sido una experiencia interesante —comenta.

—Tengo que continuar con lo mío —dice Nitoria—. Hasta la próxima, Konstantin Milosevic.

—Buena suerte, Nitoria —se despide él—. Y muchas gracias.

La chica sonríe y se marcha de allí caminando deprisa, casi como si fluyera, como un felino.

—Qué guay —dice Moira—. Me gustaría ser como ella, pero soy más torpe. Por eso me echaron de *ballet*.

—¿Te echaron de *ballet*? —pregunta Moisés, conteniendo la risa.

—Sí —responde Moira. Levanta un poco el labio inferior con cara de pena.

—No fue por ser torpe —matiza Konstantin—, sino por no parar de charlar durante la clase.

Moira esboza una sonrisa en absoluto culpable.

—¿Y bien? ¿Qué tal ha ido lo del seguro de vida? —pregunta

Moisés.

—No es una opción.

Se quedan los tres en silencio. Konstantin se da cuenta de que no sabe qué hacer. No está acostumbrado a eso y le invade una profunda desesperanza. Entonces nota que alguien le coge la mano. Es Moira.

—A veces creo que estoy desanimada y no puedo más —cuenta, en tono conversacional—, pero luego me doy cuenta de que solo tengo hambre. Y en cuanto tomo algo de comer, me siento mejor.

—Es verdad. Hace ya mucho que pasó la hora de comer —responde Konstantin—. Vamos a ver qué podemos conseguir por veinte céntimos.

Salen del callejón a una avenida ancha. Varios grupos de transeúntes caminan en la misma dirección; en su destino al final de la vía se distingue el resplandor de algunas luces de colores. Moira, Moisés y Konstantin comparten una mirada antes de decidir, en silencio, unirse a los viandantes desconocidos.

Cuando Amalia y Bonnie entraron en la floristería la tarde anterior, con el objetivo de pasar la noche allí y, de paso, recoger todas las plantas protectoras que pudieran, el local era verde y en él olía a fresco. Por la mañana, en cambio, el perfume que flota en el ambiente es un inconfundible hedor a podredumbre y a muerte. Las hojas y flores del jazmín, la hierbabuena y la sábila están marchitas. A Bonnie se le escapa una exclamación de estupor.

—¡No puede ser!

—¿Cuánto tiempo hemos dormido? —se extraña Amalia.

—No es eso —replica Bonnie, mientras acaricia con pena una pobre menta pocha—. Todas las que están muriendo son las que atraen la positividad y alejan la desgracia. Si la planta de sábila crece y está vital, es porque la rodea la buena suerte. Si se marchita, es porque ha absorbido malas energías y nos ha protegido.

Amalia atisba por las ventanas. No ve nada, pero no se confía.

—Eso es que los dos individuos de ayer, Solo Quedas Tú y No Eres Suficiente, siguen rondándonos. Ellos o algún amigo suyo igual de indeseable, está claro.

—Creo que no solo están alrededor. Deben de haber intentado entrar. —Bonnie deja las plantas moribundas y se centra en recoger las que siguen vivas. También guarda un ramo de cristantemos: su instinto le dice que le serán útiles a Konstantin—. Felicidad, buen humor, paz —murmura para sí—. Amor de los seres queridos, recuerdos. El dolor de la pérdida.

Amalia ha intentado llamar a su nieto varias veces ya, pero su móvil está apagado. Debe de haberse quedado sin batería. Se preocupa por él y por Moira, pero no puede perderse en esos pensamientos o la

bloquearán.

Abren la puerta de la floristería y salen a la calle de nuevo, cargadas con las plantas que quedan. No se ve por ningún lado a Solo Quedas Tú ni a No Eres Suficiente pero saben que están cerca, probablemente vigilándolas, porque las hojas se marchitan y se pudren a ojos vista. Amalia mira alrededor y distingue a una mujer que camina por la acera de enfrente. No la conoce, pero siente que no es humana. Anda con prisa sobre unas botas rojas. Lleva un cigarrillo en la mano que apesta desde la distancia.

La calle parece más larga que de costumbre. La tienda de golosinas cerrada, a la que se dirigen, nunca había estado tan lejos. Amalia empieza a preguntarse si todo esto merece la pena, si lograrán algo con ello, si su plan es bueno. La convicción incuestionable y sólida de que todo va a salir mal conquista su espíritu. Cada paso cuesta más que el anterior. No volverá a ver a sus nietos. Las bolsas pesan mucho. La casa de muñecas es una prisión de la que África y Narcys no podrán escapar. Todo intento de seguir adelante es inútil.

—Es una de ellos —susurra Bonnie.

Amalia levanta la mirada y lo ve claro. Es una de ellos.

—Todo Va A Salir Mal —la bautiza.

—Sí —dice Bonnie—, eso es lo que quiere que creamos.

Las dos caminan todavía más deprisa.

La tienda de golosinas pertenece a Amalia, pero lleva cerrada desde que esta se jubiló. En la parte delantera hay escaparates e hileras de cajas de plástico transparente que solían estar llenas de dulces; en la trasera está el laboratorio, la fábrica de los caramelos, donde Amalia los creaba de forma artesanal. Siempre tuvo un talento especial para adivinar qué golosinas serían las siguientes en enamorar a los niños y niñas, y por eso su tienda había sido muy popular. La abuela Amalia tiene la esperanza de que, algún día, Moira o Konstantin quieran reabrirla.

En el taller hay maquinaria especializada en la elaboración de dulces, y donde viven máquinas también se encuentran siempre cajas de herramientas. Eso es lo que Amalia está buscando. Es muy ordenada, así que, aunque hace meses que no se pasa por la tienda, encuentra las herramientas a la primera. Ante los ojos interesados de Bonnie, coloca la casita de muñecas sobre una mesa y trabaja en ella hasta que logra desarmar la fachada. África-de-juguete y Narcys-de-juguete intentan huir, pero ella los apresa sin piedad.

—Ahora vais a ser razonables —les advierte.

Las plantas siguen muriendo deprisa. Bonnie las mira, alarmada.

—Amalia, no tenemos mucho tiempo.

La abuela asiente. Guarda los dos muñecos en su bolso y cierra la cremallera para que no puedan salir. Después vuelve a armar la tapa

de la casita. En la pared de la trastienda hay un cuadro en el que se ve a un gatito comiendo un helado; Amalia lo descuelga y descubre una caja fuerte. La abre y guarda dentro la casita. Luego cierra, vuelve a colocar el cuadro y se vuelve hacia Bonnie.

—Ya está.

Bonnie ha estado reflexionando durante toda esta operación. Le ha dado vueltas a cómo puede ayudar a Konstantin; esto es algo que hace con relativa frecuencia desde hace un tiempo. Siempre llega a la misma conclusión: tiene que ser un apoyo para él, una amiga. Eso es lo que necesita. A alguien que sea un pilar, que le permita sentir que algunas cosas no cambian. Por eso es importante conservar su jardín secreto y mantener el cobertizo.

El cobertizo.

La asamblea es hoy.

—Tengo que asistir a la junta de vecinos —dice, muy seria—. En tu nombre y en el mío, dado que Konstantin no va a poder venir.

—Yo puedo ir también.

—No. Tú tienes que llevar a doña Mauricia a la peluquería. Créeme, es parte del plan.

—Muy bien. —Amalia se toma muy en serio el plan—. Es casi la hora de comer. Tomaremos algo de camino a casa, después recogeremos a doña Mauricia e iremos las tres a la peluquería. Allí ella y yo estaremos a salvo, porque Flora tiene incienso y atrapasueños, seguro que también hace algún tipo de encantamiento protector… Ella cree en esas cosas. Me figuro que bastará para mantener a esos Miedos a raya. Y tú podrás irte a la reunión con las plantas que nos queden.

Lo hacen así. Doña Mauricia está encantada de acompañarlas, aunque hace algunas preguntas respecto a las bolsas llenas de plantas. Estas han dejado de marchitarse: los Miedos ya no están cerca. Amalia y Bonnie no lo comentan, pero están casi seguras de que se han entretenido en la tienda de golosinas cerrada, buscando la casita de muñecas, intentando abrir la caja fuerte, desarmando la fachada. Quieren a los muñecos y aún no saben que no están ya en la casita.

Apenas han llegado a la peluquería cuando sus sospechas son confirmadas: el aullido de rabia combinado de los tres Miedos es estremecedor y se oye en toda la ciudad.

Hay ocasiones en las que uno está caminando tranquilamente por la calle, con la cabeza en sus propios asuntos y sin molestar a nadie, y de pronto una señora aparece con una escoba y empieza a gritar «¡Rata! ¡Rata!» y a atacar como si estuviera defendiendo un castillo de un asalto enemigo. No son ocasiones muy frecuentes, pero las hay; esto es algo que puede suceder en el momento más inesperado. A Oot

le pasa en esta mañana luminosa en la que está recorriendo la ciudad muy concentrado en el rastro de los hermanos Milosevic y apenas tiene reflejos para esquivar la escoba.

—Oiga, señora —responde con altivez—. Sin faltar.

Ella chilla aún más alto, porque si hay algo que le horrorice más que una rata es una rata parlante. Lo que Oot no sabe de esta mujer es que, cuando tenía cinco años, su hermana mayor era la dueña de un hámster loco que odiaba al género humano y a las niñas pequeñas en particular. Ella, en su inocencia, metió un dedo entre los barrotes de la jaula y el animal, viendo invadida su intimidad, la mordió. Esto le provocó un trauma gravísimo y desde entonces tiene un miedo incontrolable a todos los animales pequeños, peludos y con dientes. Casi todas las noches tiene pesadillas en las que estos la persiguen y le recitan pasajes de la novela *La familia de Pascual Duarte* de Camilo José Cela (esto se debe seguramente a otro trauma distinto). Ha focalizado su pánico en las ratas porque está más aceptado socialmente el terror de una persona adulta a estos animales que el miedo a los ratones, jerbos o hámsteres.

También hay que saber, para entender la complejidad de esta escena, que esta señora asume con cierta sensatez que cualquier rata que hable es posible que le recite pasajes de *La familia de Pascual Duarte*, haciendo así realidad, literalmente, su peor (y única) pesadilla. Y que la mujer, que nunca ha visto una rata de verdad en su vida, sería incapaz de distinguir una de ellas de un hurón.

Así que hostiga a Oot hasta la carretera, y continuaría con la persecución si no fuera porque allí se topan con los cinco lobos. En realidad, los lobos no estaban en la calle, ni siquiera a la vuelta de la esquina, sino que aparecen directamente desde detrás de la escoba, donde estaban escondidos. Dado que la mujer tiene el objeto en la mano, se pega un susto monumental. Da un chillido y suelta la escoba. Ha sido más la sorpresa que otra cosa, eso sí, porque al fin y al cabo aquellos animales son solo lobos y no ratas, pero aun así se le quitan las ganas de perseguir a nadie y vuelve presurosa a su casa.

Los lobos mueven un poco el rabo en dirección a Oot, amigables. Se dan la vuelta y se alejan trotando, pero no mucho. A los pocos pasos se detienen y miran al hurón, expectantes. Él lo entiende. Quieren que vaya con ellos. No sabe por qué, pero está seguro.

Ya ha perdido el rastro de los hermanos Milosevic, así que no hay ningún motivo para no complacer a los lobos. Salvo la prudencia, quizá, porque podría ser que estén guiándole a algún rincón recóndito de donde no pueda salir para allí comérselo. Podría ser, sí, pero Oot lleva muchos años siendo un hurón y se le da bien leer el lenguaje no verbal de otros animales. No cree que los lobos quieran hacerle daño.

Las seis criaturas avanzan, cinco a un trote ligero y la sexta

corriendo todo lo rápido que puede. No tardan en llegar a un hipermercado vacío. No hay clientes en él ni tampoco personas atendiendo en las cajas. Sin embargo, las luces están encendidas y las puertas abiertas, y nadie impide que cinco lobos y un hurón entren y exploren los pasillos.

Los lobos se dirigen sin dudar a la sección de lácteos. Ponen las patas sobre los estantes y tiran al suelo, con el morro, algunas botellas de leche. No todas se rompen al caer, pero la mayoría sí. Felices, los lobos beben la leche del suelo. Oot tiembla de frío. No está interesado en beber leche, aunque las tripas le rugen de hambre. Se pregunta qué edad tienen esos lobos y si no serán lobeznos. Es curioso que les haya apetecido más el pasillo de los lácteos que el de la carne.

Y entonces lo entiende.

No se lo esperaba en absoluto.

Una epifanía entre trozos de vidrio y leche derramada.

Oot ya sabe qué hacer.

Al final de la avenida hay una gran plaza de suelo blanco que reluce bajo el sol de la tarde y las farolas que se empiezan a encender. Está repleta de puestos coloridos de comida: galletas, churros y bocadillos. Huele a caramelo. Hay niños que se pasean cargados de algodón de azúcar de proporciones inverosímiles. Otros, tienen los labios pintados de rojo intenso por las manzanas caramelizadas o los carrillos hinchados con almendras garrapiñadas. Para hacer pausas entre dulce y dulce están disponibles algunas atracciones, un tiovivo, un trenecito, varias casetas de tiro al blanco y una vidente. Preside la escena, inundando la plaza con sus luces cambiantes, una enorme noria.

En el tiro al blanco hay un cartel que anuncia: «1 INTENTO = 20 CÉNTIMOS». Moira, brinca de emoción al lado de Konstantin.

—Kosta, déjame probar.

A él no le hace gracia el tiro al blanco. Ha oído demasiadas historias de escopetas defectuosas y tiene sus reservas.

—Sí, pero allí, en el de pescar patos —concede.

Se acercan a la caseta, que está vacía. Solo una señora aguarda, con poco interés, a que llegue algún cliente. Varios patitos de goma se deslizan por un circuito de agua, tropiezan entre sí y vuelcan. Algunos nadan boca abajo. Moira le entrega a la dueña del puesto sus veinte céntimos y recibe a cambio una caña de pescar con un imán.

—Premio seguro —dice la mujer, sin entonación alguna—. Juega hasta que pesques un pato.

Moira, animada, pasa el imán sobre los patitos de goma la primera vez que pasan, la segunda, la tercera. Por fin logra pillar uno: un pato feo y mohoso que parece no haber sido pescado nunca. La niña lanza

un grito victorioso. A la dueña del puesto se le desencaja la cara.

Konstantin se tensa, a la defensiva. Está sucediendo algo que no comprende y se prepara para una amenaza. No hace falta: la mujer muestra admiración y no agresividad.

—¡Ha pescado el Pato Milenario! —exclama. Las voces en la plaza entera se acallan, todo el mundo mira en su dirección. Ella repite, sobrecogida—: Ha pescado el Pato Milenario.

Estalla una ovación. Moira no entiende nada, pero siempre está dispuesta a unirse a una fiesta. Levanta el pato sobre su cabeza y hace un pequeño baile de la victoria.

—Desde hace mil años, este pato nada por el Río Artificial Eterno —explica la dueña del puesto—. Ha habido tantas apuestas sobre quién lo pescaría que se ha convertido en el pato más valioso de todos los que tengo. Enhorabuena, bonita. Sois ahora invitados de honor de la feria. Podréis disfrutar de todas las atracciones gratis y nadie os negará nada en los puestos. ¡Vivan los invitados de honor de la feria!

Entre los aplausos, Moira murmura:

—Será «invitada», que el pato lo he pescado yo, no los tres juntos.

Pese a esa injusticia, no le parece mal ir a disfrutar de su premio con su hermano y Moisés, así que se dirigen a uno de los puestos de comida y se hacen con bocatas y dulces. Los vendedores se los entregan de buena gana y les llaman de usted. Los tres se ríen. Konstantin cree que es la primera vez que alguien se dirige a él así en toda su vida. Le gusta.

Moira termina enseguida de comer y quiere subir al trenecito. Va sola; Moisés y Konstantin son demasiado altos y todavía están terminándose el algodón de azúcar.

—Moisés —llama Konstantin, en voz baja—. Tenemos que hablar.

El otro chico le mira, inquieto pero no demasiado.

—Claro. ¿De qué?

—Tengo dudas respecto a ti. No sé por qué nos estás ayudando.

Moisés parece decepcionado por un momento, pero enseguida respira hondo y asiente. Piensa que en el fondo la pregunta es comprensible. Quizá él también se la haría si estuviera en el lugar de Konstantin.

—Os estoy ayudando por varias razones. La primera es que me gusta ayudar. Tengo un poder que sirve para eso y creo que, cuando se puede hacerlo, ayudar a los demás es un deber. La segunda es que, por lo poco que os conozco, me gustáis. Me caéis bien los dos, Moira es muy salada y tú… eres un tío muy interesante. Me molaría conoceros más. Sobre todo a ti. No lo digo con ánimo de despreciar a Moira, pero, claro, es distinto.

—Ella tiene siete años —dice Konstantin.

—Sí. —Moisés se ríe—. Digamos que tengo más cosas en común

contigo, aunque Moira sea genial.

Le mira y sonríe de medio lado. Konstantin siente que le sube la sangre a las mejillas, aunque no sabe por qué o no quiere pensarlo. Se gira hacia el trenecito y finge que está prestando toda su atención a su hermana.

—¿Hay una tercera razón?

—Sí. Estoy bastante solo. No sé si te has dado cuenta, pero vivo en un tren abandonado en medio del parque.

La culpabilidad invade a Konstantin. No puede creer su propio egoísmo: ha estado tan centrado en sus problemas que no ha dedicado ni un instante a pensar en los que pueda tener la persona que lleva casi dos días como apoyo a su lado.

Tal vez no sea demasiado tarde para interesarse.

—¿Por qué? —pregunta.

Esta vez es Moisés el que desvía la mirada.

—Cuando no pudiste utilizar la tirolina me dijiste que tenías una enfermedad —recuerda—. ¿Es por eso que tus padres…?

Konstantin se encoge de hombros. Quiere cruzar los brazos, pero los tiene demasiado cansados, demasiado débiles. No puede moverlos, así que los deja colgando.

—Ellos no… —Deja la frase sin terminar.

No pasa nada, Moisés lo entiende y asiente.

—Mis padres tampoco podían aceptar algunas cosas respecto a mí —dice con voz suave—. Me encerraron, me quitaron el teléfono, me prohibieron ver a mis amigos. Creían que aislándome podrían reconducirme…, cambiarme…, convertirme en otra cosa. —A Konstantin le recorre un escalofrío—. Pero yo soy el Guardián de las Llaves y nadie me puede encerrar.

Lo dice con tristeza, no con orgullo.

No hay nada que Konstantin pueda decir. Hace un esfuerzo sobrehumano y obliga a los músculos de su brazo a responder; su mano oscila como un péndulo hasta que logra rozar la de Moisés y, después, agarrarla. Él sonríe, sin mirarle, y se la aprieta con los dedos, en mudo agradecimiento.

En ese momento, Moira se baja del trenecito con las orejas coloradas y la adrenalina por las nubes.

—¡Tiovivo! —dice, incapaz de articular una oración completa, con verbos y esas cosas.

—Tú también subes, ¿no? —le pregunta Moisés a Konstantin.

—No puedo agarrarme a las barras —responde él. Ha soltado la mano de Moisés y las suyas vuelven a ser inútiles.

—No hará falta. Subiremos los dos a la misma figura. Si quieres.

Hay algunas que tienen más de un asiento. Escogen un elefante en el que caben los dos, Moira se sube a un tigre. Konstantin va delante;

Moisés se agarra a él con un brazo y a la barra con otro. No parece notar que el corazón de Konstantin está desatado, lo cual es un alivio, porque si se diera cuenta, quizá se asustase al pensar que le va a dar un ataque allí mismo. Para Konstantin, la preocupación es real.

Las luces giran a su alrededor. Las personas que no están subidas al tiovivo son un borrón oscuro de expectación e impaciencia, del todo ajeno al mundo dorado y resplandeciente que da vueltas y vueltas. Solo es real lo que está dentro del tiovivo, las figuras de los animales que cobran vida, los aullidos eufóricos de Moira, la domadora de tigres, la risa de Moisés. Konstantin quiere cerrar los ojos, porque es demasiado, pero jamás se atrevería a hacerlo.

El encanto se rompe como una pompa de jabón cuando el tiovivo se detiene. Bajan de las figuras; inmóviles e incluso un poco grotescas, vuelven a la oscuridad. Ya es de noche. La marea de gente les empuja hacia la noria y ellos no protestan.

—Alguien nos sigue —dice Moira, pero Konstantin no ve a nadie.

—Desde arriba podremos ver toda la plaza —comenta Moisés.

En cada vagón de la noria caben dos pasajeros.

—Id vosotros —dice Moira—. A mí no me da miedo ir sola.

Ninguno de ellos quiere ser el que se niegue ni tampoco el que admita que en el fondo no les parece mal la idea, así que callan los dos y suben a un vagón naranja. El de Moira, en cambio, es rojo. El aparato se pone en marcha y ascienden hacia el cielo estrellado. Konstantin tiembla y se odia por ello. Su facilidad para destemplarse le irrita. No ha sido siempre así, es uno de los fastidiosos efectos secundarios de sus circunstancias.

El brazo de Moisés, contra el suyo, es cálido. Konstantin duda, porque está experimentando una combinación explosiva de timidez, vergüenza y pundonor, pero también tiene frío y ganas y al final se arrima un poco a él, muy poco, lo justo. Y Moisés le mira y Konstantin frunce el ceño y Moisés sonríe. Y Moisés dice que tiene un poco de frío y Konstantin dice que también y los dos se arriman un poco más. La noche es preciosa, magnífica, las estrellas se pueden ver bien desde ahí arriba, por encima de las demás luces, del ruido y de la música de la feria.

Moisés da un respingo.

—Hay alguien con Moira.

Konstantin se asoma también. Es cierto. Hay un chico en el vagón de Moira, un chico de cabello plateado y ojos que brillan en la oscuridad.

—Nada Es Real —dice Konstantin.

—Bueno, algunas cosas lo son —responde Moisés.

—No, no. Ese chico. Lo llamamos Nada Es Real. Es un mentiroso… Nos metió en líos en el parque.

Los dos vigilan el vagón de Moira. Ella está hablando con Nada Es Real, pero su conversación es imposible de escuchar.

—¿Te preocupa? —pregunta Moisés—. ¿Quieres que hagamos algo?

—No —responde Konstantin—. Él no puede hacerle nada aquí, ella es invitada de honor de la feria. Tampoco puede llevársela mientras la noria esté en movimiento. En realidad, está bien que lo hayamos localizado y que esté donde podamos verle. Ya sabes: mantén cerca a tus amigos, pero aún más cerca a tus enemigos.

—Pero has dicho que dice mentiras. ¿Y si engaña a Moira con alguna artimaña?

Konstantin suelta una carcajada.

—Moira es demasiado lista como para que él la engañe. Una vez, quizá, pero dos… imposible. Antes logra enredarle ella a él.

Eso es precisamente lo que está sucediendo. Nada Es Real ha subido a la noria muy satisfecho consigo mismo, convencido de que va a poder comerle el tarro a la más joven de los Milosevic. Pero no es tan fácil, porque Moira ha estado reflexionando mucho sobre las mentiras, las medias verdades y las omisiones, y tiene mucho que decir al respecto. Así que lo está haciendo.

—…Porque puede haber también verdad dentro de cosas inventadas, ¿no? Como una obra de teatro o un cuento —dice Moira —. Entonces, ¿eso es mentira?

—No —responde Nada Es Real, que se considera un experto en la materia—. Eso no sería mentira. Sería verdad.

—¿Aunque la historia que esté contando no sea cierta? Por ejemplo —empieza Moira, animada—, voy a contarte un cuento. Es sobre una familia que vivía en un nido.

—¿Era una familia de pájaros?

—No. Bueno, sí. Era una familia de pájaros, pero uno de ellos no podía volar porque tenía un problema en las alas. Los padres pájaros le decían: «Vuela, vuela, si no te pasa nada», pero el pájaro no podía volar. Y otro pájaro, la abuela, digamos, le decía: «No, no vueles, mejor que te quedes en el nido todo el tiempo».

—¿Y el pájaro qué decía?

—No lo sé. Pero había otro pájaro, un pájaro pequeño que aún no había aprendido a volar, aunque todos sabían que algún día volaría. Y a él nadie le había dicho nada. No sabía que el otro pájaro tenía las alas mal.

—¿No lo sospechaba? ¿No lo veía? —Nada Es Real está completamente sumergido en la historia.

—Sí, lo sospechaba, pero nadie se lo había dicho porque todos creían que era demasiado pequeño.

—¿Qué pasó entonces?

—Pasó que el pájaro, el que no podía volar, un día se cayó del nido.

—¡Y voló! —anticipa Nada Es Real, con regocijo.

—No. No voló. Se cayó hasta el suelo y se quedó aplastado allí, muerto. Y el pájaro pequeño lloró y lloró y lloró. Y nadie le había dicho que eso iba a pasar. Fin. Entonces, ¿esta historia es verdad o mentira?

Nada Es Real lo medita.

—Yo creo que es verdad.

—Pero esos pájaros no existen. Me lo he inventado yo.

—De todos modos, no parece una mentira.

—Pues igual que puedo inventarme una historia que todo el mundo cree que es mentira y que sea verdad, tú puedes inventarte algo, una noticia o algo que me cuentas, como si fuera de la realidad, que todo el mundo va a pensar que es verdad pero es mentira.

—Sí —responde Nada Es Real, petulante—. Eso es lo que yo hago. Lo hago muy bien. Puedo contarte que la Tierra es plana y que te lo creas.

—Nunca me creería eso —dice Moira, con seriedad—. No soy *tan* tonta.

La noria se detiene y ellos son de los primeros en bajar.

—Ahora vendrá tu hermano y querrá echarme —dice Nada Es Real—. No quiere que te revele algunos secretos… Él prefiere que tú no sepas…

—Anda, calla —le corta Moira, alegremente—. Si estás calladito, te invito a unas almendras garrapiñadas.

Mira hacia arriba, buscando el vagón de Konstantin y Moisés. Sabe que ellos han estado observándoles, pero en este momento no puede ver sus cabezas, así que asume que se están asomando hacia el otro lado.

Se equivoca. Konstantin y Moisés están agachados dentro del vagón, con las caras cerca del suelo, porque de debajo del asiento ha salido una araña de patas largas y que habla con voz muy baja. Apenas aciertan a oír sus palabras, pero cuando consiguen acercarse lo suficiente, su mensaje es claro:

—Konstantin Milosevic —susurra la araña—, date prisa. Cada vez te queda menos tiempo.

La peluquería de Flora es uno de los centros neurálgicos del barrio. Allí se pela a los niños (5 €), se corta el pelo a señoras (15 €), se afeita a los señores (10 €), se tiñe a adolescentes que quieren tener mechas rosas o rojas o verdes (12 €), se hace la manicura y la pedicura (20 € sin la oferta) y se limpia el aura (gratis). Flora lleva largos vestidos de colores cubiertos por un delantal amarillo, cuentas

de madera colgando del cabello, gafas redondas en la punta de la nariz y tatuajes de henna. Sabe todo de todos y está encantada de compartir esa información con sus clientes. Por todo esto, su peluquería suele estar llena.

Eso no impide que Flora preste una atención personalizada a cada una de las personas que cruzan el umbral de la puerta. Nada más ver a Bonnie, por ejemplo, suelta una exclamación:

—¡Querida! —Y añade, en tono pesaroso—: Querida.

—No vengo a hacerme nada, Flora —dice Bonnie—. Solo quería acompañar hasta aquí a doña Mauricia y a Amalia… Ya me voy.

—Oh, no. No, no, no. No puedes irte. ¡Esas puntas! Están pidiendo socorro a gritos. —Flora toma un mechón del pelo de Bonnie y se lo acerca a la oreja. Chilla con vocecilla aguda—: ¡Ayuda! ¡Ayuda, socorro!

—Tengo prisa, en serio, Flora —protesta Bonnie, mientras Flora la empuja hacia una de las butacas frente al espejo.

—Entonces no te enterarás del cotilleo que tengo hoy —canturrea la peluquera—. A ti también te interesará, Amalia, porque es sobre un chico que es amigo de tu nieto. Siéntate, siéntate, mira, tengo estos sitios libres. Tú también, Mauricia, querida; ¿has venido a que te haga las uñas? Muy bien. Os voy a poner los pies y las manos en remojo un rato, ¿eh? Y ahora me pongo contigo, Bonnie.

Amalia está muy atenta, aunque intenta disimular su inquietud y permite que Flora le meta los pies y las manos en un par de pequeños barreños llenos de agua caliente.

—¿De mi nieto? ¿Konstantin?

—Claro, Konstantin, ¿cuántos nietos tienes, a ver? ¿Tú sabías que se está juntando con un chico que pertenece a una banda de ladrones? Atracan a la gente en el parque y les roban los teléfonos.

Amalia y Bonnie cruzan una mirada.

—¿Mi nieto sale con una banda de ladrones? —pregunta Amalia. Le parece más probable que los ladrones se hayan llevado el móvil de Konstantin. Quizá por eso el aparato lleva apagado desde el día anterior.

—No sé si con toda la banda, pero seguro que con uno de ellos, que creo que es el jefe. Ha estado en la cárcel y todo. En la cárcel de niños, porque es un adolescente. Muy peligroso, eso me han dicho. No sé si Konstantin lo sabe, pero debería andarse con cuidado.

Con mucha decisión, Flora recorta a tijeretazos certeros el pelo de Bonnie.

—¿Cómo te has enterado de eso? —pregunta ella.

—Me lo contó un chaval muy majo que vino esta mañana a pedir cita para su madre.

—¿Cómo se llamaba?

—No lo sé. Su segundo apellido debe de ser Nito, porque es el de su madre, Elena. Lo tengo ahí apuntado en la agenda. Era un chico educadísimo, un encanto. Alguien le había teñido el pelo de plateado y estaba muy bien, se lo dije, parecía real. Me dijo que se enteraría de qué tinte habían usado y me lo diría. Ojalá lo haga.

Entonces suena la alarma en el móvil de Bonnie y ella da un salto para ponerse de pie.

—¡La asamblea!

—¡Bonnie! No he terminado. No te puedes ir así, con medio lado corto y medio largo —se queja Flora—. Qué mala imagen va a darle a mi peluquería que salgas por la puerta con esta pinta.

—Voy a llegar tarde —dice Bonnie, sin escuchar—. Lo siento, Flora. Tendrá que ser otro día.

Sale corriendo sin despedirse. Flora está muy contrariada, pero no le da tiempo a seguir rezongando porque la puerta no llega a cerrarse y entran en la peluquería al menos veinticinco señores calvos, todos con caras tan largas que casi les llegan al suelo. Cada uno trae en la mano un puñado de pelos.

—Se nos han volado las pelucas —anuncia el primero, lloroso—. Necesitamos que nos las pegues al cuero cabelludo con el adhesivo más fuerte que tengas.

—Cielos —dice Flora—. Tendrán que pasar de uno en uno, puede que tardemos un poco. Por suerte, tengo un bote nuevo de pegamento instantáneo.

El primero de los señores se sienta en la butaca. Los demás se frotan los ojos con los puños, lloran y se suenan con sus pelucas.

—¿Qué les ha sucedido? —pregunta Amalia.

Doña Mauricia no se está enterando de nada. El agua caliente la ha relajado mucho y se ha quedado dormida.

—Un horrible joven rechazó nuestra mejor oferta de seguros de vida —solloza uno de los señores—. Después nos hemos enterado de que se trata de un ladrón de ocho millones de euros que se ha dado a la fuga.

—¡No me diga!

—Sí se lo digo.

—En ese caso, deme más detalles —solicita Flora.

—Le hemos prohibido la entrada a nuestras instalaciones y esta es una medida de carácter permanente —informa el señor, con gran solemnidad, mientras se pasa la peluca por los ojos para enjugar las lágrimas—. Hemos colocado carteles con su nombre en la puerta. Konstantin Malisovic no podrá pisar nunca más el suelo de nuestra empresa.

—¿Malisovic? —repite Amalia—. ¿Está seguro de que no es Milosevic?

—No, no. Es Malisovic.

—¿Y no se sabe dónde está?

—Sí, por supuesto, ha salido en el periódico. Está en paradero desconocido, ni más ni menos. ¿Se lo puede usted creer?

—Es un sitio en el que les gusta estar a los ladrones de ocho millones de euros —dice Amalia, pensativa.

—Quizá tenga algo que ver con la banda de ladrones de tu nieto —comenta Flora.

Esto llama la atención de los señores, pero Amalia ya se ha puesto en pie y se está secando para ponerse los zapatos.

—No creo —responde—. Flora, me acabo de acordar de que no puedo hacerme las uñas hoy. Mi horóscopo me advirtió de nefastas consecuencias si lo hiciera.

Amalia no tiene ni idea de cuál es su horóscopo, pero sabe que Flora jamás osará poner en duda algo que aconsejen o desaconsejen las estrellas. Efectivamente, la peluquera asiente con los ojos bien abiertos.

—¡Menos mal que te has acordado! ¿Quién sabe lo que hubiese podido pasar?

—Nadie. Nadie lo sabe —dice Amalia. Recoge su bolso y se abre camino entre los señores hacia la puerta—. Lo bueno es que ahora podrás atender a estos caballeros de dos en dos. Vendré otro día, cuando la posición de los astros sea propicia. Buenas tardes, Flora.

Se apresura hasta el portal de su edificio y allí está a punto de chocarse con Bonnie, que sale corriendo.

—Mi nieto ha robado ocho millones de euros, se ha dado a la fuga y está en paradero desconocido —informa Amalia—, o eso dicen. Esta situación tienen que gestionarla sus padres, a mí se me escapa ya. Así que voy a traerlos de vuelta sí o sí.

—Yo me he perdido la asamblea —dice Bonnie, pálida—. He llegado justo al final.

—¿Y qué ha pasado?

—Han aprobado la destrucción del cobertizo. —Bonnie está horrorizada—. Pero eso no es lo único malo. También han contratado un servicio de exterminación de insectos para el jardín… Al parecer han descubierto en él un número alarmante de mariposas negras. Van a matarlas a todas.

—¿Mariposas negras? Mala cosa —comenta Amalia—. Son un presagio de muerte.

—Konstantin las mencionó. No debo dejar que entren en el jardín, Amalia. No sé por qué son importantes esas mariposas…, pero hay que protegerlas, tanto o más que el cobertizo.

Callan durante un segundo. Las dos saben que sus caminos se separan en este punto.

—Suerte —desea Amalia.

—Suerte —desea Bonnie.

La feria es un lugar lleno de luz y color, que huele a dulce y está repleto de gente amable con sus invitados de honor. En comparación, las calles de la ciudad son oscuras y frías, inhóspitas, y Nada Es Real trota pegado a sus talones, callado y atento, con sus inquietantes ojos clavados en los niños.

—Yo podría deciros a dónde ir —deja caer el chico.

—Eres un ayudante de los Miedos —dice Moira, sin mucho interés —. Pues claro que quieres decirnos a dónde ir. Pues claro que no vamos a hacerte caso.

—Hay muchos adultos que me hacen caso —rezonga Nada Es Real —. En páginas de Facebook.

Los edificios a su alrededor se vuelven cada vez más altos, hasta ocultar del todo el cielo. También las farolas crecen y su luz se aleja. Las sombras son tantas que Moira tarda en darse cuenta de que hay alguien más caminando junto a ellos. Es una mujer esbelta, con los huesos de la cara salientes y un moño muy apretado. Sujeta un bolsito negro de plástico con unas garras que también parecen hechas de ese material. Tiene el rostro contraído en una mueca de disgusto.

—Hay algunos miedos que te alcanzan —dice Nada Es Real— estés caminando hacia ellos o no.

Suben la calle, que se ha vuelto sinuosa y va cuesta arriba y cuesta abajo como si estuvieran en una película de dibujos animados.

—Kosta —avisa Moira—. Hay un Miedo ahí.

—No escuches nada de lo que te diga —dice él—. Hazme caso solo a mí.

—Vale —acepta ella.

—Cuando era un bebé, yo nunca lloraba. Estaba demasiado ocupado investigándolo todo y aprendiendo a usar mis ojos, mis manos… Escuchaba hablar a los adultos y me iba quedando con lo que decían. Aprendí a hablar antes de cumplir un año y a leer antes de ir a la guardería. Mamá y papá apuntaban en un cuaderno verde todo lo que soñaban que yo fuera, todo lo que esperaban que hiciera. Si conseguía los objetivos que me ponían, marcaban una señal de victoria en la página correspondiente. Algunas de esas metas eran pequeñas, como obtener buenas notas en una evaluación, ganar un certamen escolar y cosas así. Otras, eran a largo plazo: reconocimiento académico, éxito profesional, fama. Cuando tú naciste, mamá y papá creían que ibas a ser como yo. Un genio. Compraron un cuaderno también para ti, de color amarillo, y lo llenaron de expectativas.

A Moira no le está gustando esta historia.

—No es verdad —protesta.

—Sí, sí que es verdad, tú no te acuerdas porque eras un bebé. Ellos escribieron todo lo que esperaban que tú fueras, para no olvidarse nunca, para darse cuenta cada vez que los defraudaras. Y lo hiciste. Nunca has sido como yo. Siempre fuiste una niña inquieta, te distraes con el vuelo de una mosca.

—De una mariposa —corrige ella.

—De lo que sea. No eres un genio. No eres brillante. Ni siquiera eres medianamente buena. Eres mediocre y serás una adulta mediocre. No pasa nada, hay muchas personas así y siguen teniendo derecho a existir. Tiene que haber de todo. Pero para mamá y papá fue una decepción…

—No es verdad, a ellos no les importa…

—Sí es verdad —interviene Nada Es Real.

—Calla —le corta Konstantin, con una brusquedad impropia de él —. Moira tiene razón. No les importaba porque me tenían a mí. Ese es el problema. Pronto yo no estaré, y ellos tendrán que quedarse contigo. Es una injusticia para ellos que tú existas, es un inconveniente. Porque cuando yo me muera, ellos querrán estar de luto, llorarme y tal vez nunca más remontar. Soy lo que más quieren en el mundo. Tendrán que lidiar no solo con mi pérdida, sino con el fracaso de todos los planes que tenían para mí. Y además de todo eso tendrán que encargarse de ti. No podrán llorarme a gusto porque estarás tú. El premio de consolación, Moira. El recordatorio de que lo hicieron bien una vez, solo una. La decepción constante.

Moira balbucea una respuesta. Está llorando y no puede hablar bien, pero Konstantin debe de haberlo entendido porque le planta una prueba delante de las narices: el cuaderno amarillo. Le golpea el pecho con él y Moira se queda sin respiración. Lo toma, lo abre, bajo la mirada de desprecio de su hermano. Ahí está la letra de su madre. La de su padre. Una serie inagotable de sueños que Moira nunca podrá cumplir para ellos.

—No eres suficiente —dice entonces la mujer.

Ya no están caminando, se han quedado quietos todos en esa calle de edificios altos como muros infinitos.

Moira llora, llora, llora.

—No fui suficiente —solloza— para salvar a Oot.

Su cuerpo se dobla sobre sí mismo y la niña queda en cuclillas, la cara entre los brazos.

—¿Oot es tu hurón? —pregunta una voz nueva—. Estuve buscándolo toda la mañana. Creía que se había escapado.

—Vino con nosotros al parque —explica Moira, entre hipidos—, pero lo dejamos atrás y una manada de cinco lobos se lo comió.

—¡No creo! —La recién llegada se ríe—. Los lobos no comen hurones. Lo sabe todo el mundo.

Moira levanta la mirada. La abuela Amalia está delante de ella, más sólida y real que la mujer, que Konstantin, que Moisés… y definitivamente mucho más que Nada Es Real.

—¿No? —susurra, esperanzada.

—Claro que no. Los hurones tienen un único y despiadado depredador: las serpientes —asegura la abuela Amalia—. Vamos, levanta del suelo, guapita mía, que te vas a poner perdida —añade, con esa facilidad con la que los adultos asumen que la suciedad en los pantalones de una niña de siete años se debe a estar en cuclillas durante unos segundos y no a haber cruzado la selva, escapado de una anaconda, recorrido un laberinto, pasado por la lava, dormido en el jardín y montado en varias atracciones de feria.

Moira obedece, da dos pasos y se abraza a su abuela. Ella la rodea con los brazos. No Eres Suficiente palidece, se funde en la sombras. Cada vez está menos ahí.

—Sí —dice, como si contestase a esa apreciación muda de Moira —, lo que tú quieras. Pero no podrás olvidarte de lo que te he dicho, eso te lo aseguro. Quédate con ese cuaderno. Te lo regalo. Puedes cargar con él el resto de tu vida.

Las farolas descienden y su luz anaranjada calienta la calle. Moira cierra los ojos y se pierde en el abrazo de su abuela. Alguien se une a ellas. Es Konstantin. No puede levantar mucho los brazos, así que Moira se aparta un poco para que sean ellas las que le abrazan a él. Konstantin apoya la mejilla en la cabeza de Moira.

—Te quiero —dice muy bajito—. Y a ti también, abuela.

—Y yo os quiero a vosotros. Qué bien que os he encontrado —dice ella. Entonces se fija en que Moisés está allí también—. Supongo que tú eres el bandolero.

Él parpadea, desconcertado.

—No. Soy Moisés.

Moira se da cuenta de que él lleva otro cuaderno entre los brazos. Es violeta. Y Konstantin tiene uno verde. Imagina que ellos han tenido sus propias conversaciones con No Eres Suficiente y con trasuntos de sus familiares o amigos.

—Tenemos que deshacernos de esto —dice Moisés. Konstantin asiente, en silencio.

El aire relajado de su amigo se ha quebrado y parece un poco aturdido. Moira se separa de su hermano y su abuela y se acerca a él. Sin decir nada, lo abraza. Moisés la mira, sorprendido, pero sonríe. Moira lo suelta, pero se queda a su lado.

—La mejor forma de hacer desaparecer algo para siempre es enviarlo por Correos —señala Konstantin—. Si el envío es por correo ordinario, uno tiene la seguridad absoluta de que jamás volverá a tener noticia del paquete.

—Es cierto —confirma la abuela Amalia—. Hay una oficina aquí cerca. Vamos ahora mismo.

La oficina está abierta pese a que es ya noche cerrada. No hay mucha cola, pero en Correos siempre toca esperar mucho, así que se instalan junto a la ventana y disfrutan del descanso. Aunque está cansado, Konstantin retrasa el momento de sentarse hasta ver dónde lo hace Moisés. Quiere colocarse a su lado, pero es un problema porque Moisés hace lo mismo y los dos tardan una eternidad en escoger sitio. Moira, por su parte, recoge los cuadernos de todos, se los coloca sobre las rodillas y mira fijamente la pantalla en la que van apareciendo números.

—¿Leíste mi carta? —le pregunta Konstantin a la abuela Amalia.

—Sí. Y conseguí sacar a vuestros padres de la casita de muñecas —revela ella—. Bonnie y yo hemos tenido algunos problemas con los Miedos, pero creo que la situación está bastante controlada ya.

Intenta abrir el bolso para mostrarle los muñecos a su nieto, pero la cremallera no se mueve. Amalia resopla, indignada.

—¿Se te ha enganchado la cremallera? —pregunta Konstantin.

—No. Creo que estos dos sinvergüenzas se han encerrado en el bolso.

Moisés se adelanta. Este es su momento. Con una sonrisa plácida, coge el bolso, tira de la cremallera y lo abre. África-de-juguete y Narcys-de-juguete se abrazan y les miran horrorizados desde el fondo.

—¿Querrán hablar conmigo? —pregunta Konstantin, con el ceño fruncido. Recuerda que la última vez que lo intentó no salió muy bien. No quiere pensar en el muñeco que ellos pretendían que era su hijo, lo pone malo.

Los muñecos no responden. La abuela Amalia, que no quiere consternar a su nieto, cierra el bolso con la mano y deja la cremallera abierta.

—No te preocupes por eso. Yo me encargaré. He pensado en un plan, pero tengo que hacerlo sin vosotros.

—¿No necesitas que hagamos nada?

—Solo que os mantengáis a salvo mientras estoy pendiente de estos dos. No puedo estar preocupándome por toda mi familia a la vez, sois demasiados —dice la abuela, mientras busca en el bolsillo de su chaqueta y saca una caja de caramelos de limón—. Ahora tomad esto. Mira, Moira. Ya nos toca.

Las dos se levantan y se acercan al mostrador. Van a enviar los cuadernos a Cuenca. No hace falta poner un destino muy lejano para que Correos haga su magia.

—¿Estás bien? —pregunta Konstantin. No mira a Moisés porque no se atreve. Algo ha cambiado entre ellos, eso está claro. Una conexión que ya existía antes se ha hecho más fuerte.

—Sí. Ahora sí —dice Moisés.

Lo mira de reojo, le sonríe. Konstantin capta el gesto.

—Gracias por estar aquí —dice en voz baja, aún sin mirarle.

—Me gusta estar aquí —responde él. Konstantin pega su brazo al de él. Moisés se mueve para acercar su mano. Sus dedos rozan los de Konstantin—. Me gusta…

Un movimiento llama la atención de ambos, que se giran hacia la ventana. Un pájaro pequeño canta en el alféizar.

—¿Va a amanecer ya? —murmura Konstantin. El embrujo se ha roto y se siente expuesto, como si todos los clientes de Correos estuvieran mirándoles—. El tiempo pasa muy raro en el Segundo Lado.

—Es el ruiseñor y no la alondra —bromea Moisés.

Se equivoca. No lo es. El pájaro es pardo, a excepción del vientre blanco y el cuello negro, y está desorientado, porque se trata de un ave de hábitos diurnos.

—Es una calandria —dice Konstantin—. Otro presagio de muerte.

—¿Otro?

—Sí, he visto muchos últimamente. Las calandrias en sí no son una amenaza, pero sus nidos son símbolo de que alguien va a fallecer cerca de donde se encuentran. También se dice que si una calandria mira fijamente a una persona enferma, esta se curará… Si el ave desvía la mirada, en cambio, quiere decir que morirá.

Se pone en pie y sale de la oficina de Correos. Moisés le sigue, en silencio. Konstantin se apoya en la pared, junto al alféizar. El pájaro aletea para demostrar que es consciente de su presencia. No le mira, pero empieza a cantar:

—Que por mayo era por mayo,
cuando hace la calor,
cuando los trigos encañan
y están los campos en flor,
cuando canta la calandria
y responde el ruiseñor,
cuando los enamorados
van a servir al amor,
sino yo, triste, cuitado,
que vivo en esta prisión,
que ni sé cuándo es de día
ni cuándo las noches son,
sino por una avecilla
que me cantaba al albor.

Konstantin escucha con atención y se pregunta dónde ha escuchado esto la calandria. Es posible que el ave esté transmitiéndole un mensaje, porque las calandrias son conocidas por imitar muy bien

el canto de otras aves.

—El *Romance del prisionero* —dice Moisés.

—Sí. —Konstantin también lo ha reconocido—. Pero ¿qué significa? ¿Quién es prisionero? ¿Y de quién?

El Guardián de las Llaves se encoge de hombros. Como si hubiese cantado ya todo lo que tenía que decir, la calandria levanta el vuelo y se marcha. Sin mirarles ni una sola vez.

La sección de ropa está al final del pasillo central del hipermercado. Allí hay perchas, estantes llenos de zapatos, pequeños espejos para verse los pies y, al fondo de todo, unos probadores. Oot tiembla de excitación al verlos, con las orejas muy estiradas y los bigotes crispados. Entra corriendo en el primero.

Sí.

Un espejo.

Entero, perfecto, justo lo que un hurón necesita para lograr sus propósitos.

Un recuerdo. Un espejo. Su propia imagen reflejada. Se ve a sí mismo, con su cuerpo de hurón, y se pregunta cómo será el de humano. Si su cabello será oscuro o claro, si tendrá los dientes torcidos o una dentadura de anuncio. Si su madre o su padre se acordarán de él.

Era uno de los dos, seguramente, el que le cantaba aquello cuando era pequeño. Oot no lo recuerda, no del todo; no sabe si mientras cantaban movían la mano a un lado y a otro delante de sus ojos para que él intentase atrapar sus dedos. Ni idea. Pero sí se acuerda de la letra de la canción.

Su reflejo le devuelve la mirada. Está solo. Los lobos están lejos, entretenidos con sus cosas. Un lobo, dos lobos, tres lobos, cuatro lobos, cinco lobos.

—Cinco lobitos tiene la loba —dice Oot en voz alta. No está seguro de que sea así como se hace el trato, pero no pierde nada por intentarlo. Menos mal que Moira le ha otorgado la capacidad de hablar, porque de otro modo esto habría sido imposible—, cinco lobitos detrás de la escoba. Cinco parió, cinco crio y a todos ellos la leche les dio.

Entonces su reflejo le guiña el ojo.

Oot se queda sin habla un segundo. El reflejo le hace señas para que continúe. Y él obedece, porque qué otra cosa va a hacer.

—Cinco lobitos tiene la loba, blancos y negros detrás de la escoba. Cinco parió, cinco crio y a todos ellos la leche les dio —concluye.

Con un crujido, el espejo se despega de la pared y cae. Oot tiene el tiempo justo para dar un salto hacia atrás, escurrirse por debajo de la puerta del probador y salvarse de ser aplastado. Los trozos de cristal

chocan contra la puerta y las paredes. Cuando ya no se oye nada, Oot vuelve a colarse dentro, con cuidado de no pisar ninguna de las esquirlas que hay en el suelo. Detrás del espejo hay una gran cavidad que lleva a un túnel oscuro.

No es el momento para tener dudas.

Ha cambiado un recuerdo por una vida entera de ellos. Y cree que ha salido ganando. Toca recoger su parte.

Así que da un salto hasta el agujero y se adentra en la oscuridad.

Moira se está divirtiendo.

—Es muy urgente —insiste—. ¿Seguro que llegará la semana que viene?

—Sí, es lo que suele tardar —responde el hombre que la está atendiendo, y toma el paquete con los tres cuadernos.

La abuela Amalia le guiña un ojo a Moira. Saben que es mentira. Los paquetes de Correos nunca llegan cuando dice Correos que van a llegar. Se pierden. Algunos llegan con retraso. Otros, muy pocos, llegan antes de lo previsto. Pero nunca en la fecha indicada. Jamás.

—Gracias —dice Moira.

Las dos se dan la vuelta y se dirigen hacia los chicos. No se dan cuenta de que el hombre que las ha atendido, en cuanto no le están mirando, se transforma en un chico de piel gris y ojos brillantes. Nada Es Real sigue encogiendo hasta tener el tamaño de una pulga y, entonces, bota dos veces: una para pasar por encima del mostrador y otra para colarse en el bolsillo de Moira.

Capítulo V
La mariposa

Hace algo más de veinte años, Bonnie tenía ganas de apuntarse a alguna actividad deportiva. Buscando en la oferta de ocio de su ciudad, encontró un grupo universitario de esgrima. Le llamó la atención, porque no conocía a nadie que hiciera aquello y porque de niña, después de recibir unas Navidades una espada de juguete, había pasado muchas horas batiéndose en duelo con sus hermanos y primos. Descubrió que jugar a las espadas con otros adultos era casi igual de divertido, así que ha seguido haciéndolo todos estos años y es ahora una experta con el florete. El traje de esgrima, blanco y con una máscara con rejilla que le tapa la cara, es lo más parecido que tiene a como se imagina que van los miembros del equipo de control de plagas, así que se lo pone apresuradamente. Echa un vistazo por la ventana de la cocina y, aunque no ve a nadie, oye voces al fondo del jardín. Baja y da la vuelta al edificio para entrar por la puerta, como supone que han hecho ellos. Efectivamente, la reja está abierta. El equipo lo conforman once personas. Para desilusión de Bonnie, todas van con vaqueros y un polo muy soso con un diminuto dibujo de una rata negra como logo.

—Hola —saluda ella—. Perdón por llegar tarde.

—¿Tú eres de la empresa? —pregunta el que parece ser el jefe.

Bonnie traga saliva. Una vez, cuando estaba a punto de presentarse a su primera entrevista de trabajo, su padre le dijo que una mentira dicha con desparpajo es más convincente y causa mejor impresión que una verdad titubeante. Así que levanta la barbilla, mira

al jefe con decisión y dice:

—Soy la nueva.

—Es la nueva —asiente otro de los miembros del equipo.

—Bueno —dice el jefe—. No contaba contigo hoy, pero está bien que veas cómo trabajamos. La próxima vez —la mira de arriba a abajo con desdén— ven apropiadamente vestida.

—Sí, claro —refunfuña ella. En su opinión, es la que más preparada está.

El jefe los reúne en corro y da un discurso motivador que, aunque breve, resulta muy aburrido. Los miembros del equipo bostezan con discreción, pero el jefe se da cuenta. Avergonzado y enfadado a partes iguales, les ordena que se dispersen por el jardín y encuentren a las mariposas cueste lo que cueste. Alegremente, los controladores de plagas cogen sus armas: unas máquinas parecidas a aspiradoras, con largos cables enchufados al camión que han dejado aparcado frente a la verja. Bonnie recibe también una. Tira de la manguera por el jardín; el cuerpo del aparato la sigue sobre sus dos ruedas.

Pasan las siguientes horas buscando las mariposas, pero no están en ningún sitio. Los controladores de plagas revisan cada planta, cada hoja. Son minuciosos y tienen mucha más paciencia que Bonnie, que se aburre enseguida. Necesita otra estrategia, porque incluso si consigue encontrar las mariposas antes que los otros, todavía no sabe qué hará para protegerlas.

Adopta otro enfoque y, en un momento en el que nadie la está mirando, vuelve a la entrada. Necesita una navaja suiza que tiene arriba, en su piso; no tarda nada en subir y bajar, aunque recibe un par de miradas extrañadas en la calle debido al traje de esgrima.

—Estoy participando en un campeonato —explica a una señora mayor que se queda boquiabierta cuando la ve pasar—, pero tengo que ir un momento al baño.

Regresa enseguida. Nadie se ha dado cuenta de que se ha marchado. Con cuidado, clava la hoja de la navaja en la manguera de su máquina aspiradora, que se desinfla un poco con un quejido. Bonnie sonríe. Camina hacia donde están los demás, pero no se acerca a los controladores sino a sus máquinas. Las raja justo al inicio de la manguera. Ellos no se dan cuenta al principio, pero los suspiros que dan las aspiradoras al desinflarse se hacen cada vez más notorios.

—¡Eh! ¡La nueva! ¿Qué haces?

—Hablaba con esta máquina —dice Bonnie y esconde la navaja—. Me pareció que estaba un poco aburrida y le estaba dando conversación.

—Parece que la has desanimado —dice el jefe, acercándose con el ceño fruncido y ademán inquisitivo—. ¿Qué le has contado?

—Nada —dice Bonnie. Retrocede despacio, sin mirarlo a los ojos

—. Solo comentaba con ella las novedades, las noticias, los sucesos de actualidad. La política y esas cosas.

El jefe se agacha junto a la máquina y la acaricia con ternura.

—Está completamente deprimida. Le has quitado las ganas de vivir. ¿A quién se le ocurre hablarle de la política actual?

—Lo siento —dice Bonnie—. Pensé que lo mejor era que estuviera informada.

El jefe se fija entonces en la manguera lacia y la palpa con los dedos. Levanta la mirada de golpe.

—¡La has roto! —Y lo comprende todo—. ¡Eres una infiltrada! ¡Chicos! ¡A por ella! ¡Está boicoteando el control de plagas!

Bonnie se da la vuelta y echa a correr. El jefe se interpone entre ella y la salida, así que se interna en el jardín. Por suerte, lo conoce mejor que nadie y, aunque los controladores la persiguen como perros de caza, ella logra darles esquinazo entre las plantas. Llega hasta la sombra de un arce plateado y se detiene para escuchar sin que le moleste el ruido de sus propios pasos. Desde allí puede ver la ventana de su cocina.

Un movimiento. Un ala negra.

A Bonnie le da un vuelco el corazón. No puede ser que huyendo de los controladores los guíe hasta lo que buscan, eso es lo último que desea. La mariposa negra echa a volar y ella la sigue, preocupada. Camina hasta alejarse de las voces de los controladores y llega a un lugar del jardín en el que nunca había estado antes. Allí descubre un sendero de tierra blanca, muy estrecho, casi imposible de distinguir entre la hierba y las piedrecillas.

La mariposa se ha ido.

Se oye un estruendo. Bonnie da un salto y se agazapa detrás de una roca. No tiene ocasión de admirarse por sus propios reflejos: el miedo es demasiado grande. Se pregunta si los controladores están lo bastante locos como para derribar todos los árboles del jardín solo para atraparla.

Pasan los minutos sin que nadie la descubra. Cuando empieza a oscurecer, Bonnie está convencida de que sus perseguidores han desistido. Se muere de hambre y de sed, de modo que se pone en pie y camina hacia el edificio. Comprueba, en cuanto llega a una zona un poco más despejada, que el equipo de controladores de plagas se ha marchado. La verja está cerrada, así que tendrá que subir por la ventana de la cocina.

No le hace falta acercarse para saber que no podrá hacerlo. Se ha quedado encerrada en el jardín. Pero eso no es lo más terrible.

Han derruido el cobertizo.

Todos los niños nacen con una habilidad especial, un poco

mágica. La de [_____] era la metamorfosis. Podía transformarse en cualquier otro ser vivo, a su elección, con solo imaginarlo durante el suficiente rato. No es una habilidad que pase desapercibida con facilidad y sus padres tuvieron muchas dificultades a la hora de contenerlo. Aprendió a volar como un gorrión antes que a andar como un humano. Si lo castigaban, salía por la ventana de su habitación convertido en gato. Cuando lo regañaban, escogía la forma de una estrella de mar o un caracol para demostrar que no estaba escuchando. No fue un niño fácil de educar.

De todos modos, sus padres no tuvieron mucho tiempo para intentarlo, porque cuando [_____] tenía solo doce años, los dos murieron en un trágico accidente de globo aerostático durante un viaje turístico. Ni siquiera iban dentro del globo: la persona que pilotaba la aeronave soltó un saco de lastre para ganar altura con tan mala suerte que este fue a caer sobre el tándem en el que los padres de [_____] pedaleaban justo al borde de un escarpado precipicio. Y el tripulante del globo se dio a la fuga.

Para evitar que lo llevasen a un orfanato, [_____] huyó en cuanto se enteró de la noticia, dado que no tenía familiares cercanos que pudieran acogerlo excepto su tío Armando, un hombre que fumaba puros y hablaba con voz rasposa de sus gatos disecados, al que solo había visto una vez en su vida y había sido suficiente para saber con toda seguridad que no quería irse a vivir con él.

Tenía que ganarse la vida de algún modo y, a falta de otro plan mejor, se unió al Maravilloso Circo de las Bestias. El director del circo, el señor Nasigrosso, a quien todos llamaban *direttore*, estaba encantado con él. Le hacía protagonizar por lo menos diez números cada noche: [_____] se transformaba en distintos animales y pretendía ser un león muy bien amaestrado, una morsa que cantaba, una ardilla que resolvía problemas matemáticos… El público lo adoraba y la fama del circo creció. La cola de espectadores para cada función daba varias vueltas al recinto del circo y ninguna noche quedaban localidades libres.

La habilidad de [_____] tenía un límite. Nunca debía quedarse dormido mientras estaba transformado en un animal: de lo contrario, permanecería para siempre de esa forma. El *direttore* lo sabía, pero no tomaba ninguna precaución para evitarlo. Agotaba a [_____] en cada función y, para ponérselo aún más difícil, entre sus dos últimos números, en los que salía convertido en león, puso a los equilibristas. Así que [_____] tenía que esperar convertido en león entre número y número, después de toda una velada de trabajo y transformaciones. El riesgo de quedarse dormido era cada vez mayor, y a menudo se descubría dando pequeñas y peligrosas cabezadas.

Empezó a tener la sospecha de que el *direttore* quería que se quedase atrapado en forma de león, aunque no estaba seguro de para qué, dado que ganaba mucho dinero interpretando a la mayor parte de los animales del circo.

Decidido a averiguar qué pasaba, una madrugada se transformó en hurón y trepó por las cuerdas de la carpa principal hasta llegar a las redes de los trapecistas. Allí se acurrucó, muy quieto, para espiar. La función había terminado hacía horas y el personal de limpieza (un señor llamado Bob con una fregona y un elefante triste llamado Bobby, que echaba agua con la trompa) ya había terminado de fregar las butacas de plástico. La pista estaba a oscuras y en silencio, por lo que la entrada del *direttore,* que hablaba por su móvil a la vez que lo utilizaba para iluminar el camino, fue de lo más evidente. [_____] enderezó las orejillas, atento.

—*Sì, sì,* por supuesto. Le *dico* que lo tendré *presto*. Esta semana o la *prossima*.

El *direttore* parecía un poco agobiado, como si estuviera esforzándose en convencer de algo a la persona con la que hablaba. Cerró la puerta y bajó las escaleras entre las gradas hacia la pista.

Al otro lado del teléfono, su interlocutor sonaba impaciente.

—Un *leone* tan inteligente *non è facile da vendere* —respondió el *direttore*, conciliador—, tengo que convencerle de que le conviene formar parte del Gran Circo de Colores.

[_____] se estremeció. El Gran Circo de Colores era aún peor que el Maravilloso Circo de las Bestias. En ningún circo tratan del todo bien a los animales, pero era un secreto a voces que en el Gran Circo de Colores se los maltrataba. No solo no los dejaban descansar nunca ni les daban bien de comer, además el director del circo era un hombre muy violento.

—Entonces, ¿podemos volver a *parlare* del precio? —preguntó el *direttore*, y los ojos le relucieron a la luz de la pantalla—. Ah, sí, sí. *Molto bene*. No se va a arrepentir de esto, se lo aseguro. Ganará *molto* con este león. Podrá hacerle trabajar todo lo que desee. Y si se queja... *Scusami*? Sí, responde *molto bene* al látigo...

El muy canalla lo estaba vendiendo, condenándolo a pasar el resto de su vida como un león de circo, y ni siquiera le había dicho nada al respecto. [_____] sintió cómo se le erizaba el pelo de la rabia. Se contuvo, pese a todo, porque lo más sensato era permanecer escondido hasta que el *direttore* abandonase la pista, para que no supiera que [_____] lo había estado espiando. Ya pensaría qué hacer después.

Lo malo es que el *direttore,* después de colgar, se quedó allí un buen rato. Leía algo en el móvil. Pasaron los minutos y las horas. Solo se marchó cuando se le quedó sin batería el aparato. Para entonces ya

hacía un buen rato que [_____] se había quedado dormido en la cómoda red de seguridad…

Cuando se despertó, descubrió que ya no podía volver a transformarse en niño. Era un hurón. Ni siquiera un hurón parlante, no. Un hurón normal y corriente.

Se escapó del circo, porque no se podía fiar del *direttore*. Tal vez, enfurecido al ver que se había quedado atrapado en la forma de un hurón, lo ahogase en un barril de agua. O tal vez, dado que era un animal muy poco valioso, decidiera dárselo de comer a las serpientes circenses. O quizá ni siquiera lo reconociese y creyera que se trataba de un hurón de verdad.

Llegó a la selva, donde malvivió durante unos días. Como no tenía mucha experiencia siendo un hurón, estuvo en siete ocasiones a punto de ser comido por una anaconda, pero logró esquivarla gracias a la suerte del principiante. Esta solo funciona siete veces, así que la octava que se encontró entre las fauces de la serpiente habría sido devorado sin duda de no ser porque alguien intervino para salvarle la vida. Se trataba de uno de los exploradores del Pueblo Justo, que lo llevó inmediatamente ante la jefa de aquel día, Luna Llena.

Allí, [_____] pidió ayuda. Estaba desesperado. No sabía qué hacer como hurón. Ni siquiera era un animal que le gustase mucho. Quería ser un niño, nada más.

Como no era un hurón parlante, no dijo todo esto hablando, sino mediante una compleja combinación de chillidos y lenguaje no verbal. La jefa llamó a un intérprete que había tenido hurones en casa hacía unos años y que estaba familiarizado con su idioma para que lo tradujese todo, y [_____] tuvo que repetirlo.

—No puedes ser un niño —respondió Luna Llena—. Eres un hurón. No hay nada que podamos hacer para cambiar eso, así que más te vale acostumbrarte.

—Pues vaya ayuda tan… —empezó a decir [_____], pero Luna Llena le interrumpió.

—Sí podemos hacer que sea más fácil para ti. Nos quedaremos con tus recuerdos como humano. Así no tendrás nada que echar de menos.

Convencido de que aquello aliviaría su angustia, [_____] aceptó. Lo que no sabía es que el Pueblo Justo engaña siempre que puede. No solo le quitaron su memoria, sino también su nombre. Y hubo dos recuerdos que se quedaron con él. Uno, el de alguien cantándole una nana. Nadie pudo arrebatarle ese recuerdo. Otro, el de haber sido humano antes. Ese se lo dejaron por las risas. Los niños del Pueblo Justo son así.

Después de esto, [_____] tuvo que buscarse la vida como hurón. Y no fue hasta mucho tiempo más tarde cuando, rebautizado como Oot, recuperó el recuerdo de la nana, cruzó el espejo, lo cambió

por el resto de recuerdos y entendió que debía regresar al campamento del Pueblo Justo, porque le quedaba algo que recuperar y estaba allí escondido.

El plan de Amalia no contemplaba encontrarse a sus nietos en la calle. Es uno de esos planes que no funcionan con niños. Así que guía al pequeño grupo hasta un bar viejo, que sigue abierto porque están retransmitiendo un partido de fútbol, y aparta a golpe de bolso a los espectadores hasta llegar a una de las mesas del fondo.

—Joven —le dice al chico que está allí sentado—. ¿No le importará que me siente? Soy *tan* mayor, me duelen las rodillas y las piernas y los brazos.

—No, claro, señora —dice él, incómodo.

Amalia se sienta junto a él, pese a que hay sitios libres en los otros tres lados de la mesa.

—Gracias, cielo. Es que hace unos meses me caí del sofá, fíjate tú qué tontería, y me disloqué la muñeca. Desde entonces tengo además un dolor en la cadera que no me deja hacer nada. Es que cuando se es mayor le pasan cosas a una todo el tiempo, es accidente tras accidente. Y con la artritis ni te cuento. Esto de vivir muchos años afecta en las articulaciones. Algunas mañanas no puedo mover ni los dedos, ¡con lo que yo cosía antes! A mi hija le hice el vestido de boda. Una preciosidad. Te voy a enseñar una foto… Ay, que no encuentro el móvil… No pasa nada, te lo describo, ¡si me acuerdo de él como si fuera ayer! ¡Qué vestido…!

El chico murmura una excusa y huye. Amalia sonríe y hace gestos a los niños para que se sienten. Moira tarda en reaccionar porque está fascinada: la táctica I funciona también cuando la utilizan personas mayores. Toma nota.

—Vosotros os vais a quedar aquí —anuncia la abuela Amalia—. Os pedís algo que yo dejaré pagado, ¿eh? Y esperáis quietecitos a que vuelva a por vosotros. Además, esta niña se está quedando dormida. Moira, no apoyes la cabeza en la mesa.

Dicho esto, los deja allí instalados, paga por su consumición y sale a la calle. Es muy tarde, pero en el Segundo Lado el metro está abierto toda la noche. Hay una boca delante de la cafetería y Amalia baja las escaleras con brío. No levanta la vista hacia la ventana por la que la observa Konstantin.

Los tornos la dejan pasar. Amalia baja en las escaleras mecánicas con la sensación de estar teniendo un *déjà vu.* Algo ha sucedido, algo le ha traído a la mente una memoria antigua, de cuando era una niña. Algo que ha olvidado porque todos los adultos olvidan. Ladea la cabeza y entorna los ojos, intenta atrapar ese recuerdo que ha sido visible por un momento y se escurre ahora bajo la superficie, como un

pececillo que hubiese dado un salto en el estanque. Ha tenido que ver con los tornos. Los tornos la han dejado pasar. Ha *entrado* en un sitio en el que quería *entrar*. Sin pagar. No. No es eso. Esa es una apreciación adulta.

El pececillo se ha escapado.

Llega al andén, el único que hay. El tren está entrando, se detiene, las puertas se abren. Amalia es la única pasajera. Entra y se sienta. El tren vuelve a meterse en el túnel, igual que el pez en el estanque, para perderse de vista. Las puertas se han cerrado solas. Las puertas. Es algo que tiene que ver con puertas, puertas que se cierran, *no*, puertas que se *abren*, puertas que son la entrada a algún sitio, *no*, puertas que son *para Amalia* la entrada a algún sitio, pero para nadie más.

Puertas.

El tren va muy deprisa. Por una ventanilla entreabierta se cuela el aire polvoriento del túnel. Amalia deja su bolso, que sigue abierto, sobre el asiento de al lado.

—Vamos, salid.

—No queremos —responde una vocecilla enfurruñada desde dentro.

—No tengáis miedo. Hemos dejado a los niños atrás —dice Amalia.

—Nos vas a decir… Nos vas a reprochar… —lloriquean los muñecos.

—Vamos, vamos. Quién soy yo para deciros nada. Vosotros sois sus padres, no yo. Vosotros sabéis qué es lo mejor.

Narcys-de-juguete asoma la cabeza para comprobar que lo que dice Amalia es cierto. No ve a sus hijos ni a ningún otro niño, así que vuelve a meterse en el bolso e intercambia algunos susurros con África-de-juguete. Debe de convencerla de que no hay peligro porque, al cabo de unos segundos, emergen los dos.

—¿A dónde vamos? —pregunta África-de-juguete.

—A pasárnoslo bien —responde Amalia—. Habéis pasado unos meses muy duros. Tenéis que descansar. Todo el mundo merece un respiro de vez en cuando, ¿no?

—No queremos descansar. Eso significa que tendremos que volver —dice África-de-juguete, desconfiada—. Y nosotros no queremos pasar por esto otra vez.

—Entonces no tendréis que hacerlo —asegura Amalia—. Yo también estoy harta de todo este asunto. No aguanto más.

—¿Tú vienes con nosotros?

—Sí. Nos vamos los tres a un sitio al que no pueden llegar las preocupaciones. Será como volver a ser jóvenes. Lo único que tendremos que hacer será divertirnos, aprovechar el tiempo. Al fin y al cabo, no pasarlo bien es desperdiciar la vida… Eso es lo más

importante que he aprendido como adulta: que hay que procurar dejar de serlo cuanto antes.

Ellos sonríen con sus caras de muñeco. Están más tranquilos, porque lo que dice Amalia tiene sentido para ellos. Salen del bolso del todo y se sientan los dos en uno de los asientos de plástico del metro.

—¿Y Moira? ¿Y Konstantin? —pregunta Narcys-de-juguete.

—No me los recuerdes —corta Amalia, tajantemente.

Los tres ahogan deprisa la punzada de culpabilidad. El ansia por la despreocupación, por respirar sin angustia, es demasiado poderosa. El tren se detiene en una nueva estación, luminosa y amplia, decorada en tonos turquesa y rosa pastel. La megafonía anuncia: «Última estación».

Amalia sonríe mientras se pone en pie y recupera su bolso.

—Se equivoca —declara—. No es la última. Es la primera.

Baja del tren. África-de-juguete y Narcys-de-juguete giran las cabezas sobre sus cuellos de plástico, se miran, y luego bajan del asiento dando un salto. Corren detrás de Amalia por el andén, hacia la salida. El tren se queda ahí, inmóvil, con las puertas abiertas. No tiene a donde ir, su único cometido era llevarles hasta allí.

El jardín es mucho más grande en el Segundo Lado. Bonnie dedica la noche entera a explorarlo; no encuentra la verja trasera, pero sí un antiguo pozo que no recordaba que existiese, dos gatos grandes y una cueva. En el interior de esta yace una gran rama vieja que debió de pertenecer a alguno de los árboles del jardín. Con una piedra afilada, esboza un calendario de muescas que le permitirá saber cuánto tiempo lleva allí, aislada. Hace un círculo alrededor del primer día.

Después sale de nuevo al exterior. Los gatos se han marchado. Puede que estén cazando. Es beneficioso tenerlos como vecinos, porque protegerán sus víveres de las ratas. Eso le recuerda que no tiene nada que comer, así que vuelve a donde estaba el cobertizo para ver qué hay entre los escombros. Halla varias cosas útiles: herramientas y un poco de arroz integral orgánico de grano largo en un paquete (debe de habérsele caído por la ventana a algún vecino, tal vez a ella misma).

Escoge un área de tierra cerca de la cueva; remueve el terreno con la pala que ha encontrado y arranca malas hierbas hasta que considera que ya puede plantar. Abre la tapa del pozo y saca agua hasta que su terreno de plantación queda inundado.

Cuando termina de plantar el arroz, recoge todas sus herramientas con cuidado y observa su obra con orgullo. Ahora solo tiene que esperar unos cuatro meses antes de la recolecta. No sabe qué comerá hasta entonces. Quizá los gatos le traigan alguna de sus presas, pero la idea no le parece muy apetecible.

Se sienta junto al pozo y reflexiona. Necesita un plan. Tal vez

pueda provocar que el equipo de control de plagas regrese y aprovechar cuando la puerta esté abierta para huir.

Se le ocurre una idea.

Vuelve con un martillo y clavos a donde estaba el cobertizo. Quedan numerosos trozos de madera; rotos, sí, pero aún utilizables. Quizá no pueda construir con ellos un cobertizo igual de grande que el viejo, pero eso no es lo importante. Tiene que ser alto, lo bastante como para alcanzar la ventana de la cocina. Lo demás da igual.

Se pone a ello y trabaja durante varias horas. Clava unas tablas a otras, despeja la zona, decide dónde va a ir el nuevo cobertizo. Tiene que regresar a la cueva para buscar la pala. Con ella, cava cuatro zanjas para clavar en el suelo la estructura del nuevo edificio. Tiene que economizar en clavos, porque cada vez quedan menos; cuando se gastan, recurre a una bolsa de bridas de plástico para unir los tablones.

No sabe cuánto tiempo ha pasado, la noche es infinita. Está sudando, tiene las manos doloridas, llenas de astillas, y se ha llevado más de un martillazo en los dedos. Trabajar en la penumbra no es fácil. Pero lo ha hecho. Está ahí. El nuevo cobertizo, un poco torcido, a punto de derrumbarse, pero orgulloso y triunfante.

Oye un sonido a sus espaldas. Valora rápidamente que no le da tiempo a trepar hasta la ventana y se esconde detrás de los arbustos. Es el equipo de control de plagas; sus integrantes vienen protestando por tener que venir a estas horas y haberse visto obligados a salir de sus cómodas camas. Molestos e impacientes, derriban el nuevo cobertizo bajo las órdenes del jefe. Es descorazonador apreciar la facilidad con la que lo hacen.

La puerta de la verja se ha quedado abierta. Bonnie podría salir corriendo y cruzarla antes de que la detuvieran, está segura. Sin embargo, ahora que puede hacerlo, se da cuenta de que no quiere salir del jardín. No es eso lo que tiene que hacer. No: su misión es mantener el cobertizo allí.

Espera a que ellos terminen y vuelvan a marcharse arrastrando los pies y bostezando. Cuando está segura de que no queda nadie, sale de su escondite y se acerca a la zona del cobertizo. Hay que volver a armarlo, pero no sabe cómo, porque el equipo de control de plagas se ha llevado todos los materiales.

Vuelve a limpiar la zona de escombros, aunque son muy pocos. No hay tablas ni clavos. ¿Cómo va a hacer para volver a montar el cobertizo, sin cimientos, sin vigas, sin armazón, sin travesaños? Apoya los codos en las rodillas y la barbilla en las manos e intenta no sentirse demasiado abatida. Entonces se da cuenta de que está enfocando el asunto de forma incorrecta. Está intentando construir un cobertizo como lo harían Konstantin y ella: siguiendo un sistema, unas normas,

un plan. Pero hay ocasiones en las que no hay plan que valga y es necesario tirar de creatividad y capacidad de improvisación. No tiene que construir un cobertizo como lo harían Bonnie y Konstantin. Lo tiene que construir como lo haría Moira.

Bonnie intenta hacer memoria. Cuando ella tenía siete años (porque aunque a algunos niños les parezca increíble, la mayor parte de los adultos de cuarenta y dos años han tenido siete alguna vez), solía levantar todo tipo de fortificaciones con telas, respaldos de silla, palos de fregona y cojines de sofá. No ve por qué no va a poder hacerlo así ahora.

Registra el jardín y encuentra numerosas ramas largas y secas que, apoyadas unas sobre otras, forman una estructura sólida. Con hojas y tallos, poco a poco, crea las paredes. Hace incluso ventanas. Y con un mantel de hule amarillo, que ha volado de uno de los tendederos de la azotea, consigue un techo.

Alguien abre la verja y Bonnie corre a esconderse. Esta vez, el jefe del equipo de control de plagas está furioso. Él mismo da una patada al cobertizo, con tan mala suerte que golpea una de las ramas más gruesas y ni siquiera logra que el edificio se tambalee. Bonnie contiene la risa mientras les observa destruir su construcción.

Un movimiento cerca llama su atención. Uno de los controladores está ahí agazapado, escondido igual que ella. La descubre y la mira con sorpresa y algo de disculpa en los ojos. Bonnie lanza una ojeada en dirección al cobertizo y, cuando le parece que nadie está mirando, se mueve deprisa hasta el matorral del otro.

—Hola —saluda—. Soy Bonnie. ¿Qué haces?

—Me escondo —dice él—. Un placer, Bonnie. Me acuerdo de ti, eres la nueva. Yo soy Domingo.

—¿Por qué te escondes?

—No me apetece seguir trabajando. Estamos todos muy cansados, la verdad. Es de noche.

Es cierto eso. Bonnie asiente.

—¿Tú crees que volveréis muchas más veces?

—No sé. Yo no. Voy a desertar, no aguanto más.

—Voy a ayudarte a huir. Deja que arme un poco de jaleo y en cuanto oigas gritos, vete corriendo.

Él la mira, admirado.

—¿Y tú no quieres escapar?

—No —responde ella, terminante.

Se aleja de él y gatea hasta donde están las llaves del agua. El jefe la ve y da la voz de alarma, pero solo cuando ella ya está de pie con la manguera en la mano.

—Yo también estoy encantada de veros —dice Bonnie. Y enciende la manguera.

Los controladores corren despavoridos, porque el agua está muy fría y por la noche corre una brisita que no apetece nada mojado. Bonnie se defiende con la manguera a presión hasta que ve que Domingo ha logrado atravesar la verja. Entonces suelta su arma, cierra el grifo y sale corriendo.

Llega hasta la cueva y se refugia allí hasta que no oye ninguna voz en el jardín. Solo entonces regresa al cobertizo, que ya no existe. No queda nada en ese lugar, ni siquiera escombros. Esta vez, no se desanima lo más mínimo. Se pone manos a la obra de inmediato y construye otro cobertizo con un rollo de alambre que encuentra en el alféizar de la ventana de un bajo. Cuando este es destruido, construye otro, esta vez solo con hojas y piedras. Y después, otro. Y otro. Y otro.

Uno incluso está dibujado directamente en la fachada del edificio con tiza y un rotulador permanente. Los del equipo de control de plagas tardan horas en borrarlo.

Se van, pero tienen que volver una vez y otra y otra y otra.

Bonnie podría seguir así para siempre, pero ellos no. El jefe de los controladores lo sabe y, por eso, llega un momento en la noche en el que suspira. Mira el enésimo cobertizo de ramas y sacude la cabeza. Abre los brazos en gesto de rendición.

—¡Está bien! —grita—. ¡Está bien! Tú ganas. Has ganado. Nos vamos. Eres la única plaga que no hemos podido exterminar.

Bonnie sonríe. Ellos se marchan y dejan la puerta abierta. No saben que ella no lo necesita. Su cobertizo es lo bastante sólido: es perfecto, porque lo ha construido para su amigo.

Trepa hasta la ventana de la cocina. Coge del cajón un buen candado. Baja al jardín y cierra la puerta. Ahora ella tiene la llave.

Da igual que Konstantin ya no pueda saltar por la ventana. Él y Bonnie podrán acceder a su refugio privado siempre que quieran. Ella lo ha ganado por los dos.

Las personas que ven el partido se emocionan de vez en cuando, gritan y saltan encima de las mesas. Lanzan palos y piedras a la televisión, berrean, se golpean el pecho. Konstantin las observa con el ceño fruncido y se acaricia los labios con el dedo índice. Intenta entender qué es lo que pasa, por qué se entusiasman, pero es incapaz. En la pantalla solo hay gente corriendo de un lado a otro, jugando con una pelota.

De vez en cuando, Moira se pone en pie en la silla y, por indicación de Konstantin, Moisés tiene que tirar de su camiseta hacia abajo para hacer que se vuelva a sentar. Es la única forma de evitar que se una al jolgorio.

La puerta se abre apenas unos centímetros y se vuelve a cerrar. No parece que haya entrado nadie, pero sí. Una criatura trepa a una de

las sillas y de ahí a la mesa para colapsar junto a los vasos. A Moira se le ilumina la cara y olvida inmediatamente a los futboleros. Agarra a Oot, lo espachurra, le acaricia la cabeza con énfasis y lo llena de besos. Oot se resiste y lucha con sus patitas.

—Vale, vale, Lenny —gruñe.

Moira lo vuelve a dejar sobre la mesa.

—Haberlo pensado antes de ser tan adorable —sentencia.

—Hay que ver la de vueltas que habéis dado —refunfuña Oot—. He tardado muchísimo en seguiros la pista. Podríais haberos quedado quietos, pero no. A la feria, luego a mandar unas postales, me imagino… ¿Qué estáis, de vacaciones? ¿Lo disfrutáis? Me alegro por vosotros. Yo estoy muy cansado, debería haber dormido muchas más horas y me empieza a pesar. Los hurones no estamos hechos para jornadas largas e ininterrumpidas. Muchacho, pídeme un Tang.

—No van a tener —adelanta Konstantin—. Y cuida tu tono, hazme el favor. Nosotros también hemos tenido un día largo.

—Tendrá que ser agua con gas, entonces. Moira, bonita, ángel de bondad, ve a pedírmela.

—Lo haré con el poder de la telepatía —declara Moira, alegremente.

—Eso puede tardar mucho, mejor ve a la barra y me lo traes —pide Oot.

Moisés está contemplando al hurón con mucha curiosidad. Konstantin se da cuenta y sacude la cabeza.

—Este es Oot, es la mascota de mi hermana, pero también es un humano atrapado en el cuerpo de un hurón. Oot, él es Moisés. Es… —Konstantin duda un instante— un amigo mío. Nuestro.

Moisés sonríe.

La puerta de la cafetería vuelve a abrirse, esta vez de golpe y de par en par. Una mujer entra despacio, remarcando cada uno de sus pasos. Los tacones de sus botas rojas resuenan sobre el suelo de baldosa y llaman la atención de todo el mundo, incluso de los que están viendo el partido. Ella se detiene allí, en medio de la habitación, la barre con una mirada desdeñosa y suspira.

—Señora, aquí no se puede fumar —dice un camarero desde detrás de la barra—, acorde a la Ley 42/2010, del 30 de diciembre de 2010, de medidas sanitarias frente al tabaquismo y reguladora del consumo de tabaco.

Ella le mira con una expresión a medio camino entre el aburrimiento y la lástima.

—Vas a morir —le advierte—. ¿Qué más te da que fume?

—Me da igual que fume, pero no puede hacerlo en un local abierto al público, no desde el 2 de enero de 2011, momento en el cual entró en vigor esta ley.

Todo Va A Salir Mal da una larga calada a su cigarrillo y después lo arroja en dirección al camarero. La colilla le da en la frente como una bala y lo derriba.

—Te lo dije —canturrea ella.

Al fondo del bar, los niños y el hurón se han puesto en movimiento. Moira está escondida debajo de la mesa y huye gateando por el suelo. Konstantin se ha puesto en pie y se escurre pegado a la pared, con Moisés muy cerca, dispuestos a escapar los dos o a morir juntos en el intento. Oot calibra sus opciones y decide que ir con Moira es lo más seguro, así que la acompaña.

—Tenemos que hacer tiempo para que mi hermana salga del bar —dice Konstantin en un susurro.

—Vale —responde Moisés.

Todo Va A Salir Mal los ha visto. Suelta una carcajada y abre los brazos, como si aquello fuese una sorpresa para ella.

—¡Konstantin Milosevic! Mi chico en situación de dependencia favorito.

—¿No son técnicamente todos los menores de edad dependientes? —pregunta Moisés, con objetividad.

—Konstantin lo sería también de mayor —responde Todo Va A Salir Mal, que tiene un hueso y no va a renunciar a él—, si no fuera porque, por suerte, morirá pronto.

Los dientes de Konstantin están tan apretados que chirrían. Por lo demás, no muestra ninguna emoción. Está quieto, serio, con las manos apoyadas en el respaldo de una silla que, si tuviera fuerza, le tiraría a Todo Va A Salir Mal.

Ella lo sabe y se ríe. Coge otra silla con una sola mano y, sin mirar siquiera, la lanza hacia los futboleros. El efecto es como el de una granada. La silla los derriba a todos y pronto en el bar hay silencio, excepto por la voz del comentarista del partido. Los cuerpos de los futboleros quedan tendidos, inertes, bajo las mesas volcadas.

—Es un buen momento para hablar a solas sobre vuestro futuro —dice Todo Va A Salir Mal.

Konstantin se arroja al suelo a tiempo para evitar las sillas y mesas que vuelven a volar, ahora hacia ellos. Moisés las logra evitar también y tira de los hombros de Konstantin para alejarlo de la trayectoria de los muebles. Todo Va A Salir Mal abre los brazos para crear un ciclón que levanta todo lo que hay en el suelo de la cafetería, también los cuerpos de los futboleros. Uno de ellos choca contra Konstantin, que reprime una arcada súbita. El contacto con la piel aún tibia le horroriza.

Lanza un gemido de dolor cuando Moisés lo arrastra hacia la pared. Se refugian allí. En la esquina contraria, cerca de la barra, hay una puerta que lleva a los aseos. Moisés la mira con anhelo, pero

Konstantin niega con la cabeza: encerrarse allí no les servirá de nada. Además, siente una inmensa aversión por los baños de los bares.

Reptan hasta ocultarse tras el mantel de papel de una de las mesas, que ha quedado colgando del radiador. El viento amaina y Todo Va A Salir Mal saca otro cigarrillo.

—¿Dónde estáis? ¿No queréis jugar?

Entonces un cuchillo surca el aire desde detrás de la barra y traspasa el pecho del Miedo. Hay que decir que aunque la puntería es de Moira, la idea ha sido de Oot. Entre los recuerdos que ha recuperado se encuentra el de los compañeros con los que trabajó en el circo, y uno de ellos era especialista en esto.

—¿Qué tal? —pregunta Moira.

—Te ha salido muy bien —juzga el hurón—, al ser un ataque. Si fuese un número de circo, es recomendable que el cuchillo no se clave en la otra persona.

—Comprendo —asiente ella.

—Depende un poco del enfoque que le quieras dar —concede él.

Todo Va A Salir Mal aúlla. El cuchillo ha pasado limpiamente a través de ella, pero aun así, a nadie le gusta que le lancen objetos afilados. De todos modos, Moira le tira uno a uno todos los que hay detrás de la barra y, cuando se acaban, lanza también una coctelera de metal, por si acaso.

El Miedo, enfurecido, carga contra la barra. Moira ya no está allí y Oot tampoco. Los dos son más rápidos y demasiado pequeños como para que sea fácil localizarlos entre un montón de muebles amontonados.

Moisés y Konstantin aprovechan la distracción de Todo Va A Salir Mal y corren hasta la puerta.

—¡Moira!

La niña cruza el local esprintando, segura de que los reflejos del Miedo no serán lo bastante ágiles como para capturarla. Oot, como una flecha, pasa entre sus pies y es el primero en salir a la calle.

—Nos va a perseguir —dice Moira.

—La abuela bajó al metro —indica Konstantin.

Todos bajan las escaleras a saltos menos él, que va con cuidado. No quiere tropezarse y bajar rodando: si el Miedo lo atrapa, quiere que lo encuentre de pie. Una vez en la estación, cruzan los tornos (Moira por encima de la barra, Oot por debajo, Moisés abriéndola con su magia, Konstantin como si fuera el dueño del metro) y se dirigen a las escaleras mecánicas. A Oot le dan miedo, así que baja a saltos por las normales. Moira se desliza por la barandilla y es la primera en llegar al andén. Moisés se queda atrás, con Konstantin. Todo Va A Salir Mal aparece en la parte de arriba antes de que lleguen abajo y, con un movimiento de la mano, detiene las escaleras y hace que

empiecen a subir en lugar de bajar.

—¡Corre, Konstantin!

Los dos se precipitan hacia abajo. Moisés rodea la cintura de Konstantin con el brazo y le aporta estabilidad; así son capaces de correr hasta el andén, pese a todo.

—Faltan cuatro minutos para que llegue el tren —anuncia Oot.

—Es demasiado —anuncia Moira.

Todo el mundo sabe que, en casi cualquier situación, cuatro minutos es muy poco tiempo, pero en un andén de metro es una eternidad. Todo Va A Salir Mal llega con calma y llena el túnel de un insoportable olor a tabaco.

—Las malas noticias no se pueden esquivar —saluda.

Da un pisotón en el suelo y este tiembla. La vibración es tan grande que los niños pierden el equilibrio. Moisés y Moira caen al suelo, pero se protegen el rostro con las manos. Los brazos de Konstantin, en cambio, son inútiles para esto. Rueda y, para su espanto y el regocijo de Todo Va A Salir Mal, cae a las vías.

El golpe contra el metal es tan fuerte que tarda en entender lo que está sucediendo. No ve nada alrededor, solo tierra negra y el brillo de los raíles. Levanta la mirada. Luces fluorescentes. Los rostros aterrados de Moisés y Moira.

—Dos minutos para que llegue el tren —dice Todo Va A Salir Mal.

Se acerca a las vías, no piensa permitir que nadie ayude a Konstantin a salir. Por suerte, Moira reacciona y lanza algo que lleva en el bolsillo. Es pequeño y redondeado, pero duro: la piedra blanca que le entregaron la Cazadora y el Hechicero. Colisiona contra la cara de Todo Va A Salir Mal, sin atravesarla, y el Miedo rueda por el andén.

—¡Konstantin! ¡Dame la mano! —grita Moisés.

Él se pone en pie con dificultad, lo intenta, pero no puede levantar tanto el brazo. Contiene un sollozo de frustración.

—No puedo —admite.

Moira da un salto y aterriza a su lado. Konstantin la mira, sin comprender. Ella asiente, tiene una expresión decidida, de quien sabe que está tomando la única decisión correcta.

—Vamos, Moisés —dice sin alzar la voz—. Oot.

El Guardián de las Llaves comprende. Sin dudar, salta también. Oot lo considera durante un segundo, pero la alternativa es quedarse a solas con Todo Va A Salir Mal, que ya está recuperándose y se pone en pie. La acaba de conocer, pero sabe que no es buena compañía. Salta, trepa por la ropa de Konstantin y se acurruca en su capucha.

—Ya sé que pensabais que no iba a venir —gruñe, antes de esconder la cabeza.

—No podemos quedarnos aquí —dice Moira—. ¡Venga!

Toma la mano de su hermano y camina por el túnel. Los tres avanzan deprisa, pero sin correr. Las luces del andén quedan atrás, un punto de claridad que se hace cada vez más pequeño. Moira se agarra a Moisés con la otra mano.

Oyen un rugido a sus espaldas. El tren que se acerca, monstruoso. Están entre los raíles, no hay donde esconderse. Sin embargo, no se detienen. No se pueden detener.

—Una puerta —dice Moisés.

Está a un lado, en la pared del túnel, y se llega a ella por unas escalerillas diminutas. También la puerta es bajita. Se acercan y comprueban que solo llega hasta el pecho de Moisés. Pero es una puerta, y no hay una que él no pueda abrir.

Cualquier sitio es mejor que las vías delante de un tren en marcha, así que los tres atraviesan aquella entrada. A su espalda, el bramido de la mole de metal que pasa a toda velocidad. Cuando Moisés cierra, dejan de oírlo.

Se encuentran en una habitación pequeña, decorada como un comedor. Mesas de plástico blancas, sillas de plástico de colores. Son demasiado bajitas para Konstantin y Moisés. Junto a la pared hay una cocina, pero no de verdad, sino de juguete. Es toda de madera y tiene comida de felpa en platos de plástico.

Hay otra puerta, de un tamaño acorde. Está abierta. Al otro lado, una estancia cuadrada, de suelo, paredes y techo de plástico rojo. Un túnel sale de ella. Moira puede ir de pie, pero los chicos deben caminar agachados; para Konstantin es doloroso, pero lo soporta sin decir nada. Está muy alerta, preocupado por lo extraño del lugar.

El túnel desciende abruptamente.

—Es un tobogán —dice Moira.

Tiene razón.

—Vamos a bajar —propone Moisés—. Nunca he oído hablar de un tobogán que te lleve a un lugar peligroso.

—Yo voy primero, por si acaso —dice Konstantin.

Oot, que sigue en su capucha, no está de acuerdo, pero como nadie objeta, él también se queda callado. Detrás de ellos, Moira chilla de júbilo al deslizarse. El tobogán es largo y da muchas vueltas; acaba en una piscina de bolas en la que los cuatro se hunden. El impacto saca al hurón de su refugio. Él intenta emerger, pero es difícil: las pelotas de plástico liso ruedan bajo sus patas.

—¡Vamos a subir otra vez! —propone Moira, risueña. También Moisés se ríe. Entre los dos contagian a Konstantin.

—Estamos en uno de esos parques de juegos —dice, asombrado—. Creo que no venía a uno de ellos desde… desde antes de que tú nacieras, Moira.

Ella se encoge de hombros. No tiene muy claro que el mundo

existiese antes de que ella naciera, pero siempre les sigue la corriente a los demás cuando sale el tema.

—Recuérdame que le diga a la abuela que quiero celebrar mi cumpleaños aquí —dice, sin preocuparse demasiado—. ¿Lo exploramos?

Vadean la piscina entre risas, lanzándose bolas unos a otros. Konstantin, que no puede atacar, las recibe con resignación. Se alegra de que le incluyan en el juego. Habría sido terrible que Moisés y Moira se limitasen a tirarse bolas entre ellos.

Dos túneles salen del parque de bolas, uno estrecho y otro más amplio. Moira se mete en el primero como un gusano en una madriguera y gatea por él hacia lo desconocido. Konstantin y Moisés escogen el otro, por el que pueden ir de pie.

Mientras tanto, Oot se ha hundido en la piscina de bolas. No pide ayuda por orgullo y al final, como deja de ver la luz en la superficie, se resigna a sumergirse en el mundo de las bolas de colores primarios. Moverse hacia abajo es más fácil que ascender, y al cabo de un rato llega al fondo de la piscina. Tiene que caminar con la barriga pegada al suelo, pero avanza hasta que ve algo de claridad. Se dirige hacia allí y sale, por fin, a un espacio grande: una gran cúpula de bolas que alberga una pequeña ciudad.

Una niña de rizos morenos que ha estado sentada en el suelo, como si esperase su llegada, se pone de pie al verlo.

—Bienvenido —saluda—. Has llegado a la Piscina De Bolas, uno de los hogares del Pueblo Justo. Me llamo Manantial. Deja que te lleve ante nuestra jefa de hoy, Mañana Blanca, Oot, amigo de Flor de Planta Carnívora, La Niña Que Luchó Contra La Serpiente, Dueña de la Valentía Legendaria.

Oot asiente y sigue a la niña. El Pueblo Justo sigue inquietándolo, pero tiene que lidiar con él si quiere recuperar su nombre. Así que entra en la casita de plástico blanco que hay en el centro de la cúpula. Allí se encuentra reunido el Consejo entero, presidido por la jefa, Mañana Blanca. Se apoya en su báculo (que recuerda sospechosamente a un mango de escoba roto) y le mira.

—Sabemos a qué has venido —declara, con pose altiva—. Y no lo vas a conseguir. Fue el precio a pagar por nuestra ayuda.

—He recuperado mis recuerdos —dice Oot—, así que se ha revertido lo que hicisteis por mí. Es justo que me devolváis el pago que tomasteis sin mi consentimiento.

—No —replica ella—. Has recuperado tus recuerdos porque has querido. Tu nombre es nuestro ahora.

Oot se sienta en el suelo, erguido, y se frota las manitas. Evalúa a Mañana Blanca con la mirada, se atusa los bigotes.

—He venido a negociar.

—No tienes nada que nos interese.

Y él sonríe como lo hacen los hurones, con un movimiento rítmico de la nariz.

—Tengo un juego.

Sabe que los niños del Pueblo Justo jamás rechazan la posibilidad de jugar. Su propuesta capta la atención de todos los que conforman el Consejo y también, aunque intente disimularlo, de la jefa Mañana Blanca.

—¿Qué juego?

—El escondite inglés al revés.

Ellos comparten una mirada desconfiada, pero también curiosa.

—¿Qué es eso?

Eso es algo que Oot está inventándose sobre la marcha, nada más. Piensa en el escondite inglés y su mecánica. En el juego, alguien «la liga» y canta una canción de cara a la pared. Los demás jugadores, desde cierta distancia, avanzan hasta tocar la pared custodiada. Al acabar la canción, el que «la liga» se da la vuelta, y los demás jugadores tienen que permanecer quietos o regresar al principio. Gana quien llegue a la pared sin que el que «la liga» lo vea moverse. Esto a Oot no le sirve, porque necesita distraerlos a todos, y si tantos niños juegan, será imposible evitar que alguno llegue a la pared. En cambio, él es pequeño y ágil…

—En el escondite inglés al revés, «la ligaríais» todos menos yo —explica, con el mejor tono de convicción que sabe fingir—. Estáis de cara a la pared, cantáis, y os dais la vuelta. Solo puedo moverme cuando no estáis mirando. Si llego a la pared, gano y me tenéis que dar el nombre. Si me pilláis moviéndome, pierdo una vida y tengo que volver al principio.

—¿Cuántas vidas tienes?

—Siete, como los gatos.

—¡Sí, claro! —responde Mañana Blanca, irónica—. Tienes una sola vida.

—Cinco —dice Oot.

—Tres.

—Vale, tres.

—Y si las pierdes todas, serás la mascota del Pueblo Justo para siempre y nunca te dejaremos marchar.

—Bueno. ¿Jugáis o no?

Mañana Blanca hace una seña y los niños se colocan todos de cara a la pared donde se encuentra la puerta de entrada a la casita. La jefa se reúne con ellos, pero antes le indica al hurón que debe empezar desde el lado opuesto de la habitación.

El Pueblo Justo canta:

—¡Un, dos, tres, el escondite inglés, sin mover las manos ni los pies!

Oot corre todo lo que puede. Es rápido y ágil, el final de la canción lo pilla a solo un paso de la pared. Los niños ponen cara de disgusto. Disimulan muy mal su enfado. Se nota que no creían que fueran a perder tan deprisa y que se sienten estafados. Entonces una de las niñas más pequeñas da un empujón al hurón, lo desestabiliza y le hace caer.

—Te has movido —sentencia Mañana Blanca—. Vuelve al principio.

—Me ha empujado —protesta Oot—. No vale tocar.

—Eso no lo dijiste cuando explicaste el juego. Tienes que volver al principio. Te quedan dos vidas.

Oot obedece, con el pelo erizado de rabia.

—¡Un!

Vuelve a correr en silencio. Podría llegar a la pared otra vez, pero sospecha que incluso si lo consigue, los niños no le darán su nombre. El Pueblo Justo hace trampas. La única opción es engañarlos, ser más listo que ellos.

—¡Dos!

Oot mira alrededor. ¿Dónde escondería él un nombre robado? En la casita hay mochilas, saquitos de tela, fiambreras, impermeables, todo tirado en el suelo cerca de las paredes.

—¡Tres!

Se acerca corriendo a las mochilas, husmea en ellas. Tiene que darse prisa, los niños van muy rápido.

—¡Escondite inglés!

Ni siquiera sabe cómo es un nombre.

—¡Sin mover las manos…!

No hay nada allí. De un salto, avanza unos pasos. Que parezca que ha estado acercándose a ellos todo este tiempo.

—¡…ni los pies!

Oot está inmóvil, pero sus pensamientos se mueven a toda velocidad dentro de su cabeza. Los niños se acercan corriendo como una manada de hienas, lo rodean, chillan, gritan a su alrededor, le hacen muecas. Quieren que se ría o se asuste. Él sigue congelado como una estatua hasta que Mañana Blanca ordena a sus tropas que se retiren.

Vuelven a empezar.

—¡Un!

Tal vez el nombre esté escrito en alguna parte. Oot examina las paredes, el suelo, el techo. No, no hay nada. Al otro lado de la casita encuentra un arcón con la tapa abierta.

—¡Dos!

Se asoma. Ahí dentro solo hay juegos de mesa incompletos. Nada interesante.

—¡Tres!

«Piensa, Oot. Piensa. Piensa, piensapiensa».

—¡Escondite inglés!

«Busca, buscabusca. Antes de que se den la vuelta y te miren».

—¡Sin mover las manos…!

No hay nada más en la casita, nada más. Su nombre no está allí. Lo han perdido o escondido en otro sitio.

—¡…ni los pies!

Los niños se vuelven y Oot se queda quieto donde está. Se preguntan qué hace ahí, a un lado, por qué zigzaguea a través de la casita en lugar de correr en línea recta hasta la pared. Mientras ellos hablan, Oot deja que sus ojos recorran la habitación una vez más. Entonces lo ve.

Un cubo de plástico volcado al fondo, justo donde ha empezado el juego. ¿Por qué está allí en lugar de fuera, en algún sitio con arena? ¿Y por qué no hay cerca una pala ni un rastrillo?

¿Qué hace del revés? ¿Oculta algo?

Solo hay una forma rápida de regresar a la pared. Oot finge un estornudo que sacude todo su cuerpo. Los niños lo celebran con regocijo.

—¡Al principio otra vez! —exclaman—. ¡Te queda solo una vida!

La última vida. Oot está temblando de excitación. Está cerca, muy cerca, tiene el cubo ahí mismo, casi a su alcance.

—¡Un!

En cuanto los niños se dan la vuelta, él salta hasta el cubo. Lo levanta. Hay un flan de arena debajo.

—¡Dos!

Lo destruye con las patitas y el morro. Se le llena la nariz de tierra, pero no importa.

Ha encontrado algo.

—¡Tres!

Es una bolsa de ante. Pesa mucho. La abre.

Canicas.

—¡Escondite inglés!

No son canicas. Son nombres. ¡Centenares de nombres! A Oot se le encoge el corazón al pensar en todos los seres a los que el Pueblo Justo ha robado.

¿Cuál es el suyo?

—¡Sin mover las manos…!

Canicas verdes, azules, blancas, negras, irisadas, transparentes, con texturas, grandes, pequeñas, brillantes, que brillan en la oscuridad… Una de ellas le llama la atención. Una canica transparente

que tiene dentro una voluta de humo morado. Al tocarla, siente una sensación de familiaridad.

Es suya.

—¡…ni los pies!

Los niños se vuelven y chillan al verlo. Corren hacia él. Oot mira directamente a Mañana Blanca y pronuncia un nombre. Su nombre.

La jefa del Pueblo Justo se detiene y lo mira con horror. Así es como Oot sabe que ha acertado. Es ese.

Suelta la canica y echa a correr.

—¡Se está moviendo! —gritan algunos niños—. ¡No le quedan vidas, ha perdido! ¡Cogedlo, que no se escape!

—Eres nuestro —dice Mañana Blanca, muy seria—. No te puedes ir.

—Ese era Oot —dice el hurón—. Yo no me llamo así.

Cruza la casita de lado a lado, pasa entre las piernas de los niños y se salva por los pelos de que le agarren del rabo antes de atravesar la puerta.

Los túneles están conectados por cápsulas cuadradas con suelo de espuma. Después de avanzar por el entramado de cilindros durante un buen rato, Konstantin se detiene en una de ellas. Moisés se vuelve hacia él, interrogante.

Konstantin le devuelve una mirada inexpresiva. No importa. Moisés sabe que esa rigidez es el muro que levanta cuando no quiere que se le vea, cuando se siente vulnerable, cuando no sabe si confiar en la otra persona o no.

—Me lo puedes decir —asegura Moisés, con suavidad, sin levantar la voz.

—Vamos a descansar un momento —anuncia Konstantin.

—Está bien.

Se sientan en el suelo, uno frente al otro, con las espaldas apoyadas en las paredes abombadas de la cápsula. Konstantin respira profundamente.

Ninguno de los dos habla. En el fondo, Konstantin pensaba que Moisés iba a comentar o a preguntar algo, pero no lo hace. Se relaja y permanece allí, mirándolo sin disimulo. De modo que Konstantin tampoco disimula. Y le mira.

Se miran.

Los segundos pasan y se convierten en minutos. El rostro de Moisés está muy relajado, sus ojos tienen una calidez singular, su piel parece suave, sus labios… Konstantin es muy consciente de su propia respiración y de los latidos de su corazón. Ha leído en muchos libros que el corazón de los héroes retumba como un tambor, pero el suyo es lento y trascendente, como los acordes de un acompañamiento de

piano en una balada. Se pregunta cómo sentirá Moisés el suyo. Si se sentirían los latidos cerca de su cuello, si apoyase la cabeza en su hombro y escondiera la cara contra su piel.

Claro que no va a hacer eso. Nunca haría eso, porque no lo conoce tanto y porque Konstantin nunca hace esas cosas, *nunca*.

No entiende ese deseo que siente de estar cerca de Moisés. No es atracción sexual, no es eso. Es algo más parecido al *amor*, aunque Konstantin no es muy de romanticismos. Lo único que quiere es su afecto. Estar cerca y tocarlo. Apoyarse en él.

Dormir.

Se siente vulnerable cerca de él, pero esto, excepcionalmente, no le resulta incómodo. Quizá sea porque también le transmite calma; es una oportunidad para bajar sus defensas. Está cautivado por su sosiego, por la amistad que regala con tanta facilidad, por su forma sencilla de ser amable.

Y también…

Konstantin frunce el ceño.

—Me siento como si te hubiese estado esperando muchos meses —dice en voz alta—, aunque es una tontería, porque no te conocía de nada.

Si Moisés se extraña, no lo demuestra. Sonríe un poco. Toma aire, pensativo. Ladea la cabeza al soltarlo.

—Quizá no haga falta conocer a alguien para esperarle. —Sonríe más, pero parece melancólico—. ¿Querías que viniera?

—No —responde Konstantin—. Ni tampoco que no vinieras. Solo esperaba a que llegases, nada más. Como si fuera inevitable.

—Tal vez lo fuera.

—Tal vez.

—Pues aquí estoy.

—Me alegro.

A Konstantin le cuesta decirlo. No porque sea mentira, sino porque es demasiado verdad. Moisés mueve el pie y apoya su rodilla doblada contra la de Konstantin. Los dos quedan con las piernas encogidas, un poco enredados.

No hace falta hablar más.

África-de-juguete se ríe a carcajadas y flirtea con su marido. Está un poco borracha, tanto por la felicidad como por el alcohol. El *pub* en el que están es oscuro, con luces de neón y una ancha barra de madera. Es sofisticado y *sexy*, y a África le encanta. Se recuesta y canta: «*Got a hole in my heart pretty baby, got a hole in my heart can't you see?*». Narcys-de-juguete le pone una mano en la rodilla y sonríe desde detrás de su copa de cóctel.

Amalia espera hasta que solo quedan unos dedos de líquido y hace

una seña al camarero para que les sirva otra ronda. Está siendo una noche muy larga, pero lo han pasado bien. Nada más salir de la estación de metro, entraron en un bar para tomar unas cañas. Amalia utilizó su *smartphone* para alquilar un apartamento estupendo, elegante y acogedor, y les dejó sumergidos en la bañera de hidromasaje mientras ella daba un paseo. Querían estar solos, es comprensible. Los recogió al cabo de unas horas y los llevó a una cata de quesos, después a la inauguración de un restaurante en la que fueron tratados con reverencia, porque el dueño nunca había visto antes dos muñecos que hablasen, y después al cine. Tuvieron que hacer una parada en una habitación de hotel («Pero si no necesitáis dormir», dijo Amalia. «Solo queremos perecear», respondió Narcys-de-juguete. «Tumbarnos y no hacer nada durante el tiempo que queramos. Es el más ansiado deseo de la mayoría de los adultos.») y, cuando por fin quisieron volver a moverse, alquilaron un coche e hicieron una barbacoa bajo las estrellas. Después, África-de-juguete quería bailar, así que desfilaron por una sucesión de discotecas y *pubs* hasta acabar en el último, el de las luces de neón.

—Quiero volver a un hotel —dice África-de-juguete, con los ojos clavados en Narcys-de-juguete, como si Amalia no existiera.

—¿Estás cansada? —pregunta Amalia.

—No —responde ella con una risita. Aunque lleva un rato bostezando.

Salen a la calle, pero no pueden volver al apartamento porque ninguno de los tres recuerda dónde dejaron el coche.

—Tendríais que haberos fijado —dice Amalia.

—Pensé que te estabas ocupando tú —gruñe África-de-juguete, súbitamente de mal humor—. No veo por qué nos teníamos que fijar nosotros.

—Bueno, vosotros o yo, claro —responde Amalia, sin implicarse demasiado.

—O tú sola, no sé. Nosotros nos estábamos divirtiendo, esa era la idea, es que ni se nos ocurrió mirar dónde se quedaba el coche —insiste África-de-juguete.

Recorren las calles penosamente. África-de-juguete se quita los tacones y va descalza. Narcys-de-juguete deja que se apoye en su hombro, pero tiene el fastidio pintado en el rostro y no se muestra muy comprensivo. Cuando por fin encuentran el coche, no hay ni un gesto de alivio o alegría, solo impaciencia.

—Por fin —dice Narcys-de-juguete.

—No podemos conducir —dice Amalia—. Hemos bebido los tres.

—¿Por qué no nos lo dijiste antes? —pregunta él.

África-de-juguete se echa a llorar.

—No hacía falta que os avisara. Sabéis perfectamente que no se

puede conducir borracho.

—No es justo —dice África-de-juguete—. No es nada justo.

—Yo conduciré —se ofrece Narcys-de-juguete—. Utilizaré zancos para llegar a los pedales.

Suben al coche, pero el muñeco no lo controla bien y tarda menos de cinco minutos en chocar contra una farola. Abandonan allí mismo el vehículo y se marchan a pie. Narcys-de-juguete se ha hecho daño en la pierna y cojea. Amalia está sangrando por la frente.

—Podíamos habernos matado —dice.

—Podrías haberte matado tú. —Narcys-de-juguete se encoge de hombros—. Nosotros somos solo juguetes.

Llegan al apartamento, pero ya no está como lo dejaron. Hace frío en él, la nevera y la despensa están vacías, no hay vajilla limpia porque los platos y tazas se acumulan en el fregadero, que huele con intensidad a podredumbre, y el suelo y los muebles están cubiertos de polvo.

—Todo va mal —llora África-de-juguete a gritos—. ¿Por qué tiene que ir todo mal?

—No hemos hecho la compra, no hemos limpiado, no hemos puesto la calefacción —explica Amalia, aunque no hace falta.

Ellos no responden. Van al dormitorio y se tumban aunque las sábanas estén ásperas y mugrientas, parece que no se hayan cambiado en varios meses y apestan a sudor. Amalia espera despierta. Al cabo de unas horas, cuando se levantan, los muñecos tienen la piel de goma llena de ronchas rojas. Narcys-de-juguete se rasca con fervor, África-de-juguete ni se molesta. Se deja caer lánguida en el sofá.

—No me encuentro bien —declara.

Amalia asiente, comprensiva.

—Es lo que pasa cuando *nadie* está al cargo.

—Nos estás intentando dar una lección —se queja África-de-juguete—, pero no tienes razón.

—No os estoy dando ninguna lección, solo os muestro lo que hay. Cuando no os comportáis como adultos, las cosas se desmadran.

—No es verdad. El asunto es que haya *alguien* al cargo, no tenemos por qué ser nosotros. La verdad es que *siempre* hay alguien al mando, siempre. Si no lo hacemos nosotros, alguien lo hará. Por ejemplo, en casa, lo has hecho tú.

—Sí —concuerda Narcys-de-juguete—, mientras tengamos a alguien de confianza que sepamos que se va a ocupar de las cosas, no pasa nada por que nos dejemos llevar. Esa es la clave. Visto así, la que tiene la culpa de que todo esté yendo mal ahora eres tú, Amalia.

Amalia se encoge de hombros y contempla con satisfacción cómo Narcys-de-juguete se revuelve, incómodo, por culpa de las ronchas. Se merece cada una de ellas.

—Tenéis razón. Si tú no te estás portando como un adulto y aun así todo va bien, significa que otra persona lo está haciendo por ti.

Ellos no lo entienden, pero no pasa nada. Los muñecos deciden no fregar los platos ni poner una lavadora («¡Qué pereza!») y en lugar de eso, tiran por la ventana toda la vajilla sucia y las sábanas. Salen del apartamento, con la esperanza de que la brisa alivie la picazón de las ronchas, y buscan un sitio en el que comprar sábanas nuevas.

—Esto son autocuidados —dice África-de-juguete, con aires de saber de lo que habla—. Hay veces que no se tiene energía para limpiar y hay que permitirse a una misma descansar y tener días bajos. Hoy tengo que mimarme.

África-de-juguete desayuna un batido de nata y dos piezas de bollería industrial, ve su imagen en el reflejo de uno de los escaparates y pasa el resto del camino hablando sobre su propia inseguridad y la valentía que demuestra saliendo a la calle pese a lo mal que se ve. Amalia piensa que una buena forma de cuidarse a sí misma habría sido darse una ducha y animarse a comer una pieza de fruta, pero deja que haga lo que quiera.

En la tienda de sábanas hay tres niños sentados en el suelo, cosiendo.

—¿Un juego de sábanas? Sí, tenemos uno listo —dice el mayor, que tiene alrededor de diez años —. Jaime, saca el juego de sábanas.

Jaime aprendió a andar hace poco tiempo, pero se sube a una silla y saca un paquete del armario.

—¿Estáis aquí solos? —pregunta Narcys-de-juguete.

Ellos cruzan una mirada de inquietud.

—No —responden, pero no dan más detalles.

Amalia toca con delicadeza los hombros de los dos muñecos para señalar con la barbilla en dirección a una puerta abierta, por la cual puede entreverse una cama y los pies de un adulto que duerme en ella. En el suelo hay algunas botellas vacías.

—Otro adulto que está divirtiéndose —comenta Amalia, en tono alegre—. Es estupendo que la gente de vuestra edad pueda despreocuparse. Tenías razón, Narcys: si otras personas asumen las responsabilidades, entonces no hay problema.

Antes de salir de la tienda, los muñecos contemplan un instante más a los tres niños, que han bajado la mirada y siguen cosiendo afanosamente. Se dan prisa para tener otro producto que vender cuando los siguientes clientes crucen la puerta. Hay una máquina de coser en una esquina, pero no pueden utilizarla, porque son demasiado pequeños. Tal vez no sepan encenderla o quizá teman que la aguja les perfore los dedos.

Una niña de siete u ocho años les adelanta por la acera. Empuja un carrito en el que yace un bebé sucio e inmóvil. La niña también

necesita un lavado. Parece muy cansada. Cuando llega a la esquina de la manzana, se asoma al interior del cochecito y toca al bebé en la barriga. Este no reacciona. La niña medita un instante y después abandona allí el carrito y sigue adelante.

África-de-juguete la alcanza.

—¿No deberías ir al colegio? —pregunta.

—Hay uno al otro lado de la calle —señala Amalia.

Cruzan y llaman a la puerta. Aparece una mujer que sonríe con resignación al ver a la niña. La toma de la mano.

—Esta niña no tiene futuro —afirma, en tono de *qué se le va a hacer*—. Viene desastrada y sin los deberes hechos, tiene una colección de ausencias injustificadas…

—No es culpa suya —dice África-de-juguete—. Sus padres se están divirtiendo.

—A mí también me gustaría divertirme —dice la mujer, y se vuelve hacia la niña—: ¡Anda, tira!

La puerta del colegio se les cierra en las narices. Horrorizada, África-de-juguete se vuelve hacia Amalia.

—Nosotros no somos así —dice con pasión—. Nosotros hemos estado allí siempre para ellos. Solo ahora, solo… Es normal que nos tomemos mal noticias como estas.

—Es normal que busquemos consuelo en otros sitios —aporta Narcys-de-juguete.

—Es comprensible —insiste África-de-juguete—. Y se debe a lo mucho que les queremos. Si no les quisiéramos, nos daría igual. Pero nos importa. Nos importa. Y por eso es tan duro.

—De todos modos, estás tú. Y Moira no se entera de nada. Y Konstantin es mayor ya, él se las apaña. Él lo lleva mejor que nadie —afirma él, y de pronto se le saltan las lágrimas y no puede seguir hablando.

Amalia se encoge de hombros.

—Moira no es tonta —murmura, sin reproche—. Sabe que algo pasa. Y se merece una explicación. Y Konstantin…

—Él está bien —dice África-de-juguete—. Siempre ha sido tan maduro.

—Está bien en cuanto a ir a morirse —dice Amalia—. No tanto en cuanto a que sus padres le hayan abandonado a él y a su hermana.

—Pero nosotros estamos aquí —dicen los muñecos—. No nos hemos ido. Solo hemos evitado el tema.

—Les habéis evitado *a ellos* —precisa Amalia.

—Y nos ha funcionado hasta ahora —dice Narcys-de-juguete, con fiereza.

—Gracias por la lección, mamá —agrega África-de-juguete—. Ahora sabemos que también tenemos que evitarte a ti.

Se dan la vuelta y salen corriendo. Amalia los observa y espera. ¿Irán calle abajo? No, entran en un centro comercial que hay poco más allá, seguramente para darle el esquinazo a ella. Creen que los persigue. Amalia sonríe.

No le hace falta perseguirlos. Porque para pasar al centro comercial tienen que cruzar una puerta.

Y ella.

Déjà vu.

Las puertas.

Entrar.

Un destino.

Amalia fue niña una vez.

No *se acuerda* de usar aquella magia, pero si se esfuerza en no pensar mucho en ello, en no darle vueltas, sabe que puede hacerlo todavía. Está ahí, en algún sitio.

Las puertas siempre la han llevado a donde ella ha querido.

Y en ese momento, la puerta del centro comercial lleva a Narcys-de-juguete y a África-de-juguete a otro lugar. Desaparecen de allí. Amalia se queda sola.

Asiente para sí. Ha hecho su trabajo.

Después, desanda el camino hasta el lugar en el que se encuentra el cochecito del bebé. Recoge a la criatura inerte y la toma entre sus brazos. Le canta una nana, en voz baja. Es lo único que puede hacer por ella.

El bolsillo de Moira se abulta: algo está creciendo dentro y se revuelve hasta que logra salir. Ella lo contempla con curiosidad y se agacha para verlo de cerca. Una mota de polvo, un grano de arena, una lenteja, una personita. La niña emite un murmullo de reconocimiento.

—Estás en mi casa —dice Nada Es Real—. O en un lugar muy parecido. Solo le faltaría un poco de inquietud y de miedo paranoide.

—No, no —replica Moira, amigable—. No tienes ni idea. Es *mi* casa. En la tuya, nada es verdad; en la mía, todo podría ser verdad. —Sonríe al decirlo, porque es una tontería. Casi un juego de palabras—. Aunque solo jugando. Verdad de mentirijillas.

—Vale. —Nada Es Real sonríe tanto que los labios se le salen de la cara—. Mi mundo se basa en que la gente crea mis mentiras. El tuyo, en que todo sea ficticio pero *se sepa*.

Moira se encoge de hombros y sigue gateando por el túnel. Se ha cansado de filosofar y de definir conceptos. No es lo suyo y no le importa. Nada Es Real la sigue. Quiere llamar su atención, pero no se le ocurre cómo hasta que no salen a un espacio abierto, al aire libre. A un lado hay una pradera de hierba verde; al otro, un campo de

cultivo.

—Mira, Moira —llama—. ¿Sabías que las plantas de los huertos son tratadas con productos químicos que las convierten en mutantes? El gobierno las utiliza para controlarnos.

—¿Mutantes como en los cómics? ¿Hacen cosas raras como volar o hablar?

—Claro.

Nada Es Real se acerca a la tierra y saca de ella una zanahoria que lanza un grito indignado.

—¡Que se me caen los carotenos!

Otra zanahoria despierta y se vuelve hacia ella.

—A callar. Se te fueron el fósforo, el magnesio y el calcio y no te diste ni cuenta.

—No los sentí —protesta la primera zanahoria—. Eran cantidades tan discretas…

Moira se ríe y Nada Es Real, complacido, deja caer la zanahoria. Asustados por el ruido del impacto, los vegetales levantan el vuelo y se dispersan por el cielo como un grupo de farolillos chinos.

Al fondo del campo, un hombrecillo pequeño da saltos intentando atraparlos.

—¡Pobre! Eran suyos y se le están escapando —adivina Moira.

—No son suyos —dice Nada Es Real, taciturno.

El hombre les ha visto y avanza hacia ellos, metiendo los pies en todos los agujeros del campo. Parece exhausto y sombrío, como si llevase demasiado tiempo con una tormenta que lo sigue a todas partes. Tropieza y cae de frente, quedando boca abajo en el suelo.

Moira echa a correr hacia él y empuja sus hombros para ayudarle a levantarse. El hombre alza la cabeza y la mira a los ojos. Su expresión denota que ha visto el futuro y es terrible.

—Tu hermano no va a poder ayudarte —dice.

La niña le suelta y da un paso atrás. El hombre se incorpora despacio. No tiene prisa. No se puede escapar del destino.

—¿Quién eres? —pregunta Moira.

—Solo quedas tú —afirma él—. Moira Milosevic, tu abuela va a morirse en unos años. Tu hermano también. Tus padres están demasiado asustados. Estás sola, Moira Milosevic.

—Ah, eres un Miedo —dice Moira, con desprecio y un poco de desilusión—. Nada más que eso. Lo que dices son solo mentiras, no vale nada.

—Oye —se queja Nada Es Real, lastimero.

—Sin ofender —añade Moira.

—Bueno, vale. Te perdono. Pero ha dolido.

Solo Quedas Tú se sacude la tierra de los pantalones, mira al cielo y suspira. Algo está mal para su gusto en las nubes o en los farolillos

vegetales o en la mera existencia del universo.

—Nada, vete de aquí —ordena, sin mucho énfasis—. Estás arruinando la atmósfera de este momento.

Se quita la mochila y saca de ella una gran losa de piedra. Es normal que esté tan cansado si va cargando con tanto peso, pero a Moira casi no le da tiempo a pensarlo porque el Miedo le lanza la losa. La niña da un salto a un lado y la esquiva. La roca se resquebraja contra el suelo. En ella hay algunas palabras grabadas.

—KONSTANTIN MOIRA —lee Moira—. ¿Es un regalo?

—Es una lápida. Y no pone eso. Lee bien.

—KONSTANTIN —dice ella, y mira a Solo Quedas Tú para confirmar que eso es correcto. Él asiente con algo de impaciencia—. MORIA. ¿MOVIDA?

—¡No!

—¿Quizá querías poner «Konstantin Milosevic»? Nuestro apellido no es fácil de escribir —lo consuela ella—. Todo el mundo se equivoca. Te lo puedo deletrear, si quieres.

—Dice: KONSTANTIN MORIRÁ —grita Solo Quedas Tú.

—¡Ah! ¡Ya! Como todos —asiente Moira—. Todo el mundo se muere antes o después. ¿Qué es una lápida?

—Es una piedra que se pone sobre la tumba de alguien con su nombre y la fecha de su muerte —gruñe Solo Quedas Tú, muy fastidiado y apretando los dientes.

—Entonces sería mejor que pusieras «Konstantin Milosevic» —insiste Moira—, porque su nombre es ese. Te has liado.

El Miedo se infla de pura rabia y se convierte en un ser redondo y lleno de protuberancias, como una gran coliflor. Empieza a rodar hacia Moira. Ella se da la vuelta y corre, pero el terreno es blando y está lleno de agujeros, así que no puede ir muy deprisa. Está convencida de que la va a arrollar, pero Nada Es Real la coge de la mano y salta a uno de los huecos que han dejado los vegetales. En el aire, los dos encogen. Se esconden en la tierra como dos ratones. Cuando el Miedo ha pasado ya, salen y regresan a su estatura normal.

Solo Quedas Tú vuelve a tener apariencia de persona.

—No va a vencerme una niñita ridícula —dice, sin alzar la voz.

Saca una pistola del bolsillo de su chaqueta y la carga. Luego apunta. Es terrorífico porque resulta evidente que es el tipo de hombre que puede disparar a una niña sin emoción alguna, ni culpa ni rabia.

—¿Cómo estás tan seguro? —pregunta Moira, con genuino interés.

—Te he dicho que solo quedas tú —responde él—, pero me equivocaba. No vas a quedar tú. Va a quedar tu hermano, que se preguntará durante el resto de su corta vida por qué te fuiste y por qué él no te cuidó mejor. Adiós, Moira Milosevic.

Entonces, Nada Es Real abraza a Moira y los dos vuelan entre los

farolillos vegetales. Solo Quedas Tú dispara, pero solo consigue acertar a un par de repollos. Moira y Nada desaparecen en el cielo. Él piensa que el rostro de la niña está humedecido por la condensación del agua, pero no: es que Moira está llorando.

La sienta en una nube que flota en un interminable azul, lejos del Miedo.

—No llores —gime Nada Es Real, muy apurado—. Moira Milosevic, escúchame. Hay una cura para la enfermedad de tu hermano.

—Mentira —dice ella.

—Todos somos inmortales.

—Mentira.

—Cuando muera, irá al cielo y tú te encontrarás con él allí. No es un adiós…

Ella solloza y sorbe el aire por la nariz. Arranca un trozo de nube para sonarse. El agua consiente ser tratada como una gasa y le moja la nariz solo lo justo.

—Para —pide Moira—. No quiero que me digas nada. Hay cosas que puedo saber seguro que son verdad y cosas que no.

Nada Es Real parpadea, estupefacto.

—¿Verdad?

—Konstantin va a morirse. Eso es verdad. —Poco a poco, recupera la voz, la respiración, el ánimo—. Pero tengo mucha suerte de todos modos y debo estar contenta, porque le he conocido y hay gente que no tiene hermanos, pero yo he tenido el mejor del mundo.

La nube se deshace entre los dos y Nada Es Real se desvanece con ella. Moira, en cambio, es más material que nunca y cae hasta el suelo. La hierba la recoge y amortigua un poco el golpe, pero aun así se le escapa una exclamación. Rueda por el suelo. Se levanta magullada, dolorida y llena de contusiones, pero es capaz de andar y la caída, pese a todo, no ha sido fatal.

Sigue caminando hasta que el campo se convierte en camino, y el camino, en carretera, y la carretera, en calle que cruza una muralla. La puerta está abierta y Moira la traspasa andando. Está en la ciudad de nuevo, aunque tal vez no sea la misma.

Entonces alguien más cruza la puerta, corriendo, y choca contra las piernas de la niña. Moira baja la mirada para descubrir a África-de-juguete y Narcys-de-juguete, que la contemplan llenos de estupor.

—Hola —saluda Moira.

Ellos intentan esquivarla, pero no les da tiempo. Con una sonrisa, ella se agacha para recogerlos, los envuelve en su chaqueta, ata con firmeza las mangas para que no se puedan escapar y sigue adelante.

El hospital se alza cuadrado, inmenso y de cemento gris sin más

decoración que el cartel en la fachada. A sus pies, una plaza ancha y despejada, con una fuente vacía en el centro, parterres de plantas bajas y ningún árbol. Al lado opuesto al hospital hay un camión con una sirena de plástico pegada con cinta adhesiva en el techo. Alguien ha escrito en un costado con pintura en espray de color rojo: «EMERJENCIA».

Konstantin contiene una carcajada al verlo, pero no es capaz de esconder del todo la sonrisa: sus labios se curvan hacia arriba y se aprietan uno contra el otro. Moisés distingue el gesto y sigue su mirada. Él sí se ríe.

—Tienes que estar harto de este tipo de doctores —comenta, con los ojos brillantes.

—Hay médicos fastidiosos de todos los tipos —dice Konstantin, circunspecto—. Están esos y también están los que saben mucho pero te dan indicaciones vagas y ninguna explicación sobre lo que te pasa.

Pasea la mirada por la plaza y Moisés entiende su hastío.

—No hace falta que hablemos de médicos —comenta, sin darle importancia. Y le coge la mano, sin darle importancia.

Moira llega trotando a través de la plaza. Pasa por en medio de los parterres y por dentro de la fuente seca, se acerca hasta donde están ellos y sacude su chaqueta hasta que África-de-juguete y Narcys-de-juguete caen al suelo. Ellos se levantan, protestando, pero Moira no les escucha.

—Los he encontrado por ahí —explica, dirigiéndose a su hermano y a Moisés.

Los muñecos intentan alejarse, pero Moira los empuja de vuelta. Ellos se escabullen por el otro lado, pero ella les da caza y los trae otra vez. Entonces, cogiendo a todos por sorpresa, Konstantin da una patada en el suelo.

—¡Ya está bien! Tenéis que enfrentaros a nosotros antes o después. ¿A qué tenéis tanto miedo? No vamos a reprocharos nada. Solo queremos que os dejéis de tonterías de una vez y que *no volváis a dejarnos solos.* ¿Pensáis que os vamos a regañar o qué?

Narcys-de-juguete le mira con seriedad y una tristeza indescriptible.

—No es eso, hijo.

La puerta del camión se abre y salen por ella dieciséis personas con batas blancas, cada una de ellas con una rama cargada al hombro. Hacen con ellas una pira en el centro de la plaza, le prenden fuego y danzan a su alrededor un momento; después, rodean a los niños y a los muñecos. Los examinan con gravedad. Una a una, se colocan delante de Konstantin y lo miran de cerca. Después se alejan, hacen un corrillo, discuten y regresan.

—Señores Milosevic —dice la más bajita, que tiene una barba

canosa mal recortada—, su hijo está muy enfermo.

—Ya lo sabemos. —La voz de Konstantin es un rugido quedo, de tigre airado.

—Sin embargo, no teman. Tiene cura y no será difícil de alcanzar con resiliencia, cariño y la filosofía adecuada —añade el ser barbudo. Los muñecos sonríen y asienten en dirección a Konstantin, con condescendencia—. Es importante que beba mucho té rojo, tome el sol al menos dos horas al día y, sobre todo, cultive los pensamientos positivos.

—Dos horas al día, té rojo… Muy bien —dice África-de-juguete. Bebe de las palabras de aquella persona.

—Esto es una pérdida de tiempo y no tiene ni pies ni cabeza —comenta Konstantin en voz alta.

—Konstantin —le reprende África-de-juguete—, no hables así al doctor.

—¡No es un médico! —exclama Moira—. Ninguno de estos es médico. Ni siquiera saben escribir «emergencia». Yo sé y tengo siete años.

—Son médicos extranjeros que no dominan el castellano —replica Narcys-de-juguete, con mucha dignidad.

—Es una lucha larga contra la enfermedad —dice el ser de la barba—, pero hay que ser fuertes.

Los muñecos vuelven a mirar en su dirección y asienten como si sus palabras significasen algo.

Konstantin estalla. Grita. No pronuncia ninguna palabra, es solo un grito alto y largo de frustración. Asusta a los falsos médicos, que huyen en desbandada y se refugian en su camión. Las dieciséis cabezas se asoman por la ventanilla del asiento de copiloto para espiar la escena. A Konstantin le da igual. Sigue ahí y chilla:

—¡NO ES UNA LUCHA! ¡NO ES CUESTIÓN DE SER *FUERTE*!

Los Milosevic no han visto a Konstantin perder los papeles *nunca*. Es la primera vez, desde que aprendió a hablar y no necesita llorar para comunicar sus necesidades, que levanta la voz y grita de esta manera. Es tan insólito, tan salvaje, que incluso Moira se asusta.

—Hijo —dice África-de-juguete.

—¡No! —exclama Konstantin. Ha bajado la voz, pero está lívido y temblando. Da más miedo así que cuando gritaba—. No. Tenéis que entenderlo. Dejad de decir que es una lucha, porque me hacéis sentir que la *culpa* de que me esté muriendo es *mía*. Si es una lucha significa que se puede ganar y que si no lo consigo es porque me he rendido o porque no soy lo bastante fuerte. Y no se trata de eso. No me rindo ni soy débil, ¿eh?, pero esto no es una lucha, porque no tengo ninguna oportunidad y es INJUSTO que finjáis que la tengo y que *no estoy haciendo lo suficiente.* ¿Lo entendéis o no? Estoy haciendo lo único que

puedo: aceptar que tengo poco tiempo y aprovecharlo lo mejor posible. Y reconciliarme con la idea de la muerte, porque si no lo hago, estos meses o años van a ser un infierno. Así que, por favor, decidme: Por qué. Me lo ponéis. Más. Difícil. De lo que ya es.

Sus palabras son la erupción de un volcán y, como tal, traen consigo una enorme capacidad de destrucción. Konstantin no se da cuenta hasta que termina de hablar, pero Moira sí: él ha mencionado que se está muriendo y una grieta ha aparecido en la frente de África-de-juguete. Poco a poco, los dos muñecos se resquebrajan, se parten por la mitad y de ellos empieza a surgir una criatura inmensa, deforme, abominable. Huele a humo y a plástico quemado. Cuando termina de salir de dentro de la muñeca que se parecía a la madre de Moira, se gira hacia los niños y dice:

—Se acabó.

Su voz es la de Todo Va A Salir Mal.

Otros dos seres han surgido de lo que queda de los muñecos: son Solo Quedas Tú y No Eres Suficiente, aunque resultan irreconocibles. Sin parsimonia, los Miedos se tragan los restos de África-de-juguete y Narcys-de-juguete.

—¡Corre! —grita Moira, que es la primera en reaccionar.

Konstantin y Moisés escapan lo más rápido que pueden. Moira va a los talones de su hermano.

—¡No, Moira! —suplica él—. ¡No te quedes conmigo! ¡Corre, corre!

Escapan del hospital y la plaza, en dirección a los campos, a los túneles de plástico, a la piscina de bolas, al Mundo Minúsculo, el de los niños. En cuanto salen de la ciudad, creen ir más deprisa. Piensan que los Miedos no pueden alcanzarlos allí, pero se equivocan. Las tres moles informes se deslizan tras ellos, destruyendo el paisaje, los cultivos, el campo. El parque de juegos se derrumba y se traga a Moisés, que ya había logrado entrar en él. Aquel universo infantil no es un refugio seguro: los Miedos lo rompen todo a su paso.

El camino se derrumba tras Konstantin y Moira Milosevic, la grieta que se abre bajo sus pies quiere tragárselos.

—¡Salta! —grita Konstantin. Quiere señalar hacia delante, al desnivel que se ha formado con el suelo que aún no ha caído. Si Moira llega hasta él, estará a salvo.

Ella lo intenta, pero no tiene dónde apoyarse. El suelo no es sólido, rueda hacia el vacío. Konstantin alarga los brazos hacia ella, sus brazos inútiles, con músculos atrofiados. Agarra el cuerpo de su hermana.

—¡Kosta! —dice ella.

—¡Salta! —repite él.

Ella salta y él tira de ella para impulsarla hacia arriba. El esfuerzo

es sobrehumano, pero lo hace. Siente que se le desgarra el pecho por dentro. Moira se sujeta al borde del escalón, patalea y desaparece al otro lado. Konstantin se cae, se cae, se cae, y sobre él toneladas de tierra, roca, árboles… un mundo entero que le sepulta.

Capítulo VI
El vuelo

Se despierta en una sala larga y en penumbra. Está tumbado en una cama. Le tapa una manta azul suave. A ambos lados hay cortinas del mismo color. Delante, bajo unas luces fluorescentes, las únicas encendidas, una mesa larga, una mujer y un hombre jóvenes sentados detrás. Como si estuvieran dentro de un programa de cocina, hablan entre ellos sin prestar atención a Konstantin. Él no está allí, o eso siente. Ellos están en el set de la televisión y él, muy lejos, los ve a través de una pantalla. Están doblando ropa de hospital. Calcetines y gorros de plástico, ropa interior unisex de papel, batas abiertas por detrás. Todo se enrolla en un paquetito. Tiene su técnica. Charlan de sus cosas, si quedan, no quedan, si Tinder, si discotecas... Al cabo de un rato, el enfermero se pone en pie y se acerca a Konstantin.

—¿Estás bien? —le pregunta.

Konstantin asiente.

—¿Tienes frío?

—No.

Él comprueba algo en su mano, en la vía que tiene ahí puesta, en el gotero que contiene un líquido transparente.

—Es suero nada más —explica—. Ahora vendrá el doctor.

Vuelve a la mesa, sigue empaquetando. Konstantin les mira como si formasen parte de un espectáculo. Pasa el tiempo y llega el doctor. Es un hombre joven, guapo, que transmite confianza. Le explica que se ha hecho mucho daño. Le han tenido sedado. Le tienen que pasar a quirófano. Le cuenta lo que va a pasar, Konstantin no entiende.

—¿Estamos en este lado o en el otro? —pregunta.

—Estás vivo —responde él.

Eso a Konstantin, la verdad, le da relativamente igual.

—¿Está viva mi hermana? —Es más importante.

—No te preocupes por nada.

La cama tiene ruedas y lo llevan con ella a través de las puertas, los pasillos. Se cruzan con otras personas que trabajan allí, le sonríen con lástima. En el quirófano, se presenta la anestesista, le dice que todo va a ir bien.

—¿Estás asustado?

—No —miente él.

—Disimula muy bien —bromea el cirujano—. No está asustado, pero pone cara de que sí para que nuestra tarde sea un poco más emocionante.

—Sí —dice Konstantin—. Así soy. Un actor nato.

—Se te nota.

—Ahora voy a hacer como que me duermo —dice él.

Se despierta en otra habitación. No sabe si es el mismo día u otro. Le duele todo. Entra una enfermera, le pregunta si quiere ir al baño. Tendrá que hacerlo en la cama, no puede levantarse hasta que haya comido y bebido algo. Konstantin antes se muere ahí mismo que hacer pis en un frasco. Dice que quiere comer y beber, en ese caso. Le trae un botellín de agua y unas galletas.

—No bebas de golpe.

Ella le abre el botellín y le acerca una bandeja. La cama tiene un mando para subir el respaldo, menos mal. Konstantin nunca se ha sentido más dolorido ni más débil.

—¿Qué me han hecho? —pregunta—. ¿Me han arreglado?

—Estás mejor de lo que estabas cuando entraste —dice la enfermera.

Bebe un trago, descansa, otro trago, descansa. Media galleta, descansa, un trago, descansa. Poco a poco, se termina el paquete entero y el botellín. La enfermera le ayuda a sentarse en la cama, desenchufa el tubo del gotero de la vía y le acompaña hasta el baño.

—¿Puedes tú solo? —le pregunta.

—Sí.

No está seguro, pero no quiere que nadie le vea en esa situación. Se sienta, hace pis, se limpia. Sentado es todo más fácil. Se levanta. No puede subirse la ropa interior, para eso haría falta inclinarse. Vuelve a sentarse, agarra el borde de la prenda, se pone de pie y el propio movimiento tira hacia arriba. Se lava las manos y se mira en el espejo. Está horrible.

«Mira lo que me han hecho», piensa. No se refiere a los médicos, sino a los Miedos.

No es capaz de abrir la puerta. Por suerte, la enfermera se ha

quedado esperando fuera y le ayuda a regresar a la cama.

—¿Cuándo puedo irme de aquí?

—Cuando el doctor te dé el alta. Mañana como pronto.

Las horas pasan despacio. Konstantin dormita, la anestesia y el cansancio confabulan para cerrar sus párpados. Cae la tarde. Entonces se abre la puerta.

Es Moisés. Camina hasta los pies de la cama, le mira consternado.

—¿Cómo estás? —pregunta con suavidad—. ¿Has dormido?

Konstantin no va a preguntarle cómo ha entrado. Ya lo sabe.

—Vete —dice, en cambio.

—Konstantin…

—No quiero que me veas así.

La imagen del espejo le atormenta.

—Kosta…

La expresión de Konstantin se endurece.

—No me llames así. Vete. Ya está. Esto se ha acabado, Moisés. Los Miedos han devorado a mis padres. No sé dónde está mi hermana y yo… No puedo más. No puedo más… No me puedo levantar. —La verdad pesa en sus palabras.

—¿No puedo hacer nada por ayudarte?

—No. Ya hemos hecho todo lo que hemos podido. Gracias por venir, ha sido muy amable por tu parte. Ahora, vete.

Moisés se acerca a él, a un lado de la cama. Konstantin no puede darle la espalda, pero gira la cabeza y cierra los ojos. Moisés pone una mano en su brazo, pero como no obtiene ninguna reacción por su parte, se marcha. Sus pasos son silenciosos y ni siquiera la puerta al cerrarse hace ruido.

África es hija única, por eso Konstantin y Moira no tienen tíos ni tías por parte de madre, y Amalia no tiene más nietos que ellos. Para Amalia, que hasta que nació Konstantin no había nadie en el mundo a quien quisiera más que a África, fue una experiencia asombrosa. Aquel bebé en la cuna del hospital le descubrió que se podía sentir mucho más amor del que ella había creído posible. Supo en cuanto lo vio que haría cualquier cosa para que ese niño fuese feliz, porque él la llenaba de alegría a ella sin hacer nada, con su existencia nada más.

Con Moira pasó lo mismo, aunque en su caso el sentimiento se mezclaba con una necesidad de protección un poco mayor, si cabe: la niña nació prematura y, aunque estaba perfectamente sana, parecía diminuta y mucho más vulnerable en la incubadora. Era una bebé muy tranquila y silenciosa en el hospital, pero cuando le dieron el alta y pudieron llevarla a casa, Moira decidió que ya era hora de que se oyese su voz. Constantemente. De día, de noche, cada una o dos horas, la recién llegada empezaba a llorar con unos pulmones que envidiaban

cantantes de ópera en el mundo entero. ¿Cómo se habían enterado los cantantes de la potencia que alcanzaba la voz de Moira Milosevic? La habían escuchado llorar desde Viena, Milán y Los Ángeles.

Los padres de la criatura estaban agotados, pero allí estaba Amalia dispuesta a salvar a los suyos de las noches en vela y la desesperación.

—Puedes llamarme siempre que quieras —le murmuraba a Moira cuando la levantaba de la cuna y bailaba con ella por el salón para calmarla—.Yo siempre vendré a por ti.

La niña la miraba con los ojos muy abiertos. Puede que estuviera ya entonces fantaseando con la tarta de chocolate que tomaría en su primer cumpleaños, pero es poco probable, dado que aún era un bebé muy pequeño y solo bebía leche.

Un tiempo después, hubo una pequeña crisis. Moira era algo mayor e iba dos veces por semana a la guardería, para interactuar con otros niños y poner a prueba su sistema inmunológico. Ocurrió uno de estos días, en el que Narcys pensó que África iba recoger a sus hijos en el colegio y la guardería respectivamente y África estaba convencida de que era Narcys el que se encargaba de ello. Con lo cual, ninguno de los dos fue a por los niños. De esto se dieron cuenta varias horas después, porque África llamó a Narcys para recordarle que no la esperase para cenar y Narcys le dijo que aquel día volvería tarde porque tenía una reunión y África le dijo que ella también porque estaba en una ciudad vecina de visita y entonces Narcys le preguntó qué había hecho con los niños y ella a su vez quiso saber si no los había recogido él. Los dos se asustaron mucho porque hacía ya un tiempo que tanto el colegio como la guardería habían cerrado.

África llamó a Amalia.

—¡Y Moira se habrá quedado sola!

—No van a dejarla en la calle los de la guardería —dijo Amalia—. Te habrían llamado.

—No me han llamado —lloró África, muy asustada—. Estoy llamándoles yo, pero no responden. Ay, ¿y si la ha ido a buscar otra persona? ¿Y si han secuestrado a mi pobre hija?

No podía volver a la ciudad porque el tren no salía hasta la noche. Narcys intentó salir de la reunión, pero sus jefes se lo impidieron. Así que Amalia se puso en marcha, salió de la terraza de la pastelería, donde había estado jugando a las cartas, y volvió a casa rápidamente. Konstantin tenía unos ocho años y, si nadie había ido a buscarle, lo más probable es que hubiera vuelto solo al piso de los Milosevic. Había una llave de emergencia escondida en el buzón, así que habría entrado en el piso sin problemas.

Amalia abrió la puerta. Oyó la voz de Konstantin en el salón, así que le llamó mientras revisaba el contestador para comprobar que no hubiesen dejado un mensaje los de la guardería:

—¡Konstantin! Qué bien que estés aquí, hijo, qué susto. Lo que me hubiera faltado, que desaparecieras tú también. Ven, que nos vamos. Date prisa.

El niño apareció por el pasillo, serio, con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

—Para que tu madre sepa que no han secuestrado a Moira.

—Ah. ¿Y si le enviamos una foto?

—¿De la guardería?

—De Moira.

Konstantin llevó a Amalia al salón. Moira estaba sentada en su trona y merendaba un potito.

—¿Se lo has dado tú? ¿La has recogido tú?

El niño parecía ofendido.

—Alguien tenía que hacerlo —respondió con sobriedad.

Desde ese día, Amalia no se preocupa mucho por Moira si ella está con Konstantin. Con su hermano cerca, la niña está del todo a salvo. Por eso, incluso en el Segundo Lado, Amalia está tranquila: a Moira no puede pasarle nada.

Hasta el momento en el que, un buen rato después de enviar a los muñecos con su hija, Amalia oye la voz de su nieta dentro de su cabeza. No la de Moira de siete años, sino la de Moira bebé.

Llora.

Amalia busca una puerta. La de la cafetería. Intenta pensar en Moira, pero la puerta no la lleva con su nieta, sino a un pingüinario dentro de un parque zoológico. Amalia se da la vuelta y la cruza de nuevo. Aparece en el despacho de una mujer trajeada que levanta la mirada hacia ella, muy sorprendida.

—Perdone —se disculpa Amalia, y pasa a través de la puerta por tercera vez—: ¡Llévame con Moira, con Moira!

No funciona. Está demasiado nerviosa, no piensa con claridad. Ha llegado a la cocina de la casa de Bonnie, que la mira con una taza de té en la mano.

—Anda —dice a modo de saludo.

—Moira está en peligro —dice Amalia.

En ese momento, suena el timbre. Bonnie va a abrir, pero no hace falta: Moisés no es de esas personas que necesitan que les abran la puerta. Solo ha llamado para avisar de que está ahí, después entra sin miramientos.

—Ha habido un derrumbe. Konstantin ha salvado a Moira y él está ahora en el hospital.

—¿En el hospital?

La taza se cae al suelo, pero a nadie le importa.

—Le han tenido que pasar por quirófano, pero ya ha despertado y está bien. Estará durmiendo ahora.

—¿Y Moira?

—No lo sé.

Amalia y Bonnie se miran y con eso basta. No hace falta hablar.

Hace ya siete años que Amalia prometió a Moira que, siempre que la llamase, iría a por ella.

Los campamentos del Pueblo Justo son distintos y los hay en todas las ciudades del mundo, pero a la vez son el mismo. Esta paradoja es difícil de entender para las personas que nunca han formado parte del Pueblo Justo y, por eso, cuando el hurón sale de la cúpula en el fondo de la piscina de bolas y aparece por una de las salidas del campamento de la selva, se queda un poco desubicado. No puede pararse a mostrar su asombro, porque se sabe perseguido, así que sigue adelante a un trote ligero, que es la mayor velocidad que puede mantener en largas distancias. Por suerte, ha hecho ese camino antes y puede seguir su propio rastro y el de los hermanos Milosevic. Llega a la plaza con la fuente apagada, donde la mujer que da de comer a las palomas sigue convertida en estatua. El hurón se fija, sin embargo, en que su postura no es la misma; alguien ha debido de despertarla para consultarle algo.

No tiene tiempo para detenerse a contemplarla. Toma el sendero y lo recorre, caminando porque ya no puede trotar más, hasta llegar al quiosco. Entra y avanza entre los estantes llenos de cajas de golosinas hasta la ventanita por la cual se asoma la dueña. El hurón tiene que trepar por una pila de cartones de chicle hasta alcanzar el alféizar. Una vez allí, se repeina un poco el pelo detrás de las orejas. El movimiento llama la atención de la dueña del quiosco, que estaba sentada en un taburete, junto a las neveras con los refrescos, y leía un periódico.

—Tú por aquí —saluda, con una sonrisa amable—. ¿Quieres lo mismo que la última vez que viniste? Agua con gas, un *flash* de fresa y picapica, ¿no? Aunque es un poco pronto para merendar. Si no quieres gominolas, tengo también café refrigerado.

—No vengo a por nada de comer —dice el hurón—. Necesito algo un poco más singular. ¿Podrás ayudarme?

—Depende de lo que quieras conseguir —responde ella—. Y ya sabes que cuanto más difícil de obtener sea el pedido, más alto será su precio.

—Lo único que poseo es un nombre y una vida entera de recuerdos —dice él.

—Los recuerdos no me interesan —admite la dueña del quiosco—. A lo largo de los años he ido recopilando muchísimos, más de los que puedo conservar vívidamente. No necesito más. En cambio, un nombre es algo muy valioso.

—Seguro que no tienes tantos recuerdos de alguien que en ocasiones fue un león —dice el hurón. La anciana se ríe—. Lo digo en serio. Yo podía transformarme en cualquier animal.

—¿Y ya no?

—No. Así que ya imaginarás cuál es mi deseo.

—Por supuesto. —La dueña del quiosco saca de una bolsa una larga tira de chicle rosa y empieza a enrollarla, despacio, para meterla dentro de una cajita circular—. Cualquiera que haya perdido una habilidad como esa está desesperado por recuperarla. Quieres poder volver a transformarte; pero debes saber que será bajo algunas condiciones. La más importante es que no podrás quedarte dormido mientras estés convertido en otro animal. Si lo haces, quedarás atrapado en esa forma y no podrás volver a transformarte más.

El hurón refunfuña.

—Esa era la limitación que yo tenía antes —se queja—. Eso es precisamente lo que me pasó.

La dueña del quiosco aparta la caja, saca otra tira de chicle y la enrolla también.

—Es bastante estándar —afirma.

—De todos modos, te equivocas, no es eso lo que quería pedir —dice el hurón—. Lo único que deseo es volver a ser humano, igual que era antes de quedarme convertido en un hurón.

La dueña del quiosco hace una pausa, reflexiona.

—¿Dónde están tus amigos…, ese chico que iba por ahí pretendiendo pagar con billetes y esa niña tan pizpireta?

—No lo sé.

—¿Quieres saberlo? —Ella sonríe—. Te cambio esa información por uno de tus recuerdos como león, a ver si son tan buenos como dices. Si tienes varios, no te importará darme uno, ¿no?

El hurón lo medita, pero la curiosidad puede con él y acepta. Hacen la transacción deprisa, los dos quieren tenerlo resuelto antes de que al otro se le ocurra pedir más.

—Antes o después tendrán que enfrentarse a sus enemigos —dice la dueña del quiosco—. ¿No querrás estar con ellos cuando llegue el momento? ¿No querrás ser útil?

—Eso no tiene nada que ver —dice el hurón—. Todo lo que pueda ayudar como hurón puedo hacerlo también como humano.

La dueña del quiosco se encoge de hombros.

—Perderás tu habilidad.

—Todo el mundo la pierde antes o después. ¿Qué es lo que quieres decir?

—Solo que, si yo fuera amiga tuya y estuviese metida en un lío, seguramente me sería más útil la ayuda de alguien con el don de la metamorfosis que un niño humano sin nombre.

—O sin recuerdos.

—No, no me interesan tus recuerdos. Este del león es interesante como curiosidad, pero ya está.

El hurón lo medita un momento. Es cierto que su nuevo nombre no le dice nada. Suena familiar, sí, pero no es el único al que está acostumbrado. Nunca había pensado en recuperar el poder de la metamorfosis. Podrá ser humano entonces, siempre y cuando no se duerma. Mantendrá su cuerpo de hurón el resto del tiempo.

O bien se convertirá en humano. Podría olvidar a los Milosevic, él no tiene que ver en sus asuntos. Vivir aventuras. Recorrer el mundo. Sentarse en cualquier cafetería y que, si le miran raro, no sea por parecer un mustélido sino por pedir Tang.

Sin nombre, sí, pero humano y libre.

La dueña del quiosco espera hasta que el hurón lo tiene claro.

El Guardián de las Llaves camina como un fantasma por los pasillos del hospital. Busca las escaleras para llegar a la planta baja, pero hay alguien que le llama desde una de las habitaciones. La puerta está entornada. La abre, pasa. La luz está apagada, en el cuarto gobierna el resplandor azulado de la pantalla de la televisión. Dos ancianos dormitan, uno en cada cama. El que necesita a Moisés está en la más cercana a la ventana. Se revuelve, inquieto en su sueño. Tiene tubos en la nariz, en la muñeca izquierda.

Moisés lee el nombre en la tablilla con el historial que hay a los pies de la cama. Álvaro. Se sienta a su lado, entre él y la ventana. El hombre abre los ojos y ve la silueta del chico recortándose contra la luz tenue del exterior, las nubes teñidas por el atardecer.

Le transmite paz.

—Hola, Álvaro —susurra Moisés, para no despertar al otro anciano.

El hombre mueve la mano llena de arrugas, con venas marcadas. La coloca sobre el brazo de Moisés.

—Qué joven eres —murmura, admirado. Moisés sonríe y no dice nada—. Y qué guapo. Qué sorpresa.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí. Muy cansado, nada más. Me duele todo, pero eso ya es lo normal para mí. No tiene mucha solución. O, si la tiene, no me la pueden dar aquí. —Se ríe en silencio, carcajadas pequeñas y mudas.

Moisés ladea la cabeza. Palmea la mano del anciano con la suya, con delicadeza.

—¿Te ha venido a ver tu familia?

—Sí, mi hija esta tarde, mi hijo por la mañana… Ayer vinieron mis nietos pequeños… Yo creo que no entienden mucho, pero bueno. Ya lo entenderán de mayores. Lo bueno es que se acordarán de mí,

porque ya no son bebés. Yo me acuerdo de mis abuelos, y murieron cuando aún no había cumplido…, qué sé yo…, seis años o así.

—Seguro que se acordarán de ti.

—¿Seguro? —Le pregunta en serio—. ¿Tú sabes eso?

—Sí.

—¿Y tendrán una vida buena… ellos y mis hijos…? ¿Eso lo sabes?

—Con sus mejores y peores momentos, pero buena en general —asegura Moisés—. ¿Ha sido buena la tuya?

Álvaro mira a algún punto lejano, más allá de la pared de la habitación.

—Buena en general —responde, al cabo de un rato—. También hablé ayer con Andrés… No ha podido venir, pero me ha llamado todos los días… Hoy no… Lamentará no haberlo hecho…

—Mándale un mensaje ahora —sugiere Moisés.

Le alcanza el teléfono, que reposaba en la mesa, fuera del alcance de Álvaro. Él se lo agradece y teclea muy despacio. Después, Moisés vuelve a colocar el móvil donde estaba.

—Ahora estoy listo —dice el hombre—. Estoy listo.

Cierra los ojos. Como si la transición hubiese sido durante el sueño. Eso pensarán los demás. Les parecerá pacífico. El Guardián de las Llaves le acaricia la mano. Y empieza a soltar cadenas.

En el hospital el enfermero despierta a Konstantin antes de que amanezca. Viene a ponerle más analgésicos en el gotero. Le dice que duerma un poco más, pero él no puede hacerlo. Mira al techo, a la cama vacía a su lado. Se pregunta si ha llegado el momento ya de quedarse así, de aceptar que no puede seguir moviéndose como antes. Espera que Moira esté bien; sin ella, no merece la pena levantarse de la cama.

Cada vez entra más luz por la ventana. Llega una enfermera con el desayuno. Sabe que Konstantin no puede levantar los brazos, le unta el pan con mantequilla y mermelada antes de irse. A él nunca le ha gustado la mermelada, es demasiado dulce. Se la come de todos modos.

Se abre la puerta por tercera vez. Un rostro conocido. Entra, sonríe.

—Tienes una pinta horrible —dice Bonnie.

Trae un ramo de flores que deja en la cama.

—Crisantemos —dice Konstantin—. La princesa de los cementerios. La flor de los funerales. Qué apropiado, Bonnie, gracias.

Ella le hace una mueca.

—También significa alegría y sabiduría —responde—. Claramente no tienes ni una gota de ninguna de las dos cosas, así que igual te ayudan.

Él se ríe. Alarga un poco las manos, con esfuerzo. Ella comprende, se acerca y las toma entre las suyas. Ellos nunca son tan afectuosos, pero aunque es extraño, resulta apropiado en este momento.

La presencia de Bonnie le ayuda a pensar con claridad. Está acostumbrado a maquinar con ella y su mente se vuelve pragmática. No hay lugar para la autocompasión en la estrategia.

—Tengo que saber si Moira está bien. —Definir objetivos.

—Amalia se está ocupando de eso —dice Bonnie.

—¿Cómo lo sabes?

—La magia de la tecnología —responde ella—. Los servicios de mensajería instantánea.

—Entonces, tengo que ayudar a mis padres. —Segundo punto en la lista de prioridades.

—¿Qué los amenaza?

—Los Miedos.

—¿Puedes enfrentarte a los Miedos?

La pregunta es clara. Konstantin sostiene la mirada de Bonnie y se da cuenta de que sabe la respuesta. Asiente con la cabeza, en silencio.

—Tengo que vencer a los Miedos —pronuncia, solo para confirmarlo, porque al decirlo en voz alta parece aún más evidente—. Voy a vencer a los Miedos.

—Muy bien.

—¿Tú crees que puedo?

Ella sonríe.

—Tú puedes hacer cualquier cosa que te propongas, Konstantin Milosevic.

Él aprecia la confianza y lo demuestra apretando un poco la mano de ella. Sacude la cabeza.

—No todo. No puedo levantarme de la cama. ¿Me ayudas?

—No seas loco.

Bonnie llama a la enfermera pulsando el botón y ella viene. Dice que el doctor se pasará en un rato a verle. Ella le ve bien. Probablemente pueda irse, sí. Puede ducharse si quiere, así va adelantando.

La enfermera se marcha y Konstantin frunce el ceño, incrédulo.

—¿Cómo voy a ducharme?

—Con agua —replica Bonnie—. Estás lleno de sangre y tierra. No pareces tú.

Konstantin lo sabe, se ha visto en el espejo. Es cierto que le cuesta imaginarse saliendo así del hospital. Se debate entre el deseo de verse limpio y la reticencia a exponerse. Odia sentirse dependiente. Odia sentirse vulnerable. Que otra persona le lave se le antoja vergonzoso.

—Bonnie —dice.

—Sí, claro —responde ella.

Le ayuda a levantarse. Camina con él hasta el baño, saca el taburete de plástico para que se siente. Antes, le quita la bata. Konstantin tirita. No ha estado desnudo delante de nadie desde que era un niño pequeño y lo bañaban sus padres. Bonnie le mira, pidiendo permiso, y él asiente. Ella le baja la ropa interior de papel y aparta con cuidado la venda. Lo desecha todo.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —pregunta Konstantin.

—Me avisaron. Soy tu contacto de emergencia.

—¿Encendieron mi móvil?

—Sí.

Konstantin se pregunta si utilizaron su dedo, estando él anestesiado, para desbloquear el aparato. Bonnie enciende el agua caliente y lo moja. Es una bendición. Konstantin cierra los ojos de gusto. No ha sido consciente hasta ahora de lo sucio e incómodo que estaba. Ella echa jabón en la esponja y la pasa con suavidad por su piel, sus brazos, su espalda, sus hombros. Con mucho cuidado por su pecho. Tiene cicatrices en el abdomen. Costillas rotas, tal vez. Bonnie se agacha y le enjabona las piernas, los pies. Konstantin se ríe, Bonnie le hace más cosquillas intencionadamente; la incomodidad del momento se rompe y solo queda confianza.

Ella le enjabona el pelo y se lo limpia a conciencia. Se burla de él:

—¿Qué es eso? ¿Estás ronroneando, Milosevic?

Le lava la cara, él sopla y hace volar la espuma. Luego llega el aclarado. La suciedad y la desesperanza se van juntas por el desagüe. Bonnie saca la toalla, lo seca por todos lados, le pone una venda nueva.

—Te he traído una muda de ropa.

A Konstantin le gusta combinar bien los colores y cuida cada detalle. Bonnie se pone lo primero que pille y su único criterio es que las prendas sean cómodas. Ha escogido para él unos vaqueros viejos y rotos, unos calzoncillos lila que ni recordaba que tenía, calcetines desparejados, una camiseta gris desgastada de tantos lavados y con manchas de lejía, y una sudadera que ni siquiera es de Konstantin, sino de la misma Bonnie.

—Esto es de cuando estuvimos trabajando en el jardín y nos llovió… Lo dejaste en mi casa y me dijiste que podía tirarlo, pero lo lavé —explica—. La sudadera es porque no tenía nada tuyo de abrigo, pero pensé que podías tener frío.

—Es horrible todo, pero es mejor que la bata abierta por detrás —dice él, con una sonrisa.

—La bata no sé, pero esa especie de gorro de ducha que te he visto por ahí es de lo más estiloso —bromea ella—. Si salieras con él, igual marcabas tendencia.

Le ayuda a vestirse. Konstantin se siente mucho mejor. Otra vez es

humano.

—Te quiero —dice bajito—. Gracias.

Ella lo abraza con cuidado de no estrujarlo demasiado.

Vuelve a sentarse en la cama a tiempo para que lo vea el médico. Le examina, le entrega una hoja de recomendaciones y le da el alta.

—No hagas el loco —dice antes de irse.

La enfermera le quita la vía. Duele menos de lo que uno podría imaginar.

—Vas a hacer todo lo que dice aquí que no hagas, ¿verdad? —pregunta Bonnie, repasando las recomendaciones.

—Seguramente —admite Konstantin.

Los dos salen de la habitación; ella adaptándose al paso de él, él procurando andar al mismo ritmo que siempre.

En el vestíbulo del hospital encuentran a Moisés, sentado en una zona de espera. Se levanta al verlos y se encuentra con ellos frente a la puerta. Bonnie se aleja unos pasos para escrutar con gran interés el plano de planta del hospital.

—¿Quieres que vaya contigo? —pregunta Moisés.

Desarma a Konstantin. Derriba de golpe todos los muros, abre todos los cerrojos. No es que quedasen muchos, a estas alturas. Respira profundamente; duele, pero le hace falta.

—Sí —responde—, pero no sé si es pedirte demasiado. No sé si… —Duda, porque no quiere sonar dramático, y baja la voz. Ojalá él sepa que está siendo sincero, que lo dice en serio, que el tiempo que le queda es incierto, que está haciendo malabarismos con muchas bolas en el aire, que no sabe cómo o cuándo lo encajará a él en su vida—. No sé si merece la pena.

Moisés sonríe un poco, se adelanta un paso, coloca la mano en la nuca de Konstantin, apoya su frente en la de él, un contacto que es como si fuera un beso.

—No digas nada.

Se separan, Bonnie los mira, se acerca. Salen los tres juntos. Konstantin está cansado, muy cansado, pero Moisés toma una de sus manos y Bonnie toma la otra.

Van andando hasta su barrio, hasta su calle, hasta su casa. Allí se detienen. Los Miedos están allí. En la casa de los Milosevic. Llevan viviendo allí mucho tiempo.

—Creo que es mejor que entre solo —dice Konstantin.

Moisés asiente. Bonnie frunce el ceño.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Seguroseguro?

Él se ríe, ella también. Lo abraza otra vez.

—Ten cuidado —dice Bonnie—. Y dales una buena paliza.

Konstantin camina hasta el portal. No puede abrir la puerta. Bonnie se adelanta, la abre. Konstantin quiere comentar que esto ha arruinado su entrada heroica, pero cuando empieza a decirlo ella lo dice también y los dos tienen que interrumpirse.

—No me hace falta una entrada heroica —dice él—. ¿No?

Ella responde con una sonrisa. Él entra en el portal. La puerta se cierra y lo aísla de la presencia cercana de Bonnie, de la mirada protectora de Moisés.

Ahora sí está solo. Y hay una vibración extraña en el aire que le recuerda que todavía está en el Segundo Lado. Este es el portal de su casa y a la vez no lo es.

No puede levantar la mano para llamar al ascensor, así que sube por las escaleras, lentamente, escalón a escalón. No se oye nada. Parece que el edificio está vacío.

Llega a la puerta del piso de los Milosevic. Está abierta.

—Hola —saluda.

Durante un instante, cree que no va a obtener respuesta.

Hasta que oye esa voz.

Amalia no tarda mucho en darse cuenta de que su habilidad sigue funcionando perfectamente. Puede indicarle a las puertas a dónde quiere que la lleven, siempre y cuando la descripción del destino no contenga el nombre de Moira. Su nieta es lo que la tiene preocupada y bloquea su poder.

Así que no sirve de nada pensar «Llévame a donde esté Moira». Tiene que encontrarla de otra forma. Reflexiona un momento y se acuerda de que a los niños se les enseña que, si se pierden, tienen que volver al último sitio en el que estuvieron con la persona que los está buscando. La última vez que vio a Moira fue en la cafetería junto a la estación de metro, de modo que pide a la puerta del baño de Bonnie que la lleve allí.

La cafetería está patas arriba: todas las mesas, volcadas; las sillas, tumbadas en el suelo, y ni una persona presente. Alguien ha dibujado siluetas de tiza en el suelo, dando a entender que ha muerto gente allí. Amalia se estremece.

Por suerte, ninguna de las siluetas es pequeña.

Antes de llegar a la cafetería, estuvo con Moira en la oficina de Correos, así que Amalia pasa por allí. Está cerrada, pero hay una luz fluorescente encendida y puede verse el interior. Está vacío. Por si acaso, Amalia acerca la boca a la ranura del buzón en la puerta y llama:

—¿Moira?

No hay respuesta.

Amalia sigue haciendo memoria y vuelve en orden cronológico

inverso a todos los lugares en los que ha estado con su nieta. Algunos se repiten mucho, como el piso de los Milosevic; a esos va solo una vez. Visita lugares en los que estuvo cuando Moira tenía seis años, cinco, cuatro, tres, dos, uno. Hasta que cada vez quedan menos y, finalmente, solo el primero: la habitación de hospital en la que pasó África unas noches después de dar a luz.

Llega al recibidor del hospital y, desde allí, sube andando por las escaleras, porque no recuerda el número de habitación (y no puede pensar «la habitación en la que estuvo África cuando nació Moira» sin volver a preocuparse por su nieta). El pasillo sigue igual, como si fuera un recuerdo y no el hospital real. Ella se pregunta si lo será: es extraño que esté tan vacío y que el personal que trabaja allí, vestido con ropa brillante, como si estuviera cubierta de purpurina, actúe como si no vieran a Amalia.

La puerta de la habitación está abierta. Dentro, Moira está sentada en la cama en la que en hace años estuvo su madre. La cuna está en el mismo sitio, pero vacía. La niña tiene las manos sobre las rodillas y mira por la ventana, abstraída. Amalia suspira, con alivio. Un peso acaba de desaparecer de sus hombros, y eso está muy bien, porque ella ya no tiene edad para estar forzando la espalda.

Luego se da cuenta de que Moira tiene los ojos empañados.

—Cariño —dice Amalia—. ¿Estás bien?

La niña la mira y, como cuando era un bebé, le tiende los brazos. Hay veces que lo único que hace falta para que todo vaya mejor es eso, Amalia lo comprende a la perfección. Se acerca, se sienta junto a ella, la sube a sus rodillas, incluso aunque Moira sea ya un poco grande para eso.

—Hubo un derrumbe y Kosta me salvó la vida. —Mira a su abuela con fijeza—. He intentado encontrarlo, pero no estaba allí, y mira que levanté piedras. Se lo llevaron, pero no sé a dónde. Tengo que decírselo a mamá y a papá.

—Se lo llevaron al hospital —dice Amalia—. Está a salvo.

Es en este instante en el que Moira se echa a llorar. Amalia la abraza hasta que se calma. La niña se seca los ojos con los puños antes de que su abuela pueda ofrecerle un pañuelo.

—Mamá y papá van a volver, ¿verdad? —dice Moira.

—Sí. —Amalia está dispuesta a traerlos de vuelta aunque tenga que ser tirándoles de las orejas.

Moira duda un momento.

—El Miedo dijo que, para ellos, Kosta es mejor que yo. Pero era mentira.

—Claro que era mentira, niña mía. Tu hermano y tú sois maravillosos; en algunas cosas de forma muy parecida y en otras, de forma muy diferente.

—Ya lo sé —asiente Moira, pero parece un poco más satisfecha, como si hubiese necesitado confirmación—. Y tú también eres bastante maravillosa.

—Gracias.

—Eres la única abuela que conozco que tenía una tienda de chuches.

—Es una de las cosas de las que más orgullosa estoy —admite Amalia—. ¿Por qué has venido aquí?

Moira lo piensa tan fuerte que tiene que llevarse la mano a la barbilla para sostenerse la cabeza.

—Me quería acordar de lo contentos que os pusisteis todos cuando nací —explica—. Aunque sé que no hay que hacer caso a los Miedos… —Se encoge de hombros.

—Precisamente después de un encontronazo con un Miedo es muy buena idea regresar a un recuerdo feliz —afirma Amalia, con viveza —. Me parece que has hecho muy bien. ¿Quieres que nos quedemos aquí un rato más?

—No. —Moira salta de la cama—. Tenemos que recuperar a mamá y a papá. Konstantin es muy listo, pero no va a poder hacer esto solo.

Amalia se levanta también y sonríe cuando Moira, sin decir nada, le coge de la mano. Salen las dos juntas, pero la puerta no las lleva a la habitación de hospital donde está su nieto, como Amalia le ha pedido. Puede que sea porque está preocupada por Konstantin, pero la verdad es que su inquietud es distinta en lo que se refiere a él, porque sabe que está con Bonnie. No, es otra cosa: deben de estar transgrediendo una ley del Segundo Lado, porque este hace cosas raras. La puerta las lleva a la sala de espera de un dentista. Luego, a una clase de instituto, un viernes a última hora. Después, a una boda muy larga. Finalmente, a un banco en el que un montón de clientes esperan a que los banqueros, encorvados sobre sus ordenadores, les atiendan.

—No entiendo qué falla —dice Amalia, molesta.

—Estamos en los sitios más aburridos del planeta —dice Moira—. Los poderes de los niños no funcionan en ellos.

—Claro. El hospital debía de ser uno de estos lugares —asiente Amalia—. No tendría que haber intentado utilizar mi habilidad allí.

—Tendremos que ir andando —decide Moira.

Amalia se dirige a la salida, pero tiene que regresar para coger a su nieta del brazo, que se ha detenido a pulsar todos los botones de la máquina para pedir turnos, y llevársela bajo la mirada reprobadora de todos los presentes. Un rato después de que hayan abandonado el banco, el aparato sigue expidiendo una larga ristra de papelitos con número.

El pasillo de la casa está en penumbra. La capa de polvo en el suelo es tan gruesa que Konstantin teme resbalar en ella. Camina despacio, alerta, hasta la cocina. Su madre está allí, de pie, con la cafetera en la mano. La acaba de retirar del fuego, levanta la tapa y deja que el aroma a café recién hecho inunde el ambiente. Sonríe al ver a su hijo.

—Hola —dice de nuevo. Es la misma voz que él ha escuchado desde la puerta—. ¿Has desayunado ya? Cariño —añade, dirigiéndose a su marido—, calienta la leche, por favor.

—Voy —responde Narcys. Saca el cartón de la nevera y vierte medio litro de leche en una jarrita de cristal.

—¿Puedo tomar café? —pregunta Moira.

—Claro. Te pongo uno doble —bromea su padre. Finge que se lo sirve.

Todos saben que Moira odia el café. Se ríen.

—Siéntate, Kosta —dice Moira—. No estés todo el día de pie.

Konstantin se acaricia los labios con el dedo índice. No despega la vista de su familia.

—Me alegro de que estéis de vuelta —dice, sin moverse de la puerta—. ¿Qué hay para desayunar?

—Tostadas, claro. ¿Te apetecen? —África pone dos en un plato sobre la mesa, pero Konstantin no se acerca.

—Después de la comida del hospital, me comería siete —comenta.

—¿El hospital? —pregunta Narcys—. ¿Debemos preocuparnos?

Konstantin sonríe.

—No. Con cada crisis gano un poco de sabiduría. Cuando me muera, seré un genio.

Los dedos de África se tensan sobre el cuchillo de la mantequilla.

—Para que te mueras falta mucho, mucho tiempo, querido. Varias décadas.

—Podría ser —replica Konstantin, sin dramatismo—, pero no es probable.

Tiene la mano bajo la camiseta, se toca el vendaje que oculta los puntos. Ha olvidado preguntar cuándo tiene que regresar para que se los quiten. Quizá en el Segundo Lado no se dé cita para ese tipo de cosas.

—No digas tonterías —dice África, crispada. Narcys se mantiene en un silencio hosco mientras sirve para su hijo una taza de café con leche, sin edulcorante.

—¿Queréis hablar de ese muñeco que pretendíais que era yo? —dice Konstantin—. ¿O lo sacaréis cuando ya no esté?

Su madre se acerca y le da un beso venenoso.

—Siéntate y desayuna, anda. No me hagas enfadar.

Konstantin se encoge de hombros.

—Estaría bien que te enfadases ahora. Significaría que has superado la fase de negación.

Al fondo de la cocina, Narcys levanta la silla por el respaldo y golpea con ella la mesa. Platos y tazas vuelan por el aire. La madera de la silla se resquebraja, dos de sus patas caen al suelo. Konstantin da un respingo; el dolor en su torso por el movimiento brusco le corta la respiración.

—Mi hijo se va a morir antes que yo —grita. La declaración, a ese volumen y con esa violencia, aturde a Konstantin—. No voy a poder seguir adelante después de eso. No voy a ser suficiente para mi hija, que me necesita. No voy a poder volver a mirar a mi mujer sin recordar la pérdida.

África coge otra silla y la lanza girando en dirección a Konstantin. Él retrocede un paso y se refugia detrás de la pared del pasillo. No se queda a ver cómo sus padres y su hermana se desfiguran y se transforman en los Miedos, los Miedos en su forma más real y auténtica, brutales y agobiantes; echa a correr y sale por la puerta abierta. Los Miedos lo persiguen, por supuesto, y Konstantin sabe que no podrá bajar la escalera más rápido que ellos, de modo que corre por el pasillo hasta el lado izquierdo del edificio y llama al ascensor. Luego se mete en el armario de la limpieza y contiene la respiración.

Los Miedos llegan en tropel, ven la lucecita del botón y entienden que su presa está bajando. No tienen paciencia para esperar: abren la puerta de un tirón, arrancando la cinta de embalaje, y saltan. No saben que el ascensor fue retirado después del incendio, así que no hay nada que los detenga y se precipitan por el hueco.

Konstantin ha ganado unos valiosos segundos. Sale del armarito y baja escalón a escalón lo más deprisa que puede. Cada paso es una punzada en el pecho, pero consigue llegar al piso inferior y recorrer el pasillo de vuelta. En las profundidades del sótano, los Miedos se revuelven y hacen temblar el edificio entero.

La puerta del apartamento de Bonnie está abierta. Konstantin la atraviesa. Pasa al dormitorio de Bonnie. Está muy desordenado para su gusto; la cama a medio hacer, el pijama torpemente remetido debajo de la almohada, con una manga asomando. No hay ninguna mesa, solo una cómoda ancha que hace las veces de tocador, un armario y una estantería llena de libros sobre plantas.

En otra ocasión, a Konstantin le hubiera costado reprimir las ganas de poner un poco de orden en aquel cuarto. En esta, ni se le pasa por la cabeza. Al contrario, contribuye al caos: tira de los cajones para sacarlos, los vuelca de una patada y revuelve su contenido. No encuentra lo que busca, así que hace lo propio con el armario. Es difícil registrar bajo presión, con los brazos y el pecho doloridos y la

certeza de que sus enemigos van a entrar en la habitación de un momento a otro. Parece que allí no hay nada. Lanza una mirada a la librería. Si a Bonnie se le ha ocurrido esconder la carta entre las páginas de sus libros, no la encontrará jamás.

Quizá debajo de la almohada, pero no, no está ahí. Debajo del colchón, podría ser, pero Konstantin no tiene forma de levantarlo para mirar. Recorre el pasillo hacia el salón. Se oye jaleo fuera. Es probable que los Miedos hayan logrado escapar del hueco del ascensor.

En el sofá, no; en la mesa, no. Konstantin no sabe dónde guarda Bonnie los documentos valiosos. Espera que no los lleve encima, en la cartera o en la mochila. Entonces distingue una fotografía enmarcada en la estantería. Son ellos, Bonnie y él. No recuerda dónde se sacaron esa foto, pero da igual. No la alcanza, no puede levantar los brazos. En la cocina encuentra una escoba: la sostiene por el mango y derriba el marco, que cae al suelo con gran estrépito. El cristal se rompe. Konstantin lo arrastra por el suelo con el pie. Descubre la foto y un sobre de papel, con el nombre de los destinatarios («África Fuentes y Narcys Milosevic») escrito con pluma estilográfica.

La carta.

Se agacha doblando las rodillas para hacerse con ella, la guarda en su bolsillo al mismo tiempo que la puerta se abre y entran en estampida los tres monstruos. Se interponen entre él y la puerta de la casa, así que Konstantin, que no tiene mucho tiempo para pensar, huye hacia la cocina. El más grande y horrible es el primero en alcanzarlo. Lo embiste, golpea su pecho. El dolor parte a Konstantin Milosevic en dos, arranca lágrimas de sus ojos y le roba la voz. Ni siquiera es capaz de gritar. Es levantado en el aire por el placaje, choca con la espalda contra la ventana, que se abre por el golpe, y cae desde la altura de un piso hasta el suelo del jardín.

Los Miedos se arremolinan frente a la ventana como una manada de depredadores y saltan detrás de él.

El universo de las situaciones aburridas se ha tragado a Moira y a la abuela Amalia y no tiene la menor intención de devolverlas. Incluso sin utilizar el poder de Amalia, cuando salen del banco no llegan a la calle, sino a un aula de universidad en la que un profesor viejo, con gafas y sentado tras el escritorio lee en tono monótono el texto que acompaña a una presentación de Power Point titulada *Introducción a la estética fundamental. Conceptos básicos*. Las luces están apagadas y solo la imagen proyectada ilumina tenue la estancia. Amalia bosteza solo de pensar en atender. Moira la conduce hasta la puerta. La abren, con una pequeña queja por parte del profesor, y salen a una habitación vacía con una gran pantalla en la que se puede ver una etapa de la Vuelta Ciclista.

—Esto es una pesadilla —se lamenta Moira.

Escapan de allí y llegan a un larguísimo atasco en plena autopista. Están en el asiento trasero de un coche. La conductora, una mujer a la que no conocen, está dando cabezadas sobre el volante. Se apean del coche y están en una plaza en la que un par de grupos dispersos de espectadores aburridos escuchan un discurso que el Rey pronuncia desde un pequeño podio. Hay cámaras de televisión retransmitiéndolo, pero los periodistas están sentados en el suelo, apáticos, y rellenan crucigramas.

—Tanto reloj de oro, tanta cadena —está diciendo el Rey—. Luego van a su casa y no tienen cena.

—Tiene que haber un modo de salir de aquí —reflexiona la abuela Amalia—. Cuando una no encuentra la solución a un problema, muchas veces es porque no lo ha pensado bien.

Moira cruza la plaza a saltos, se cuelga de una de las cámaras y ajusta el *zoom* para que no capture al Rey entero, sino únicamente el interior de su boca. A los periodistas no les parece mal, no reaccionan.

—La niña está enfermita, carabí —pronuncia el Rey con convicción, y lo repite para dar énfasis—: La niña está enfermita, carabí. Quizá se curará, carabí urí, carabí urá.

Ha captado la atención de la abuela Amalia, que escucha con la cabeza ladeada.

—Esto no puede ser así —dice.

—Estiró la pata —recita el Rey—, arrugó el hocico.

—No es así la canción —lo interrumpe Moira, riendo—. Te has liado.

—Que tuuruuruú, que la culpa la tienes tú —acusa el Rey.

Entonces se echa a reír también, salta del podio al suelo y camina hasta Moira con aire relajado de grandeza.

—Casi os engaño —comenta, sonriendo—. Dime la verdad, Moira, ¿sabes quién soy?

—Eres Oot —responde ella—. Pero ¿por qué pareces el Rey?

Ante sus ojos, él vuelve a convertirse en un hurón.

—Es una larga historia —dice.

Está tan contento que empieza a dar volteretas en el aire, y no para hasta que el público, mucho más animado ahora, aplaude sus piruetas.

—Cielos, y pensar que costaste solo noventa euros —dice la abuela Amalia—. Seguro que en la tienda no sabían que eras un acróbata.

—Soy cualquier cosa que quiera ser —declara Oot, y a continuación se transforma muy deprisa en un tigre, un burro, una mosca, un koala, un flamenco y otra vez en hurón.

—¿Podrías ser un dragón? —pregunta Moira—. Necesitamos

encontrar a Konstantin cuanto antes.

Oot es un ser agradecido y recuerda que esa niña le ha dado aperitivos de pollo para hurones en más de una ocasión. También es muy previsor y sabe que, si va a seguir viviendo como hurón, lo mejor será que cuente con un refugio donde lo cuiden y alimenten. No está preparado para la vida salvaje.

—Claro, Moira Milosevic —responde, solícito—. Cualquier cosa por ti y tu familia.

—No va a poder con las dos, bonita mía —señala Amalia—. Ve tú. Yo me las arreglaré para salir de aquí.

Antes de salir de la plaza, ya con Moira sobre su lomo, Oot da una vuelta pegado a los edificios y echando fuego por la boca. Se debe a su público, que ovaciona a su paso. La plaza ya no es un lugar mortalmente aburrido y a partir de este día, los niños vuelven a poder utilizar sus poderes especiales en ella.

Al menos hasta que vuelva un adulto a largar un discurso.

Amalia sonríe y cruza una de las grandes puertas en los arcos de piedra que rodean la plaza.

La tierra del jardín invade los arañazos en sus codos. No es capaz de sacudirla, está demasiado dolorido. Sus brazos cuelgan, algo le late en la cabeza. Tiene el pelo húmedo: sangre tibia cae por un lado de su rostro, pero no tiene forma de contenerla o limpiarla, de modo que la deja fluir. Al menos no le cae sobre los ojos y Konstantin puede ver a los Miedos bajar por la fachada del edificio.

Un aleteo a su lado le alerta de la presencia de una mariposa negra, dos, tres. Siete mariposas negras que revolotean junto a sus hombros y le impulsan hacia arriba. Se incorpora con su ayuda. El chico murmura un agradecimiento y se obliga a correr, aunque cada paso es un tormento.

A su espalda, Todo Va A Salir Mal se ríe.

—Me encanta cuando la gente cree que huir de nosotros va a servir de algo —comenta en voz alta.

El jardín es vasto en el Segundo Lado. Konstantin no sabe a dónde va, pero no tiene tiempo para pensarlo. Los Miedos le disparan un líquido amarillo que corroe todo lo que toca, lo lanzan por sus narices y lo celebran con carcajadas y resoplidos cada vez que logran hacer desaparecer un árbol o un arbusto. Por suerte, no tienen demasiada puntería. Konstantin se refugia a tiempo detrás de un pozo que nunca había visto antes y, cuando los Miedos se paran a descansar, abandona su parapeto y sigue adelante. Están cada vez más cerca, porque él corre despacio y ellos, aunque se distraen con facilidad, son rápidos. Konstantin bordea un área encharcada, distingue un agujero en una roca cercana y se esconde allí. Una cueva. Descubre enseguida que no

hay salida: si los Miedos lo encuentran, estará atrapado.

Ellos van con demasiada prisa y patinan en el terreno pantanoso. Empiezan a hundirse en él y Konstantin aprovecha para salir de la cueva y darles esquinazo. Se pierde entre unos arbolillos bajos. No está demasiado lejos, pero sus troncos lo ocultan. Con manos temblorosas, coge el sobre y tira de él. Pierde valiosos segundos en sacarlo, sus movimientos son desesperantemente lentos. Lo intenta abrir, pero se le cae al suelo. Aprieta los dientes y se agacha a recogerlo. No oye el chapoteo de los Miedos, deben de haber conseguido salir del charco. Konstantin abre el sobre y saca la carta.

No le da tiempo a empezar a leerla. Los Miedos se abalanzan sobre él, uno de ellos le golpea, no sabe cuál, y Konstantin rebota contra los árboles. El Miedo se ríe, lo agarra, lo sacude. Está tan mojado que su presa se le resbala y el chico sale volando hasta aterrizar en el barro, cerca de la zona encharcada. Aguanta el impacto contra el suelo y mira su puño cerrado para confirmar que la carta sigue allí. Las mariposas se posan sobre su pecho como un escudo, pero al ver a los Miedos acercándose, Konstantin teme que no puedan ser de mucha ayuda contra ellos.

Uno de los Miedos lanza un grito y, como si obedeciera sus órdenes, el barro se hunde bajo el cuerpo de Konstantin. Él trata de levantarse, pero es imposible. Sus extremidades no responden, pesan demasiado, duelen demasiado. Poco a poco, centímetro a centímetro, el suelo se lo traga. Konstantin tira hacia arriba con la cabeza, intenta evitar que se sumerja. El barro apresa sus brazos, sus piernas, quiere llegar hasta su rostro para entrar por sus orejas, su boca, su nariz.

Él alza la mano en la que sostiene la carta. Así evita que se manche, pero también la coloca al alcance de los Miedos, que se acercan para arrebatársela.

No lo consiguen, porque un dragón que vuela a ras de suelo los arrolla. Tan pronto como están lejos de Konstantin, Oot lanza una bocanada de fuego y humo que rodea a los Miedos. Mientras tanto, Moira baja de su lomo de un salto y corre hasta su hermano. Lo agarra por los hombros y tira de él. Konstantin sale del barro con un quejido de dolor. Está seguro de que se le han saltado todos los puntos y solo espera no sangrar mucho para no asustar a Moira.

Como si a Moira le diera miedo la sangre. Como si a Moira le diera miedo algo. Ella es inmune al miedo ahora mismo, por eso se enfrenta a ellos furibunda.

—¡DEVOLVEDNOS A MAMÁ Y A PAPÁ! —les grita.

Los Miedos no están para bromas tampoco. Con un rugido, reducen a Oot al tamaño de una lagartija. Después, se vuelven hacia la niña y se ríen a carcajadas delante de ella.

—Moira —llama Konstantin con un quejido.

Ella toma la carta que le tiende su hermano. Intenta leerla, pero el cielo se ha oscurecido y no puede distinguir las letras. Los Miedos resplandecen con la calidez cambiante de las llamas. Bajo esa luz, Konstantin parece muy pálido y las sombras en su cara se acentúan. Moira siente un escalofrío.

Él sonríe, rebusca en su bolsillo y saca algo. Se lo ofrece en el puño cerrado. Moira coloca la mano debajo de la de él y acepta una flor aplastada. Es un crisantemo.

Los pétalos retorcidos transmiten suavidad y esperanza al tocarlos. Incluso el cielo parece un poco más luminoso. A Moira se le llenan los ojos de lágrimas, pero no son de tristeza o de susto. Encara a los Miedos. Desdobla la carta.

Eso no les gusta nada a sus enemigos. Saben que las palabras encerradas en el papel que sostiene la niña son poderosas. Rugen de nuevo, pero no logran encoger a Moira. La carta flamea en su mano, ella se esfuerza por distinguir las líneas. Y empieza a leerlas en voz alta.

El mensaje de Konstantin Milosevic dirigido a sus padres, con la voz de Moira Milosevic, que por suerte aprendió a leer el curso pasado y se defiende con relativa soltura.

Los Miedos atacan con violencia, intentan impedir que siga hablando; Konstantin quiere retroceder y llama a Moira. No ve nada, la sangre y el barro entorpecen su visión. No Eres Suficiente atraviesa su barriga con un tentáculo negro e inmaterial. Konstantin se dobla sobre sí mismo y después cae de nuevo al suelo. Las siete mariposas negras lo animan a levantarse, pero no lo logran y desisten. Se posan sobre su pecho.

Mientras tanto, Todo Va A Salir Mal y Solo Quedas Tú rodean a Moira. No pueden tocarla: el crisantemo todavía la protege. Así que aumentan la temperatura del aire a su alrededor, hasta que la niña ya no lee la carta de su hermano, sino que la aúlla. La piel duele como si ardiera, no puede respirar. A sus pies, cada vez más mariposas negras aparecen de entre las plantas y sepultan a Konstantin.

Él ya no se mueve.

—Ríndete —dice Todo Va A Salir Mal en un susurro.

—No —responde Moira. Y lee el final de la carta. En ella, Konstantin se despide de sus padres diciendo que les quiere, y Moira añade—: Y yo también. Aunque seáis muñecos.

Entonces ella cae de rodillas al suelo y suelta el papel. La carta arde inmediatamente y ha desaparecido antes de tocar el barro.

Los Miedos saben que han vencido y se inflan. Crecen hacia el cielo, se ciernen sobre los niños. Se funden unos con otros y son un solo Miedo grande y tenebroso. Emite un lamento lúgubre. ¿Un lamento, en este momento de victoria? Sí, porque su piel gomosa se

rasga y cae. Hay alguien luchando por salir de dentro.

África Fuentes y Narcys Milosevic se desembarazan del Miedo que les apresa y corren a socorrer a su hija. Moira los abraza, ellos se giran para no perder de vista al monstruo, pero este se está desvaneciendo en el aire.

Los adultos miran el cuerpo de Konstantin, inerte y cubierto de mariposas, y hacen un ademán para espantarlas, pero Moira los obliga a apartarse. Los lepidópteros están lamiendo la sangre de Konstantin, limpian sus heridas, refrescan su piel. Cuando terminan, es el chico el que se levanta, dolorido pero vivo. África está sollozando. Konstantin empieza a llorar también y se deja abrazar por su familia. Al fondo del jardín, se abre la verja; Bonnie tiene la llave y deja pasar a la abuela Amalia para que se reúna con los demás y bese a sus nietos. Ella espera pacientemente. Cuando por fin puede abrazar a Konstantin, susurra en su oído:

—Moisés se ha marchado. —Siente cómo Konstantin da un pequeño respingo—. Me ha pedido que te diga que volveréis a veros.

Se separan para mirarse a los ojos. En los de Bonnie hay una pregunta; en los de Konstantin, una certeza.

—Sí —responde él—, pero no será hasta dentro de un tiempo.

—Eso es justo lo que dijo él —confirma Bonnie—, que será dentro de un tiempo.

En ese instante, una voz les interrumpe. Es el jardinero, que está en la entrada del jardín, muy enfadado.

—¿Se puede saber quién les ha dado permiso para entrar?

Asombrados, todos miran a su alrededor. No hay ni rastro de los Miedos ni del barro ni del cielo oscuro. Es una tarde como cualquier otra, el cobertizo es el mismo de siempre y ellos están ahí, abrazados, en medio del jardín.

—Lo sentimos mucho —dice Narcys Milosevic—. Ahora mismo salimos.

—Esto lo tendrá que saber la presidenta de la comunidad —rezonga el jardinero.

Oot, transformado de nuevo en hurón, trepa al hombro de Moira. La niña vuelve a echar un vistazo al jardín. Después, se inclina para mirar entre sus piernas.

—Konstantin. —Tiene que correr para alcanzarlo, porque los adultos han atravesado ya la verja y su hermano está a punto de hacerlo—. Las mariposas negras se están muriendo.

Es cierto: caen con las alas juntas y se quedan inmóviles entre los arbustos, como si fueran flores oscuras.

Konstantin se detiene para lanzar una mirada atrás, ignorando la impaciencia del jardinero. Por primera vez, siente que tiene todo el tiempo del mundo.

Sonríe.

—No pasa nada. —Rodea a su hermana con el brazo y la conduce hasta el exterior—. Es como tiene que ser.

Sigue a ESPIRAL Editorial en:

Facebook : @espiralEditorial

Instagram: @espiralEditorial

SI QUIERES LEER MÁS LIBROS DE ESPIRAL, AQUÍ ENCONTRARAS UNA GRAN SELECCIÓN DE ELLOS

ESPIRAL EDICIONES

Podrás estar al tanto de ofertas, novedades y mucho más ¡!!